

TILLIE COLE

**SAL
VA
DA**

LOS VERDUGOS DE HADES 2

CHIC



Gracias por comprar este ebook.

Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada.

Página de créditos

Sobre este libro

Glosario

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo
Profeta Cain

Sobre la autora

SALVADA

Tillie Cole

Los verdugos de Hades 2

Traducción de Aitana Vega

Principal de los Libros.



SALVADA

V.1: Enero, 2019

Título original: *Heart Recaptured*

© Tillie Cole, 2014

© de la traducción, Aitana Vega, 2019

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2019

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Viorel Sima/Shutterstock

Corrección: Isabel Mestre

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragón, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17333-51-5

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

SALVADA

Solo su amor podrá salvarla...

Delilah, separada de la Orden, teme estar atrapada en el pecaminoso mundo de los Verdugos de Hades para siempre, pero, cuando conoce a Kyler, se plantea si el atractivo y salvaje motero puede ofrecerle algo que creía imposible: amor incondicional. Pero el pasado siempre vuelve, y Lilah y Ky tendrán que luchar por permanecer juntos pase lo que pase.

La esperadísima segunda entrega de la saga de *Los Verdugos de Hades*

«Tillie Cole nos adentra una vez más en el mundo de los Verdugos de Hades, donde sentimos, respiramos y vivimos la historia de Lilah y Ky. Una autora extraordinaria.»

Totally Booked Blog

Glosario

(Los términos no aparecen por orden alfabético)

Terminología de la Orden

Ancianos: Grupo compuesto por cuatro hombres, Gabriel, Moses, Noah y Jacob. Se encargan del día a día de la comuna. Son los segundos al mando del profeta David y los responsables de la educación de las Malditas.

El pecado original: Creencia cristiana que, según san Agustín, afirma que el ser humano ha nacido pecador y tiene un deseo innato de desobedecer a Dios. El pecado original es el resultado de la desobediencia de Adán y Eva cuando comieron el fruto prohibido en el Jardín del Edén. En las doctrinas de la Orden, creadas por el profeta David, se culpa a Eva de tentar a Adán para pecar, por lo que se considera a las hermanas de la Orden seductoras y tentadoras desde el momento en que nacen.

Guardias discípulos: Miembros masculinos de la Orden. Se encargan de proteger la comuna y a sus habitantes. Están bajo el mando de los ancianos y del profeta David.

Intercambio divino: Ritual sexual que se lleva a cabo entre los miembros masculinos y femeninos de la Orden. Se cree que ayuda a los hombres a acercarse a Dios. El acto se realiza en ceremonias comunitarias. A menudo se utilizan narcóticos para conseguir una experiencia trascendental. Las mujeres tienen prohibido experimentar placer como castigo por acarrear el pecado original de Eva. Además, como parte de sus deberes de hermanas, deben realizar el ritual siempre que se les requiera.

La comuna: Propiedad de la Orden controlada por el profeta David. Es una

comunidad segregada, vigilada por los discípulos y los ancianos y equipada con armas por si reciben un ataque del mundo exterior. Los hombres y las mujeres permanecen en áreas separadas. Las Malditas viven en alojamientos privados apartadas de todos los hombres, excepto de los ancianos. Todo el terreno está rodeado por una verja.

La Orden: Nuevo movimiento religioso apocalíptico cuya fe se fundamenta en ciertas enseñanzas cristianas seleccionadas y en la fuerte creencia de que el apocalipsis es inminente. Está liderada por el profeta David, quien se declara a sí mismo profeta de Dios y descendiente del rey David, junto con los ancianos y los discípulos. Los miembros conviven en una comuna aislada y llevan una forma de vida tradicional y modesta basada en la poligamia y las prácticas religiosas no ortodoxas. Afirman que en el «mundo exterior» solo existen el pecado y el mal. No tienen contacto con nadie externo a la Orden.

Las Malditas: Mujeres y niñas de la Orden consideradas demasiado hermosas y pecadoras por naturaleza. Viven separadas del resto de la comuna. Se considera que son demasiado tentadoras para los hombres. Se cree que las Malditas son las que más posibilidades tienen de alejar a los hombres del camino correcto.

Terminología de los Verdugos de Hades

Base madre: Sede principal del club. Ubicación original.

Conocer al, ir o irse con el barquero: Coloquial. Morir. Hace referencia a Caronte, el barquero de los muertos, un demonio (espíritu) del inframundo de la mitología griega que transportaba las almas de los difuntos al averno. El precio que se pagaba para cruzar los ríos Estix y Aqueronte para llegar hasta Hades consistía en una moneda que se colocaba en la boca o los ojos del muerto al enterrarlo. Aquellos que no pagasen debían vagar durante cien años por las riberas del Estix.

Cuero: Chaleco de cuero que llevan los moteros proscritos adornado con parches e ilustraciones que resaltan los colores distintivos del club.

Dama: Mujer casada con un miembro, protegida por su pareja. Este estatus es sagrado para los miembros del club.

Entregar/recibir los parches: Cuando a un nuevo miembro se lo aprueba

como miembro de pleno derecho.

Hades: Señor del inframundo en la mitología griega.

Hielo: Metanfetamina.

Iglesia: Donde tienen lugar las reuniones del club para miembros de pleno derecho dirigidas por el presidente de este.

Ir o irse con Hades: Coloquial. Hace referencia a morir.

Nieve: Cocaína.

Perra del club: Mujer que va a la sede del club para tener encuentros sexuales casuales con los miembros.

Uno por ciento: Durante un tiempo se rumoreó que la Asociación Americana de Motociclismo (AMA, por sus siglas en inglés) había afirmado que el 99 por ciento de los moteros eran ciudadanos que respetaban la ley. Aquellos que no obedecían las normas de la AMA se denominaban a sí mismos «uno por ciento», es decir, el uno por ciento restante que no acataba la ley. La gran mayoría del uno por ciento pertenecen a clubes de moteros proscritos.

Verdugos de Hades: Club de moteros proscritos del uno por ciento fundado en Austin, Texas, en 1969.

Zorra: Mujer que forma parte de la cultura motera. Término cariñoso.

Estructura organizativa de los Verdugos de Hades

Aspirante: Miembro en periodo de prueba del club. Participa en las salidas, pero tiene prohibido asistir a las reuniones.

Capitán de ruta: Responsable de todas las salidas del club. Investiga, planifica y organiza todas las salidas y carreras. Alto mando del club que solo responde ante el presidente o el VP.

Presidente (presi): Líder del club. Portador del mazo, símbolo del poder absoluto del presidente. El mazo se utiliza para mantener el orden en la iglesia. Dentro del club, su palabra es la ley. Los miembros más antiguos son sus consejeros. Nadie cuestiona sus decisiones.

Sargento de armas: Responsable de la seguridad del club, de la vigilancia y de mantener el orden en los eventos. Informa al presidente y al VP de comportamientos inapropiados. Se encarga del bienestar y la protección del

club y de sus miembros y aspirantes.

Secretario: Responsable de realizar y guardar todos los registros del club. Avisa a los miembros de las reuniones de emergencia.

Tesorero: Lleva un registro de todos los ingresos y gastos. También de todos los parches y colores del club actuales y pasados.

Vicepresidente (VP): Segundo al mando. Ejecuta las órdenes del presidente y hace de enlace entre este y las demás facciones del club. Asume todas las responsabilidades y funciones del presidente en su ausencia.

Prólogo

El vapor nublaba el baño. Salí de la ducha goteando y no me molesté en cubrir mi piel desnuda. Me tambaleé hasta el tocador y me quedé congelada ante el espejo empañado, con la mirada perdida.

Me sentía entumecida, paralizada.

Todo lo sucedido en los últimos meses me había destrozado. Me atormentaba, hacía que me cuestionase la fe que antes había sido inquebrantable. Me había revelado como lo que era: una puta, una tentadora, una mujer incapaz de estar en armonía con Dios. Una mujer que, desde su nacimiento, había sido un producto del diablo, una obra maestra esculpida a la perfección por las garras manchadas de Satanás.

Con una mano temblorosa, limpié el espejo empañado hasta que pude ver mi imagen de pecadora. Observé a la chica reflejada en el cristal y fruncí los labios asqueada. Era preciosa, con una piel dorada perfecta, una larga melena rubia y unos ojos de color azul aciano. Un disfraz impresionante. La creación del mal supremo.

Cada mechón de pelo dorado estaba impregnado de pecado. Cada mota de zafiro en sus ojos desprendía inmoralidad y cada rubor de sus mejillas nacía de la impiedad.

Los hombres acudían a su lado cada vez que estaba cerca, atraídos por la elusiva trampa de Satanás. Querían poseerla, unirse a ella de la manera más carnal, enloquecidos por la seducción de las curvas de su cuerpo, sus grandes pechos y sus tentadores labios rosados.

Todos los pensamientos racionales desaparecían de sus mentes al mirarla.

Solo quedaba la determinación de dar rienda suelta a la lujuria, el deseo insaciable de estar con ella.

Se regodeaban con su belleza como polillas a la luz y, entre tanto, el demonio se regocijaba en su interior y atrapaba una nueva alma para arder en el infierno durante toda la eternidad.

Los presagios del profeta David me rondaban la mente, me atormentaban y me estrangulaban el alma:

«La creación de Dios está llena de belleza: los ríos que corren, las aguas cristalinas del mar, las cumbres nevadas de las montañas y los verdes pastos de la tierra. No hay nada más poético que ver cómo el sol se esconde en el horizonte al atardecer o verlo salir de nuevo al amanecer. Sin embargo, demasiada belleza en una mujer es un pecado. Una belleza tan arrebatadora solo puede tener un destino: Sheol.

»El Señor creó esta obra maestra que es el mundo para nosotros, sus elegidos, para que nos guiáramos por su palabra y nos regocijáramos con su nombre. Pero Satanás, celoso, observó a los elegidos de Dios en vano y, malicioso por naturaleza, proyectó su maldad sobre los elegidos.

»Llegó entre las sombras, sedujo y plantó su semilla en el vientre de mujeres santas mientras dormían, y de esta concepción nacieron las Malditas, mujeres contaminadas por el mal de forma innata, creadas por Satanás para atraer a hombres inocentes y puros a caer en el pecado. Son brujas, tentadoras, las cortesanas de Hades, enviadas a la Tierra a robar nuestras almas.

»Cuidaos de estas mujeres. Una mirada a sus ojos sin alma y quedaréis atrapados por la lujuria. Un toque de sus labios sobre vuestra carne y desearéis sus cuerpos con una necesidad carnal insaciable y objeto de pecado. Sus intentos de seducción os hechizarán, os atraparán para cumplir su condenable voluntad y luego os arrastrarán al azufre, donde arderéis eternamente.

»Ningún hombre puede amar de verdad a una mujer Maldita de Eva.

»Y ninguna mujer de Eva recibirá jamás el amor de un alma pura».

Parpadeé para detener las lágrimas y aparté la mirada de aquella chica, aquella mujer Maldita de Eva de la que hablaba el profeta David. Entonces me di cuenta: siempre sería así. El Señor nunca me salvaría, no importaba lo mucho que me esforzase. Nunca alcanzaría la salvación. Tal vez la única

forma de salvarse fuese enfrentarse al diablo de frente. No me salvaría hasta que los hombres dejaran de abandonar la rectitud y perdieran sus deseos de poseerme.

Solo me quedaba una cosa por hacer: arrancarme esta belleza envenenada otorgada por Satanás y volverme fea, desagradable, repulsiva, lo bastante fea para liberarme de esta maldición.

Capítulo uno

Ky

Complejo de los Verdugos de Hades Austin, Texas

—Los colombianos nos enviarán la nueva munición la semana que viene. Hemos recuperado a las bandas callejeras después del desastre del intento de invasión de aquellos chupacruces de mierda. Los clubes de poca monta nos van a dejar en paz, el senador Collins se encargará de que los federales no metan las narices donde no deben y las cosas parecen estar tranquilas con los Diablos.

«Vale», gesticuló Styx, el presi del club, mientras yo echaba un vistazo a mis hermanos, sentados alrededor de la mesa. «Por una puñetera vez estaría bien descansar de tanto drama».

Habían pasado cuatro semanas desde que fuimos traicionados por un topo dentro del club, uno que resultó ser el puto heredero de una secta religiosa de chalados. La secta que había tenido prisionera a Mae, la dama de Styx, durante toda su vida. Habían abusado de ella desde cría, en nombre de Dios. Rider, el topo, o más bien el hermano Cain, era un espía y había fingido ser parte de los Verdugos cinco años. El cabrón se dedicaba a recopilar información sobre la venta de armas para la secta de su tío para dejarnos fuera y robarnos el territorio y así financiar esa locura de comuna. Pero el gilipollas de Rider se obsesionó con Mae y se la robó a Styx, grave error,

para huir con ella a costas de vuelta a la secta.

A Styx casi se le va la pinza por la rabia, movilizó todas las divisiones del sur y asaltamos el lugar armados hasta los dientes. Hicimos pedacitos a todos los cabrones al mando, los supuestos discípulos de la Orden, le pegamos un tiro entre las cejas al profeta y Styx recuperó lo que era suyo, además de un par de amiguitas. Una rubia, una morena. Las dos estaban buenísimas, pero la rubia, joder, esa zorra era de primera. La polla se me puso como un mástil solo de acordarme de sus tetas enormes y de sus labios apetitosos.

Sin embargo, estaba como una puta cabra. Una fanática religiosa que ni de coña me iba a lamer los huevos en un futuro cercano. Tendría que tener un crucifijo de oro bendecido por el profeta de los cojones entre las piernas para conseguir que abriera la boca. Pero, joder, sería el santo grial de los coños.

Rider, el profeta Cain, el cabronazo, había escapado, pero lo destrozamos todo, solo sobrevivieron las mujeres y los niños. No quedó ningún discípulo para buscar venganza. Así que todo como siempre. Bueno, sin contar a las dos mojigatas peregrinas escondidas en el piso de arriba del apartamento de Styx que se negaban a salir.

Un carraspeo molesto me llamó la atención y miré a Styx. Me fulminaba con la mirada mientras gesticulaba a toda hostia, necesitaba que interpretase lo que decía. Mi mejor amigo y presi del club era mudo, el infame Verdugo mudo. Y yo era su portavoz, la gente de Texas sabía que podía hablar y también lo bueno que estoy. Joder, soy casi perfecto. Musculoso, alto, un buen pelo, una buena cara, la polla enorme. Lo que digo, casi perfecto.

Con la barbilla le indiqué a Styx que siguiera. También conozco la lengua de signos. Si vas a crecer con un hermano y mejor amigo mudo, más vale que aprendas rápido.

«¿Algo más?», preguntó Styx por signos y trasladé la pregunta a los demás hermanos.

Tanque, un tío calvo, tatuado y antiguo supremacista blanco, levantó la mano. Todos lo miramos.

—Un viejo colega del KKK me ha comentado algo.

Styx se inclinó hacia adelante para escuchar.

—Algo ocurre. Han organizado una reunión en su rancho de aquí. Suelen tener un par al año, pero esta no estaba programada.

—¿Qué puede significar? —pregunté.

Tanque se encogió de hombros.

—A saber. Voy a investigar un poco a ver qué encuentro. Por lo que sé, ninguno de los peces gordos tiene la condicional.

—¿Será una represalia? Styx se cargó a unos cuantos de los suyos en el viejo granero y matamos y torturamos a uno en la cabaña. ¿Collins les habrá dicho que lo chantajeamos? —sugirió Toro, nuestro enorme samoano con la cara tatuada.

Tanque suspiró y se reclinó contra el respaldo de la silla.

—Es posible. Si es así, tenemos que saberlo antes de que hagan una tontería.

Styx miró a Tanque y me chasqueó los dedos para que interpretase:

«¿Te apetece meterte en esto? Sé que tienes tus mierdas con los supremacistas blancos. Queremos manteneros a Preciosa y a ti alejados. ¿Vas a tener muchos problemas si metes las narices?».

Tanque se quedó callado y miró la mesa, luego sacudió la cabeza.

—Da igual, tengo que hacerlo yo. Soy el único que puede sacarles algo. Estaré fuera, pero a sus ojos siempre seré uno de ellos.

Styx asintió y nos repasó a todos con la mirada.

«Pégate a él, ¿vale? Donde vaya él, vas tú. A ver qué puedes averiguar».

Los dos asintieron conformes.

Eché un vistazo por la mesa y me crucé con las miradas de los hermanos: Tanque, Toro, Sonrisas, AK, Vikingo y, al fondo, sin dejar de moverse, nuestro psicópata particular, Flame.

—¿Algo más? —pregunté. Todos negaron con la cabeza.

Styx levantó el mazo y lo estampó contra la mesa para dar por terminada la reunión. Me puse de pie, aplaudí y sonreí.

—Ahora, a echar un buen polvo. Esta noche tenemos más perras de las que me puedo encargar. Solo tengo diez dedos y un rabo, ¡no puedo con todas!

Los hermanos estallaron en carcajadas y salieron en dirección al bar en busca de alguna zorra con la que echar un polvo y un buen trago. Flame salió por la puerta de atrás con el cuchillo en la mano, estas últimas semanas se estaba comportando como un perro guardián majareta.

Cuando la sala se quedó vacía me acerqué a Styx y le di una palmada en la

espalda.

—Te apuntas, ¿hermano?

Sacudió la cabeza y el pelo negro le cayó sobre la frente.

—V-voy a d-dar una v-vuelta con M-mae.

Silbé para tomarle el pelo.

—¡Joder, otra vez no! Quédate, bebe, folla. No tienes que largarte con tu zorra cada vez que nos divertimos.

Styx me miró.

—M-mae no e-está lista n-ni de c-coña para ver e-esa mierda. T-todavía se e-está adaptando a-al m-mundo exterior. Es d-demasiado.

Mae no conocía nada más que la vida en la comuna. Un estilo de vida como el de los peregrinos de hacía siglos. Seguía aprendiendo cómo funcionaba la vida aquí fuera y Styx se lo enseñaba poco a poco, a eso se refería.

—Como quieras. —Suspiré mientras Styx se llevaba la mano al bolsillo y sacaba las llaves de la Harley. De pronto, me vino una duda a la mente—. Te pones la gomita cuando te tiras a Mae, ¿verdad? Ya tenemos más problemas de los que nos gustaría en el club, no necesitamos más.

Styx dejó de moverse y me fulminó con la mirada. Lo capté a la primera: nadie hablaba mal de Mae y la tía nunca causaba problemas. El muy idiota estaba loco por esa zorra. Estaba buena, el pelo negro y los ojos negros de lobo tenían a mi hermano agilipollado. Styx estaba obsesionado con ella. Vivía y moría por ella. Yo nunca me dejaría comer el coco así por una tía buena, ni de coña.

Los coños estaban para lamerlos y follarlos, no para venerarlos.

Levanté las manos y retrocedí.

—Oye, solo quiero asegurarme de que no va a aparecer ningún mini-Styx correteando por ahí de un momento a otro. No estoy listo para ser tío y, con todo el tiempo que pasáis uno encima del otro, quería comprobarlo.

Styx se encogió de hombros y me ignoró. Entrecerré los ojos con sospecha.

—No estáis usando condón, ¿a que no, pedazo de imbécil?

Tensó la mandíbula antes de responder.

—N-no. Y si se q-queda e-embarazada, pues de p-puta madre. Quiero que

s-sea mía de t-todas las m-maneras p-posibles. Q-que tenga a m-mi hijo.

Abrí la boca alucinado y estallé en carcajadas.

—¡Joder, Styx! Preñarla antes del matrimonio. Pillas a una princesita de una secta religiosa de lo más chunga, la conviertes en la dama del presidente de los Verdugos, o sea, básicamente, la zorra número uno dentro de estas paredes, y, para terminar, le haces un bombo antes de ponerle un anillo en el dedo.

Styx se tensó y no cambió la expresión ni un ápice, lo que solo sirvió para que me riera más.

—Tío, te has ganado el derecho a llevar al diablo en la espalda. ¡Le has corrompido hasta el alma a esa zorra! Si no iba a ir al infierno, ¡ahora seguro que sí!

Se lanzó hacia delante, con el puño derecho preparado, justo cuando llamaron a la puerta. Un segundo después, Mae se asomó y Styx retrocedió mientras me dedicaba una mirada de odio con la que me aseguraba que pagaría por el comentario más tarde.

—Hola, Ky —me saludó Mae como una señorita y con ese extraño acento anticuado suyo mientras caminaba hasta Styx. Él levantó la mano y tiró de ella para acercarla. Le atrapó el pelo con el puño para besarla y con la otra mano me hizo un corte de manga.

Antes de que Rider la secuestrara, el tío ya estaba loco por ella, pero, desde que la recuperó, la había convertido en su propiedad, le había dado un parche con su nombre en la espalda y no la perdía de vista ni por un segundo. De hecho, pasaban tanto tiempo encerrados en esta habitación que seguramente invertía más tiempo follándosela que respirando.

—Ya habéis conseguido que me sienta incómodo, así que me piro a emborracharme —dije con sarcasmo. Al pasar a su lado, lo escuché gruñir y empezar a empujar a Mae contra la mesa.

Los dejé solos, entré en el bar y fui directo al aspirante que servía las copas. Antes de sentarme, ya tenía un vaso de Jack en la mano.

AK y Sonrisas se me sentaron uno a cada lado. AK miraba cómo Vikingo intentaba trabajarse a un par de perras y se descojonaba de su mala suerte. Sonrisas tenía la misma cara de amargado de siempre.

Preciosa y Tanque se acercaron caminando. Tanque antes era un supremacista blanco y Preciosa, su dama, una rubia despampanante que

actuaba como la madre de todos.

—Hola, encanto, ¿cómo estás? —me preguntó Preciosa antes de darme un beso en la mejilla.

—Bien. Estaré mejor dentro de una hora, cuando te vea triple gracias al alcohol y me tumbe con las piernas abiertas a dejar que las gemelas me hagan feliz con la lengua.

Preciosa sacudió la cabeza para reprenderme y AK levantó el vaso para brindar conmigo.

—¿Qué tal Maddie y Lilah? ¿Han bajado ya?

Negué con la cabeza.

—No, ojalá esa rubia tetona bajase donde yo me sé. Se me pone dura solo de pensar en esos labios gordos chupándome la polla.

—¡Ky! —gritó exasperada—. ¿No puedes contestar a la puta pregunta sin tanta guarrada?

—Relaja la raja, pava. No, no han salido de la habitación, siguen allí encerradas, pensando que somos un montón de seguidores del demonio esperando para arrastrarlas al infierno.

AK rio y se encogió de hombros.

—No se equivocan.

Preciosa suspiró y miró a la puerta por la que se subía a su habitación.

—Pobrecillas. Imagínate que te apartan de todo lo que conoces y, de todos los sitios del mundo, te sueltan aquí. Estarán aterrorizadas.

Me encogí de hombros.

—Mae lo llevó bastante bien, y estaba sola. Tienen que echarle huevos.

Preciosa me miró a los ojos con el ceño fruncido y una mueca en los labios.

—Mae se fue por su propio pie de esa secta de locos. Quería salir. A esas dos zorras de arriba las llevan violando y maltratando toda su vida, pero nunca quisieron irse. De repente irrumpís en su casa, pistola en mano, matáis al hombre que consideraban un dios, os las lleváis contra su voluntad, las metéis en una furgoneta de pederasta, gran idea, y esperáis que hagan como si nada. —Estaba lanzada—. Esas dos nunca se van a acostumbrar a esta vida, no es para ellas. El problema es: ¿qué les pasaría si se marchasen? ¿Dónde cojones irían? ¿Qué harían?

Ninguno dijo nada. Si las hermanas se marchasen, Mae se hundiría, y Styx no iba a dejar que eso ocurriese. De momento, aunque pasaran el día escondidas, se comportaban. No hacían preguntas. Y yo no me iba a quejar. Si eso significaba que de vez en cuando podía echarle un vistazo a la tía más buena que había visto en la vida, adelante, ¡aunque estuviera zumbada!

Se oyeron unas risitas agudas a nuestra espalda. Miré detrás de Tanque y Preciosa y vi a Tiff y Jules, mis perras predilectas, las gemelas con la lengua más famosa de Austin, que se acercaban dando saltitos. Esas dos lo hacían todo juntas, y cuando digo todo, quiero decir todo. Si me sumaba yo a la combinación, el resultado era una noche de la hostia.

—Ky, cielo —trinó Tiff con una sonrisa descarada.

Preciosa suspiró exasperada, puso los ojos en blanco y le dio un golpecito a Tanque en el pecho.

—Hora de irnos, cariño.

Tanque dijo adiós con la mano y AK y Sonrisas se largaron a la fiesta junto a la mesa de billar. Levanté las manos y tiré de las dos rubias para acercármelas al pecho. Gruñí cuando la mano de Jules aterrizó automáticamente sobre mi bragueta y empezó a acariciarme la polla dura.

Tiff acercó la boca a mi oreja y susurró:

—¿Te apetece divertirme un rato? Estamos muy cachondas.

La muy zorra se lamió los labios pintados de rojo, me levantó del taburete y echó a andar hacia el pasillo que llevaba a mi habitación privada. Diez minutos después, estaba tumbado sobre la espalda, con las piernas abiertas, la verga en la boca de Tiff y Jules sentada en mi cara.

«Joder, ¡me encanta mi vida!».

Capítulo dos

Lilah

—¡Y a no aguanto más, Maddie! ¡Esa horrible música! Te aseguro que es obra del diablo. ¡El diablo! ¿Has oído las letras? ¡Son pecaminosas, malvadas y hedonistas! ¡Mis oídos! Me sangran los oídos por culpa del volumen tan alto al que la tienen.

Caminé impaciente de un lado a otro sobre el suelo de madera oscura y miré a una silenciosa y pensativa Maddie, sentada en la cama mientras se abrazaba las piernas, que tenía encogidas hacia el pecho.

—¿Dónde está Mae? ¡Debo hablar con ella inmediatamente!

Maddie suspiró exasperada y echó un largo vistazo por la única ventana del pequeño apartamento, del cual nunca salíamos, el apartamento de Styx, situado sobre este supuesto «club de moteros» donde nos habían encarcelado. Los Verdugos de Hades, sea lo que sea lo que signifique eso.

Lo que sí sabía era que nos obligaban a vivir en este infierno después de sacarnos a rastras de nuestra casa y alejarnos de todo lo que conocíamos: la comuna. La Orden. El profeta del Señor. Nuestro sitio estaba con los elegidos de Dios. Era la única manera de alcanzar la salvación tras haber nacido como obras del diablo, seductoras envueltas en pecado. En vez de eso, nos habían separado de los nuestros y soltado en este antro de perdición. No sabíamos lo que le había pasado a nuestra gente después de que los llamados Verdugos disparasen a nuestros hermanos y hermanas. ¡Mataron a nuestro profeta! Solo habían pasado unas pocas semanas de todo eso.

«Oodio este lugar». Lo odiaba todo de él: los actos de pecado y libertinaje diarios que tenían lugar en el piso inferior, en ese bar de dudosa reputación, la violencia que había presenciado, las armas y, sobre todo, los hombres. Especialmente... a él. Ky. La «puta» de los Verdugos de Hades. El hombre que me sonreía siempre que yo estaba presente y se lamía los labios de esa forma tan lasciva.

Me ponía los pelos de punta. Era hermoso por fuera, con el pelo largo rubio y los ojos de un azul cristalino, pero su alma estaba corrompida.

«No se puede confiar en él. En ninguno de ellos».

—Está con Styx. Siempre está con Styx, Lilah. —La voz cansada de Maddie me rescató de pensar en ese libertino descarriado.

Caminé hasta la cama, me dejé caer sobre el colchón y me arrastré hacia atrás hasta que todo mi cuerpo quedó sobre la sábana de seda negra.

—¿Por qué se abre a esta vida, Maddie? ¿Por qué ríe y sonríe y se une en el plano carnal con el tal Styx mientras nosotras solo sentimos desesperación por la situación? ¿Por qué nos pudrimos aquí, encerradas en esta habitación que más bien es una celda, día tras día? Estamos condenadas al infierno si nos quedamos, Maddie, ¡al infierno!

Maddie levantó la mirada sin prisa hasta mirarme y apoyó la mejilla en la rodilla. Me miró con una expresión nostálgica.

—Porque está enamorada, Lilah. En Styx ha encontrado la pieza que le faltaba a su alma. —Suspiró y, con una sonrisa triste, continuó—: Deberíamos rezar para ser bendecidas del mismo modo. Para encontrar a alguien que nos ame sin reservas y nos proteja de todo mal. Desde niñas nos han obligado a estar con hombres que no amábamos. ¿No te gustaría disfrutar de las atenciones de un hombre al que tú hayas elegido? ¿Un hombre que te quiera para algo más que para un intercambio divino?

Me quedé boquiabierta por su respuesta.

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo encontraremos la salvación de las garras del diablo en este lugar, lleno de sus seguidores? Conoces las escrituras. Solo podemos ser absueltas de nuestro pecado de nacimiento mediante el honesto deseo del profeta y el Señor. Mediante los discípulos elegidos. ¡No de cualquier hombre que se abra paso entre nuestras piernas! He visto cómo seducen a las mujeres aquí. Es repulsivo.

Los ojos de Maddie se entristecieron y suspiró, luego volvió a mirar al

cielo oscuro a través de la ventana de nuestra «celda». Se me encogió el estómago de miedo. Había perdido la fe. Bella estaba muerta. Mae vivía una vida de pecado.

Era la única que quedaba para seguir el camino de la rectitud, la única para mantenernos a todas en ese camino.

Se escuchó un fuerte golpe que venía del piso de abajo. Maddie y yo dimos un salto y nos pegamos a la cama lo máximo posible, asustadas. La pantalla de la lámpara del techo empezó a balancearse y se oyó una sonora carcajada de la habitación justo por debajo de la nuestra, del «Inframundo», como lo llamaban.

Me incorporé como un resorte, apreté la sábana en los puños hasta que temí que el material se rasgara por la tensión y dejé escapar un fuerte grito. Semanas y semanas de frustración me explotaron en el pecho. Maddie gimió a mi lado y se acurrucó contra la pared.

«¡Se acabó!», pensé, perdiendo el autocontrol que me quedaba.

Me puse en pie, alisé el vestido gris, largo hasta los pies, que llevaba y busqué mi tocado. Até el grueso lino alrededor del apretado moño para ocultar mi largo cabello rubio. Respiré profundamente y me lancé hacia la puerta con decisión.

—¡Lilah! ¿Qué haces? —gritó Maddie presa del pánico. Abrió los ojos de par en par mientras me observaba avanzar con paso firme.

—¡Voy a solicitar que detengan sus actividades pecaminosas de una vez! Estoy cansada y hambrienta. No puedo dormir con ese ruido incesante y no me atrevo a bajar por miedo a que alguno de esos canallas me toque. La forma en que nos miran es obscena, como si fuésemos el fruto prohibido que desean devorar. Estoy cansada, muy cansada, y ¡ya no aguanto más!

Maddie sacudió la cabeza.

—No, Lilah. Espera a que Mae vuelva. Esos hombres son peligrosos. Ya viste lo que les hicieron a los nuestros en la comuna. No los incites a ser violentos también contigo.

—¡Debo decir algo! Ya no podemos depender de Mae. Ha perdido el camino y olvidado las enseñanzas del profeta. Está demasiado implicada con Styx. No atenderá a razones. Solo quedo yo.

Maddie se dejó caer en la cama y se mordió el pulgar, nerviosa, mientras volvía a abrazarse las piernas. Cualquier mención a nuestra fe le provocaba

esa reacción. También empezaba a perderse. Veía en sus ojos cómo la devoción hacia nuestro profeta se apagaba. La forma en que se regocijó cuando Moses fue asesinado hace unas semanas me confirman lo mucho que se ha descarriado de nuestra llamada divina. La Orden solo seguía las órdenes del Señor cuando los ancianos hacían lo que podían para liberarnos del demonio en los frecuentes intercambios divinos.

Entrecerré los ojos, respiré hondo, abrí los cuatro cerrojos de la puerta y tiré de la manilla. Después de contar hasta tres en silencio, me tragué el miedo y empujé la puerta. Entonces solté un chillido ensordecedor y trastabillé hacia atrás sorprendida, choqué con la pared y me quedé sin aire.

Sentado en una silla en el estrecho pasillo, justo delante de la puerta del apartamento, estaba ese infiel tatuado, Flame. Sabía que se pasaba el día ahí sentado. Le había espiado por la mirilla algunas veces. No estaba segura de si su objetivo era evitar que intentásemos escapar, como si fuéramos prisioneras, o protegernos. Rara vez dejaba su puesto. ¿Nos acosaba o velaba por nosotras desde el pasillo?

Sus ojos oscuros estaban concentrados en una larga hoja de plata en su mano, una hoja con la que se cortaba la piel, ya llena de cicatrices, en la parte inferior del antebrazo. Jadeaba excitado, se pasaba la lengua por los labios y, bajo los vaqueros, su virilidad se erguía erecta y tensaba la tela.

Sin poder contenerme, lloriqué asustada. Flame dejó de mirar el cuchillo y su perturbada mirada se fijó en mí. Dejó escapar un gruñido por verse interrumpido y yo retrocedí aterrada.

El cuchillo cayó al suelo y Flame se puso en pie de golpe, con todos los músculos del cuerpo en tensión. Se oyó crujir una tabla detrás de mí mientras intentaba fundirme con la puerta. Desvió la atención de mí hacia el ruido.

Respiró despacio por la nariz, con los puños apretados a los costados, mientras la sangre que manaba del corte del brazo se deslizaba por su piel y caía al suelo, donde se estaba formando un charco. Seguí el recorrido de su mirada hasta Maddie, que miraba a Flame con la misma intensidad. Estaba sentada al borde de la cama, embelesada. Lo más calmada posible, bajó la vista al charco de sangre y tragó saliva.

Me moví lo más despacio que pude y me recompuse. Flame se dio cuenta. Su respiración se volvió pesada y sus ojos color ónice saltaron de Maddie a mí.

—Baja, Lillah. Haz lo que ibas a hacer —me indicó Maddie con voz dulce —. Te calmará ser capaz de dormir un poco.

Carraspeé indignada.

—No pienso dejarte sola con él. ¿Has perdido la cabeza? ¡Parece estar a punto de matar a alguien!

Maddie relajó los hombros y me miró.

—Flame no me hará daño, no tengo ninguna duda. —Lo miró a los ojos y se sonrojó—. Lo cierto es que es el único hombre con quien me siento segura.

Giré la cabeza para mirar a Flame y me esforcé por atisbar la confianza que Maddie veía. Vestía entero de negro, con pantalones de cuero, una camisa ajustada y el chaleco de cuero que todos llevaban. Llevaba pistolas y cuchillos enganchados al pecho y tatuajes de los pies a la cabeza. Tenía barba y el pelo descuidado.

Me tambaleé de cansancio.

—Lillah, ¡vete! Antes de que te desmayes por el agotamiento —me ordenó Maddie.

Volvió a sentarse en la cama y a mirar por la ventana. Flame se apoyó en la pared y se deslizó hasta quedar sentado en el suelo frente al hueco de la puerta. Eligió un nuevo cuchillo, dejó de prestar atención a Maddie y procedió de nuevo a cortarse el antebrazo.

El ruido de otro escandaloso disparo subió por las escaleras y esta vez hizo tambalearse las lámparas del pasillo. Maddie siguió en la cama en silencio, perdida en sus pensamientos. Flame estaba ensimismado con su derramamiento de sangre. Solo quedaba yo para enfrentarme al comportamiento de los animales que estaban abajo.

Pasé junto a Flame con cuidado de no tocarle y bajé por las escaleras hasta el pasillo que llevaba al club. A cada paso, el ruido crecía y me estremecí cuando la música hizo retumbar las paredes de madera. Nunca en mi vida había sentido tanta rabia.

Me detuve frente a la puerta metálica que abría la entrada al antro de maldad mientras reunía el coraje para enfrentarme a la horda de infieles. Me temblaba la mano al agarrar el pomo y tuve un momento de duda. Si en la comuna se me hubiese ocurrido desafiar a un hombre, me habrían castigado con dureza. Pero allí sabía cuál era mi sitio, tenía una rutina y un orden, las mujeres no cuestionaban a los hombres. Este club era Sodoma y Gomorra,

cada uno hacía lo que le apetecía, cuando le apetecía, sin tener en cuenta los sentimientos ni las necesidades de nadie que viviera allí.

Siempre fui la más obediente de las Malditas, siempre obedecía y no cruzaba los límites, no como la pobre Bella, o Mae. Pero tantos días sin dormir, con hambre y muerta de miedo en un mundo desconocido, me empujaron a hacer algo que de otra manera nunca habría hecho.

—¡Ky! ¡Saca la polla de la boca de esa zorra y ven aquí! —gritó una voz por encima de la música, y el estómago me dio un vuelco. Estaba segura de que lo que iba a ver no sería agradable. Ya había visto cosas desde la ventana que nunca habría imaginado, ni en mis peores sueños.

«Señor, dame fuerza para seguir adelante. Dame fuerza para enfrentarme a todo lo que es impuro».

Mientras oía cristales romperse y las burlas de los hombres, dejé de rezar, abrí los ojos, agarré con fuerza el pomo y empujé.

La habitación la cubrían espesas nubes de humo y el aire olía a sudor masculino, alcohol y actos sexuales. Contuve las náuseas y avancé con paso firme hacia la locura.

No tardé mucho en quedar paralizada por el miedo.

Mujeres medio desnudas llenaban la habitación y vertían alcohol en las bocas de los hombres. Ojalá eso fuera lo peor. También había mujeres que tomaban a los hombres con sus bocas, a horcajadas sobre sus rodillas, que dejaban que las penetrasen y que participaban en actos carnales con otras mujeres. Me revolví de asco.

Mirase donde mirase había pecado.

Traté de localizar a Mae y a Styx, pero no pude verlos entre tanto humo.

Me aclaré la garganta, cogí aire y pregunté:

—¿Podrías bajar el volumen, por favor?

Nadie me oyó. Nadie me miró.

Cuadré los hombros y lo intenté de nuevo.

—¡Por favor! ¡Quién sea! ¿Podéis bajar el volumen? Estoy cansada y me gustaría dormir.

Una carcajada que me hizo estremecer resonó desde el otro lado de la habitación. Por un instante, creí que la risa iba dirigida a mí, pero nadie miraba en mi dirección. Mis súplicas habían pasado desapercibidas.

Valoraba qué hacer a continuación cuando una mano me agarró por detrás y me apretó. Me volví rápidamente y empecé a protestar, pero al darme la vuelta me encontré de bruces con una alta mujer rubia, una de las mujeres de Ky, una de las mujeres con las que me tentaba mientras lo observaba por la ventana.

Retrocedí fuera de su alcance, pero me siguió. Llevaba una falda de cuero corta y le veía los pechos a través de la tela ceñida y transparente de su camisa. Tenía los ojos verdes vidriosos y los labios pintados de rojo.

—No seas así, bombón. Aquí no hay lugar para la timidez. Eres preciosa. Entiendo que Ky no te quite los ojos de encima. Es normal que quiera follarte.

La incomodidad me dejó sin habla mientras la mujer se acercaba de nuevo. Con los dedos de uñas rojas intentaba liberar mi cabello del tocado mientras sus pechos firmes presionaban los míos.

Cuando deshizo el lazo de mi tocado, di un grito ahogado y retrocedí un paso sorprendida mientras intentaba volver a ponerlo en su sitio con desesperación. Me di la vuelta para huir, pero me había perdido, el humo me impedía ver la salida. Mientras corría entre la multitud de hombres y mujeres borrachos, el pánico se apoderó de mí. No debería haberme atrevido a bajar. Era un auténtico antro de pecado.

Hombres y mujeres intentaban tocarme, se burlaban de mí y se reían en mi cara, lo que solo servía para alimentar mi miedo.

En medio de mi búsqueda frenética de la salida, tropecé con una gran máquina negra que emitía un sonido que me hacía daño en los oídos: la fuente de la música. Sentí furia al mirar la sala, me giré para extender la mano, encontré un largo cable y tiré con fuerza.

En un segundo la música se detuvo. Respiré aliviada y no pude contener una pequeña sonrisa.

Entonces me di cuenta de que todo había quedado en silencio.

Sentí docenas de ojos en la espalda y me di la vuelta despacio, con el cable aún en la mano. La habitación estaba extrañamente quieta sin la música retumbando a todo volumen y se me cortó la respiración cuando los hombres, Los Verdugos, empezaron a avanzar a través del humo. Reconocí a los líderes por los chalecos de cuero.

El primer hombre en llegar tenía el pelo negro y corto y me miraba con curiosidad. No daba tanto miedo, pero aun así intimidaba. El segundo era muy

alto y tenía el pelo y la barba pelirrojos. Me sonreía con lujuria y se mordía el labio inferior. El siguiente era larguirucho, menos musculoso, con el pelo castaño largo y ojos amables. A su lado había un hombre calvo y, agarrada a su brazo, una mujer rubia que me sonreía. Parecía querer acercarse, pero la rigidez de mi postura pareció disuadirla. La había visto antes con Mae, desde la ventana del apartamento. Parecía amable, pero no estaba ahí para hacer amigos. De hecho, no tenía intención de quedarme mucho más tiempo.

Los discípulos vendrían a por nosotras, entonces todo volvería a estar bien a ojos del Señor. Nos podríamos salvar.

—¡Fuera de mi camino! ¿Qué coño pasa? ¿Quién cojones ha apagado la música? —gritó una voz masculina desde el otro lado del bar.

Me tensé cuando la multitud se separó y apareció un hombre, un hombre que me era familiar, imponente con el pelo rubio hasta los hombros, alto, musculoso, con una barba rubia oscura de pocos días y los ojos azules más penetrantes que había visto nunca.

Ky.

Al mirarlo me quedé sin aliento. El estómago me dio un vuelco y los muslos me temblaron ante la mera visión de su dominante estructura. Era el hombre más hermoso que me había encontrado en la vida.

Los carnosos labios de Ky estaban tensos por la ira mientras avanzaba, pero, cuando llegó al frente de los hombres y sus ojos se encontraron con los míos, parecieron ablandarse un poco y sus labios se relajaron para soltar un leve suspiro.

Asustada por que me fallaran las piernas a causa del temblor de mis rodillas, di un paso atrás contra la silenciosa máquina de música.

Ky avanzó hacia mí, la camisa blanca se ajustaba a su torso y los vaqueros caían sueltos sobre sus piernas. Al acercarse se pasó la mano por el pelo descuidado mientras masticaba despacio un pequeño y delgado palillo de madera entre los dientes.

No podía hablar, pensar ni respirar. Con la mano libre me apoyé en la estantería que tenía detrás para mantenerme firme. El olor de Ky me invadió. El corazón se me aceleró y la sangre me ardió en las venas.

Las fosas nasales de Ky se ensancharon cuando se aproximó y sus ojos azules devoraron mi recatada figura. No se detuvo tres pasos delante de mí, como se les pedía a los hermanos que hicieran en la comuna. No mantuvo una

distancia apropiada, como debería hacer un hombre con una mujer en público. Nada de eso, se acercó hasta que su impresionante altura se alzó sobre mi cabeza y su pecho presionó mis senos.

Sentía la intensidad de su mirada. Cerré los ojos, demasiado asustada para enfrentarme a ese hombre diabólico. Perdía la compostura cuando estaba cerca. Era grosero y terriblemente promiscuo, la cabeza me advertía de su naturaleza malvada y seductora, pero el corazón traicionaba a mi virtud y lo anhelaba, deseaba tenerlo cerca. Su hermosa cara y su cuerpo me tentaban a dejarlo entrar en mi cuerpo. Era mi propio fruto prohibido, del que debía mantenerme lo más lejos posible.

—Tú —exhaló.

Olí el alcohol en su aliento cuando me rozó la mejilla con los labios. Traté de apartar la cara, pero me sujetó con la mano para que no me moviera.

—Mírame, zorra. Quiero ver esos ojillos azules.

Me concentré en mantener la calma, pero estaba al borde del pánico.

De pronto, una mano me agarró un pecho y gimoteé al recordar los momentos en que por la fuerza me liberaban de mi pecado original.

Empecé a temblar sin poder evitarlo y me maldije por haber bajado ahí. No había actuado con propiedad y ahora pagaba el precio. Dios me castigaba por entrar voluntariamente en ese infierno.

—Suéltame, por favor —supliqué sin abrir los ojos.

Ky se acercó más, sentía la firmeza de su cuerpo contra el pecho. Traté de tragarme el miedo, pero no funcionó. Ky se abrió paso con la mano hasta los lazos del tocado en mi cuello.

—No escondas esa melena rubia, encanto. Es preciosa. Eres una zorra preciosa —dijo con voz áspera.

Su mejilla áspera me rozó la suave piel cuando sus manos me quitaron el tocado. Luego tiró de las horquillas que mantenían el moño en su sitio. El pelo me cayó en cascada hasta la cadera y Ky soltó un largo gemido lleno de dolor al ver mi cabello libre.

Las lágrimas se me acumulaban en los ojos cuando me agarró del pelo. Se inclinó e inspiró, mientras con las caderas presionaba contra mi estómago.

—Joder, tía. Llevo con ganas de hacer que te corras desde que te puse los ojos encima, te quiero debajo, encima, subida a mi polla. Quiero follarte tan

fuerte y oírte gritar, lamerte hasta que no puedas más.

Sollocé, nerviosa, pero no me hizo caso.

El cálido aliento de Ky me recorrió la mejilla hasta que sentí humedad en los labios y abrí los ojos al darme cuenta de lo que era: su lengua, su lengua saboreando mi piel.

Le puse las manos en el pecho y, justo cuando iba a empujarlo y gritar para pedir ayuda, un fuerte silbido casi ensordecedor cortó el aire.

Ky apartó la lengua, apoyó la frente en la mía y suspiró, notablemente molesto. Unas pisadas que venían hacia nosotros retumbaron en el suelo de madera y, de pronto, alguien apartó a Ky de mi cuerpo rígido y lo estampó contra la pared.

Abrí los ojos como platos al ver a Styx sujetar a Ky por la garganta. Sin embargo, este solo tenía ojos para mí. Cuando nuestros ojos se encontraron, gruñó y se mordió el labio, mientras con la mano se agarraba la masculinidad que abultaba en sus pantalones. Con un rugido, Styx levantó el puño y golpeó a Ky en la cara. Temblé de la cabeza a los pies y tuve la imperiosa necesidad de salir huyendo de allí al ver el cariz violento que había tomado la situación.

Aparté la mirada cuando Styx se llevó a Ky a una habitación privada y entonces me di cuenta de que el resto del club me observaba, hasta que un hombre de pelo corto castaño los alejó.

Las lágrimas me rodaban por las mejillas. ¿Cómo se me había ocurrido bajar ahí? Yo no era así. Ese lugar me corrompía el alma. Me obligaba a mostrar comportamientos nada femeninos. Las mujeres no deben desafiar a los hombres y, sin embargo, me había comportado de manera errática y descarada.

—¿Lilah? ¿Estás bien? ¿Qué haces aquí abajo, sola?

Mae apareció de pronto en mi línea de visión y me puso las manos sobre los hombros. Sus ojos azules me miraban con cariño y preocupación.

Sacudí la cabeza, agitada.

—Estoy tan cansada y confusa... Quería que esa horrible música parase. Necesito dormir desesperadamente. Estoy muy cansada, Mae. Entonces, él... me ha tocado, me ha soltado el pelo, ha puesto la boca sobre mi piel. —Se me escapó un sollozo y Mae me abrazó—. Ha descubierto mi pelo, hermana. Ha deshonrado mi pudor ante los ojos de Dios. Lo he tentado a tocarme. He tentado a otro hombre, Mae... Hablaba con lujuria de lo que quería hacerme.

Está bajo mi hechizo. Otro más, Mae. El profeta David nos advirtió de que éramos trampas seductoras y lo somos. Dijo que quería follarme, lamirme... —Me estremecí, disgustada, incapaz de repetir sus palabras.

—Tranquila, Lilah. No eres el demonio, no eres nada de lo que nos han dicho toda la vida. No eres una tentadora. Eres preciosa, y eso no es un pecado.

Me negué a escucharla.

—Blasfemas, Salome. Olvidas las escrituras y dices falsedades.

El gesto de Mae se endureció. Nunca la había visto tan enfadada.

—Lilah, para. No digo falsedades. Por fin hablo con sentido. Todo lo que nos han hecho creer en la vida era falso. —Me frotó los brazos con las manos—. Aún sigo aprendiendo cosas del mundo. Cada día es una nueva lección. Me sorprendo cada día al aprender algo nuevo. Pero tienes que intentarlo, Lilah. Maddie y tú, las dos tenéis que hacerlo.

—No deseo esta vida, Mae. Soy fiel a la causa del profeta y nada cambiará eso. Y sí somos tentadoras. ¡Mira cómo se ha comportado Ky conmigo!

—En primer lugar, ¡el profeta David está muerto! La Orden ya no existe, cuanto antes lo aceptes y aprendas a vivir de nuevo, ¡mejor para todos! En segundo lugar, Styx está hablando con Ky ahora mismo. Ky será castigado por humillarte y tocarte en contra de tu voluntad. Está intoxicado por el licor y se comporta de manera cuestionable. Créeme, en el poco tiempo que llevo aquí, he aprendido que es algo que suele hacer.

Se aclaró la garganta y me observó con cautela.

—Se quedó embelesado desde el momento en que te vio. Lo vi con mis propios ojos en la comuna cuando saliste arrastrándote de aquella celda. Y no tiene nada que ver con que seas el demonio disfrazado o una bruja que vuelve locos a los hombres con tus encantos malditos, como el hermano Noah te hizo, nos hizo, creer. Es porque eres rubia, esbelta y preciosa, el tipo de mujer que le gusta. A Ky no le avergüenza hacer proposiciones indecentes a una mujer ni seducirla. Este club se parece mucho a la comuna de la que venimos.

—¿En qué? —pregunté, aterrorizada.

Mae suspiró, preocupada.

—Tienen sus propias normas y creencias que los separan del mundo exterior. Ky es el segundo al mando y con ello vienen ciertos privilegios.

—¿Como el hermano Gabriel con el profeta David?

Mae asintió.

—Sí. Por eso tiene bastante poder entre los Verdugos. También es muy guapo, por si no lo has notado.

Mae estudió mi expresión, así que me apresuré a apartar la cara para ocultar el rubor de mis mejillas. Cualquiera que tuviera ojos se daría cuenta de que lo había notado. Cuando salí de aquella celda de mala muerte, fue lo primero que vi. Era formidable.

—A Ky no le faltan mujeres que quieran yacer con él.

Descarté los pensamientos promiscuos y me encontré la mirada expectante de Mae. Pensé en el Señor y volví a centrarme en mi fe, en las creencias que me habían transmitido a través de sus palabras.

—Está mal. —La aparté y los hombros de Mae se hundieron—. Comportarse de esa manera es maligno y pecaminoso. Yo no soy una de sus mujeres liberales, Mae. ¡No pueden tocarme y acariciarme como a un perro! Debo ser pura. Solo los hermanos y los discípulos tendrán derecho a yacer conmigo en el intercambio divino. Es la única forma de deshacerme del demonio que posee mi cuerpo, mi alma. ¡Ky, ese pagano, no es digno de ese derecho, no es un hombre de Dios! ¿Cómo podré salvarme si un siervo de Satanás me toca? Lo único que quiero es salvarme, redimirme a los ojos del Señor...

Las lágrimas me cayeron por las mejillas y empecé a hipar. De repente me sentí inestable, demasiado débil por la falta de comida. Los hermosos ojos azules de Mae se suavizaron, me sostuvo por los brazos y me besó en la cabeza.

—Ya lo sé, lo sé —me acunó—. Por eso Styx se lo ha llevado. Ky será amonestado como se merece, eso te lo juro.

Me aparté del abrazo de Mae y miré hacia la salida que daba a la calle, consciente de lo que debía hacer.

—Debo rezar. Liberarme de mis pecados, purificarme de la lujuria, el vicio y las malas acciones —afirmé.

Mae me agarró del brazo con cariño. Me estremecí cuando me tocó y retrocedí para soltarme de su mano.

—¡No, Mae! Debo expiar mis pecados. ¡Me voy al río a rezar! Me siento

sucia, soy sucia. Este lugar... ¿Cómo puedes vivir así? —Los ojos de Mae brillaron al recriminarle su caída en desgracia—. También rezaré por tu alma, hermana. Rezaré para que encuentres de nuevo el camino hacia el Señor.

Avancé a trompicones hasta la salida sin mirar atrás y salí por la puerta trasera a la fresca brisa nocturna. No quería ver la expresión herida de Mae. La quería. Quería que ella también se liberase de Satanás, éramos las Malditas, estábamos condenadas al infierno a menos que nos salvaran. Aún tenía fe en que nuestra gente y nuestro profeta regresarían, igual que Jesús. Estaba en las escrituras, podía recitar cada palabra.

Bajé corriendo por la verde colina junto al complejo hasta el pequeño río y me dejé caer de rodillas. Me llevé la mano al pecho, jadeando. Sentí algo en el bolsillo superior, bajé la vista y vi los lazos del tocado. Cerré mis ojos, aliviada. Mae debía de habérmelos devuelto.

Miré el agua oscura y agitada y me concentré en calmar el corazón, que me latía demasiado deprisa. El río fluía con fuerza. Tenía que quitarme de encima el sucio tacto de ese hombre. El tacto contaminado de sus manos y su lengua. Tenía que expiar su error.

Recuperé el tocado y lo agarré con la mano, me recogí el cabello en un moño apretado y puse la tela blanca en su sitio. En cuanto la prenda estuvo asegurada, me tranquilicé. Volvía a ser pudorosa y recatada.

Cerré los ojos, levanté la cabeza hacia el cielo, encontré ese rincón de paz en mi alma y me entregué a Dios:

«Jesús, por favor, rescátame de este lugar maldito y malvado. Llévame a tus brazos amorosos y líbrame del mal que vive dentro de mí, salva a todas las Malditas, a aquellas que fuimos engendradas por el mismísimo demonio».

Capítulo tres

Ky

— ¡Vete a la mierda, Styx! ¡Suéltame!

Borracho como una cuba, dejé que Styx me arrastrara por el pelo, me metiera en la oficina y me diera un puñetazo en la mandíbula que me partió el labio.

Me tambaleé hasta la mesa y apoyé la palma en la madera para enderezarme. Me di la vuelta para señalar a Styx con el índice de la mano izquierda. La sangre del labio me goteaba en la barbilla entre la barba. Styx estaba delante de mí con los brazos cruzados sobre el pecho y los músculos en tensión bajo la camisa. El cabrón era más musculoso que yo, pero no más alto. Estábamos bastante igualados si hablábamos de peleas. Pero no me apetecía pelear con mi mejor amigo. Con lo borracho que estaba, tenía todas las de perder.

—Es la única que te permito, gilipollas. Dame otra vez y verás — balbuceé y me limpié la sangre de la cara con el dorso de la mano.

Styx esbozó una sonrisa burlona y soltó una carcajada incrédula. Dio un paso al frente y me preparé para llevarme una paliza. En vez de eso, agarró una silla de madera y la lanzó al otro lado de la habitación mientras acompañaba el gesto de un rugido. Ignoré el estrépito y cerré los ojos para intentar que todo dejara de darme vueltas.

Renuncié a recuperar el equilibrio y retrocedí para sentarme en el borde de la mesa.

Mientras escuchaba las pisadas de Styx sobre el suelo de madera, abrí los ojos despacio y los entrecerré cuando la luz del fluorescente del techo me atravesó la cabeza como una bala. Mi amigo se colocó delante de mí y era evidente que intentaba decir algo, pero cuando se ponía así de nervioso su tartamudeo empeoraba y era incapaz de hablar. De ahí su nombre: el Verdugo Mudo. Solo era capaz de hablar conmigo y, ahora, también con Mae, pero en ese momento no conseguía verbalizar una mierda. Me sentí como un gilipollas.

Respiré hondo, me esforcé por no vomitar y levanté las manos en un gesto de rendición.

—Relájate. Céntrate en lo que quieres decir. La he cagado, lo pillo, y estás cabreado otra vez.

Styx endureció la expresión, se frotó la frente y empezó a dar vueltas por la habitación mientras tosía y se frotaba la garganta. Se preparaba para hablar, así que me puse de pie y me dejé caer en una silla. Tenía la sensación de que iba para largo.

Cerré los ojos y me evadí pensando en echar un buen polvo, pero no me sacaba a la rubita peregrina de la cabeza. Ese coño puritano que quería montar cual jinete. Joder, estaba muy buena, los ojos azules, el pelo rubio y las tetas enormes, que había tenido apretadas contra el pecho.

Unas tetas duras y bien puestas en las que me quería correr y con las que quería hacer un sándwich con mi polla hasta perder la cabeza. ¡Joder! Solo de pensarlo se me ponía como un poste.

—¡K-K-Ky!

Sobresaltado, abrí los ojos y me encontré a Styx mirándome como si fuera a degollarme. Se pasó las manos por el pelo y me di cuenta de que me había dedicado a acariciarme la erección por encima del vaquero mientras pensaba en la rubita. Mierda, estaba demasiado borracho.

Styx se dio la vuelta y se apoyó en la pared. Levanté las manos.

—Oye, tío...

—T-te dije q-que te alejaras d-de ella, j-joder. ¡T-te di una p-puta orden c-como presidente! —me interrumpió, tartamudeaba más de lo normal a causa del enfado.

Suspiré y me encogí de hombros.

—Ya lo sé. ¿Qué quieres que te diga? Iba como una puta cuba y de repente

me la encuentro en medio del bar, me mira con esos ojazos y esos labios que no me saca de la puta cabeza. Mierda, Styx, ¡es perfecta! No pude evitarlo. Es que, joder, ¡menudas tetas! No pienso en otra cosa, me he vuelto loco.

—M-mierda, Ky —rugió Styx—. ¿Solo p-piensas c-con la p-polla?

Se masajeó el puente de la nariz, luego dejó caer la mano y volvió a mirarme. Respiró hondo y dijo:

—M-Maddie y L-Lilah n-nunca salen del apartamento. M-Mae se e-está volviendo l-loca. Flame está m-más zumbado d-de lo n-normal y n-no se m-mueve de su p-puerta. Lo último q-que necesito es que t-tú también me c-causes p-problemas, j-joder.

Asentí y me incliné hacia delante. Styx dio un puñetazo a la pared.

—N-no voy a p-perder a M-Mae. La p-perdí una v-vez, n-no volveré a hacerlo. T-tenemos que c-conseguir q-que esas z-zorras de arriba s-se tranquilicen d-de una p-puta vez, q-que dejen de asustarse d-de su p-propia sombra y s-se acostumbren a l-la vida l-lejos de esa p-panda de c-chupacruces de m-mierda.

Me sentí culpable al ver a mi hermano temer perder a su dama, me disponía a hablar cuando la puerta se abrió y Mae entró. Hablando del diablo.

Styx se separó de la pared en cuanto entró, pero ella levantó las manos en su dirección, cabreada, y se giró hacia mí. Iba vestida con unos vaqueros oscuros, un top de los Verdugos y el chaleco de cuero donde ponía «Propiedad de Styx». Joder, había estado llorando, fantástico. No había nada peor que una zorra llorona dispuesta a cantarme las cuarenta.

Se detuvo a pocos pasos de la silla en que me sentaba, se llevó las manos a las caderas y explotó.

—¡Cómo te atreves a tratar así a mi hermana! —siseó. De reojo, vi cómo Styx suspiraba exasperado y se llevaba las manos a la cara.

—Se pasa todo el día, todos los días en esa habitación y lleva así semanas. Da igual lo que les cuente sobre el mundo fuera de la Orden, ni ella ni Maddie se atreven a poner un pie fuera del apartamento, creen que el mal existe y se apoderará de ellas si lo hacen. Lilah no cree una palabra de lo que le digo, se niega a abandonar su fe, y Maddie, Dios mío, ella apenas pronuncia palabra, lo único que hace es sentarse y mirar por la ventana hora tras hora. Se ha cerrado del todo y Lilah se está volviendo loca poco a poco. Se desmorona más cada día que pasa alejada de la comuna.

Mae se giró para encararse con Styx.

—¡Y tú! Tienes que volver a hablar con Flame. Siempre que no tiene que hacer algo para ti se pasa el tiempo sentado delante del apartamento mientras se cortaba. Lilah está muerta de miedo por verlo sisear con el cuchillo en la mano, otra cosa que no hace más que impedir que progresen de una maldita vez.

Styx levantó las manos.

—E-ese g-gilipollas no m-me hace ni c-caso. D-dice que las p-protecte mientras se raja, a s-saber de q-qué. P-pero no es m-malo q-que vigile la p-puerta. N-nadie tiene c-cojones de enfrentarse a Flame.

Mae suspiró y se volvió de nuevo hacia mí, esta vez las lágrimas le rodaban por las mejillas.

¡Mierda!

—Por favor, Ky, deja tranquila a Lilah. Sé que crees que te gusta, que es preciosa y que deja sin respiración, pero está muy mal y necesito que se recupere. Quiero que se quede aquí conmigo. No tienes idea de cómo nos han tratado siempre, por qué es como es. Casi a diario, hombres sádicos nos mancillaban en contra de nuestra voluntad, nos obligaban a hacer cosas terribles en nombre del Señor y, mientras tanto, solo nos teníamos unas a otras. Lilah está convencida de que esos hombres y sus actos salvaban nuestras almas porque estábamos marcadas como tentadoras. Aún lo cree y piensa que tiene que volver a estar bajo su yugo para alcanzar la salvación. Es lo que nos hicieron creer y lo que nos esforzábamos por conseguir. Yo he perdido mi fe, pero la de Lilah se ha hecho más fuerte.

Mae miró a Styx, que se había puesto tenso y respiraba con dificultad. Detestaba oír hablar del malnacido que la había violado la mayor parte de su vida. Ahora estaba muerto, claro, pero su fantasma rondaba entre los dos cada día que pasaban juntos.

Me miró de nuevo.

—Ky, desde que los Verdugos mataron al profeta David y arrasaron la comuna, Lilah cree que está siendo castigada, que está en el infierno por haber abandonado nuestra tierra sagrada, nuestro jardín del Edén. Incluso me considera a mí, su hermana, una pecadora por yacer con Styx, un no creyente. Cree que me he pasado al bando del mal por propia voluntad.

Styx se acercó a Mae y la abrazó por detrás. La atrajo hacia él, le besó el

cuello y le susurró algo al oído que no escuché. Mae se relajó y se aferró a sus brazos, tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos, y le respondió en otro susurro:

—Tú eres mi luz, amor. Eres mi elección.

Styx cerró los ojos y suspiró.

Sentí un pinchazo desconocido en el pecho y me di cuenta de que, por primera vez en mi vida, envidiaba a Styx, envidiaba ser así de importante para otra persona.

Mae me miró.

—Ky, Lilah cree a pies juntillas en nuestra fe, cree que las escrituras del profeta David eran literales. Toda la vida nos han dicho que Maddie, Lilah y yo éramos la semilla del diablo, que éramos hijas del mal, creadas hermosas para tentar a los hombres, para robar sus almas y entregárselas a Satán. Lilah siempre ha sido la que peor se ha tomado esta etiqueta. Ella tuvo una vida diferente antes de que la llevaran a la comuna del Profeta. Maddie, mi hermana Bella y yo ya nacimos como Malditas. Lilah nunca habla de ello, pero imagino que tenía una familia y que la expulsaron cuando el Profeta la señaló como Maldita. Ahora lo entiendo. Ahora mismo, Lilah daría lo que fuera por volver a ser aceptada en la fe, para salvar su alma a los ojos de Dios. Cree que tienta a los hombres porque es malvada, perversa.

Hizo una pausa y suspiró.

—Tu comportamiento en el bar solo ha servido para reforzar sus creencias. Cree que el demonio te ha poseído a través de ella. Cree que ningún hombre podrá nunca amarla de verdad hasta que se libre de la maldición, de su naturaleza tentadora.

Le cayó otra lágrima por la mejilla.

—No sé cómo hacer que quieran esta vida. Ya no existe la comuna ni la Orden. No sé cómo ayudarlas. ¿Qué les pasará si no se adaptan?

Sus ojos lobunos miraron a Styx mientras se secaba las mejillas con el pulgar, él cuadró los hombros con gesto protector.

—Necesito tu ayuda, Ky. No me lo pongas más difícil. Si me dejasen, no sé qué...

Styx le dio la vuelta entre sus brazos y ella lloró con la cara enterrada en su pecho. Él tensó la mandíbula y me fulminó con la mirada.

Qué bien. Ahora quería matarme por hacerla llorar.

Me pasé las manos por la cara, me puse en pie y Mae levantó la cabeza, sorprendida.

—Me mantendré lejos de Lilah, lo juro —prometí. Mae asintió, aunque su rostro se mantuvo inexpresivo.

—Gracias.

Styx seguía mirándome, conocía esa mirada. Tramaba algo. Me disponía a marcharme cuando se aclaró la garganta y me miró con expresión de no pasar ni una. Soltó la espalda de Mae para gesticular mientras la cara de ella seguía contra su pecho y sus brazos, abrazados a su cintura con fuerza.

«Busca a Lilah. Estará en el río o en su habitación. Son los únicos sitios a los que va. Dile que lo sientes por haber sido un gilipollas y casi agredirla esta noche. ¿Queda claro?».

Asentí en silencio. Estaba claro que no quería que Mae se enterase de nuestra «conversación». Levantó el dedo y me detuve otra vez, entonces sonrió.

«Voy a ponerte a cargo de ella y no se lo diré a Mae. Digamos que es tu castigo por ser un capullo de mierda». Puse los ojos en blanco ante su intento de bromear, pero tenía claro que no estaba de coña. «Vigila a Lilah, protégela y, sea como sea, haz que se acostumbre a esta vida. No puedo perder a Mae y, si esas zorras no se adaptan, no sé qué hará. Los dos sabemos que la vida en el club es lo contrario a una buena vida cristiana, pero tenemos que conseguirlo». Suspiró y apoyó la mejilla en la cabeza de Mae, pero sin dejar de mirarme. «Consigue que la rubia se tranquilice de una puta vez, pero no te atrevas a tocarla. Cerebro sorbido o no, es intocable. Es una orden, como tu presidente. Eres mi mejor amigo, mi hermano, mi VP y necesito tu ayuda de verdad. Esto me sobrepasa».

Cerré los ojos e incliné la cabeza. Lo que me faltaba. El Ku Klux Klan seguía siendo un problema. A saber qué otras mierdas estaban por llegar. Siempre había algún enemigo dispuesto a tirar la puerta abajo. El cabrón de Rider seguía por ahí, escondido como una rata. Con suerte, estaría en el fondo de algún pozo, pero puede que volviese a aparecer, el tío estaba obsesionado con Mae.

Joder, ahora me tocaba hacer de niñera.

Cuando abrí los ojos, Styx me seguía mirando con desesperación y noté un

pinchazo en el pecho. Toda su vida lo ha tenido difícil. Mudo con todos menos con su viejo y conmigo, hijo del cabrón más cruel y duro que haya caminado por la Tierra, heredó el mazo a los veinticinco para convertirse en presidente del club de moteros más grande y delictivo de Estados Unidos. Pero todo cambió cuando Mae apareció medio desangrada detrás de un contenedor de basura; ella le cambió la vida con una sola mirada lobuna. Nunca lo había visto tan feliz. ¿Y ahora le daba por hablar de niños? Joder.

Se merecía un respiro, se merecía tener a Mae a su lado. Era una buena dama, lo bastante jodida como para aceptar cómo hacíamos las cosas y lo bastante sumisa para no cuestionar nunca a su hombre.

Si tenía que hacer de canguro de una zumbada religiosa sin ponerle un dedo encima y, sin duda, con un dolor de huevos de campeonato, que así fuera.

Si había un Dios, en ese momento se estaba descojonando de mí, un seguidor del diablo desesperado por probar a una de las suyas.

«Sabes que lo haré, hermano». Fue la única respuesta que le di a Styx mediante signos. Relajó el gesto, aliviado. Al salir, los vi besarse por encima del hombro. No iba a ser divertido pasar el día persiguiendo a la peregrina puritana, pero es lo que haría un hermano y, aunque no tuviéramos ningún parentesco de sangre, no existían lazos más fuertes que los que nos unían a él y a mí. Los Verdugos éramos una familia y cuidábamos los unos de los otros.

Me acerqué de nuevo al bar y el aspirante me miró.

—Café —pedí—. Uno grande —añadí.

El chaval frunció el ceño, pero fue a por mi dosis de cafeína sin rechistar. Los hermanos me esquivaban, convencidos de que Styx me había dado una buena tunda y estaría hecho una furia. No estaban tan equivocados.

—Ky, cielo, ¿vienes a jugar?

Una voz cantarina me llamó desde el pasillo.

Rechiné los dientes y me di la vuelta hacia Jules, totalmente desnuda, con el coño afeitado que me tentaba y acariciándose las tetas falsas mientras dos brazos la abrazaban por detrás y los dedos bajaban en busca en su clítoris. Esos dedos experimentados eran de Tiff. La polla se me puso como una piedra, dolía.

—Tengo trabajo —dije sin más—. Tendréis que apañaros solas esta noche.

—Siempre lo hacemos, cielo. Pero es más divertido cuando tú miras y nos das por el culo —dijo Tiff mientras se llevaba los dedos a la boca y lamía los jugos de Jules. Esta se dio la vuelta, la besó y, entre gemidos, se la llevó de nuevo a mi habitación privada.

Giré la silla de nuevo hacia la barra, el aspirante se puso de pie, con la boca abierta por la escena y, despacio, me puso un tazón de café delante. Me aclaré la garganta y levanté una ceja. El chaval se sonrojó y se puso a limpiar la barra.

Mientras me llevaba el café a la boca, preguntó temeroso:

—Sin ofender, Ky, pero ¿qué cojones tienes que hacer más importante que echarles un polvo a esas dos?

Bebí el líquido caliente de un trago y estampé la taza vacía en la barra con frustración. Observé cómo se hacía pedazos y di un par de golpecitos sobre la madera con la palma de la mano.

—Al parecer, tengo que acercarme más a Dios y a un coño puritano de primera. ¡Amén, aleluya y toda esa mierda!

Al salir al aire cálido de la noche, metí la mano en el bolsillo y saqué un cigarrillo, que me llevé a los labios. Pasé junto a Vikingo, que tenía la polla en la boca de una perra yonqui al lado del garaje. Ignoré la repugnante escena y la visión de su culo pálido. Encendí mi palito de cáncer y di una larga y dulce calada.

Atravesé la hilera de árboles de la parte posterior del complejo y seguí el camino de tierra entre la espesura del bosque, hacia el sonido del río. La peregrina no estaba en el apartamento de Styx encima el club, así que, según Styx, si no estaba allí, estaría junto al río. Por tanto, a pesar de estar hecho un cristo, ahí me encontraba, en plan *boy scout*. Solo por Styx. Solo haría esta mierda por mi hermano.

No pasó mucho tiempo hasta que escuché el agua correr y exploré la orilla de hierba, donde se suponía que estaría mi religiosa chiflada favorita. Mientras me tambaleaba por la ribera y pateaba piedras aún medio borracho, escuché un extraño gemido. Retrocedí para ocultarme a la sombra de los árboles y, en silencio, avancé en dirección al sonido, con la mano sobre la 9

milímetros que llevaba en el bolsillo trasero. Cuanto más me acercaba, más altos eran los gemidos.

Quitó el seguro de la pistola, saltó de entre los árboles y me quedé de piedra. Estaba apuntando a Lilah.

¿Qué cojones?

Bajó la pistola y la volvió a meter en la cinturilla de los vaqueros. Observé a Lilah postrada en el suelo mientras murmuraba a saber qué locuras a un volumen de lo más molesto. De repente, levantó la cabeza con violencia y empezó a llorar y gritar con los brazos levantados mientras se balanceaba adelante y atrás y balbuceaba palabras que no conseguí entender. Sonaban como un montón de consonantes juntas. Nada con sentido.

Nunca había visto nada parecido.

Me quedé ahí parado como un gilipollas, mirando cómo se le iba la puta olla, a la orilla del río.

Joder, se le había ido del todo. Por mi culpa.

¡Styx me iba a arrancar la piel a tiras!

Retrocedí y me escondí en la espesura de los árboles. Llamadme loco, pero prefería alejarme todo lo posible de esa mierda. Me dejé caer sobre el culo, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol, arranqué una rama y observé.

Siguió gimiendo y llorando una eternidad. Llegó un punto en que lo que hacía se volvió tan desconcertante que casi salté para sujetarla, convencido de que le estaba dando un ataque.

Pero empezó a calmarse poco a poco, bajó las manos y volví a respirar, ni me había dado cuenta de que contenía el aliento. Lilah suspiró y abrió los ojos, rojos e hinchados de tanto llorar mientras gritaba y pataleaba.

Me imaginaba la cara de tonto que debía de tener ahora mismo. Mientras se recomponía, estaba seguro de que Vikingo me había vuelto a colar una seta sin que me enterase y me estaba flipando como un puto *hippie* en Coachella, pero, después de lo que me pareció una eternidad de ver a Lilah rodar por la hierba, me di cuenta de que yo estaba perfectamente, era a ella a quien le faltaba un tornillo.

¿Cómo una zorra que estaba tan buena podía estar tan loca?

Miré al cielo y me pasé las manos por la cara, exasperado. Me levanté,

dispuesto a hacer por fin lo que se me había ordenado, pero al instante, cuando Lilah se soltó el largo pelo rubio de ese espantoso tocado blanco y empezó a desabrocharse el vestido por la espalda, me volví a caer al suelo y perdí la fuerza en las piernas.

La sangre me bajó a la verga como un rayo y siseé entre dientes cuando la horrible tela gris cayó al suelo y la rubita se quedó vestida solo con una especie de camisón hasta las rodillas que resultaba bastante esclarecedor. Joder, se transparentaba todo.

Se peinó con los dedos y se me escapó un gruñido cuando se giró y le vi un pezón sonrosado que escapaba por un lado del vestido. De pronto se giró y repasó la linde del bosque con la mirada.

No moví ni un dedo y contuve la respiración y recé a quien me estuviera escuchando para que Lilah no me viera, para que no dejase de desnudarse. Es que, ¡me cago en la puta!, ni Tiff ni Jules ni ninguna puta se podía comparar con esta tía.

Se le relajó la mirada y avanzó hacia el río. Siguió caminando dentro del arroyo hasta que el agua le llegó a la cintura. Extendió las manos, rozando con las palmas la superficie del agua, inclinó la cabeza hacia atrás y sonrió. Se me cortó la respiración. Nunca había visto nada parecido a esa sonrisa. Era increíble, parecía una puta sirena en el río. Puede que ella pensara que era una creación del demonio, pero era perfecta. Seguro que, si existía el demonio, no tenía nada que ver con lo que estaba viendo. Todo en ella era bueno, una bendición.

Se echó el pelo hacia atrás y, despacio, se hundió bajo el agua. Me incorporé de un salto cuando vi que no salía. Las burbujas de aire que subían a la superficie se detuvieron después de un rato y el agua se quedó inmóvil. Salí disparado de entre los árboles y corrí hacia la orilla del río para buscar en la oscuridad del fondo. Nada.

¡Mierda, joder! ¿Estaba intentando suicidarse?

Sin pensarlo, me quité el cuero, lo tiré al suelo y me metí en el agua sin perder un segundo. Avancé hasta el último punto donde la había visto y la llamé a gritos.

—¡Lilah! ¡Lilah!

Estaba empapado. Vadeé el agua, pero no la veía ni la sentía.

Al ver otra burbuja de aire subir a la superficie a unos pocos metros de

distancia, me sumergí bajo el agua y nadé en esa dirección. Abrí los ojos, pero no veía nada. Justo cuando estaba a punto de salir a respirar, rocé algo suave con los dedos, parecía una tela fina.

Avancé un poco más y encontré el cálido cuerpo de la rubita debajo de la tela. La sujeté entre mis brazos y nos impulsé hacia arriba para salir a la superficie. En cuanto estuvimos fuera del agua, cogí aire y tosí para aclararme la garganta. Mientras me frotaba los ojos para secármelos, un grito desesperado atravesó el aire. Cuando miré a Lilah, una mano impactó en mi mejilla y unas uñas afiladas me arañaron la piel.

—¡Mierda, zorra! —protesté, y la dejé caer de nuevo en el agua helada.

Lilah masculló algo e intentó levantarse. Luego me rodeó a toda prisa y se alejó gateando.

Me llevé la mano a la mejilla para tocar el arañazo y noté sangre. La muy puta me había hecho sangrar.

Giré la cabeza y observé a Lilah trepar por la orilla del río como una rata mojada.

—¡Me has hecho sangrar, zorra! —grité.

Hice una mueca cuando el dolor de cabeza me golpeó el cráneo como un martillo. La resaca hacía acto de presencia.

Lilah emitió un grito ahogado por mis duras palabras y se escabulló hasta su montón de ropa. Justo cuando empezaba a salir del río tras ella, la escuché gimotear y la miré. Temblaba y murmuraba entre dientes, balbuceaba para sí misma. No entendía lo que decía. Otra vez se comportaba como una loca esquizofrénica.

Avancé por la orilla, caminé hasta ella y capté algunas de sus palabras: «Por favor, Señor, dame fuerzas para soportar el dolor, ayúdame a aceptar mi castigo con dignidad».

Según me acercaba, levanté la mano para sacarla de lo que parecía una plegaria y, al ver mi mano, gritó de miedo y levantó el brazo para protegerse la cara. Me detuve y di un paso atrás.

—¡Me cago en la puta, Lilah! ¡No voy a hacerte daño!

Bajó el brazo unos centímetros y me miró con sus enormes ojos azules. Los mechones de pelo rubio se le pegaban a la cara. Parpadeó.

—Lilah...

—¿No has venido a castigarme por haber rechazado tus proposiciones? — preguntó con la voz teñida de miedo.

Fruncí el ceño.

—¿De qué coño hablas?

Dejó caer el brazo del todo y me dedicó una mirada confusa por encima del hombro.

—Antes, en la sala del alcohol, buscabas yacer conmigo y yo te aparté. Lamiste mi piel y me susurraste al oído cosas muy explícitas. —Me miró en busca de entendimiento.

—Estás buena. Me pones y estoy como una cuba. En el momento me pareció una idea de la hostia. Pero ahora mismo, bombón, no me acuerdo de qué cojones hablas.

Se dio la vuelta del todo para mirarme, algo más atrevida, y explicó:

—Has venido a castigarme por negarme a darte sexo. Es una vergüenza para ti como hombre que te haya dicho que no, que no te haya permitido entrar en mi cuerpo. —Se incorporó, cerró los ojos y se inclinó hacia delante, apoyó las manos en una roca y puso el culo en pompa—. Por favor, que sea rápido.

—¿Qué?

Quería explicarle que no iba a hacerle nada, pero la miré y me di cuenta de lo que tenía delante. Estaba empapada, se le transparentaba el cuerpo, podía verlo todo...

Entonces abrió las piernas y tuve delante su coño desnudo. Se me escapó un gruñido y la polla me dio una sacudida en los pantalones.

Joder. Estaba muerto. Me había ahogado y esto era el infierno.

Lilah movió la cabeza y abrió los ojos. Me mordí el labio inferior para no decir nada. Tuve que usar todo el autocontrol que me quedaba para no lanzarme sobre ella, tumbarla sobre la espalda y devorarle uno de esos pezones sonrosados que veía a través de la tela casi inexistente. Tenía el estómago plano y tonificado, las piernas largas y el coño, ¡la hostia!, era perfecto.

Me cago en todo, era rosado y sin un solo pelo. La tela húmeda se le pegaba a la piel y dejaba al descubierto, con todo detalle, el paraíso entre sus muslos.

Estaba a punto de explotar en los pantalones. Como un adolescente

pajillero que ve su primera teta en el *Playboy*.

Lilah gimió y me devolvió a la realidad. Los labios le temblaban y tenía los ojos llenos de lágrimas mientras, a trompicones, retrocedía en busca de su vestido tirado en el suelo, tropezaba con sus propios pies al intentar escapar.

—¡Lilah, tranquilízate de una puta vez! —grité.

Se giró mientras se apresuraba a ponerse el vestido. Levantó la mano, que casi chocó contra mi pecho.

—Por favor, no. Soy yo quien se avergüenza. Soy una tentadora, una hija del pecado. No pretendía tentarte, por favor, no me hagas nada, por favor.

Estaba histérica, así que me detuve y me di la vuelta. Joder, qué difícil me resultó. Podría pasarme todo el puto día mirando a esa zorra.

Pero ¿una mujer lloriqueando? Ni de coña, no aguantaba ni medio segundo de esa mierda.

—Ya está, me he dado la vuelta, fuera tentaciones —dije—. Avísame cuando estés vestida y hablaremos.

Tras unos minutos de crujidos de tela, el ruido cesó por completo y fruncí el ceño.

—¿Lilah? —volví a preguntar. No hubo respuesta.

Me di la vuelta despacio mientras me apartaba el pelo mojado de la cara y vislumbré el bajo del horrible vestido gris de Lilah desaparecer entre los árboles.

—¡Zorra gilipollas! —escupí.

Cogí el cuero del suelo, me lo puse encima de la camisa mojada y salí disparado. No tardé mucho en alcanzarla. Era ágil y rápida, pero no más rápida que yo.

Aterrorizada, miró por encima del hombro al oír pasos y gritó cuando vio que la perseguía.

—¡Lilah! —grité, pero no se detuvo. Aquello parecía una película de terror de pueblerinos.

No me quedaba otra opción que placarla. Si entraba corriendo en el club entre gritos y llantos y le contaba a Mae que se me había ofrecido y la había visto desnuda, Styx me mataría o, como mínimo, me dejaría alguna que otra cicatriz con su cuchillo alemán. Ni de coña. Era demasiado guapo para tener cicatrices.

Lilah torció hacia el sendero de tierra que subía hasta el club. Extendí los brazos, le rodeé la cintura y la tiré al suelo. Giré en el aire para llevarme la peor parte de la caída.

—¡NO! —volvió a gritar y, al sacudirse para liberarse, me clavó los codos en las costillas.

La agarré con fuerza mientras hacía todo lo posible por no prestar demasiada atención a que tenía su teta derecha prácticamente en la mano.

Aproveché el momento en el que se inclinó hacia un lado para darme la vuelta. Le atrapé las muñecas y le sujeté las manos sobre la cabeza mientras me sentaba a horcajadas sobre su cintura, mi pecho casi rozando el suyo.

—¡Estate quieta, zorra! —bramé mientras se retorció debajo de mí. Mi pelo caía hacia adelante y rodeaba su rostro húmedo y asustado.

Sus piernas se relajaron y su respiración se aceleró. Miraba frenética de un lado a otro en busca de una manera de escapar, con las mejillas enrojecidas por el esfuerzo.

Por fin, clavó los ojos azules en los míos y casi me dejó sin aliento. Respiré hondo, sacudí la cabeza para recuperar la cordura y le pregunté:

—¿Has acabado?

Lilah frunció los labios y asintió.

Miré su vestido gris, de nuevo en su sitio, y su pelo despeinado y apartado hacia atrás, oculto bajo el tocado blanco, ahora cubierto de suciedad. Seguí la línea de su pecho con la mirada, su fina garganta, sus ruborizadas mejillas y volví a sus ojos. Estaban llenos de lágrimas. Empezó a susurrar.

—Por favor, no me hagas daño.

Sentí una punzada de dolor en el pecho al oír su voz quebrada, pero me cabreaba que me tuviera miedo.

—¿Por qué has huido?

El pánico le tiñó los rasgos.

—Por favor...

—Responde la pregunta de los cojones. ¿Por qué has huido?

Lilah se pasó la lengua por el labio inferior. Lo sentí como si me hubiese lamido la polla. Esa zorra iba a acabar conmigo.

Respiraba acelerada y le temblaba la voz, pero consiguió responder.

—Tengo miedo. Tengo miedo de todo, de tu mundo, de ti. No quiero que

vuelvan a usarme en contra de mi voluntad.

Cerré los ojos mientras procesaba sus palabras. Respiré hondo y volví a mirarla. Sus ojillos tímidos estaban clavados en los míos, pero se desviaron un segundo a mis labios y volvieron a subir. Se sonrojó aún más cuando apretó los muslos y retorció las piernas debajo de mí.

Sentí una descarga eléctrica recorrerme de la cabeza a los pies. Joder, la deseaba, la deseaba muchísimo.

Sin darme cuenta, empecé a acariciar la suave piel húmeda de sus muñecas con los pulgares y disfruté de la imagen de tenerla debajo de mí. La rubita peregrina. La puñetera rubita peregrina que tenía que arreglar y conseguir que fuera normal por Styx. Empezaba a pensar que era imposible, la tía estaba casi tan zumbada como Flame.

¿Cómo coño se llega a ese nivel de locura?

Lilah inclinó la cabeza despacio en dirección a nuestras manos y frunció el ceño por el movimiento de mis pulgares. Aproveché la oportunidad para inclinarme y acercar los labios a su oreja.

Joder, qué bien olía. Dulce, como a vainilla. Me entraron ganas de lamerla, de enredar las manos en su largo cabello rubio y besar sus gruesos labios.

Se le escapó un grito ahogado al darse cuenta de dónde tenía la boca y el corazón se le aceleró.

—Ky —susurró, y apreté los dientes.

Joder, sí que era tentadora, no había estado tan cachondo en la vida.

Estaba claro, era el infierno.

—A ver, no voy a hacerte daño, ¿queda claro? Nadie va a castigarte por lo del bar. No hace falta que me pongas ese culo prieto en la cara —expliqué con voz áspera. Me aclaré la garganta antes de seguir—: Y nadie va a violarte, sácate esa mierda de la cabeza, chiflada.

Respiró aliviada.

—No lo entiendo.

Me eché un poco hacia atrás, de modo que mi cara quedase justo sobre la suya. La piel de Lilah estaba bronceada y era suave, su nariz era pequeña y delicada y sus labios, joder, no podían ser de verdad. Era como si estuviera hecha a mi medida, la zorra más perfecta que había visto nunca. No había

creído que existiera una mujer así hasta que Lilah salió arrastrándose de aquella celda hacía unas semanas. Desde entonces, había sido una tortura para mi entropierna.

—¿Ky? —me llamó para animarme a hablar.

—Aquí, con los Verdugos, si una zorra dice que no quiere follar, no se folla y punto. ¿Lo entiendes?

Frunció el ceño e hizo una mueca, confundida. Sacudió la cabeza para indicarme que no.

Suspiré. Esto de hacer de niñera no iba a ser nada fácil. Me enderecé y solté sus manos, pero continué sentado a horcajadas sobre su cintura. Necesitaba que me escuchara con atención.

—Por eso me necesitas, bombón. No tienes ni puta idea de cómo vivir aquí ni de cómo ser normal lejos de ese culto absorbe cerebros en el que has vivido toda tu vida de mierda, convencida de que eres malvada por ser la tía más buena que ha pisado la Tierra.

Lilah dio un grito ahogado y se me escapó una risita. Estaba muy confusa y cabreada. Incluso así era guapa, joder.

—¿Qué significa «absorbe cerebros»? —preguntó con timidez. No pude evitar sonreír.

Me incliné sobre ella hasta que nuestras narices casi se rozaron. Se quedó de piedra y me reí.

—Vamos a dejar eso para luego. Pasito a pasito, bombón.

Abrió la boca para volver a hablar, así que le puse el índice sobre los labios para callarla.

—Cierra el pico. Ahora me vas a escuchar, vas a obedecer y nada de gilipolleces sobre Dios. ¿Queda claro? Cuanto antes empieces a portarte como una tía normal, antes podré volver a beber y a follar cuanto me apetezca.

No respondió, así que seguí.

—Voy a explicártelo para que lo entiendas. Estás atrapada aquí, con los Verdugos. Las mierdas de peregrina chiflada adoradora de Jesús se acabaron.

Intentó hablar otra vez, pero negué con la cabeza y le dediqué una mirada que la hizo callar al instante. Era obediente y sumisa por naturaleza, eso no podía negarlo.

—La comuna ya no existe, no queda nada, ¿lo captas, bombón? No queda nadie. Las mujeres se largaron sin dejar ni rastro y el terreno está abandonado, hemos vuelto para comprobarlo. Nos cargamos a todos los hombres: los guardias, los ancianos y ese asqueroso falso profeta que tanto adorabais. Ese cabronazo se llevó un tiro entre ceja y ceja, su cerebro es ahora pasto de los gusanos en vuestra tierra sagrada.

Lilah gritó como si le doliera y se le llenaron los ojos de lágrimas. Sacudí la cabeza, asqueado. No entendía por qué sentía la muerte de ese pedófilo de mierda. Styx me había comentado algunas de las atrocidades que tenían lugar en la Orden. Mae se las había contado a él en la cama y al tío casi se le va la olla al saber todo lo que había sufrido desde que era una niña. Joder, soy un motero proscrito de moral cuestionable y hasta a mí me dejaba de piedra su nivel de sadismo. El profeta David «follaniñas» hacía que Charles Manson pareciera el puto Ratoncito Pérez.

Chupacruces de mierda. Mejor estar del lado de Hades, del lado del pecado. Al menos, así sabes dónde te tocará ir cuando te encuentres con el barquero. No hace falta intentar ser algo que no eres. Y lo mejor es poder vivir como te dé la gana, sin pararte a pensar si lo que haces está bien o mal. ¡Es la hostia!

—Esto es lo que vamos a hacer. Tú y yo vamos a pasar mucho tiempo juntos. No te molestes en protestar. Estás en mi casa y harás lo que te diga, ¿entendido?

Lilah asintió, el miedo se intensificó en su mirada y se le aceleró la respiración.

—Vale. Lo primero, que ni se te pase por la cabeza intentar suicidarte otra vez. No me gusta nadar, es malo para el cuero, y no me gusta mojarme, me estropea el pelo. —Sonreí y añadí—: Pero no me importaría mojarte en otra situación, rubita.

Lilah sacudió la cabeza con energía y una expresión de determinación.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté, exasperado.

—No intentaba suicidarme. Nunca haría algo así. El profeta David era muy claro sobre destruir la creación más preciada de Dios: nosotros mismos. Es un camino directo al infierno. Quiero unirme con Dios en el reino de los cielos cuando Él así lo desee, ni un minuto antes.

Puse los ojos en blanco al oírla pronunciar el nombre de ese saco de

mierda, pero también me quedé muy confundido por la respuesta.

—Entonces, ¿por qué cojones te tiraste al río? Te metiste debajo del agua después de tener un puto ataque epiléptico. Gritabas y te retorcías como si se te hubiera ido la pinza. ¿Esperas que me crea que no tenías intención de matarte?

—¿Qué es un ataque epiléptico? No entiendo lo que dices. ¡Me confundes! ¿Por qué me cuesta tanto entender las palabras que salen de tus labios?

Me reí y me pasé la mano por el pelo.

—¿Que yo te confundo? Encanto, tú pareces un puto alienígena que ha venido de Marte.

—¿Marte? ¿Qué es Marte? ¿Qué es un alienígena? ¡No lo entiendo! —chilló.

Puse los ojos en blanco y luego la miré.

—Un ataque epiléptico es cuando te mueves sin poder controlar tu cuerpo. Ya sabes, porque no te funciona bien el cerebro y te sale espuma por la boca.

Lilah se puso pálida. No había nacido para ser médico ni profesor, ya que estamos. No conseguía explicarle bien nada.

—No estoy mal de la cabeza y no me movía de forma incontrolada ni me salía espuma por la boca. Hablaba con Dios.

Me callé y, una vez que procesé lo que había dicho, solté otra carcajada.

—Decir locuras como que hablabas con Dios no va a convencer a nadie de que no estás como una cabra. Rodabas por el suelo gritando tonterías, sé lo que vi. Las palabras que gritabas ni siquiera sonaban reales.

Lilah entrecerró los ojos.

—Usaba el lenguaje divino, glosolalia. Son palabras de un lenguaje privado entre Dios y yo, algo que no entenderías. El Espíritu Santo ocupó mi cuerpo y lo llenó del amor de Dios. Viajé a un lugar donde entregarme a Jesús. Lo que viste fue la manifestación física de mi fe, mi conexión con nuestro creador.

Me quedé con la boca abierta. ¿Que el Espíritu Santo qué? ¿Qué cojones?

—Entré en el río para expiar mis pecados. —Me atravesó con la mirada—. Para librarme de tu ofensiva e indeseada seducción, una plaga de inmoralidad sobre mi piel. Tenía que sumergirme en aguas puras, como hizo Jesús al ser bautizado por José. —Cerró los ojos con una expresión

extrañamente calmada—. «Tan pronto como Jesús fue bautizado, subió del agua. En ese momento se abrió el cielo, y él vio al Espíritu de Dios bajar como una paloma y posarse sobre él. Y he aquí una voz del cielo que decía: “Este es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él”».

Seguía con la boca abierta.

Lilah suspiró exasperada y la expresión de calma que tenía segundos antes desapareció.

—Mateo, 3, 16-17. Son las escrituras, Ky. Puede que tú rechaces la palabra de nuestro Señor y salvador, pero yo no. Esta noche he sido llamada por un poder superior para completar mi limpieza espiritual, para venir al río y lavar el pecado.

Me encogí de hombros.

—Lo pillo. Hablabas con Dios y te liberabas de mi plaga de... ¿Cómo lo has llamado?

—Tu plaga de inmoralidad e indeseada seducción —respondió sin vacilar.

Silbé y sacudí la cabeza con una sonrisa en la cara.

—Ya, eso que da tanto miedo, bombón.

Frunció el ceño.

—¿Me reprendes?

Me levanté, observé cómo se sacudía las hojas secas de la parte trasera de su horrible vestido y le dije:

—Considerando que no sé qué cojones significa «reprender», supongo que nunca lo sabremos, ¿eh, bombón? Me sorprende que un asqueroso pecador como yo haya sobrevivido tanto tiempo sin que Dios me haya fulminado con un rayo.

Se levantó del suelo y se puso de pie delante de mí. Con una mueca, preguntó con sequedad:

—¿Puedo pedirte que te abstengas de llamarme «bombón»? Mi nombre es Lilah.

Sorprendido por su valor, me acerqué hasta que casi nos rozamos. La cara de Lilah perdió al instante la expresión de ira y se quedó de piedra. Cuando estuvimos cara a cara, bajó la cabeza, sumisa, y me sentí un capullo. Estaba hecha una mierda y muerta de miedo. Joder, hasta temblaba.

Bajé la mano para coger la suya y la oí jadear, pero tiré de ella hacia adelante de todos modos. Quería volver a la habitación para que Tiff y Jules me bajaran la erección. Tenía las pelotas azules de estar encima de la rubita peregrina de las narices.

—Anda, volvamos a casa antes de que Mae y Styx me maten. Ya me duele bastante la cabeza por la resaca, no necesito los chillidos de Mae para empeorarlo.

Atravesamos el bosque a paso rápido e ignoré las protestas de Lilah y sus intentos de soltarse de mi mano. No pensaba soltarla, no iba a darle la oportunidad de volver a salir corriendo. Me moría de ganas de encerrarla otra vez en el apartamento encima del garaje para tomarme un descanso de tantas gilipolleces religiosas.

Me sacaba de quicio.

Salimos de entre los árboles y vimos el complejo. Había un grupo de tíos fuera, alrededor de la nueva moto de Cowboy, un Verdugo nómada. No se había marchado después del ataque a la comuna hacía unas semanas. Su mejor amigo, otro hermano nómada que era como su sombra, Alacrán, tampoco se había ido. Cowboy siempre estaba sonriendo y soltando bromas. Alacrán era todo lo contrario, miraba a la gente como si valorase lo peligrosa que era y siempre estaba listo para pelear.

Los dos harían cualquier cosa por Styx, que los había dejado ser nómadas después de que la vida le diera un duro golpe a Cowboy en su anterior iglesia. Pasaban a vernos siempre que podían. Seguramente no pasaría mucho tiempo hasta que ambos se quedaran de forma permanente en la base madre, aquí en Austin. Los dos campesinos de Luisiana parecían haber encontrado su lugar con nosotros, los pecadores originales en Texas.

Encajarían a la perfección con Vikingo y Flame. Cowboy, vestido por completo de cuero, con sus tatuajes coloridos, sus botas de vaquero negras con la punta de acero y el sombrero de ala ancha que parecía llevar pegado a la cabeza, y Alacrán, que no aguantaba ni media gilipollez y tenía una puntería perfecta con la pistola. Eran Verdugos de los pies a la cabeza, legítimos, y estaría bien tenerlos en nuestra mesa. Con más enemigos a las puertas que armas, íbamos a necesitar tantos hermanos de confianza como pudiésemos reclutar.

Cuando Vikingo me vio cruzar el patio con Lilah, silbó para llamarme la

atención. Le indiqué con la mano que me dejara en paz.

—Ahora no, tío. Tengo que ocuparme de una cosa para Styx y no tengo tiempo para las gilipollices que tengas que decir —espeté.

Vikingo le dio un golpe a AK en el hombro y me sonrió.

—¿Qué tienes que hacer? O, más bien, ¿a quién? ¿Vas a reventarle el coño a la zorra amish?

Capté cómo Lilah sollozaba, me giré para mirarla y vi lágrimas de dolor y confusión en sus ojos. Respiré hondo. Iba a matar a ese subnormal pelirrojo.

Le solté la mano y me di la vuelta para ir a por Vikingo, pero entonces Lilah me sujetó por el brazo.

—Por favor, no me dejes. Me da miedo estar aquí con ellos. No los conozco.

Suspiré y traté de tranquilizarme. Asentí y volví a darle la mano. Casi parecía aliviada. El estómago me dio un vuelco y algo me ardió en el pecho. Me gustaba que se sintiera a salvo conmigo.

Joder. Me gustaba mucho.

Pasamos al lado de Vikingo y escuché cómo les susurraba a AK, Cowboy y Alacrán:

—Joder, qué buena está. Le metería la polla hasta la garganta.

Perdí el control.

Solté la mano de Lilah sin hacer caso de su grito de terror y me lancé contra Vikingo. Lo tiré al suelo y le solté dos derechazos en su boca.

Me escupió sangre en la cara y sacudió las piernas para tirarme a un lado. Antes de darle tiempo a que me devolviera el golpe, le di una patada en los huevos con la bota izquierda y disfruté de cómo chillaba y se ponía azul mientras se retorció de dolor en el suelo.

—A ver dónde metes la polla ahora, mamonazo —espeté y me levanté para buscar a Lilah.

La encontré rodeada por Cowboy, Alacrán y AK. Este último la agarraba del brazo. Me acerqué furioso y vi cómo AK le sonreía y Cowboy inclinaba su sombrero. Alacrán gruñó un poco y Lilah tragó con fuerza. Parecía a punto de desmayarse de miedo y no levantaba la vista del suelo.

AK debió de percibir cómo me acercaba y mi mirada de odio clavada en su mano sobre el brazo de Lilah, porque la soltó de inmediato. Ella levantó la

mirada y suspiró aliviada al verme.

—¿Ya te lo has cargado? —preguntó AK y señaló con la cabeza en dirección a Vikingo.

Me limpié los nudillos ensangrentados en los vaqueros húmedos y miré al hermano que seguía en posición fetal en el suelo y que se sujetaba los huevos.

—No caerá esa breva. El hijo de puta sobreviviría a un Holocausto nuclear. Vikingo y las cucarachas. Seguramente también intentaría follárselas. Gilipollas.

Lilah gimió y se rodeó el pecho con los brazos. Le hice un gesto con la cabeza.

—Vámonos, bombón.

—¿Te has dado un bañito nocturno, hermano? —preguntó Cowboy mientras nos alejábamos. Escupió tabaco de mascar en el trocito de césped que había junto a su moto. Alacrán esbozó una sonrisa casi imperceptible, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ni preguntes —respondí con un gruñido.

AK, Alacrán y Cowboy miraron a Lilah, empapada, con el largo pelo rubio goteando a través del horrible tocado blanco que nunca se quitaba. Luego, Cowboy me miró a mí. Apreté la mandíbula cuando levantó una ceja, interrogante. Sacudí la cabeza y todos sonrieron. ¡Cabrones entrometidos!

Agarré a Lilah del brazo y la empujé hacia la puerta trasera del apartamento del garaje. Cuando entramos en el pasillo, vislumbré a Flame sentado en lo alto de las escaleras. Miró hacia abajo y me atravesó con sus ojos como agujeros negros.

Le di la vuelta a Lilah y señalé las escaleras que subían a su habitación.

—Sube y cierra la puerta con llave.

Asintió en silencio y empezó a subir los escalones. Me miró por encima del hombro cuando la llamé.

—Estaré aquí por la mañana, más vale que estés lista.

Lilah se agarró al pasamanos y preguntó nerviosa:

—Si pudiera pedir algo, ¿podría ser que me dejaran en paz? No volveré a salir de la habitación. No causaré más problemas.

Negué con la cabeza antes de responder.

—Ya hemos pasado por esto, bombón. Voy a enseñarte a vivir en el mundo

exterior. —Me señalé el pecho—. Soy Ky, ¿recuerdas? Tu tutor personal.

Abrió la boca para decir algo, pero la interrumpí.

—No tienes elección. Vamos a hacerlo. Ahora ve a dormir un poco.

Lilah inclinó la cabeza ante mi orden, lo que me cabreó aún más. Rodeó a Flame con cuidado de no acercarse lo más mínimo y se apresuró a entrar al apartamento. Cerró de un portazo.

Me pasé las manos por la cara, me apoyé en la pared y gruñí. En menudo lío me había metido, podía sentirlo. Lo peor era que ni siquiera podría tocarla, porque a Styx le daría por empezar a cortarme partes del cuerpo.

Me separé de la pared mientras escuchaba cómo Flame afilaba sus cuchillos en la correa que llevaba atada a la cintura del cuero. Me hizo gracia verlo acampar en la puerta de las zorras peregrinas como un perro obediente. Me pilló riendo y sus ojos de loco se clavaron en los míos. Rechinó los dientes y me pareció escucharle gruñir.

Su encaprichamiento con la hermana pequeña de Mae era para partirse. Sonreí y grité:

—Que te diviertas, Toby, luego me pasaré a llevarte de paseo y a hacer tus cosas.

Me dirigía a la puerta de salida, todavía riendo, cuando un cuchillo pasó volando a mi lado y se clavó en la pared junto a mi cabeza.

—¡Qué cojones!

Me giré para enfrentarme a Flame. El cabrón me seguía mirando fijamente mientras afilaba los cuchillos, sin mostrar ninguna emoción además del habitual odio homicida de sus ojos. Abrí las puertas del bar de par en par, le hice un corte de manga por encima del hombro y entré en mi habitación privada como una bala.

Tiff y Jules estaban dormidas sobre las sábanas. La cabeza de Jules descansaba sobre las tetas de silicona de Tiff. Me desnudé en pocos segundos y me acerqué a la cama. Tiré del brazo de Tiff, que se incorporó mientras se restregaba los ojos somnolientos. Jules se movió a su lado. Me subí a la cama y los ojos de Tiff se iluminaron de emoción cuando se fijó en mi erección.

—Joder, cariño, nunca te había visto tan duro. ¿Es todo para mí?

Jules se inclinó hacia delante y se metió mi polla en la boca y la acarició con la lengua. Me recliné y traté de disfrutar de cómo me la chupaba, pero no

podía dejar de pensar en Lilah, toda mojada y desnuda debajo del camisón transparente, en su coño desnudo y en sus enormes tetas que me tentaban y se reían de mí.

Aparté a Jules y agarré a Tiff para darle la vuelta y tumbarla boca abajo, con el culo en pompa. Saqué un condón del cajón al lado de la cama y me lo puse en un tiempo récord. Metí la polla en el coño empapado de Tiff de una estocada. Mis caderas chocaron con su culo y nuestras pieles se pegaron. Me imaginé que era Lilah, lo que me la puso todavía más dura. Tiff gritó de placer.

Sentí que la cama se hundía y miré a un lado. Jules, tumbada sobre la espalda, se coló entre mis piernas para chuparme las pelotas.

Ya estaba hecho. Me incliné hacia abajo, agarré a Tiff del pelo y empujé con fuerza. Tiff gritó y sentí su coño contraerse, se estaba corriendo como nunca. Jules, al oírla chillar, se metió mis huevos en la boca y lamió con ganas mientras se frotaba el clítoris.

Los gruñidos y los gemidos eran fuertes y el cabecero de la cama golpeaba la pared y astillaba la pintura. Cuando Tiff echó la cabeza atrás gritando al llegar, exploté en su coño y me dejé caer sobre su espalda empapado en sudor, mientras Jules seguía con la cara entre mis piernas, se metía los dedos y se acercaba a su propio orgasmo.

Tiff me miró por encima del hombro con una enorme sonrisa de satisfacción en los labios pintados de rojo.

—Joder, cielo. No sé qué te ha puesto tan cachondo, pero, por favor, ¡sigue haciéndolo! No voy a poder caminar durante días. No me estoy quejando, sabes que nunca me canso de su coño ni de tu polla.

La saqué de su coño y cerré los ojos imaginando que era Lilah quien se retorció debajo de mí, sudorosa después de correrse. Disfruté del calor de su coño apretado contra mi muslo mientras ella recuperaba el aliento.

—Joder, Ky, ha sido una pasada —suspiró una voz femenina.

Abrí los ojos, me quité el condón y me puse otro. Esta vez, levanté a Jules en el aire y la tumbé de espaldas.

—Abre las piernas, zorra.

Jules abrió los ojos como platos mientras le ponía la polla, que seguía como una piedra, entre las piernas.

—¿Otra vez? —preguntó, sin aliento y conmocionada.

—Otra vez. ¡Ya! —siseé, y abrió todavía más los ojos por mi grito—. ¿Algún problema? Si es así, lárgate y tráeme otra perra del bar.

—No, ningún problema, cielo —se apresuró a responder. Le brillaban los ojos, mi agresividad la ponía cachonda.

—Pues abre las piernas y cierra la boca —ordené.

La penetré de una embestida y gruñí. Tiff se sentó a horcajadas sobre la cara de Jules y se echó hacia atrás para agarrarme los dedos y metérselos en el culo apretado. Cerré los ojos y volví a imaginarme a Lilah debajo de mí, gimiendo y arañándose, con el culo y el coño en el aire. Apreté los dientes y aceleré las acometidas.

El cerebro absorbido por la puta peregrina rubia. ¡Manda cojones!

Capítulo cuatro

Profeta Cain

Nueva Sion, Texas

Acaricié la mejilla de Mae y susurré:

—Te lo habría dado todo.

Imitó mi gesto y se acercó más.

—Corre, Cain, por favor. Vete.

Se oían disparos en la distancia, pero mis piernas se negaban a moverse. No podía dejarla. La quería.

—Por favor, vete. Sálvate, por mí. Si me quieres, huye —me suplicó.

Los disparos se oían cada vez más cerca. Dejé caer la mano y salí disparado hacia el bosque, dejaba atrás mi corazón y la posibilidad de salvación de mi gente.

—¿Cómo te encuentras, hermano?

Una voz a mi espalda me sorprendió y me sobresalté. Alejé el doloroso recuerdo de Mae, me puse en pie y terminé de rezar.

Judah, mi hermano gemelo, se acercó con una amplia sonrisa. Iba vestido con la túnica y los pantalones blancos tradicionales, como yo. Su pelo era igual de largo y del mismo color que el mío, sus ojos, igual de marrones y su altura y complexión, idénticas a las mías.

Me aparté el pelo de los ojos y abracé a mi hermano en busca de consuelo

en sus brazos tan familiares. Suspiré.

—Estoy bien.

Judah se apartó y me pasó el brazo por los hombros para guiarme por el sendero ornamental del jardín de oración privado que había en la parte trasera de mi nueva estancia. Aunque el nombre «estancia» no sonaba apropiado. Mi nueva vivienda era una gran casa blanca con columnas, con una decoración interior ostentosa y de gran tamaño. Disponía de varios dormitorios, salas de recepción, salones y una gran cocina, todo amueblado con mobiliario caro. Los jardines traseros parecían interminables y resultaban abrumadores, pero este pequeño jardín de oración me atraía, con sus fuentes y su verdor. Era un lugar donde podía ir para escapar de toda la locura de los últimos tiempos.

Judah me apretó el hombro.

—Este es el momento más glorioso de tu vida, Cain. Es el año en que ascenderás al lugar que te corresponde en nuestro pueblo. El año en que te presentarás ante los Elegidos como nuestro Profeta, el siervo de nuestro Señor en la Tierra, nuestro redentor y salvador. Es el momento para el que nos hemos preparado toda nuestra vida. —Judah se detuvo y me giró para que lo mirase a la cara—. Soy tu mano derecha. Estaré contigo en cada paso del camino, tanto para guiarte como para apoyarte. Eres mi gemelo, nuestro vínculo va más allá de lo fraternal o de la sangre. Éramos uno en el vientre de nuestra madre, divididos en dos por el Señor, que profetizó nuestra gloria futura como sus mensajeros. Gobernaremos y prevaleceremos juntos. Haré todo lo que me ordenes, te serviré para complacerte, para ayudarte a compartir la carga de tu búsqueda como lo hicieron los doce discípulos con Jesucristo.

La confianza, el amor y la pasión por la causa de nuestro pueblo y por el amor incondicional de mi hermano ardieron dentro de mí y reafirmaron y fortalecieron mi derecho de nacimiento. Asentí y tomé sus mejillas barbudas entre las manos.

—Tienes razón, Judah. Este es nuestro destino. No te defraudaré a ti ni a nuestra gente. Estoy listo para cumplir las órdenes del Señor y sé que tú estarás ahí para mí tanto en los tiempos buenos como en los difíciles.

Judah aplaudió y sonrió de oreja a oreja.

—Dios te bendiga, Cain. Bendito seas.

Me dio una amigable palmada en la espalda y echamos a andar a un ritmo

pausado. Doblamos la esquina hacia la izquierda para seguir el camino empedrado y gris que se transformó en un sendero de grava entre los acres de tierra verde.

Judah señaló la comuna con la mano.

—Y bien, ¿qué opinas de Nueva Sion?

El gesto de Judah parecía nervioso mientras aguardaba mi respuesta. Buscaba mi aprobación desesperadamente, creía sin un ápice de duda que yo era su profeta.

En las dos semanas siguientes a la mortífera incursión de los Verdugos en la comuna anterior de la Orden, mientras yo huía a El Pasto, el hogar de mi infancia en Utah, Judah había trabajado las veinticuatro horas del día con un consejo de ancianos recién formado para encontrar una nueva tierra que pudiéramos llamar nuestra. Una nueva tierra para albergar a nuestro pueblo y unir a nuestros seguidores, donde proteger al pueblo escogido de Dios del mal que acecha fuera de nuestras puertas, de los hombres malvados que asesinaron a nuestro profeta sagrado y masacraron a nuestros valientes y santos hombres que lucharon contra la invasión indeseada de los Verdugos, el club de moteros con el que tuve que vivir bajo una nueva identidad a petición del profeta David. Eran paganos y pecadores, y yo había jurado derribarlos a todos por el dolor y la destrucción que habían causado a mi pueblo.

Y lo peor de todo: todavía tenían a las mujeres malditas de Eva. La tenían a ella, a Salome, la mujer que el Señor le reveló al profeta David como la salvación de nuestro pueblo, la que aseguraría su lugar en el paraíso mediante la unión del matrimonio. La mujer que deberá ser mi esposa, la mujer que cada noche atormenta mis sueños, pero que al mismo tiempo vive una vida de promiscuidad con un hijo de Satanás, una de las tres mujeres a las que debemos recuperar para prepararnos para el fin de los días.

Me saqué de la cabeza todo pensamiento de las tres tentadoras, me encontré con la mirada expectante de Judah y sonreí.

—Hermano, es perfecto. Es verdaderamente perfecto para lo que hemos planeado, como un santuario para nuestra gente y para la causa del Señor.

La expresión de Judah reflejaba su alivio, lágrimas de alegría brillaban en sus ojos.

—Me llena de humildad oírte decir esas palabras.

—Judah, no hay necesidad de ceremonias conmigo. Soy tu gemelo, eres la

única persona que no necesita mi aprobación.

Judah suspiró y preguntó:

—¿Y tus aposentos?

—Son más de lo que nunca habría soñado.

—Eso me agrada mucho, hermano.

Durante las últimas dos semanas me habían mantenido aislado de todos excepto de Judah y del consejo de ancianos de El Pasto para garantizar mi protección mientras la nueva comuna se asentaba. Nueva Sion era una antigua base militar que nos había vendido un Elegido infiltrado en el mundo político. La base era perfecta para ser el nuevo hogar de la Orden. Era segura, ya contaba con un grueso de viviendas y zonas comunes y podíamos llegar a ser autosuficientes usando los muchos acres de tierra cultivable. Lo mejor de todo era que no se encontraba muy lejos de nuestra vieja comuna, de todas nuestras alianzas, pero sí lo suficientemente lejos como para pasar desapercibidos y estar fuera del radar del público.

—¿Nuestras gentes ya se están preparando para venir aquí desde las comunas exteriores? —pregunté.

—Los ancianos las están organizando mientras hablamos. Todos están muy contentos de verte, de estar unidos y de oír las palabras del Señor a través de tu boca.

—Seguro que así es. Han sido tiempos difíciles. Necesitan orientación y un liderazgo fuerte. Necesitan una nueva meta, una nueva esperanza. Necesitan el consuelo de que nuestros muertos serán vengados. Todos necesitamos unirnos por fin, sin miedo al mundo exterior.

—Tú serás esa esperanza, su soldado —afirmó Judah con convicción.

Sentí la emoción de la venganza arder en sus ojos marrones. Judah estaba decidido a llevar la ira del Señor a todos aquellos que nos hicieron daño, y yo estaba más que dispuesto a ayudarlo.

—¿Profeta Cain? ¿Hermano Judah? Estamos listos. La gente ha comenzado sus viajes desde lejos y están ansiosos por la pronta ascensión. ¡Es un momento muy importante para todos! ¡La diáspora ha terminado, la unificación ha llegado!

Me volví con una sonrisa hacia el consejo de ancianos mientras se acercaban. Judah los había escogido. Eran antiguos, leales y, lo mejor de todo, tenían fe absoluta en nuestra causa.

—Hermano Luke, Isaiah —saludé a los mayores primero por respeto. Luego me volví hacia el discípulo con el que más hablaba y abrí los brazos—. ¡Hermano Micah!

Micah me abrazó y luego retrocedió. Era el hijo del hermano Luke. Habían supervisado algunas de las comunas exteriores para el profeta David durante la mayor parte de sus vidas, pero, cuando Judah hizo el llamamiento de unión a las comunas, fueron los primeros en responder, viajaron de inmediato a esta base y, desde entonces, habían sido grandes pilares para que todo funcionara.

La comuna se había dividido en cuatro núcleos, de los cuales Nueva Sion era el más grande. Todos los demás estaban cerca, de manera que, si uno caía en una intrusión exterior y malvada, la secta permanecería y nuestros santos soldados estarían fácilmente disponibles para luchar y defender su fe.

—¿Está listo, señor? —preguntó Micah, y apoyó una mano sobre el hombro de Judah. Los tres éramos de la misma edad y se había convertido en alguien de confianza.

—Estoy listo para lo que me espera. Por favor, dadme un momento para orar en privado. Tengo mucho que preparar.

Los ancianos respetaron mis deseos y se alejaron, igual que Judah.

El atardecer se desvanecía como un telón de fondo mientras bebía para calmar los nervios y me aseguraba de estar justo donde se suponía que debía estar. Ese había sido siempre mi destino, el camino marcado para mí. Ahora todo estaba claro. Hacía unas semanas me había perdido, había cuestionado la devoción a mi fe, a la Orden. Al estar aquí con mi hermano, a punto de predicar mi primer sermón al pueblo elegido del Señor, me sentí bendecido, me encontré de nuevo a mí mismo. Estaba listo para convertirme en todo lo que el profeta de la Orden debía ser.

En un par de meses, nuestra gente se uniría y yo me convertiría en el intermediario vivo del Señor.

Capítulo cinco

Lilah

Llevaba sentada en la cama cuatro horas. No conseguía conciliar el sueño y daba vueltas y vueltas en aquella habitación sofocante sin encontrar consuelo, sobre unas sábanas demasiado suaves.

En la comuna solo se nos concedía lo básico. Nuestras camas eran colchones en el suelo con sábanas ásperas. Éramos el pueblo del Señor, debíamos vivir como lo hizo Jesús. Siempre había vivido así, renunciando a todo lujo.

El apartamento de Styx, aunque no era ostentoso, era un lujo al que no estaba acostumbrada, como ninguna de las Malditas. Era difícil adaptarse.

Sin embargo, reconocí que la suavidad de las sábanas y la cama acolchada no tenían nada que ver con mi falta de sueño. No, el verdadero culpable era Ky. Lo eran sus ojos azules, su largo cabello rubio y su físico esculpido para el pecado, que nublaban todos mis pensamientos.

«Estaré aquí por la mañana, más vale que estés lista».

Vendría por la mañana y debía estar lista. ¿Lista para qué? No tenía ni idea. Había dicho que me enseñaría el mundo exterior, pero no quería conocerlo, no quería salir de esa habitación, ¡y menos con él! Los míos me rescatarían, estaba segura, y no debería fraternizar con un pecador mientras los esperaba.

Sin embargo, ahí estaba, recién salida de una ducha temprana y vestida con mi largo vestido gris, el tocado blanco y las sandalias, mirando fijamente

la puerta a la espera de que Ky llegase.

Estaba sentada al borde de la cama, de la forma adecuada, con decoro y obediencia, pero era un manojo de nervios. Ky, el hombre que pretendía enseñarme este mundo, siempre me miraba con fijeza, con los ojos entornados, mientras se pasaba la lengua por los labios y, a veces, mordía el delgado palo que le salía de la boca. Al observarlo desde la ventana del apartamento, descubrí que únicamente vestía camisas negras o blancas, pantalones vaqueros negros o azules sueltos, botas negras pesadas con metal en el talón y ese chaleco de cuero que anunciaba que los hombres de este lugar estaban del lado de Hades, del diablo.

Nunca había visto a hombres vestir de manera tan informal, tan extraña. Lo peor era el modo en que se comportaban con las mujeres. Con dos mujeres, en concreto. Dos mujeres rubias a las que tocaban sin miramientos, por no mencionar otros actos. Y, lo que era peor, estas aceptaban con gusto sus acercamientos y actuaban de la misma manera la una con la otra. Nunca había visto a dos mujeres actuar tan libremente entre ellas, con deseo carnal. Pero a Ky parecía gustarle. De hecho, muchas de las mujeres que pasaban por allí por la noche, sobre todo los sábados por la noche, actuaban de la misma manera.

La enseñanza más importante del profeta David me venía a la cabeza cuando observaba los habituales actos de lujuria y libertinaje que sucedían frente a mis ojos. «El mal acecha. Te atraparé y destruiré tu alma».

Señor, ¿cómo había llegado a esto? El hermano Jacob siempre me decía que estaba cerca de la salvación. Decía que con sus enseñanzas mi alma se purificaba, que dejaría de estar maldita. Pero ahí, en ese lugar, era imposible conseguir lo que quería, lo único que había querido siempre: dejar de ser codiciada por mi rostro esculpido por Satanás.

—¿Hermana?

La voz somnolienta de Maddie me rescató de la desesperación y miré su cama. Tenía los ojos verdes cansados y bordeados de círculos oscuros. Maddie siempre había sido un misterio, nunca revelaba lo que había en su corazón y escondía sus sentimientos incluso a Bella y Mae. Habíamos pasado las últimas semanas solas en esa habitación y la mayoría de los días los pasábamos en silencio, cada una perdida en sus pensamientos y sin compartir nuestros miedos más profundos.

—¿Por qué te has vestido tan temprano? Apenas ha amanecido — preguntó.

Suspiré nerviosa y le contesté:

—Van a enseñarme. A un hombre del club le han encargado enseñarme el mundo exterior.

La reacción de mi hermana fue instantánea. Empezó a temblar y abrió los ojos como platos.

—Y... —Se atragantó—. ¿Alguien vendrá también a por mí?

—Lo dudo. —Me calmé mientras ella inspiraba un poco de aire. Había aguantado la respiración mientras esperaba una respuesta.

Se sentó con la espalda apoyada en la cabecera y una mano en el pecho y preguntó:

—Entonces, ¿por qué a ti sí?

—Por mis acciones de anoche —respondí con la vista fija en el suelo.

—¡Te dije que no salieras!

—Lo sé —susurré avergonzada—. Ahora recibo mi castigo.

Levantó las sábanas para cubrirse hasta el cuello.

—¿Y qué consideran estos hombres como castigo? —preguntó. Los ojos le brillaban—. ¿Nos obligarán a yacer con ellos, nos castigarán como los ancianos?

El corazón me latía con furia en el pecho.

—No lo sé.

—No —afirmó de repente mientras negaba con la cabeza—. Mae no lo permitiría. Styx no dejaría que nos trataran de esa manera.

Me quedé boquiabierta ante su convicción.

—Maddie, son pecadores, adoran abiertamente al diablo. Son capaces de cualquier cosa.

—No creo que adoren al diablo, Lilah. No he visto tal ceremonia o servicio durante mis tardes en la ventana. Simplemente se rebelan como Satanás lo hizo contra el Señor cuando ordenó a sus ángeles que se postraran ante su grandeza.

Entrecerré los ojos.

—¡Dejan entrar al mal voluntariamente al llevar la cara del diablo cosida en la espalda! Es un pecado mortal y, desde luego, nosotras no vivimos así.

No confío en ellos y estoy segura de que Mae ha perdido la cabeza y su brújula moral.

Maddie me miró de arriba abajo.

—Si no confías en estos hombres, ¿por qué te has preparado tan temprano?

El estómago me dio un vuelco, pero respondí con sequedad:

—Porque haré lo que tenga que hacer para sobrevivir. Haré lo que se me ordene hasta que el Señor envíe a sus discípulos a salvarnos.

Maddie se quedó callada después de eso, concentrada en sus manos mientras jugueteaba con la parte superior de la sábana. Sabía que ella no quería ser rescatada, prefería vivir aislada en esa habitación. Sin embargo, yo pasaba cada minuto del día pensando en ser liberada.

Se oyeron pasos en las escaleras y se me tensó todo el cuerpo. Ya venía. «Respira. Respira. Sé fuerte. No pasa nada por estar con él».

El pomo de la puerta giró y contuve la respiración.

—¿Hermanas?

Respiré aliviada y me relajé. Mae entró con cautela, maquillada y vestida con esas prendas tan poco modestas. Sostenía una bandeja con comida y la seguían sus nuevas amigas: la mujer rubia y la otra mujer grande y oscura tatuada. Me daba mucho miedo. En la comuna, solo había gente de mi mismo color y raza. Nunca había visto a alguien como Letti.

Las tres entraron y cerraron la puerta.

—Pensé que podríamos romper el ayuno esta mañana —dijo Mae con una sonrisa amable.

Amaba a mi hermana; su sonrisa encantadora me había salvado en algunos de los momentos más oscuros de mi vida, pero ahora la sentía lejos. Había aceptado con gusto una vida que no entendía y amaba a un hombre que parecía capaz de incinerar a alguien con solo mirarlo. Era un ángel caído, oscuro y silencioso.

Styx. El nombre lo decía todo.

Pero Mae era feliz. No recordaba ningún momento en el que yo hubiera sido verdaderamente feliz.

Dejó la bandeja en la mesa que había en un lateral y me dedicó una sonrisa de ánimo. Bajé la cabeza con agradecimiento, aunque dudaba que

fuese capaz de comer. Las mariposas hacían estragos en mi estómago solo ante la idea de pasar tiempo a solas con Ky.

La mujer rubia se adelantó.

—¿Te acuerdas de mí, cariño? ¿Preciosa? —Se señaló el pecho. Asentí con la cabeza y le dediqué una pequeña sonrisa.

—¿Por qué... Preciosa? —preguntó Maddie en apenas un susurro.

Todas nos sobresaltamos al oírla hablar con alguien que no conocía. Bajó la vista de inmediato. Mae se acercó a su hermana menor, se deslizó a su lado en la cama y la abrazó.

Aunque Maddie tenía veintiún años, era como una niña pequeña. El hermano Moisés había sido un duro maestro. Había cumplido su papel de anciano bendecido por el profeta David con la máxima autoridad. Maddie había sufrido las lecciones más severas. La había convertido en una persona mansa y débil. Cuando Bella murió y Mae nos dejó solas en la comuna, se encerró en sí misma, dejó de comer y de hablar casi por completo. Parecía un alma a la deriva en el purgatorio.

Preciosa le dedicó a Maddie una sonrisa deslumbrante y rio.

—Ahora me llamo Preciosa, cariño. Mis padres me pusieron Susan-Lee, pero ¿quién cojones querría llamarse así?

—Entonces, ¿tú te pusiste el nombre de Preciosa? No lo sabía —dijo Mae, divertida—. Todavía me queda mucho que aprender sobre este mundo.

Preciosa se encogió de hombros.

—Antes era una reina de la belleza, una locura de purpurina y vestidos pomposos, y participaba en concursos de belleza obligada por mi madre. Tenéis delante a una antigua Miss Texas júnior. Cuando conocí a Tanque, me llamó así y dejé de ser Susan-Lee. Acababa de salir por patas de un concurso nacional, todavía llevaba la corona y la banda cuando casi me atropella con su Harley. Venía de vuelta de una carrera del Klan. Me subí detrás de él en la moto y nunca miré atrás.

Todas miramos a Preciosa con cara de póker. No había entendido nada de lo que acababa de decir, me perdía en sus referencias. Preciosa miró a Letti, confundida por nuestras reacciones, pero esta no dijo nada y se encogió de hombros.

Preciosa acercó una silla.

—Aquí, sobre todo en Texas, hay concursos en los que juzgan a las mujeres por su belleza, pose, talento y todas esas cosas. Gana la chica más guapa.

Me quedé de piedra y vi la misma reacción reflejada en las expresiones horrorizadas de mis hermanas.

—¿Concursos para juzgar la belleza? —pregunté, sorprendida—. Pero ¡es pecado, está mal! La belleza excesiva corrompe los sentimientos de la gente. Demasiada belleza es una maldición, no una bendición.

Preciosa me señaló.

—Predicas a una conversa, rubia. ¡Esos desfiles son campos de tortura ocultos bajo lentejuelas y laca!

Alguien golpeó la puerta y levanté la vista de golpe hacia allí.

—Voy a hacerlo, ¿no? —gritó una voz masculina que reconocí de inmediato—. Estaba durmiendo la mona después una noche de sexo duro y me has traído a rastras hasta aquí para esta puta mierda. ¡Dame un respiro, joder!

Mae frunció el ceño y Letti abrió la puerta. Ky y Styx aparecieron al otro lado, el segundo empujaba al primero por la espalda para que entrara. Ambos se quedaron de piedra y nos miraron mientras nosotras los observábamos fijamente.

Ky se encogió de hombros, pero Styx lo empujó otra vez.

—¿Qué pasa? —preguntó Mae, preocupada, mientras miraba a Styx.

Los ojos de Ky se encontraron con los míos y, por su cara, estaba claro que no se alegraba de verme. Me encogí de hombros mentalmente. Al menos los dos sentíamos lo mismo.

Styx se centró en Mae y empezó a hacer gestos con las manos. Bajé la cabeza y rompí el cruce de miradas con Ky hasta que Mae se puso de pie con brusquedad y también gesticuló.

Styx tensó la mandíbula y Mae se giró hacia mí.

—¿Lilah? —me preguntó y levanté la cabeza con cautela—. ¿Quieres ir con Ky?

—Haré lo que se me ordene.

Mae suspiró, se arrodilló delante de mí y me puso una mano en el hombro. Alguien tosió al otro lado de la habitación, Mae giró la cabeza y Styx volvió a gesticular.

Mae bajó la cabeza y, despacio, se puso de pie.

—Lilah, ve con Ky. No te hará daño.

Asentí con la cabeza y me levanté. Ky se giró mientras murmuraba algo para sí que no llegué a oír y pasó por delante de Styx en dirección a las escaleras. Lo seguí, hasta que ambos estuvimos fuera y la brisa de la mañana me acarició la piel.

Ky estaba de espaldas y yo me quedé en silencio.

—¡A la mierda! —maldijo entre dientes. Luego se volvió hacia mí—. ¿Qué quieres hacer?

Abrí los ojos como platos antes de responder.

—No lo sé.

—¡De puta madre! —exclamó, y se pasó las manos por el pelo desordenado.

Sacó un delgado trozo de cuero del bolsillo de los pantalones y se recogió con él el pelo en una cola de caballo baja.

Por mucho que lo intentara, no podía dejar de mirarlo. El pelo largo rubio podría haberle dado un aire femenino, pero no era así. Exudaba una dureza extrema, como un escudo, y, al mismo tiempo, tenía una cara lo bastante amable como para que no pudiera evitar sentirme atraída por su belleza.

Tenía un aspecto pálido y cansado. Con un largo suspiro, dejó caer la cabeza y cerró los ojos.

Miré alrededor del enorme y desértico patio.

—¿Estás bien, Ky? —pregunté—. Pareces tener mala salud.

Ky abrió los ojos y nuestras miradas se cruzaron. Nos miramos durante un momento, hasta que unas arrugas aparecieron en las comisuras de sus ojos y sonrió.

—Tengo resaca, bombón. No me suelo levantar antes del mediodía.

—¿Mediodía? —respondí, sorprendida—. Pues te pierdes la mejor parte del día. El amanecer es la creación más perfecta de Dios, mi momento favorito. Deberías levantarte cada mañana y oír los pájaros cantar.

Ky dejó escapar una risita.

—Ah, ¿sí?

—Sí —afirmé con seriedad.

—Vale. Haré un esfuerzo por ver el amanecer y escuchar los putos pájaros

—contestó. Luego, se sacó otro palito blanco del bolsillo y lo encendió con un pequeño mecanismo que hacía fuego. Se lo acercó a los labios y le salió humo por la nariz. Entonces inclinó la cabeza en mi dirección.

—Vamos.

Me puse en marcha y le seguí.

—¿Adónde vamos?

—A ver si aprendes algo —respondió sin darse la vuelta.

Caminamos hasta la parte delantera del patio, donde estaban colocadas en una larga fila las motos que todos los hombres usaban ahí. Mae me había explicado lo que eran un día que me había encontrado mirando por la ventana del dormitorio. En mi opinión, parecían peligrosas.

Ky se detuvo junto a una de aquellas máquinas, una muy grande, plateada y negra. Me lanzó un casco a las manos y palidecí.

—Venga, pónelo. Vamos a dar una vuelta.

—¿Una vuelta? —pregunté muerta de miedo.

—Así es —afirmó, y me eché a temblar.

Quería que me subiera a la moto. No. Era peligroso. ¿Cómo podía conservar el pudor? ¿Tendría que tocarlo?

—Lilah...

—¿Puedo pedirte que no hagamos uso de esta máquina, Ky? —le interrumpí.

Me miró con asombro, pero también divertido, y levantó la ceja.

—¿Si puedes pedirlo?

Asentí con aprensión, temerosa de que la pregunta le hubiera enfadado. Pero, tras mirarlo un segundo, empezó a reírse a carcajadas y dejó el casco en la parte trasera de la moto. Volvió a mirarme a la cara y se rio con más fuerza.

—La madre que la parió —murmuró mientras sacudía la cabeza.

—¿Por qué te ríes de mí? —pregunté, consternada.

Ky rodeó la moto para ponerse a mi lado.

—Primera lección, bombón, aquí, en el «mundo del pecado» —se burló —, si no queremos hacer algo o montarnos en algo, lo decimos y punto.

Fruncí el ceño.

—Eso he hecho.

—No, qué va. Has abierto esa boquita y me has hablado como la puta reina de Inglaterra. A partir de ahora, si no quieres algo, lo único que tiene que salir de esos labios gruesos es: «Ni de coña me voy a subir a eso» o «Ni de coña pienso hacer eso». —Se llevó otra vez a los labios el palito blanco—. ¿Lo pillas?

Asentí, levanté las manos y me pasé los dedos por los labios. Ky entrecerró los ojos mientras me miraba.

—¿Labios gruesos? —pregunté, confundida—. ¿Tengo los labios gruesos?

Me cegó con una deslumbrante sonrisa, se pasó la lengua por los labios y se acercó, demasiado para que resultara cómodo. La proximidad de su musculoso cuerpo me desconcertaba y su aliento a humo me rozaba las mejillas. Me sujetó la cara por la barbilla, me acarició el labio inferior con el pulgar y se inclinó.

—Gruesos y rosados. Los labios más perfectos que he visto en mi puta vida. —Tenía la voz áspera y más grave de lo normal—. Sí, Li, tienes unos labios increíbles para chuparla.

Se me aceleró el corazón. De pronto, me sentía embriagada y se me escapó un suspiro tembloroso. Era grosero al hablar, pero ya me había dado cuenta de que así era él. De forma extraña, lo respetaba por su honestidad.

El tiempo se detuvo mientras nos mirábamos sin movernos, ambos respirábamos profundamente. Entonces Ky retrocedió un paso y carraspeó. Se acercó una última vez el palo blanco a los labios antes de tirarlo al suelo, donde se siguió consumiendo sobre el asfalto.

—¿Vas a obligarme a sacar la camioneta? ¿Voy a tener que quedarme aquí encerrado?

No me dio tiempo a responder, sacó unas llaves del bolsillo y se acercó a una gran máquina negra. Tenía enormes barras de plata en la parte delantera y ruedas dobles deportivas en la parte trasera.

Se oyó un chasquido y Ky abrió una puerta.

—Entra —ordenó, pero no me moví—. Lilah, sube a la puta camioneta.

Dudé antes de moverme y miré a través de la puerta abierta. No había estado en un vehículo antes. El profeta David y los ancianos tenían un automóvil que usaban ocasionalmente, pero ninguna otra persona de la Orden había usado uno, y mucho menos las Malditas. Vivíamos apartadas y rechazábamos tales oportunidades.

De repente, unas manos me agarraron de la cintura. Solté un grito de sorpresa cuando me alzaron hasta el asiento. Cuando me volví para mirar a Ky, cerró la puerta y rodeó el vehículo por delante para saltar a mi lado.

Metió las llaves en una abertura.

—Cinturón de seguridad —dijo.

Me quedé callada, sin entender sus palabras y sin querer enfadarlo. Ky me miró.

—Cinturón de seguridad —repitió.

—¿Qué es un cinturón de seguridad? —pregunté en voz baja.

Agarró con las manos la especie de rueda que tenía delante, resopló e inclinó la cabeza.

—Joder, va a ser un día muy largo.

Traté de responder, pero de pronto el cuerpo de Ky estaba muy cerca, su pecho sobre el mío. Levantó la mano para agarrar algo por encima de mi cabeza. No podía respirar. Mis pulmones se negaban a funcionar.

Mientras el pecho de Ky se frotaba contra el mío, sentía los senos increíblemente pesados. La temperatura de mi cuerpo se elevó y me puse nerviosa. Ky tampoco parecía moverse, le costaba respirar.

El interior del vehículo se había vuelto muy pequeño de repente. Todo me parecía demasiado pequeño, todo menos el hombre que yacía sobre mí, el hombre que sujetaba un cinturón negro sobre mi cabeza y cuyos ojos, al encontrarse con los míos, parecieron encenderse como el fuego.

Sus caderas se movieron y sentí que algo duro me presionaba el muslo. Su dureza. Empecé a temblar de nervios.

Entonces Ky se movió muy despacio, me pasó el cinturón por encima del pecho y hacia abajo hasta la cadera y sus manos me rozaron los sensibles pezones.

Jadeé y sentí un hormigueo entre los muslos. Empecé a entrar en pánico.

El rostro de Ky apareció frente al mío, un movimiento tan fluido como el del sol al recorrer el cielo. Me rozó la nariz con la suya e inhaló el calor de mi aliento. Tan cerca olía a humo y a algo adictivo, como a agua fresca que fluye. Me recordaba al río donde me purificaba. Se me escapó un gemido justo cuando se escuchó un fuerte chasquido, que me liberó de la atracción magnética entre nosotros.

—Cinturón de seguridad —dijo con voz ronca mientras me miraba los labios con los ojos entornados. «Gruesos y rosados. Los labios más perfectos que he visto en mi puta vida»—. Joder. —Gimió y luego retrocedió. Me quedé pegada al asiento, con las manos rígidas a los costados—. Un día muy largo.

Cerré los ojos, recuperé el autocontrol y relajé los músculos tensos. Ky gruñó a mi lado, lo miré y lo vi ajustarse la entrepierna con una expresión de dolor en la cara.

Con las manos en el volante, sacudió la cabeza.

—Vamos a desayunar —dijo—. Necesito comida para librarme del puto Gremlin que tengo en la cabeza y un cubo de café para espabilar.

¿Gremlin? ¿Café? No entendí la mitad de lo que dijo, pero sí algo que hizo que el miedo me paralizara.

—¿Tenemos que salir del recinto? —pregunté sin poder ocultar el temor en mi voz.

Ky giró la llave del vehículo y la máquina rugió debajo de nosotros. Di un grito de sorpresa y traté de buscar algo a lo que agarrarme.

—¿Qué pasa? —grité mientras me sujetaba a la manilla de la puerta.

Ky volvió a reír.

—Primero, tranquilízate de una puta vez, acabo de encender la camioneta. Y, segundo, sí, nos vamos del recinto. No pienso ponerme a cocinar y dudo que te apetezca que lo haga alguna de mis zorras de dentro.

—No quiero abandonar la seguridad de estos muros —respondí, me esforcé por recuperar la calma y obviar el comentario sobre «sus zorras».

Ky me ignoró y tiró de la palanca junto al volante. El vehículo avanzó y las puertas del complejo empezaron a abrirse.

Ky se agachó y me dio una palmadita en la rodilla.

—Te jodes, bombón. Lección número dos: la vida es algo más que estar enjaulado en una burbuja. Así vivías en esa secta y ahora te encierras aquí. Hay que coger al toro por los cuernos y echarle huevos.

Me cosquilleó la piel justo donde había estado su mano. Inquieta por estas reacciones, me puse a rezar. «Señor, por favor, dame fuerza para pasar este día, para resistirme a este pecador».

—¿Y bien? ¿Vas a cerrar la boca y echarle huevos? —me preguntó con

una mirada traviesa.

Asentí con la cabeza y traté de parecer relajada. No podía decirle que mi gente vendría a por mí, Maddie y Mae. Me quedé callada, lista para observar lo que estaba a punto de revelármese cuando las pesadas puertas de acero se abrieran del todo y dejaran entrar el maligno mundo exterior.

Mientras rodábamos por la carretera, admiré los árboles que circundaban el pequeño y sinuoso sendero. «Así debes de sentirte al volar», pensé. El vehículo fue ganando velocidad y los árboles se convirtieron en borrones verdes y marrones ante mis ojos desenfocados.

El mundo comenzó a moverse tan rápido que no podía procesar lo que veía. Mientras me deleitaba con la creación divina de Dios, olvidé por un momento que Ky estaba en el vehículo conmigo y que yo estaba lejos de mi gente. Durante un rato, me olvidé de todo.

Recostada en el asiento, no dejaba de mirar al exterior. Estaba ansiosa por lo que veríamos al salir del camino rural.

—Bueno. —Ky empezó a hablar y giré la cabeza hacia él. Se movía con torpeza, como si se sintiera incómodo en mi presencia—. ¿Te gusta la vida fuera de la comuna?

El estómago me dio un vuelco por la pregunta y dudé sobre si mentir o no. Decidí ser sincera.

—No me gusta nada.

Ky levantó las cejas.

—¿Por qué? —preguntó.

—No es el mundo que conozco —admití mientras jugueteaba con los dedos—. Todo lo que me han enseñado que está mal los Verdugos lo veneran y disfrutan.

—¿Por eso piensas que somos malvados, porque nos gusta beber, matar y follar?

—Sí —respondí con honestidad e hice una mueca ante lo descarado que se mostraba con su estilo de vida. Hablaba de matar sin ningún miramiento, como si fuera algo cotidiano.

—Todo es relativo, bombón. Para mí, el lugar del que vienes me parece una secta de cabrones enfermos —comentó tras unos minutos de silencio.

—¿Cómo dices? —pregunté indignada.

—Incluso para un pecador como yo, que un tío le lave el cerebro a cientos de personas para hacerles creer que es el mensajero de Dios y se dedique a follarse a niñas en el proceso es de ser muy hijo de puta. Joder, te lo voy a dejar clarito, Li, esa secta y ese profeta tuyos usan a Dios para encubrir un puto club de pedófilos.

Ky fue alzando la voz según hablaba. Me quedé sin aliento, anonadada por sus acusaciones.

—¿Piensas que los Verdugos estamos equivocados por vivir fuera de la ley, en contra de lo que dicta la sociedad? Nos ganamos el alcohol y las mujeres después de un largo día quemando asfalto para el club y solo matamos para proteger lo que es nuestro, al igual que los cabrones de los ancianos, que mataron a tu hermana Bella, raptaron a Mae para obligarla a casarse con un cadáver andante y dispararon a mis hombres cuando fuimos a rescatarla —añadió, y me miró—. Además, joder, ¿no se supone que eres cristiana?

—Sí —espeté—. Soy devota de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Y de mi profeta.

—Pues, ¿dónde cojones queda eso de no juzgar, amar al prójimo y perdonar a los putos pecadores? Porque todo lo que te oigo soltar por esta boquita es un montón de mierda hipócrita y sermones condescendientes.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Te ha comido la lengua el gato? Porque sabes que tus argumentos y tu fe de mierda hacen aguas.

—¡No hacen aguas! —me defendí.

Sin embargo, no podía negar que tenía algo de razón en lo que decía, aunque las escrituras que había citado no eran exactas. Moisés no grabó palabras groseras en las tablas de piedra sagradas de los Diez Mandamientos.

Suspiré y me removí en el asiento.

—Pero...

—Pero ¿qué? —preguntó mientras se aguantaba las ganas de sonreír.

—Tienes razón. No debería juzgar a los demás tan a la ligera. Nunca me había parado a pensar que mi forma de ver el club era equivocada en ese sentido —reconocí.

Él me concedió una sonrisa deslumbrante, casi tanto como su belleza.

Volví a sentir un hormigueo entre las piernas y recé por que desapareciera antes de que se diera cuenta de que me pasaba algo, porque algo me pasaba. Ky me corrompía.

Cuando me calmé, reflexioné sobre sus palabras.

—Dejando de lado el perdón y los juicios de valor, deberías esforzarte por no pecar, Ky, por el bien de tu salvación.

—¿Salvación? ¿Crees que puedo salvarme, bombón? ¿Te importa que lo haga? —Parecía divertido.

—Creo que todo el mundo puede salvarse. —Sentía su mirada clavada en mí—. Por ejemplo, las mujeres con las que tienes relaciones. —Me callé y Ky tosió para disimular la risa—. No deberías yacer con ellas tan libremente. Contento o espera a conocer a una mujer con la que quieras casarte ante los ojos de Dios. Eso es amor verdadero. Las escrituras dicen que no hay otro amor que se le compare. Esa mujer ayudará a salvar tu alma o, al menos, te dará un lugar seguro al que llamar hogar.

Ky me miraba con una expresión indescifrable. Tuve la esperanza de que hubiera escuchado mis palabras y cambiase su vida de pecado.

—Jesús se folló a una puta y le fue bien, ¿no? Joder, hasta tengo el pelo y la barba largos y las mujeres besan por donde piso. A lo mejor soy el siguiente.

Me arrepentí de todo lo que había pensado. Derrotada, me dejé caer en el asiento.

—«El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor» —susurré.

—De puta madre, más gilipollices bíblicas, ¡justo lo que me apetece para pasar la resaca!

Me sentí molesta y anonadada por su forma de despreciar la palabra de Dios.

—Juan, 4, 8. Merece tu respeto —musité.

—Pues vale —se burló—. Voy a escribirlo en un papel, enmarcarlo y colgarlo en la puta pared.

Aparté la vista para escapar de la tentación de su sonrisa. Miré por la ventana y me di cuenta de que había otros vehículos en la carretera y de que habíamos salido del camino de tierra del complejo. De vez en cuando se veía alguna casa entre los campos verdes y, al cabo de un rato, empezaron a

aparecer personas. El mundo exterior se mostraba ante mí.

Todo lo que vi me fascinó: los colores, la variedad de personas, sus diferentes ropas, los diferentes vehículos de la carretera. Al principio me desconcertó, pero me sentía segura dentro de la camioneta y, muy a mi pesar, me sentía segura con Ky. Sabía que era mi protector, lo había presenciado la noche en que había irrumpido en el complejo y exigido a Styx que nos llevaran a Maddie y a mí con Mae. Incluso en este mundo desconocido y a pesar del poco tiempo que había pasado con él, sabía de forma instintiva que me protegería del peligro.

La camioneta giró a la derecha y entramos en una pequeña área donde había otros vehículos estacionados delante de una casita de madera con un letrero en la parte superior en el que se podía leer «Los desayunos de Maude». Nos detuvimos justo delante.

Algunas personas que pasaban por ahí miraron dentro del coche, con la cabeza inclinada mientras hablaban entre susurros.

Me volví hacia Ky.

—Me da miedo salir. Estas personas son tan distintas a mí... —Pasé la mano por el vestido y el tocado. Estaba de los nervios—. No me veo igual que ellos. Todos me mirarán, y detesto que me miren. No lo soporto.

Ky se acercó en el largo asiento.

—Li, nadie te dirá nada. Estás conmigo. Aquí, ningún cabrón nos dirige la palabra a menos que busquen llevarse una buena hostia.

Estudí su expresión y no percibí nada más que sinceridad. Aun así, me resistía a moverme.

—¿Puedo pedirte que volvamos al complejo? No me siento cómoda aquí fuera.

Ky sacudió la cabeza y me agarró de la mano, lo que me sorprendió.

—Se acabaron las peticiones. Ha llegado el momento de echarle huevos.

Ky se estiró por encima de mí y abrió la puerta.

—Vamos.

Me soltó la mano, me sacó de la camioneta y salió tras de mí pasando por encima el asiento para asegurarse de que hiciera lo que me decía.

Una vez fuera del vehículo, unos sonidos extraños me sobresaltaron y retrocedí hasta chocar con algo duro. Al darme la vuelta, me di cuenta de que

era Ky. Me miraba de nuevo divertido, pero no dijo nada. En cambio, me dio la mano y echó a andar hacia «Los desayunos de Maude».

Avanzaba dos pasos por detrás de Ky, como era lo correcto al caminar con un hombre, con la vista clavada en el suelo. Intenté bloquear los ruidos que me asaltaban los oídos.

Cuando Ky abrió la puerta, sonó una campanilla y las conversaciones se detuvieron de repente. Todos nos miraban. A Ky pareció darle igual. Parecía incluso acostumbrado.

Era muy atractivo. Tal vez era eso lo que atraía las miradas de la gente.

Unos tacones restallaron sobre la madera.

—Buenos días, Kyler, ¿la mesa de siempre? —preguntó una mujer.

—Buenos días, guapa. Sí, la misma mesa —respondió Ky. Levanté la cabeza lo suficiente para ver con quién hablaba. Era una anciana con el pelo blanco, vestida con una extraña prenda rosa, que sonreía a Ky con candor.

—No me avisaste de que vendrías hoy. Tendré que reorganizar las mesas para daros algo de privacidad —susurró la mujer mientras avanzábamos entre mesas llenas de gente que no apartaba la vista de nosotros y pasábamos por detrás de un biombo que separaba una mesa solitaria sin preparar.

—No vengo por trabajo, Maude, solo a comer —contestó Ky.

—Vale. Dame un minuto para preparar la mesa.

Hubo un momento de silencio y me arriesgué a echar un vistazo. La mujer me miraba con el ceño fruncido mientras sacudía la cabeza. Luego se volvió hacia Ky.

—Hace mucho que nos conocemos, toda tu vida, y nunca habías venido con una chica.

Ky se encogió de hombros e incluso se sonrojó un poco, lo que me hizo sonreír. Me pilló mirándole y entrecerró los ojos, así que se me cortó la sonrisa.

La mujer, Maude, según la había llamado Ky, se acercó más para susurrar. El olor de su perfume resultaba sofocante.

—¿No será una víctima de la trata de blancas? ¿Por qué viste tan raro? ¡Parece que se ha escapado del siglo XVIII!

—Asuntos del club, ya sabes cómo es —respondió Ky con brusquedad, y tensó la mandíbula.

—No tengo ningún problema con que te ocupes de los asuntos del club aquí, como tampoco lo tuve cuando lo hacían tu padre y el de Styx. Siempre habéis cuidado de mí, pero tengo límites. —Hizo una pausa y añadió—: Parece que la has sacado de esa secta polígama de Utah. Pero tiene una cara muy bonita. Preciosa.

Ky se quedó de piedra ante las palabras de Maude, aunque sus palabras no significaban nada para mí, excepto «secta», lo que hizo que me preocupara.

—Aquí no hay trata de blancas, los Verdugos nunca se han metido en esa mierda y nunca lo harán. Preferiría cargarme a esos cabrones con mis propias manos que unirme a ellos. De dónde haya salido esta zorra no es cosa tuya. Está conmigo, es todo lo que necesitas saber.

—Vale, de acuerdo —concedió Maude, exasperada. Le dio a Ky un apretón en el brazo—. Os dejaré solos y os traeré un par de menús.

—No hace falta, tráenos la especialidad del día a los dos.

—Vale.

Maude se marchó taconeando sobre el parqué. Ky me soltó la mano y me levantó la cabeza.

—Siéntate, bombón —ordenó, y así lo hice.

Estábamos en una pequeña mesa redonda con una silla a cada lado. Ky se sentó delante de mí e inmediatamente echó un vistazo a la sala. Los que estaban en la mesa más cercana apartaron la mirada al instante. Lo cierto es que parecían aterrorizados. Sin embargo, una niña pequeña que estaba con ellos no dejaba de mirarme. Tendría unos seis años, pura e inocente. Sentí náuseas al pensar que yo no era mucho mayor cuando me desterraron y me marcaron como a una Maldita.

En la mesa que teníamos detrás, dos chicas no dejaban de mirar a Ky, que, al verme tan interesada en lo que había a su espalda, se giró y les dedicó una sonrisa encantadora. Las jóvenes se rieron y se sonrojaron. Ky volvió a mirarme y levantó las cejas.

—Llevaban mucho rato mirándote —comenté.

—Ya. —Se encogió de hombros—. Las tías se corren solo con ver esta cara y este cuerpo. Estoy bueno, bombón. Me pasa todo el tiempo.

Me quedé con la boca abierta.

—Eres muy vanidoso.

—No, soy sincero. Estoy bueno, joder, estoy muy bueno, y lo sé. ¿Por qué mentir?

Entrecerré los ojos.

—Le das demasiada importancia a la belleza.

Ky carraspeó y me señaló.

—Dijo la supermodelo.

—La belleza no significa nada para mí, créeme —respondí, ofendida.

Volvió a encogerse de hombros.

—Porque eres preciosa. Los dos lo somos. La gente guapa siempre dice que le da igual. Pero somos como dos putos dioses griegos, no podemos cambiarlo. —Se inclinó hacia delante y levantó las cejas—. Acéptalo. Disfrútalo. Yo lo hago mucho.

Sacudí la cabeza sin saber qué responder y Ky sonrió victorioso. Estiró los brazos por encima de la cabeza y se crujió el cuello. Luego, me miró.

—¿Te gustan las tortitas?

—¿Tortitas? —pregunté, extrañada.

—¿Nunca has comido tortitas con beicon?

Negué con la cabeza.

—Joder —suspiró. Por su reacción, asumí que las tortitas con beicon debían de ser algo muy especial.

En ese momento, Maude volvió con dos tazas y una jarra llena de un líquido negro en las manos. Olía muy bien. Dejó las tazas en la mesa mientras Ky no dejaba de observarme. Maude vertió el líquido en su taza y luego se volvió hacia mí.

—¿Café, cielo?

—Eh...

Miré a Ky en busca de instrucciones. Maude levantó las cejas y miró a Ky con desconfianza.

—Sí, échale —respondió él. Relajé los hombros aliviada cuando Maude me llenó la taza y se marchó.

—Gracias, no sabía qué hacer. Nunca había respondido por mí misma.

Ky apoyó los codos en la mesa y negó con la cabeza, decepcionado.

—¿Tampoco has tomado café nunca?

—No, ¿qué es?

Miré con curiosidad el líquido caliente. El olor era muy agradable, embriagador incluso.

—Es una bebida.

Se me escapó la risa, no me pude contener.

—Hasta ahí llego, Ky. Puede que no entienda mucho de este mundo, pero soy capaz de reconocer una bebida caliente.

La expresión de Ky pasó de la indiferencia y el aburrimiento a algo parecido a la diversión. Era sutil, pero estaba ahí. Su mirada se suavizó y, después de un momento, me sonrió y puso su mano sobre la mía. Dejé de reír cuando el calor de su tacto me penetró la piel. Cuando lo miré, él también observaba nuestras manos.

Debería haberme apartado. Habría sido lo correcto y era inmoral no hacerlo. Pero no quería y, por primera vez en mi vida, no había nadie que me dijera lo contrario. Aquel día estaba al cuidado de Ky y debía hacer lo que él quisiera.

Ky estaba tenso. Me di cuenta de que le había sorprendido que le permitiera tocarme. El corazón me latía tan rápido como las alas de un colibrí y un escalofrío de excitación me recorrió la columna vertebral.

Cuando nuestros ojos se encontraron, todavía quedaba un rastro de sonrisa en mi cara. Extendió la mano libre para rozarme los labios.

—Te queda muy bien, bombón.

—¿Qué? —pregunté mientras él apartaba la mano de mi cara.

—La sonrisa. Es impresionante. No te había visto sonreír desde que estás con nosotros.

Dejé de hacerlo.

—Porque no suelo tener motivos.

Ky me acarició el dorso de la mano.

—Pues búscalos. No pongas excusas por tener una vida de mierda. No es ingeniería aeronáutica. Si algo no te gusta, encuentra algo que sí. Si no te gusta estar con alguien, aléjate. Si quieres cambiar tu vida, mueve tu culo y hazlo.

Me apretó la mano y siguió hablando.

—Sé que la vida en el club no es lo tuyo, pero tampoco le has dado una oportunidad. Te quedas encerrada, lamentándote por algo que se ha ido y no va a volver. Eres miserable, pero no intentas mejorar las cosas. Ningún

hermano te hará daño y, si sigues ciertas reglas, los visitantes y los nómadas no tendrán la oportunidad de hacerlo. Te portas como una zorra con Mae por tener cojones de dejar algo que sabía que era una mierda y la estás matando al negarte a aceptar su ayuda.

»Nos ves como a unos pecadores, vale, lo pillo, pero estos pecadores te protegerán. Eres la hermana de Mae, la dama de Styx, así que en el club estás a salvo. No somos tan malos con la gente a la que dejamos entrar, Li. Intenta mejorar tu situación. Joder, nunca me deprimó, me encanta mi vida, pero, al verte en la ventana todas las noches, echa una mierda y mirándonos como si fuéramos demonios, me entran ganas de cortarme las venas. Y ¿sabes qué? ¡Soy demasiado guapo para morir!

Sentí un fuerte dolor en el estómago, como una patada. Bajé la cabeza para ocultar el hecho de que, aunque no quería, su broma me había hecho sonreír.

Tenía razón, era demasiado guapo para morir.

Ky tiró de mi mano y me obligó a mirarlo.

—No sé todo lo que te hicieron esos cabrones, pero sé lo suficiente como para entender que no confíes en nadie. Estás programada para tener miedo de todo lo que el profeta tocaniñas te dijo, pero tienes que intentarlo. Inténtalo.

Me aguanté las ganas de llorar. No sabía qué responder. No creo que hubiera nada que decir. Hacía que pareciera fácil.

—Bueno. —Me soltó la mano—. Ahora prueba el café de los cojones.

Me limpié las mejillas con disimulo, reí aliviada y agarré la taza con cierto miedo.

—¿Qué lleva?

Ky se encogió de hombros.

—Cafeína.

Solté la taza de inmediato.

—¿Qué coño pasa ahora? —preguntó con el ceño fruncido.

—No puedo tomar cafeína, está prohibido. La cafeína altera la mente y te aleja de Dios. Las Malditas ya somos impuras, así que debemos comer cosas puras, no consumir nada más que productos naturales.

Ky suspiró y se frotó la frente.

—Aquí no está prohibido. No hay profetas de los que preocuparse. Que le

des un sorbo a un café no va a provocar el putito apocalipsis. —Empujó la taza en mi dirección—. Inténtalo. Pruébalo, joder.

Miré fijamente el recipiente. Me sorprendía lo confundida que estaba. Nunca me había desviado de las enseñanzas del profeta David. Era una verdadera creyente, pero las palabras de Ky me confundían. Quería complacerlo, quería intentar vivir en el exterior, al menos hasta que volviera a la Orden.

Algo en mí deseaba confiar en él, complacerlo.

Temblé al agarrar el mango de la taza y llevármela a los labios. Cuanto más se acercaba, más fuerte era el rico aroma. Cerré los ojos para convencerme de probarlo y dejé que una pequeña cantidad de líquido me entrara en la boca.

Estaba caliente, amargo y ¡buenísimo!

Cuando bajé la taza, Ky me observaba con la cabeza ladeada.

—¿Qué tal?

Contuve la risa.

—Muy bien. ¡Es delicioso!

Sonrió de oreja a oreja.

—Estoy orgulloso de ti. Le has echado un par.

Maude apareció en ese momento y dejó en la mesa dos platos llenos de comida que no había visto antes. Ky cogió el tenedor y señaló un gran objeto redondo de mi plato.

—Tortitas.

Asentí mientras él vertía una pegajosa salsa marrón encima.

Fruncí el ceño.

—Pruébalo, Li. Te va a encantar.

Lo probé.

Y me encantó.

Me encantó de verdad.

—Es increíble —susurré.

Disfrutaba de la vista con la cara pegada al cristal de la ventana. Me

rodeaban edificios enormes, algunos de formas extrañas, otros tan altos que me costaba ver dónde terminaban.

Había salido el sol y el día estaba despejado, así que lo veía todo con claridad.

—El centro de Austin. Es alucinante. Buena música, buenas vibraciones.

—No creía que existiera un sitio así. Me habían contado historias, pero lo que me había imaginado ni se acerca a la realidad.

Gente de todas las razas, formas y tamaños se congregaba en las concurridas calles. Algunos vestían de manera inmoral, otros con vestimentas que ni siquiera comprendía. Muchos llevaban en la mano máquinas de las que Mae me había hablado, los había llamado «teléfonos móviles».

—¿Qué te parece? —preguntó Ky—. ¿Te gustaría vivir aquí?

Negué con la cabeza.

—No. Para nada. Es demasiado. Tendría miedo de todo, de portarme mal, de los desconocidos con los que me cruzase. —Hice una pausa para respirar, estaba exhausta tras tantas emociones—. Si tuviera que vivir fuera de la comuna...

—Lo cual va a pasar —interrumpió Ky.

—Ya, vale —respondí—. Prefiero vivir en un lugar tranquilo, lejos de gente que me observa y se acerca a mí con fines impuros. Me gustaría vivir sin miedo al pecado, sin demasiado ruido, sin demasiados conflictos. —Mirando por la ventana, añadí—: Me gustaría vivir sin dolor.

Ky no respondió, pero sus nudillos le traicionaron al ponerse blancos por la fuerza con la que sujetaba el volante.

Cuanto más conducíamos por la ciudad, más cansada estaba. Ky señalaba cosas y me explicaba lo que eran: edificios llamados museos que albergaban artefactos antiguos de todo el mundo, cines donde la gente se reunía y veía «películas». Por supuesto, nunca había visto una película. Ky tuvo que explicarme qué era una televisión.

No me identificaba con nada, nada me resultaba conocido.

Todo era demasiado grande. Demasiado. Después de horas y horas de experiencias que alteraron mi visión de la vida, ya no pude más.

—¿Puedo pedirte que volvamos al recinto? Estoy agotada y creo que he visto más de lo que puedo soportar en un día.

Ky asintió, consciente de que había llegado a mi límite, y me acurruqué en el asiento. Apretó un botón del volante y la música empezó a sonar dentro del vehículo. Todo parecía estar vivo al ritmo de la música. Descansé la cabeza en la puerta mientras el ruido se extendía por el aire.

Las luces de la ciudad brillaban como luciérnagas y el cielo nocturno sin estrellas marcaba la llegada de muchos personajes desagradables a las calles. Decidí que ese lugar no era para mí, aunque era fascinante visitarlo.

Prefería el tranquilo camino rural del complejo. Prefería el cielo iluminado por la luna que había allí, en el que las estrellas se veían sin verse afectadas por las luces artificiales de la ciudad. Prefiero la soledad al bullicio, el verde al hormigón y el silencio al ruido.

Suspiré, agobiada. Nos detuvimos en un semáforo en rojo, algo que indicaba que el vehículo debía parar. Entonces vi un gran edificio blanco.

Me dejó sin aliento.

Era un castillo de piedra blanca impoluta, un edificio imponente que dominaba las altas escaleras sobre las que se asentaba y mostraba su belleza a los residentes de la ciudad. Las ventanas de colores arqueadas brillaban en la oscuridad y proyectaban un arcoíris sobre la piedra blanca. Las luces en el alto techo de tejas iluminaban cada obra maestra perfectamente esculpida. Un juego de amplias puertas de madera dominaba el centro de la parte delantera. Pero lo más hermoso de todo era la estatua de mármol blanco de Jesucristo que sobresalía en la fachada, el Señor en su cruz, una imagen serena y poética.

—¿Puedes detener el vehículo? —pedí con las manos apoyadas en el cristal.

—¿Qué?

Ky parecía sorprendido cuando me volví. Fruncía el ceño.

—¡Por favor! ¡Para un momento!

Me hizo caso y se detuvo a un lado de la carretera. Me quedé mirando el edificio fascinada.

—¿Qué es ese lugar? —pregunté sin salir de mi asombro.

Ky se inclinó para mirar y nuestros brazos se rozaron.

—Una iglesia.

—¿Una iglesia?

—Sí, ya sabes, donde la gente como tú va a rezar y a cantar, a hacer esas

mierdas soporíferas.

Estaba desconcertada.

—¿Gente de Dios? —pregunté, sin apartar la vista del edificio mientras una mujer con un bebé cruzaba las puertas de madera.

—Sí, chupacruces, raritos religiosos, gente como tú —respondió, frustrado.

—No lo entiendo. —Lo miré—. ¿Es una iglesia cristiana a la que la gente viene a rezar?

Ky asintió despacio y me miró como si estuviera loca.

—Claro, ¿qué es lo que no entiendes? Iglesia, Dios. Un coñazo.

—No es que no entienda la parte religiosa, es el hecho de que existan iglesias fuera de la verja, fuera de la Orden. ¿Es así?

—Ahora soy yo el que se ha perdido. —Miró la iglesia y luego a mí otra vez.

Casi me dio un ataque de pánico.

—El profeta David nos contó que éramos las últimas personas de la Tierra fieles a Dios, que en el exterior solo había pecadores que rechazaban el mensaje del Señor. Por eso vivíamos apartados, para proteger nuestras creencias de aquellos que buscaban destruirlas.

Ky frunció el ceño, su gesto era de rabia.

—Lilah, hay como un millón de iglesias solo en este país y gente religiosa por todas partes, cada uno con su fe. Ese cabrón os contó una sarta de mentiras.

—Pero ¿cómo...?

No me salían las palabras, no sabía cómo defender las escrituras de mi profeta cuando tenía ante mis ojos la prueba de que eran falsas.

Ky me apartó un mechón de pelo que se había salido del tocado y me lo colocó detrás de la oreja. Ladeé la cara hacia su mano, sin darme cuenta de que lloraba. Me limpió las lágrimas con el pulgar.

—Sé que no quieres creerlo, pero muy poco de lo que ese hijo de puta os contó era cierto.

—No...

Quise replicar, pero Ky me miraba con ojos amables y callé. Empezaba a tener calor y me dolía el pecho. Levanté la mano para acariciarme la piel,

pero no sirvió de nada.

—¿Lilah? —me preguntó preocupado, y me removí incómoda en el asiento. La ansiedad me superaba.

—No puedo respirar —dije asustada—. ¡No puedo respirar!

—Mierda —siseó.

Apretó un botón junto a su puerta y la ventanilla de mi lado empezó a bajar. La fría brisa nocturna que entró en el vehículo me ayudó a calmarme.

Apoyé la cabeza en el marco de la puerta y cerré los ojos. Entonces lo oí. Música. El maravilloso sonido de la música de Dios salía de la iglesia. Pasé de la desesperación a la felicidad en segundos gracias a los melódicos himnos.

—Precioso —susurré.

—Góspel —respondió Ky—. Música góspel, coros. Es muy popular por aquí.

—Adorar al Señor a través de la música —dije con una sonrisa. Era el primer remanso de paz que había tenido desde que me arrancaron de la protección de la comuna. Mae, Bella, Maddie y yo oíamos a menudo cómo los seguidores le cantaban al profeta durante las misas. Nosotras cantábamos solas en nuestros aposentos mientras deseábamos poder salir y estar con los demás.

No sé cuánto tiempo pasé allí sentada, pero escuché todas las canciones, hasta que se hizo el silencio. Un grupo de personas salió de la iglesia y luego alguien cerró las puertas.

Observé a un hombre que paseaba tarareando alegremente una de las canciones y Ky carraspeó.

—¿Lista para irnos? Llevamos todo el día fuera.

Asentí en silencio y Ky se incorporó a la carretera. El viaje de vuelta me pareció más largo. Las luces del gran edificio desaparecieron para dejar paso al resplandor de la naturaleza.

No hablamos y no puso música. Lo agradecí, porque no quería que nada estropease las bellas palabras de los rezos que seguían pululando por mi cabeza.

Estaba hecha un lío. Trataba de entender por qué el profeta David nos había predicado un mensaje falso. Me cuestioné si sería consciente de la

existencia de otras fes más allá de la verja o, peor aún, si esa iglesia sería una estratagema para atraer a las almas perdidas a través de sus puertas para que aquellos con malas intenciones que residían dentro hicieran daño a inocentes.

Ninguna de las dos opciones terminaba de convencerme. Además, aquella música era una de las cosas más puras y sobrecogedoras que había oído nunca.

Cuando quise darme cuenta, la oscuridad del camino rural que llevaba al complejo nos había rodeado y, al cabo de media hora, el edificio de cemento de los Verdugos apareció ante nosotros.

Ky sacó un pequeño llavero negro del chaleco, pulsó un botón y las puertas se abrieron. El patio estaba muy tranquilo cuando entramos.

Apagó el motor y salió de la camioneta. Me disponía a abrir la puerta cuando Ky lo hizo por mí desde fuera y me tendió la mano.

Me observaba con cautela, casi preocupado. Acepté su mano y bajé del vehículo, agotada.

Me acompañó hasta la parte trasera del edificio, donde se encontraba la puerta que llevaba al apartamento. Cuando nos detuvimos, lo miré a los ojos.

—¿Todo bien, bombón? —preguntó—. Han sido muchas emociones en un día.

Me froté los ojos, respiré hondo y lo miré.

—Gracias —susurré. Ky pareció sorprenderse—. Gracias por mostrarme tantas maravillas hoy. Sé que no era lo que querías hacer con tu tiempo, pero ha significado mucho para mí. La iglesia ha sido... —No encontré palabras que hicieran justicia a la experiencia. Me había tocado el alma, había despertado algo que yacía dormido dentro de mí.

Ky se movió en el acto y dejó caer la mano. Abrió la puerta y se detuvo a mirarme pasar, sin decir nada. Al pasar a su lado, le pregunté:

—¿Lo repetiremos mañana?

Me ruboricé, avergonzada de pedirle algo a ese hombre. Sin embargo, ese día había sido la primera vez que había sentido algo en mucho tiempo.

Ky esbozó una deslumbrante sonrisa y me temblaron las rodillas. Me miró con la cabeza ladeada.

—¿Es una petición? —preguntó—. ¿Es porque no puedes resistirte a mí y pasar tiempo conmigo?

El guiño que acompañó a la pregunta me dejó claro que llevaba todo el día burlándose de mí, así que le devolví la sonrisa y me contuve para no reírme. Esta vez estuve casi segura de que se puso nervioso.

—Sí, creo que sí.

Entrecerró los ojos como si buscara ver algo en mi mirada, luego se pasó las manos por el pelo.

—Volveré a por ti por la mañana —afirmó.

Me sentí emocionada e incliné la cabeza agradecida.

—Estaré lista.

Tras despedirme, subí las escaleras y pasé junto a Flame, que dormía. Cuando pasé por delante de él, abrió los ojos y se tensó. Al verme, se relajó y yo entré a toda prisa en mi habitación. Nunca había tenido tanto miedo de nadie como de ese hombre. Si fuera Maddie, sería incapaz de dormir, preocupada por su extraño afecto.

—¡Lilah! —exclamó una voz desde el sofá. Mae se puso de pie y Maddie la siguió—. Has vuelto —dijo, aliviada.

—Sí. He vuelto, hermanas.

Mae me miró fijamente.

—¿Estás bien? —preguntó dubitativa—. Has estado mucho tiempo fuera.

Me senté al borde de la cama y me dispuse a quitarme el tocado ahora que estaba en presencia solo de mujeres. Liberé el cabello de los alfileres que mantenían el moño en su sitio y me froté el cuero cabelludo antes de responder.

—Sí.

Mae frunció el ceño y se arrodilló ante mí para evaluar mi expresión.

—¿Estás segura? ¿Ky no ha intentado nada inapropiado? No es ningún secreto que le atraes.

Bajé la mirada y negué con la cabeza.

—No. Se ha comportado bien.

—¿Adónde fuisteis? —preguntó Maddie, con una mirada nerviosa y llena de interés.

Por algún motivo, quise guardarme los detalles. Entonces me di cuenta de lo que realmente había significado el día para mí.

—Vimos la ciudad, comimos. Fue un día extraño, pero bueno, creo.

—¿Un buen día? —repitió Mae, sorprendida—. ¿Pasaste un buen día con Ky?

Le dediqué una sonrisa tranquilizadora y asentí.

—Sí, hermana. Fue paciente y respondió a todas mis preguntas, si bien con cierta grosería a veces.

—¿Y ahora qué? —preguntó, asombrada. Maddie escuchaba con atención.

—Volveremos a salir mañana y me mostrará más cosas del mundo exterior.

Mae se dejó caer sobre la espalda.

—¿Y te parece bien? —preguntó con ojos incrédulos—. ¿De verdad quieres pasar más tiempo en compañía de Ky?

—Sí —respondí. Percibí un atisbo de alegría en sus ojos y recordé las palabras de Ky: «Te portas como una zorra con Mae por tener cojones de dejar algo que sabía que era una mierda y la estás matando al negarte a aceptar su ayuda».

Me incliné y tomé su mano. Frunció el ceño, confundida por mi muestra de afecto.

—No te lo había dicho, hermana, pero quiero que sepas que te quiero. —La miré y después a Maddie—. Y a ti también, Maddie. —Centré de nuevo mi atención en Mae—. Mucho. Sé que no te lo he puesto fácil. Y entiendo que solo querías salvarme, salvarnos, de una vida que creías que estaba mal.

Los ojos azules de Mae estuvieron a punto de desbordarse por las lágrimas.

—De verdad, quiero que sepas que aprecio todo lo que has hecho por mí.

Mi hermana no pudo contener más las lágrimas y me abrazó de pronto con todas sus fuerzas.

—Gracias —susurró contra mi pelo—. Es muy especial para mí.

Un minuto después me soltó y volvió a preguntar:

—¿Estás segura de que quieres volver a salir mañana? ¿Con Ky?

—Sí, estoy segura —afirmé, y me reí por cómo había dicho su nombre. No albergaba ninguna duda de que quería salir con Ky al día siguiente.

Capítulo seis

Ky

Abrí un ojo. Los rayos de sol se colaban por la ventana y me estremecí. Joder, tenía la cabeza como un bombo. Otra vez.

¿Qué cojones había pasado la noche anterior?

Cerré los ojos e intenté buscar recuerdos entre la neblina provocada por el Jack Daniel's.

Al entrar en el bar, me dolía la polla hasta tal punto que pensaba que me iba a desmayar. Por culpa de la rubita peregrina de las narices. Su sonrisa me había dejado sin aliento. Por poco no me había caído de culo.

Ese día casi me mata. Su cara, la forma en que me había mirado bajo esas largas pestañas, toda inocente y con ojos de Bambi. Su cara al ver el centro de Austin por primera vez, su nariz arrugada cuando había dudado sobre si probar el café, esa mirada de pura felicidad al ver aquella iglesia y las lágrimas en los ojos cuando había escuchado cantar al coro de góspel.

Joder, la deseaba. Ni siquiera se había dado cuenta en todo el puto día de cómo me tenía, pero a cada minuto se deslizaba bajo mi piel, hasta que me dolía el pecho por la necesidad de protegerla. Más tarde, cuando nos habíamos parado en la entrada del apartamento de Styx y me había pedido que volviera al día siguiente, joder, poco más y hubiera explotado.

Y le había dicho que sí como un gilipollas. Tenía prohibido tocarla, pero, igual que una polilla con la luz, no podía alejarme. Tuve que echar

mano de todas mis fuerzas para no meterle la lengua en la boca.

De camino al bar me encontré con Styx, Tanque, Cowboy y Alacrán sentados a una mesa. Styx me vio acercarme y se levantó.

«Has estado fuera todo el día», gesticuló.

—Sí —dije.

Frunció el ceño. «¿Dónde has estado?».

—Con Lilah.

«¿Todo este tiempo?» Me miró con sospecha.

—Sí, todo este tiempo. La he llevado a desayunar, a dar una vuelta por la ciudad y luego la he traído al complejo —expliqué, y Styx no disimuló la sorpresa.

Ladeó la cabeza.

«¿Y ella estaba bien? ¿No se ha asustado en ningún momento?».

Me encogí de hombros.

—Al principio no estaba muy contenta, luego lo asumió sin rechistar. Me ha dejado alucinado, la verdad.

Styx suspiró y cerró los ojos.

«Gracias, hermano», dijo por gestos y abrió los ojos.

—Sin problema —respondí—. Mañana saldremos otra vez.

La expresión tranquila de Styx se endureció.

«¿Por qué?».

—Porque ella me lo ha pedido —respondí con la mandíbula apretada.

Styx me miró fijamente.

«No la jodas con ella. No es una de tus zorras».

Avancé un paso hacia él.

—Presi, tú me metiste en esta mierda, cumplo órdenes. Ella quería volver a salir y dije que sí, por ti, para que no pierdas a Mae. Confía en mí, joder.

«¿Es la única razón por la que quedas con ella? Sé que te pone».

Levanté una ceja y no respondí, no quería mentirle a la única persona en la que podía confiar. Styx sacudió la cabeza, exasperado. Finalmente, con una sonrisa de satisfacción, me pasó el brazo por los hombros. Entramos en el bar, nos emborrachamos y llegaron las zorras. Subieron la música, llegaron más hermanos y empezó la auténtica fiesta.

Llegué a mi habitación dando tumbos, borracho como una cuba. Tiff y Jules me esperaban en la cama, solo que no parecían ellas. En vez de llevar sus habituales faldas cortas y tops transparentes, las dos iban vestidas con un vestido corto gris que me resultaba familiar y que dejaba a la vista el bronceado de sus piernas. Llevaban tocados como el de Lilah y el pelo rubio recogido en un moño bajo, como ella.

Joder, se me puso dura de solo mirar aquella escena dantesca. ¿Por qué cojones me ponía así de burro?

Tiff sonrió cuando entré mientras jugueteaba con el cordel del tocado y se lo enrollaba en un dedo.

—Ky, cariño —musitó—. Te estábamos esperando.

—¿Sí? —pregunté. Cerré la puerta con llave y me quité el cuero y las botas.

Jules saltó de la cama, se puso delante de mí con la cabeza agachada y dijo:

—Sí, cielo, hemos ido a la iglesia, pero nos han echado por ser unas niñas muy malas.

No quería que me excitaran de esa guisa, pero estaba demasiado frustrado por pasar todo el día con Lilah, sus gruesos labios y sus ojos azules que me dejaban sin aliento.

Jules me agarró por el bajo de la camisa y me la sacó por la cabeza. Si entrecerraba los ojos casi veía a Lilah y podía engañarme pensando que era ella la que estaba conmigo, mojada y deseosa de que la montara.

—¿De dónde habéis sacado esa ropa? ¿Y los tocados? —pregunté arrastrando las palabras mientras me peleaba con el lazo del cordel.

Tiff se unió a Jules en la empresa de desabrocharme los pantalones.

—De un sex shop —contestó—. No te haces a la idea de a cuántos tíos les pone el rollo amish. Se les pone dura al pensar en el coño de una virgen que nunca podrán tocar.

No me sorprendió que fuera popular; a mí me ponía el coño de una virgen. Era uno de esos enfermos que se excitaban con esa ropa horrible. Cada noche me corría con la imagen de Lilah gritando mi nombre, con el vestido arremangado hasta la cintura y su coño desnudo delante de mí, listo para que lo devorase.

Cogí el lazo del tocado de Tiff y tiré de ella hacia mí para besarla, con tanta fuerza que casi le hice daño. Luego la aparté, le puse la mano en la cabeza y la empujé hacia abajo hasta que se arrodilló.

—Chúpame la polla, Lilah —ordené. Siseé cuando su boca caliente me succionó hasta el fondo de la garganta.

Me corrí más rápido que nunca, como una puta manguera, mientras me imaginaba que era Lilah a quien tenía entre las piernas y me suplicaba tragárselo.

El resto de la noche lo tenía borroso, pero tenía claro que me había follado a esas dos aspirantes a Lilah por todos los agujeros hasta que ya no se me había levantado.

Puede que fueran Tiff y Jules, pero en mi cabeza había sido Lilah.

La puñetera Lilah.

Bajé la mano por el estómago, me agarré la polla dura y empecé a mover el puño arriba y abajo, ignorando a las dos zorras que dormían a mi lado. Jamás una tía me había obsesionado así y nunca había imaginado que Tiff y Jules eran otra persona.

Unas manos pequeñas rodearon las mías. Jules me miró con los ojos rojos y el puto tocado todavía en la cabeza. Me apartó la mano y acercó la boca para darse un banquete con mis pelotas. Desde ese ángulo, podría ser Lilah. Cedí a mi fantasía perturbada y cerré los ojos mientras Jules se encargaba de mí. Con un rugido, me corrí sobre mi estómago, tan fuerte que casi me desmayo.

«Me cago en la puta», pensé mientras recuperaba el aliento.

La zorra de la rubita me había provocado un fetiche con la ropa amish.

Cuatro semanas después

«Tenemos trabajo para mañana. Ky, te encargarás del trato con los chechenos en Houston. Tanque, Toro, Sonrisas, AK y Flame se quedarán para proteger la base. Alacrán y Cowboy, iréis a San Antonio. El Hombre de Arena, el presi de allí, está preparando un trato con los italianos, algo sobre blanqueo de dinero. Ya habéis tratado con Marcello como nómadas. Os necesito allí para

apoyar a nuestros hermanos de Texas».

Interpreté todo lo que Styx había dicho y los hermanos asintieron. El presi tosió y le miré las manos.

«Estaré fuera tres días por asuntos personales. Si pasa algo, Ky actuará como presidente».

Cuando terminé de hablar, miré a Styx, que, aunque me devolvió la mirada, no me dio ninguna pista sobre adónde cojones iba.

—¿Algo más? —pregunté.

—Johnny Landry, el Gran Mago del Klan, acaba de salir del trullo con la condicional anticipada —comentó Tanque y todos le escuchamos.

«¿Es una amenaza?», gesticuló Styx con gesto de preocupación.

Tanque sacudió la cabeza.

—No lo parece. Intenta pasar desapercibido. Hay poca información. De momento, parece no estar causando problemas. Se mantiene limpio.

«Estate atento por si la cosa cambia —ordenó Styx, luego miró a los demás—. ¿Algo más?».

AK se inclinó hacia delante.

—Cobra, de la base de Luisiana, está aquí, en el cuarto libre. Está de misión para Raja y quería quedarse unos días. Te espera en el bar para hablar contigo, presi.

Alguien dio un puñetazo a la mesa y todos miramos a Alacrán.

—No se va a quedar —afirmó—. Ese cabrón no puede quedarse, presi.

Styx levantó una ceja, interrogante. Cowboy estaba como una estatua junto a Alacrán, tenso de los pies a la cabeza.

—Es un Verdugo, si quiere quedarse, lo hará. Se ha ocupado de algunas mierdas muy chungas en la frontera. Se quedará unos días.

—Es un loco hijo de puta y la razón por la que nos hicimos nómadas. Llevamos aquí un par de meses, hemos hablado de recibir los parches aquí, en Austin. Cobra ha venido porque sabe que Cowboy está aquí —expuso Alacrán, lo que atrajo la atención de todos.

Styx no cambió el gesto ni un ápice.

«Sé que es la razón por la que os hicisteis nómadas. —Cowboy se puso rígido y Alacrán apretó los puños—. No conozco los detalles, ni quiero, pero Cobra se ha cargado a un par de mamones por nosotros, así que, si necesita

quedarse un par de días, lo hará».

Alacrán y Cowboy se enfurecieron.

—Todavía no lleváis los parches de esta base —intervine—. Si lo hicierais, seríais la prioridad. Hasta entonces, id a vuestra misión y, para cuando volváis, se habrá largado.

Alacrán asintió de forma casi imperceptible.

—Hacedme caso —advirtió—. Ese cabrón nunca trae nada bueno. Está mal de la cabeza. Raja siempre lo manda lejos en misiones por algo.

«Te escuchamos, pero ya está hecho. Cobra se queda, os vais y, cuando volváis, votaremos vuestros parches», gesticuló Styx.

Cowboy y Alacrán se mantenían en un silencio tenso. No quedaba nada que decir cuando Styx intervino.

«¿Hemos acabado?», gesticuló.

Todos dijeron que sí y Styx golpeó la mesa con el mazo. Los hermanos salieron, pero yo esperé. Styx ya se lo esperaba, así que se quedó en su sitio.

—¿Adónde vas? ¿Por qué no me has dicho nada?

—P-por ahí —tartamudeó y se encogió de hombros.

Levanté una ceja.

—¿Con Mae?

Asintió.

—¿Solos?

Asintió de nuevo.

—Vete, pasadlo bien. Yo me ocupo de todo.

—V-vale —aceptó y se levantó—. N-nos vamos e-esta noche. V-volveremos en u-unos d-días.

Styx se marchó y me alejé por el pasillo en dirección a las escaleras traseras. Subí al apartamento de Styx y llamé a la puerta de Lilah. Flame ya estaba de vuelta en su sitio, pero, como yo iba a diario desde hacía semanas, ya ni se inmutaba por mi presencia.

Los Verdugos habíamos pasado un mes tranquilos. Los tratos iban bien y las finanzas del club también. El taller y los demás negocios legales daban beneficios.

Sin embargo, mi vida era una versión patética del día de la marmota. Me dedicaba a enseñarle a Lilah cosas del mundo mientras me aguantaba como

podía las ganas de montarla. Me emborrachaba hasta casi desmayarme todas las noches porque me pasaba todo el día con ganas de montarla. Luego me follaba a Tiff y Jules y fingía que eran Lilah porque ¡me pasaba todo el día con ganas de montarla!

¿El lado bueno? Lilah estaba mejorando. Poco a poco, se estaba adaptando a la vida en el club, a vivir lejos de esos sádicos pedófilos hijos de puta y chupacruces de mierda.

Le enseñé todos los rincones de Austin que se me ocurrieron. Probó comidas y bebidas de todo tipo. Nunca salía de la camioneta. Se negaba a subirse a la moto. Y ni hablar de un cambio de vestuario. Ni pensaba en quitarse el tocado de los cojones con el que ahora me daba por soñar.

«Estoy enfermo, joder».

Pero progresaba. Ya no se encogía en una esquina a rezar en voz baja las veinticuatro horas. Ya no se encerraba en la habitación ni le gritaba a todo el que se acercara. Poco a poco iba probando cosas nuevas, pero solo conmigo, con nadie más. Y yo empezaba a volverme adicto a la zorra rubita.

En ese momento, Lilah abrió la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. Me dejó sin aliento, para variar.

—Hola, Ky —saludó, y se apartó de la puerta para bajar conmigo las escaleras.

—Bombón —dije mientras recuperaba el aliento—. ¿Qué te apetece hacer hoy?

Me detuve en seco y la miré, tan rápido que no le dio tiempo a detenerse y chocó con mi pecho. La sujeté por los brazos mientras respiraba con dificultad. Me miró a los ojos y el mundo se detuvo.

Se pasó la lengua por los labios, miró los míos y me la puso como una pierda. Tenía que parar.

—Mañana salgo de misión. Tú te quedas aquí.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —preguntó. Quise sonreír cuando la noté decepcionada.

—Unos días, tal vez más, depende de cómo vaya todo.

—Vale —dijo en voz baja. Esta vez sonreí sin contenerme.

—Vamos. Tengo hambre. Es un día tan bueno como cualquiera para que veas la cocina.

Lilah me siguió, dubitativa y con la cabeza gacha por si nos cruzábamos con algún hermano. No vimos a ninguno, pero maldije entre dientes cuando Tiff y Jules doblaron la esquina entre risitas.

Nos miraron y se callaron de inmediato. Jules se contoneó a mi lado y me arañó el pecho con una uña. Lilah me apretó la mano y después intentó soltarme.

No iba a dejar que lo hiciera.

—Ky, cielo, ¿vienes con nosotras?

Jules siguió bajando la mano hasta agarrarme la polla por encima del vaquero. La aparté de un manotazo.

—Que te den, Jules. Ve a chupársela a Vikingo si tan desesperada estás.

Jules entrecerró los ojos y retrocedió.

—Claro, estás demasiado ocupado con tu mascota. ¿Otra vez nos dejas tiradas por la virgen?

Lilah dio un grito ahogado y me adelanté para encarar a Jules. Me hervía la sangre. Tiff tiró de ella al ver mi expresión de ira.

—Venga, Jules, vámonos —dijo mientras zarandeaba a Jules.

La mano de Lilah se relajó.

Zorras estúpidas. No daban más que problemas.

Irrumpí en la cocina, donde Alacrán y Cowboy bebían en la mesa. Levantaron las cervezas como saludo y entonces vieron a Lilah.

—Lilah —dijo Cowboy con una sonrisa y una inclinación del sombrero.

La aludida inclinó la cabeza y se ruborizó. Con estos dos aquí y después de encontrarse con las gilipollas de las gemelas, dudaba que abriera la boca. Pero llevaba todo el día en el garaje y me comería un jabalí, así tenía que aguantarse.

Me volví hacia Lilah.

—Bueno, pues esto es una cocina —le expliqué. Miré alrededor mientras señalaba con una mano y apoyaba la otra en la cadera—. Mesa, sillas, cuchillos, platos, fregadero... —Lilah seguía con la mirada todos mis movimientos.

Me incliné, abrí un cajón y saqué un objeto plano con mango. Lo alcé en el aire y lo observé.

—Esto —dije mientras se lo mostraba— es para partirle el cráneo al

cocinero si tarda demasiado en traerte la comida.

Solté la mierda de metal que a saber qué cojones era y me volví hacia Alacrán y Cowboy, que me miraban como si fuera imbécil. Entonces Lilah estalló en carcajadas.

—Joder, macho, ¿no has cocinado en tu puta vida? —preguntó Cowboy.

—Nunca me ha hecho falta, ¡cierra la boca! —espeté. Volví a levantar la cosa negra—. ¿Qué coño es esto?

Una mano mucho más pequeña que la mía agarró también el mango. Lilah me miraba con una sonrisa.

—Es una plancha de hierro.

—¿Sabes lo que es? ¿Cocinas?

Asintió, entusiasmada.

—Se me da muy bien.

—¿De verdad?

Volvió a reír.

—Sí. Preparar la comida es deber de una mujer. Me han formado desde pequeña para atender todas las necesidades de los hombres.

—Joder, es la zorra perfecta —comento Alacrán en voz baja. Observaba a Lilah desde su silla, como si estuviera esperando a ver qué hacía a continuación. Lilah lo oyó y se encogió, cohibida.

Alacrán levantó las manos cuando lo atravesé con la mirada.

—No voy a hacer nada, solo digo que es buena. Relájate, hermano.

Me sorprendí cuando alguien me tocó el hombro. Lilah me miraba con la sartén en el pecho.

—¿Tenéis ingredientes frescos?

Miré a los hermanos y Cowboy señaló la nevera.

—Sí, hay una asistente que se encarga de reponer la nevera cada par de días. También cocina y eso, pero hoy no está.

Lilah tenía la mirada inquieta, se notaba que estaba nerviosa. Le levanté la barbilla con el pulgar y el índice para que me mirase. Respiró hondo.

—¿Puedo cocinar para ti? —preguntó.

—¿Quieres cocinar para mí? —repetí, atónito.

Asintió.

—Sí, me gustaría mucho. Me encanta cocinar. Es lo que mejor se me da.

Lilah estaba como un tomate, pero no supe por qué.

—Pues no te cortes, bombón.

Alacrán y Cowboy nos miraban como a la pareja friki de un *reality show*. Lilah se dirigió a ellos con un hilo de voz.

—¿Os gustaría comer también? Estoy acostumbrada a cocinar para muchos, no sé hacer pequeñas cantidades.

Me miraron de reojo y asentí para indicarles que podían quedarse. Era la primera vez que Lilah hablaba con alguien que no fuera yo. Sería bueno para ella que se acostumbrase a tratar con los demás hermanos.

Cowboy le sonrió agradecido.

—Claro, preciosa, no me importaría comer algo.

Alacrán levantó la cerveza como agradecimiento.

Lilah colocó la sartén en la vitrocerámica y se puso a trabajar a toda máquina. Alacrán me pasó una cerveza y me senté con ellos a la mesa. Intentaron hablar conmigo, pero no los escuchaba; estaba demasiado concentrado en mirar a Lilah. Le encantaba lo que hacía. Era la primera vez que no se frotaba las manos, nerviosa, se recolocaba el tocado o se pasaba la lengua por los labios.

Una hora después, cada uno teníamos delante un bistec, patatas y una salsa. Lilah se sentó sin traer nada para ella.

—¿Y tu comida? —pregunté.

Levantó la cabeza como un resorte.

—No puedo comer con vosotros.

Alacrán y Cowboy dejaron de masticar como animales y la miraron. Volvió a bajar la vista.

—¿Por qué no, preciosa? Con lo que has tardado en prepararlo, no tiene sentido.

—Las mujeres no comen en compañía de los hombres. Comeré después, sola. Mae nos hacía la comida a Maddie y a mí. Mientras, me ocuparé de todo lo que necesitéis.

Solté los cubiertos y el golpe retumbó en toda la cocina. Lilah se puso rígida, cerró los ojos y murmuró una oración en silencio.

—¿Lilah? —la llamé, y me contuve para no gritar.

Se estremeció. Casi perdí los nervios, odiaba que hiciera eso.

—¡Lilah!

Muy despacio, se volvió hacia mí.

—Ve a por un plato.

—Pero...

—¡Que vayas a por un puto plato!

Se levantó como una exhalación y fue a por algo de comida. Una cantidad ridícula, pero mejor que nada. Cuando se sentó, se quedó mirando el plato. Juntó las manos, agachó la cabeza, rezó en un murmullo y empezó a comer deprisa.

Me sentí fatal al verla tan cohibida, pero cada vez que parecía avanzar y alejarse de las gilipolleces del profeta de mierda, hacía algo que me provocaba ganas de arrancar cabezas, me cabreaba y la asustaba.

Cada vez que dábamos un paso hacia delante, luego venían dos hacia atrás. La secta de los cojones le había lavado el cerebro a conciencia.

Se había creado un silencio incómodo. Cowboy se aclaró la garganta.

—Lilah, está de muerte —dijo—. Más te vale volver a cocinar para nosotros.

Lilah levantó la vista, sorprendida.

—Joder, es el mejor bistec que he probado en mi puta vida —añadió Alacrán.

Lilah casi rompió a llorar. Le temblaba el labio inferior.

—¿Bombón? —Me miró y levanté el tenedor—. ¿Te gustaría volver a cocinar para ellos?

—Sí —susurró.

—Vale, pero comerás con nosotros —afirmé. Una lágrima le rodó por la mejilla.

—Gracias —habló en voz tan baja que apenas la oí.

El estómago me dio un vuelco y casi tuve que sujetarme a la mesa para no cogerla en brazos y llevármela a la cama.

No para follar, aunque parezca increíble. Quería que se sintiera digna. Joder, era mucho más que eso. Era despampanante, dulce y cocinaba como Gordon Ramsay, pero sin los gritos.

Alacrán se levantó y fue hasta la nevera para sacar una cerveza. La abrió y la dejó delante de Lilah, que miró la botella, confusa.

—Cerveza —le explicó—. Va de puta madre con la carne.

Me miró.

—Échale huevos, Li.

Sonrió con timidez, levantó la botella y se la acercó a los labios. La probó, la escupió, se rio y casi consiguió hacerme explotar en mil pedazos.

La probó.

No le gustó nada.

Pero le echó un par.

Lilah terminó de fregar las encimeras y se volvió hacia mí. Había estado muy callada toda la noche, pero había respondido a Cowboy y Alacrán cuando le hablaban, había escuchado la conversación y se había reído de sus comentarios. Era lo más normal que habíamos hecho desde que empecé a pasearla por ahí y a enseñarle lo que era vivir en el mundo real.

—¿Vas al catre? —pregunté. Se había hecho muy tarde.

—¿Puedo ir antes al río a rezar? —me pidió, esperanzada. Asentí. Eché a andar hacia la salida y me siguió.

Al río a rezar, todas las noches igual. Iba todas las noches, se tiraba al suelo, hablaba en sus lenguas raras y se metía en el agua, completamente vestida. Yo la observaba desde un banco. Cuando salía, siempre estaba más tranquila, más feliz, más «limpia», decía. La fe lo era todo para ella. Nada iba a cambiarlo.

Caminamos hasta el río en silencio. Me senté con la espalda apoyada en una roca y saqué un cigarrillo. Señalé el tramo de tierra en el que siempre se arrodillaba.

—A lo tuyo, bombón, aquí te espero.

Normalmente, iba directa, pero esa noche vaciló.

Encendí el cigarrillo y la miré con las cejas arqueadas.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Lilah, y señaló a mi lado.

Asentí. Se arremangó el vestido por detrás y se sentó a mi lado. El olor a vainilla alejó el del humo y me invadió las fosas nasales. ¿Por qué coño siempre olía a vainilla?

—¿Estás bien, Li? —le pregunté cuando se quedó mirando el río. Solo levantaba la vista para dirigirla a las estrellas.

—Me habéis dejado comer con vosotros —dijo en apenas un murmullo. Por poco no me atraganté con el humo. Me costó mantener la calma.

—Si cocinas, te sientas a comer con nosotros, así de fácil.

—Pero me habéis dejado comer con vosotros.

Se puso nerviosa y empezó a llorar. Me miraba como si fuera la primera vez que me veía. Como si fuera especial y no un imbécil obligado a cuidar de ella.

—Ningún hombre me había permitido hacer eso antes.

Partí el cigarrillo en dos de la rabia y lo tiré.

—Ya no estás en ese lugar, Li. Puedes hacer lo que te dé la gana.

Se miró los pies.

—Elogiasteis mi comida. Me disteis las gracias por prepararla.

—Joder, Lilah.

Puso la mano sobre la mía y nos miramos. Sentí la corriente eléctrica que siempre me atravesaba cuando nuestros ojos se cruzaban.

—Esta noche me habéis hecho sentir como a una igual, Ky. Como si fuera una mujer de valía.

Suspiré, exasperado.

—¿Qué cojones te hicieron esos cabrones? ¿Cómo coño te convirtieron en una Maldita? Tanto autodesprecio y flagelación es difícil de soportar.

Lilah miró la hierba.

—Tenía una familia, hace mucho —dijo.

Alcé una ceja.

—¿De verdad?

Asintió, pero no dijo nada más.

—Cuéntamelo —la animé, y me miró preocupada.

Dejó caer los hombros y, cuando habló, lo hizo con apenas un hilo de voz.

—Ocurrió cuando tenía seis años.

Capítulo siete

Lilah

Ocho años antes Comuna de la Orden

—Rebekah, ve atrás a jugar con Micah. Tengo que hablar con el hermano Luke.

Asentí, obedecí a mi padre y me marché por el pasillo mientras me retorció la falda con las manos. Hacía calor fuera, pero era mi obligación como niña vestir el largo vestido azul que representaba la pureza y la modestia de las mujeres. Me encantaba, me hacía sentir guapa.

Me distraje mientras tarareaba en voz baja. Cuando pasaba frente al baño, la puerta se abrió. Me callé de inmediato, dejé de jugar con la falda y bajé la cabeza en señal de obediencia.

Los pasos sobre la madera me eran familiares. Mantuve la vista agachada y ante mí aparecieron unas botas negras desgastadas. Se me escapó un grito ahogado y las manos me empezaron a temblar. El corazón me iba a mil por hora y me mordí la lengua. El profeta David predicaba que las niñas no debían actuar con alegría, debían mostrar moderación y resistirse a los actos impuros, demostrar disciplina y resistirse a los placeres. Supe que había fallado al profeta al bailar, tararear y disfrutar del día. Y, lo que era peor, me habían pillado. Vi por el rabillo del ojo su mano alzarse y me preparé para el golpe; los recibía a menudo. Pero el golpe no llegó. En vez de eso, la mano me apartó con delicadeza el tocado blanco obligatorio, liberó mis mechones

rubios y pasó los dedos por mi pelo. Después, me acarició los labios con el pulgar.

—Ay, Rebekah —dijo con una voz profunda que resonó en el pasillo como una melodía. La mano me seguía acariciando el pelo y la cara, una y otra vez —. Tanta belleza en alguien tan joven... —Sonaba tenso, casi como si sintiera dolor.

Reconocí sin problema la voz del hermano Luke. Era uno de los ancianos de la Orden, uno de los discípulos más cercanos al profeta David. Dirigía la comuna en la que residíamos.

Hacía poco mi padre había empezado a trabajar con el hermano Luke, un hecho de gran importancia, en mi opinión. Mi padre era escritor, un artista, el mejor narrador del mundo, y ahora ayudaba al profeta David a pasar al papel las revelaciones que recibía del Señor para que todos sus seguidores las leyeran y actuaran acorde a ellas. Juntos, mi padre y el profeta escribían un libro dedicado a la causa sagrada de la Orden, nuestra propia biblia, una que contenía la palabra de Dios, sin interferencias e infalible. Era el mayor de los honores.

Mi padre insistía en que, puesto que se le había concedido este gran honor, sus hijos e hijas debían ser un ejemplo para las demás familias de la comuna. Éramos los perfectos seguidores del profeta David, por lo que jamás debíamos ceder a la impureza ni al pecado.

Todos los días me esforzaba por ser una hija de la que mi padre se sintiera orgulloso.

El hermano Luke me soltó el pelo y se agachó frente a mí. Con los mismos dedos, me acarició la mejilla y los posó bajo mi barbilla. Durante un segundo levanté la vista hacia sus ojos, que ardían con un sentimiento que no supe descifrar. Volví a bajar la mirada de inmediato. Me miraba como mi hermano Peter mira el chocolate.

—Mírame con esos ojitos azules, pequeña Rapunzel.

Siempre me llamaba así. No tenía ni idea de quién o qué era Rapunzel, pero decirlo parecía excitarlo. Su voz se volvía más baja y se le hinchaba el pecho. Me sentía muy incómoda en su presencia. Se me retorcía el estómago cuando estaba cerca, pero suponía que se debía a que era un hombre especial. El Señor lo había identificado como uno de sus apóstoles.

—Haz lo que te digo, pequeña Rapunzel, alza la cabeza para que pueda

ver tu bello rostro y el brillo de tus ojos.

No estaba segura de si era una prueba, así que no me moví para así demostrar mi humildad como niña ante un anciano de la Orden.

El hermano Luke se acercó tanto que su respiración me agitó el pelo. Contuve el aliento y levanté la cabeza despacio. Su barba me hizo cosquillas en la mejilla cuando sonrió. Su sonrisa era tan ancha que enseñaba todos los dientes. Entonces suspiró.

—Una joven belleza de cabellos dorados. —Ladeó la cabeza—. Dime, Rebekah, ¿cuántos años tienes ya?

—Seis, señor.

Le brillaron los ojos y se pasó la lengua por los labios.

—Casi has llegado a la edad mágica. El momento en que todos compartiremos tu belleza. El día en que el Señor te acogerá en su abrazo de amor eterno. El día más glorioso de todos.

Fruñí el ceño, confundida.

—No sé a qué se refiere —susurré.

Me sonrió y puso las manos sobre mis hombros mientras me acariciaba el pecho con los pulgares, justo donde acabarían creciendo mis voluptuosos senos. No me gustaba la sensación y me estremecí y cerré los ojos con fuerza.

Acercó los labios a mi oreja.

—El día en que te entregarás en cuerpo y alma al Señor. Pronto el profeta David nos revelará el día exacto, cuando el Señor se lo comunique, pero será pronto. Espero ser yo quien te acompañe en tu camino hacia el amor de Dios. Pienso mucho en ello, eres tan hermosa...

—¡Hermano Luke!

Abrí los ojos de golpe y volví la cabeza para mirar a ambos lados. Mi padre se encontraba al final del pasillo con gesto airado.

—Hermano Isaiah —respondió, calmado, el hermano Luke, y se levantó.

No dejó de mirarme desde arriba, casi como si estuviera despertando de un trance. Sus mejillas enrojecieron de ira y levantó la cabeza al cielo. Empezó a rezar en silencio. Entendí las últimas palabras de su oración y se me cortó la respiración al escuchar mi nombre.

—Os agradezco que me liberaseis del hechizo de Rebekah. He sido tentado por la belleza de su rostro, por la innata seducción que brilla en el

azul de sus ojos.

Cuando terminó, bajó la cabeza y se frotó los ojos. Suspiró y lanzó a mi padre una mirada breve. Luego, me miró a mí.

—Tu belleza es excepcional, Rebekah. Me hace sospechar. Eres tentadora, pequeña Rapunzel, demasiado.

—Dejad en paz a mi hija, por favor.

Mi padre habló con dureza, inflexible. Su tono era de enfado, el que usaba para regañar a mis hermanos y hermanas, incluso a mis muchas madres a veces. Sentí terror al oírle hablar así a uno de nuestros líderes.

—Respira tranquilo, hermano. Rebekah y yo solo fortalecíamos nuestra relación. Vamos, hablemos de negocios. El profeta tiene nuevas sugerencias para el libro y también para nuestra literatura infantil. Hoy ha recibido una nueva revelación, una que acercará a nuestra gente al amor de Dios.

No sabía a quién mirar. Mi padre aún no había respondido al hermano Luke y se miraban en silencio. Al final, el hermano Luke echó a andar y pasó al lado de mi padre.

Nervioso, mi padre se acercó a mí y se agachó. Puso sus cálidas manos sobre mis mejillas y me miró con tristeza.

—Rebekah —susurró—. Ve atrás con el joven Micah. No salgas hasta que te lo diga, ¿entendido?

—Sí, padre —contesté, con el estómago aún encogido por el miedo.

Mi padre suspiró.

—Eres demasiado bella, hija. Me preocupa que el diablo viva dentro de ti. Que seas una... ¡No! No me atrevo ni a decirlo. No quiero admitir que puedas ser una de ellas.

Tragué saliva, anonadada. ¿Una de quién?

—Tu prueba será permanecer pura. —Se incorporó—. Rezo para que Dios no te abandone. Todos rezaremos para que no te conviertas en una hermana caída.

Contuve una exclamación. Una caída. Conocía esa palabra: una mujer que tiene tratos con el diablo.

—Ve con Micah. Ahora.

Bajé la mirada, obediente, y corrí por el pasillo de madera, mis pasos sincronizados con los latidos de mi corazón. Irrumpí en el dormitorio del

fondo. Micah, mi amigo, estaba sentado en medio de la habitación con uno de sus libros para colorear.

Se volvió hacia mí y sonrió.

—Saludos, hermana Rebekah.

Me acerqué y me senté a su lado. Miré lo que coloreaba y di un grito ahogado. Micah me miró y frunció el ceño.

—¿Qué coloreas, Micah? —pregunté mientras comprobaba que la puerta del dormitorio estaba cerrada. Las fotos eran pecaminosas. Impuras. Prohibidas.

Micah me puso una mano en el hombro.

—Cálmate, hermana. Ahora asisto a la Escuela Celestial. Los discípulos del profeta me han educado sobre las nuevas escrituras de la Orden. Sobre nuestras nuevas obligaciones como pueblo elegido del Señor. Sobre cómo aceptar el amor de Dios.

Me incliné y estudié el contorno en blanco y negro de la escena del libro. Un niño tocaba a una niña en su lugar prohibido. Los dos sonreían, la joven tenía la boca abierta y los ojos cerrados.

Me sobresalté al sentir la mano de Micah levantarme la falda y lo aparté de un manotazo.

—¿Qué haces? —pregunté, asustada, y aparté la mirada del libro.

Micah frunció los labios.

—En la escuela nos han enseñado cómo debemos empezar a tocar a los demás, a las niñas. El Señor quiere que lleguemos a su lado a través de nuestro amor compartido, de nuestros cuerpos, tocando los lugares prohibidos del otro. Se supone que es placentero. El profeta David nos ha ordenado hacerlo.

Se abalanzó sobre mí, me tiró al suelo y me sujetó los brazos por encima de la cabeza. Se sentó a horcajadas sobre mi cintura y una corriente de aire me hizo saber que me había levantado el vestido hasta los muslos y había expuesto mi modestia. Micah tenía nueve años y era mucho más fuerte que yo. Intenté luchar contra él, pero fue en vano. Acercó la boca a mis labios e invadió mi boca con su lengua; estaba húmeda y blanda y me dio asco. Giré la cabeza y rompí a llorar.

—¡Micah, por favor! —susurré—. ¿Qué haces? Me estás asustando.

—Relájate, Rebekah, veo a mi padre hacer esto con muchas mujeres y, desde la última revelación del profeta, con chicas jóvenes. Parecen disfrutar. Algunas no son mucho mayores que tú. El acto nos acerca a Dios. Has visto las fotos en mi libro de colorear. El profeta David quiere que estemos más cerca los unos de los otros para complacer al Señor. Eres tan hermosa, Rebekah, tan tentadora... Quiero tocarte como el chico toca a la chica del dibujo. Noto algo extraño en la zona bajo mi estómago cuando te veo. No puedo dejar de mirarte. Pienso en ti todo el tiempo, incluso en sueños. Todos los chicos de la escuela hablan de ti.

—¡Micah!

El grito resonó como un trueno, lleno de ira. Micah y yo nos quedamos paralizados. Unas fuertes pisadas irrumpieron en la habitación y, sobre nosotros, aparecieron mi padre y el hermano Luke.

El hermano Luke levantó a Micah por el cuello de la túnica y este gritó. Le dio una bofetada en la cara y Micah se calló y lloriqueó en silencio.

—¡Niño insolente! ¡El profeta todavía no ha dado su aprobación para que Rebekah participe en intercambios divinos! ¿Sabes lo que esto significa? ¡Serás castigado! Informaré de esto al profeta. ¡Es la voluntad de Dios! ¡Niño idiota! ¡Ten un poco de autocontrol!

Me arreglé el vestido e ignoré la reprimenda del hermano Luke mientras me levantaba con paso tembloroso. Corrí hacia mi padre en busca de consuelo, pero, al acercarme, levantó el brazo con una expresión fría que me aterrorizó.

Me detuve en seco.

—¿Padre? —susurré.

Me miró fijamente. Me traspasó con la mirada y el miedo se apoderó de mí. Me miraba con horror, puede que incluso asco.

—Te dije que había sentido a Satanás en ella, Isaiah. Es una tentadora para todos. Su aspecto es pecaminoso. Los ojos azules, el largo cabello rubio. Dime, ¿te ha tentado incluso a ti? —El hermano Luke hablaba con voz tranquila pero acusadora.

Mi padre agachó la cabeza y una lágrima le rodó por la mejilla.

—Sí. Me ha tentado. He pecado con ella, hermano Luke. En momentos de debilidad, he hecho cosas...

Mi padre se deshizo en sollozos.

Arrugué la frente. ¿Qué cosas? Mi padre siempre había sido más amable conmigo que con mis hermanos; yo era su favorita. A menudo entraba en mi habitación y dormía a mi lado, siempre me abrazaba y me mostraba su amor. ¿Por qué eso estaba mal?

—El profeta David tiene normas estrictas para las mujeres como ella, Isaiah. Debemos acudir a él. En solo una hora nos ha tentado a mí y a mi hijo a seguir el camino del mal, a tomarla carnalmente sin que el profeta declarara que era el momento de hacerlo. Todos habríamos sido castigados por su culpa si no hubiera intervenido el sentido común. Es obra del diablo. Puedo sentirlo en su piel. Sabes que tengo una gran habilidad para detectar cuándo y dónde acecha el mal.

Mi padre cuadró los hombros.

—Pero...

El hermano Luke dedicó a mi padre una mirada llena de significado y lo interrumpió con unas palabras que me resultaron escalofriantes:

—«Que nadie, al ser tentado, diga: “Es Dios quien me tienta”. Porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni tampoco tienta él a nadie. Todo lo contrario, cada uno es tentado cuando sus propios malos deseos le arrastran y seducen. Luego, cuando el deseo ha concebido, engendra el pecado; y el pecado, una vez que ha sido consumado, da a luz a la muerte».

Mi padre bajó la mirada despacio y suspiró.

—Santiago, 1, 13-18.

Di un paso al frente y tiré del dobladillo de la larga túnica blanca de mi padre.

—Padre, ¿qué hice mal? ¿Por qué recitáis esa escritura?

No me abrazó ni me mostró simpatía, solo me dedicó una mirada glacial mientras apartaba mi mano de un golpe. Me dolió y me la llevé al pecho.

Se agachó ante mí, me miró a los ojos y me dibujó la cruz en la frente.

—¡Yo te expulso, Satanás! —gritó con el rostro enrojecido—. No permitiré que tu tentación florezca en el Edén del Señor en la Tierra. ¡Ya he pecado suficiente por tu culpa! Renuncio a ti como mi hija. No eres de mi carne ni de mi sangre. Engendro de Belcebú, ¡eres la encarnación viva del pecado!

Abrí los ojos como platos. No podía respirar y empecé a temblar como

una hoja al escuchar las palabras de mi padre.

¿Había nacido del diablo?

«Por favor, Señor, ¡ayúdame! ¡Sálvame!».

—¡Entra ahí y no te atrevas a salir!

Asentí, obediente. Me alejé del hermano Luke y, temblando, avancé hasta la cama de mi cuarto.

El hermano Luke y mi padre me había arrastrado a casa sin decir ni una palabra y me habían metido en esa habitación. Estaba aterrorizada. Me trataban como si hubiera pecado, pero no entendía qué había hecho.

Me dejé caer sobre la cama, tiré del vestido hacia abajo, de forma que me cubriese las rodillas dobladas, y lloré. No sé cuánto tiempo pasé allí encerrada, mirando al cielo.

Escuché cómo las puertas se abrían y cerraban, el timbre grave de voces de hombres hablando en el salón y llantos de mujeres en la habitación contigua. Las paredes no eran muy gruesas y pude entender claramente lo que decían.

Al final, las voces empezaron a desaparecer, hasta que la casa se quedó en silencio. Llegó la noche y, con ella, la oscuridad, interrumpida solo por la luna, cuyos rayos plateados se colaban por la diminuta ventana de la pared norte de la habitación.

Estaba tumbada en la cama, exhausta y confusa, cuando alguien abrió la puerta. Me sobresalté, aguanté la respiración mientras me preguntaba quién sería, y suspiré aliviada al ver a Phebe, mi hermana.

—¿Rebekah? —susurró, y caminó de puntillas hasta la cama.

Me incorporé y sonreí. Quería mucho a mi hermana, era mi mejor amiga, unos años mayor que yo. Teníamos madres diferentes —mi padre tenía muchas esposas—, pero compartíamos la misma personalidad devota.

Cuando me miró, se quedó paralizada. Parecía nerviosa y se colocó un mechón pelirrojo detrás de la oreja. Llevaba un vestido blanco largo y el pelo suelto. Por la noche era el único momento en que se nos permitía no llevar tocado.

—Phebe, ¿qué ocurre? —pregunté y sentí un retortijón de miedo.

Miró la puerta de reajo antes de acercarse y responder entre susurros.

—Padre dice que ya no eres mi hermana.

Fue como si me apuñalaran en el corazón. Me desplomé sobre la cama, anonadada.

Phebe observó mi reacción y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Rebekah —dijo con un suspiro.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho? —pregunté mientras las lágrimas me rodaban por las mejillas.

Se sentó en el borde de la cama y estudió mi cara. Sus ojos buscaban algo y, de pronto, su gesto dejó paso al alivio.

—No lo veo.

Fruncí el ceño.

—¿El qué?

—Al demonio en ti.

Me cubrí la boca con la mano para ahogar un sollozo y sacudí la cabeza. Me puso una mano en el hombro y me miró con pena.

—No soy el demonio, ¡tienes que creerme!

Phebe tiró de mí y me acunó entre sus brazos.

—Es tu belleza. Eres tentadora, como Eva lo fue para Adán. Igual que Eva, hechizas a los hombres para que cumplan tus deseos; no pueden alejarse de tu encanto. Los ancianos y padre —me tensé al oírlo nombrar— creen que, como Eva, has sido influenciada por el demonio, o incluso que... —Se calló. Miré su triste rostro y tragué saliva.

—¿Qué? —la apremié, nerviosa.

Me abrazó más fuerte.

—Que llevas al demonio dentro. Que te controla, que eres su semilla, que tientes a los hombres para que se desvíen del camino de Dios y sucumban al pecado.

Sacudí la cabeza.

—¡No, no!

Me puso las manos en las mejillas.

—Debes ser fuerte y obedecer. Cualquier prueba o desafío que te impongan, debes superarlos. Esfuérate por ser buena. Si el demonio está

dentro de ti, lucha contra él. Si los hombres caen a tus pies, no sucumbas a sus encantos. —Sus manos se tensaron y me miró a los ojos—. Van a llevarte lejos, Rebekah. Hace unas horas he escuchado a padre hablar con el hermano Luke. Un hombre muy importante de la Orden vendrá a buscarte por la mañana. Te alejará de la familia para poner tu fe a prueba. Es uno de los confidentes más cercanos del profeta David.

—¡No! —grité, y la agarré por las muñecas.

Me besó en la sien.

—No temas, es una prueba del Señor. No importa cuánto tiempo estés lejos o lo que te hagan hacer, debes triunfar. El Señor derrotará al demonio dentro de ti si demuestras tu devoción. Serás salvada. El Señor salvará tu alma.

—No quiero ir. No quiero dejarte. Tengo mucho miedo. —Me callé y se me quebró la voz. El miedo me asfixiaba, apenas podía respirar.

—Lo conseguirás. Tu fe en Dios vencerá al mal.

—Te echaré de menos.

Phebe empezó a llorar.

—Nos volveremos a ver, Rebekah. Sé fuerte y, si te alejas del camino de la rectitud, piensa en mí y encontrarás la manera de volver. —Me apartó un poco y endureció el gesto—. Prométemelo. No importa lo que pase, volverás a la Orden, a nuestro profeta, a casa.

—Lo prometo —juré con voz temblorosa.

Nos tumbamos en la cama y nos dormimos.

Cuando amaneció, un hombre con barba, aspecto extraño y vestido entero de negro, al que llamaban hermano Noah, entró en la habitación y me arrancó de los brazos de mi hermana sin mediar palabra. No me resistí, no protesté.

Ningún miembro de mi familia fue a despedirme. Lo entendí, me habían desterrado.

El hombre me sujetó por los brazos, me tapó los ojos con una banda de tela y, tras un pinchazo en el brazo, todo empezó a dar vueltas, hasta que perdí la conciencia.

—¡Levanta!

Desperté poco a poco, apremiada por alguien que me tiraba del brazo. Enfoqué la mirada despacio. Una mano me agarró del brazo y me incorporó de golpe. Intenté despejarme, pero sentía náuseas.

—Vamos, te llevaré a tus aposentos.

Levanté la vista y miré al hombre con barba vestido de negro, el hermano Noah. Al observarlo, me fijé en que no era muy viejo, pero sus ojos oscuros eran severos. Me miraba como si yo fuera el mal encarnado.

Me había llevado a un lugar nuevo. Eché un vistazo a la habitación y se me aceleró el corazón cuando me di cuenta de que nada me era familiar. La habitación era completamente blanca. El aire parecía caliente y espeso. No podía respirar. El calor era sofocante y mi vestido azul, demasiado grueso para soportarlo.

—¿Dónde estoy, señor? ¿Y mi familia? —pregunté mientras intentaba calmarme.

El hermano Noah me acarició la mejilla y sonrió.

—Estás en la comuna del profeta. Ahora vivirás bajo la atenta mirada del mensajero de Dios, puta del demonio. Satanás no vencerá en ti, me aseguraré de ello.

Tragué saliva, muerta de miedo.

—Vamos.

Me arrastró fuera de la cama y me sacó de la habitación. Estábamos en un enorme asentamiento, una gran aldea rodeada de árboles altos y gruesos y extensos pastos verdes. Había gente por todas partes. Estaban concentrados en sus tareas, pero todos se giraban para mirarme. Las mujeres vestían con modestia, igual que yo, y los hombres llevaban las familiares túnicas blancas.

Al pasar por delante, algunos recitaron las escrituras y le pidieron a Dios que salvara mi alma. Otros escupieron a mis pies descalzos y desearon que ardiera en el infierno.

—¡Pagana! ¡Ramera! ¡Tentadora! —gritaban. Agaché la cabeza y rompí a llorar.

El hermano Noah los ignoró a todos y me guio a través de un vasto campo en dirección a un pequeño grupo de casas. Tiró de mí con fuerza y tropecé con una piedra. Gemí por el dolor, pero no mostró ninguna piedad.

—¡He dicho que vamos! —espetó, y lloré. Lloré por mi padre, mi madre, mis hermanos y hermanas, por Phebe y por mi alma malvada.

Pero confieso que no me sentía malvada. No sentía a Satanás dentro de mí, pero debía de estar ahí, a juzgar por cómo me trataban todos.

«El Señor me ha abandonado. Me ha repudiado como su hija».

Entramos en un pasillo estrecho y el hermano Noah saludó con un asentimiento a tres hombres sentados alrededor de una mesa. También iban vestidos de negro y llevaban grandes botas pesadas. Eran más grandes y aterradores que los hombres de fuera; parecían de alguna manera diferentes. Cuando me vieron, sus ojos brillaron con interés. Me asusté, así que mantuve la cabeza gacha en señal de obediencia.

Debía demostrar que se habían equivocado, que era una buena chica que valoraba el amor de Dios. No era hija del demonio. Tenía que superar sus pruebas, como había dicho Phebe. Como Jesús en el desierto.

Cuando llegamos a una gran puerta de madera, el Hermano Noah la abrió y me arrastró dentro. Tres niñas de pelo oscuro se levantaron de inmediato de unos pequeños catres y se lanzaron al suelo, con las manos delante de ellas y la frente sobre la fría piedra.

—Saludos, hermano Noah —dijeron al unísono.

—¡En pie! ¡Ahora! —ladró el hermano Noah.

Me estremecí.

Las tres se levantaron y su belleza me sorprendió. Todas tenían el pelo largo y oscuro, ojos enormes y labios carnosos y rosados. Una parecía mayor que yo, otra tenía más o menos mi edad y la última era más joven. La más joven tenía los ojos verdes más grandes que había visto nunca.

—Jezebel, Salome, Magdalene, esta es Delilah —anunció el hermano Noah.

Miré detrás de mí. ¿Quién era Delilah?

Las tres jóvenes bellezas hicieron una reverencia y me saludaron al unísono.

—Bienvenida, hermana Delilah.

Todas las miradas estaban puestas en mí.

—Disculpe, hermano Noah, se equivoca. Mi nombre es Rebekah —dije con cautela, sin levantar la mirada y lista para recibir un golpe.

Me empujó con fuerza y me precipité dentro de la habitación, donde la mayor de las chicas me sujetó antes de que cayera al suelo. Su mano rodeó la mía al instante. Miré nuestras manos entrelazadas y sentí consuelo por primera vez en días.

El hermano Noah retrocedió hacia la puerta. Antes de dejarme sola con las muchachas de pelo oscuro, me miró y dijo:

—Te equivocas. Ya no eres digna de llevar el nombre de Rebekah. Era una mujer pura, una buena esposa de Isaiah, una mujer en gracia del Señor.

Tragué saliva y la chica a mi lado me apretó la mano.

El hermano Noah sonrió con malicia y los ojos le brillaron al hablar.

—A partir de este día te llamarás Delilah. Eres una creación del demonio, nacida del mal, una hermana caída. Una Maldita.

Ky

—Así fue como Mae y Maddie pasaron a ser mis hermanas. Ese día empecé mis estudios con el hermano Noah. Ese día aprendí a ser obediente y descubrí que valía menos que los demás.

Me dolía el pecho, como si una serpiente me oprimiera el corazón y los pulmones. Cogí la mano de Lilah y la atraje hacia mí.

Ignoré su expresión sorprendida, la acerqué a mí y posé una mano en su nuca. Apenas unos centímetros separaban nuestros labios. Le acaricié la mejilla con el pulgar, entrecerró los ojos y se le aceleró la respiración.

—Escúchame bien. No vales menos que nadie solo porque te lo dijera un pedófilo hijo de puta que quería tenerte atrapada en su secta de mierda. No es culpa tuya que tu padre te tocara, que su amigo te tocara ni que un crío gilipollas tuviera su primera erección y quisiera pagarlo contigo. Vales mucho, Li, más que ningún hermano y que todas las perras de aquí juntas. Comerás conmigo, caminarás a mi lado, no dos pasos por detrás, y no permitirás que nadie te diga lo contrario. Aquí no eres ninguna Maldita. ¿Lo pillas, bombón?

Lilah me miró con sus enormes ojos azules.

—Sí —respondió.

Debí haberme apartado, pero no lo hice. En vez de eso, acerqué más los labios. Respiró hondo y cerró los ojos con fuerza.

No estaba lista. Joder, era demasiado frágil, tanto que quería protegerla por encima de todo y no perderla nunca de vista.

Mierda, estaba perdido. Comía, dormía y respiraba sin dejar de pensar en ella.

Me desvié de su boca y acaricié su mejilla con los labios. Lilah perdió completamente el control de su respiración. Su piel estaba caliente. Cuando se le escapó un gemido, tracé un rastro de besos hasta su barbilla y, al hacerlo, sus labios rozaron los míos.

—Joder, Lilah —dije con la respiración agitada y habiendo perdido el control que me quedaba.

Abrió los ojos y se calmó. Se pasó la lengua por los labios y avancé para saborearlos, pero se apartó y quité la mano de su nuca.

—Debo rezar.

Se levantó, corrió hacia la orilla y se arrodilló con los brazos extendidos. Cinco minutos después, con la cabeza levantada hacia el cielo, empezó a murmurar en su «lenguaje con Dios».

Me senté contra la roca, encendí otro cigarrillo y la observé. Todavía notaba el sabor a vainilla de su piel en los labios.

Capítulo ocho

Profeta Cain

Nueva Sion, Texas

Mi pueblo había llegado. Miles de personas me rodeaban mientras avanzaba por el pasillo hacia el altar ceremonial. Hombres, mujeres y niños se postraron en el suelo a mi paso, bendecían mi nombre y hablaban en la lengua de Dios mientras el Espíritu Santo los bendecía con su amor.

Judah caminaba detrás de mí. Alababa la devoción del pueblo posando una mano sobre sus cabezas, igual que los ancianos que lo seguían.

Me acerqué al escenario donde esperaban tres atractivas jovencitas. Inclinaron la cabeza cuando me paré frente a ellas. Con una mano en su sien, las bendije.

—Levantaos —ordené.

Obedecieron de inmediato. Una mujer pelirroja se adelantó y señaló el púlpito y el micrófono. Judah asintió sonriente. Me había dicho que estaba interesado en una mujer, así que asumí que era ella.

—¿Tu nombre, hermana? —pregunté.

Ella abrió los ojos de par en par, sorprendida.

—Phebe, señor —respondió con un ligero temblor en la voz.

—Gracias, hermana Phebe —dije con una sonrisa.

Se ruborizó y miró de reojo a Judah, quien, con una inclinación de la barbilla, le indicó que lo había hecho bien. La felicidad de la joven era

evidente.

Me di la vuelta despacio para mirar a mis fieles y estuve a punto de perder el equilibrio. El mar de ojos que me miraba era asombroso. Las filas y filas de seguidores parecían extenderse varios kilómetros. Entonces fui consciente de mi destino. Respiré hondo y me acerqué al micrófono para hacer aquello para lo que me había preparado toda la vida.

—Pueblo mío, me llena de dicha veros aquí esta noche. Nos hemos reunido para marcar un nuevo comienzo, nuestra génesis, en nuestro nuevo hogar, nuestra tierra prometida: ¡Nueva Sion!

La gente asentía y sonreía. Todos habían sido educados para sentarse en silencio hasta que el profeta diese su permiso para la celebración, así que, mostrando obediencia, mantuvieron la calma y esperaron a que hablara.

—Los últimos meses han sido duros para la Orden. Nuestra fe ha sido puesta a prueba hasta el extremo de arriesgar nuestra cordura colectiva. Se han perdido muchas vidas. Nuestro primer profeta sagrado fue asesinado mientras cumplía con su deber de trasladarnos la palabra de Dios.

Los hombres y las mujeres lloraron abiertamente. Mis palabras fueron recibidas con sollozos y lágrimas.

—No lloréis. No lloréis por nuestro líder caído. Fue el primer mensajero enviado a nosotros por el Señor para enseñarnos el camino de la rectitud. Ahora está con Dios, feliz en el paraíso, el lugar más sagrado y maravilloso en el que se puede estar. Un lugar en el que todos estaremos algún día.

Los sollozos se detuvieron. Miré a Judah y a los ancianos. Sus expresiones me aseguraron que lo estaba haciendo bien.

—El mal cruzó nuestras puertas y nos atacó por medio de los agentes de Satanás en la Tierra. Pero, como les ocurrió a todos los profetas de Dios, Moses, Noah y Abraham, estas pruebas y tribulaciones no son más que una demostración al Señor de nuestra devoción inquebrantable. Estos desafíos en la Tierra serán recompensados en el más allá.

La ansiedad recorrió al mar de gente. Algunos levantaron la cabeza para rezar y otros alzaron las manos al aire. Sonreí y me sentí lleno de una fuerza poderosa, de la convicción de nuestra causa.

—Esta noche ascenderé como vuestro profeta, como el mensajero de Dios para sus devotos seguidores. Me ha hablado, me ha guiado y me ha revelado lo que debemos hacer.

El silencio era absoluto. Esperé el momento perfecto para continuar. Un viento suave sacudió los árboles y sonreí.

—Nuestro Señor quiere que nos unamos contra el mal, contra aquellos que intentan destruir nuestra fe y distorsionan la palabra perfecta e incuestionable de nuestro creador.

Todos se inclinaron hacia delante, atentos a mis palabras. Cuando miraba a la derecha, Judah y los ancianos hacían lo mismo.

—El diablo camina entre nosotros, lo he comprobado. He vivido con sus habitantes, he caminado junto a ellos y he sido testigo de sus caminos impuros. No podemos tolerarlo, debemos detenerlos. A nosotros, el pueblo elegido de Nueva Sion, se nos ha encomendado una cruzada para vengarnos de aquellos que nos perjudicaron, de los que asesinaron a nuestros santos hermanos. Esta noche será recordada en la historia de nuestro pueblo. Esta noche convoco la guerra santa contra Hades y todos los que lo defienden, todos los que extienden su inmoralidad y su maldad como una plaga.

Esta vez no pudieron contenerse y se levantaron, gritaron alabanzas al Señor y demostraron estar de acuerdo.

Observé la escena y un fuego me recorrió las venas. Un rayo de adrenalina me atravesó y sentí que mi alma se fusionaba con lo divino. Cada célula de mi cuerpo vibraba de poder, mi mente se expandía con los nuevos conocimientos que el mismo Dios me entregaba. Me sentía omnipotente y omnisciente, un verdadero dios entre los hombres. ¡Me había convertido en el Mesías!

Mis ojos ardían de emoción al mirar a mi pueblo. Me elogiaban y gritaban con devoción y entusiasmo. Estábamos unidos. No nos detendrían. La ira vengativa de Dios alimentaba los corazones de mi gente, un ejército de soldados de alma pura deseosos de seguir mis órdenes.

Levanté las manos para pedir calma. La multitud se quedó en silencio. Lo único que escuchaba eran los fuertes latidos de mi corazón.

—Dedicaremos todo nuestro tiempo a la nueva cruzada. Los hombres se convertirán en hábiles soldados, guerreros feroces que lucharán contra el pecado. Las mujeres cumplirán con su deber como hermanas, como hijas celestiales, y compartirán el amor de Dios de la mejor manera que sepan. Aliviarán la carga a la que se enfrentarán los hombres, cuidarán de ellos y complacerán sus caprichos. Prevaleceremos como un solo pueblo. Nos acercaremos con sigilo y atacaremos sin previo aviso cuando el Señor nos

indique que es el momento. Caeremos como una plaga sobre los malvados, una plaga pura de luz que destruirá las tinieblas del pecado y del mal que empañan la preciosa humanidad de Dios. Así como el Señor arrojó las siete plagas sobre los egipcios para liberar a su pueblo, también saldremos victoriosos en esta lucha.

Levanté la voz y la congregación tembló y se tiró al suelo en alabanza. Abrí los brazos de par en par.

—¡Soy el profeta Cain! Soy el mensajero de Dios. Soy la luz. Soy vuestro pastor. Hermanos, hermanas, uníos a mí en la búsqueda de Dios para librar por fin a este mundo de sus malvados demonios, del plan de Hades de sumergir este mundo en un infierno viviente. Alzaos conmigo. Luchad conmigo. Porque yo soy la puerta al Cielo, ¡soy la llave de nuestra salvación!

La gente se descontroló, sobrecogida por la emoción. El Espíritu Santo se apoderó de sus corazones y los elevó a una altura celestial. Observé y me regocijé creyendo cada una de mis palabras. El Señor había hablado a través de mí, yo era su intermediario, su palabra era la mía. Era un auténtico profeta.

Una mano descansó sobre mi hombro y lo apretó. Me volví a mirar a Judah, que abrió la boca con lágrimas corriendo por sus mejillas. Luego sacudió la cabeza al quebrársele la voz, demasiado emocionado para hablar. Presioné mi frente contra la suya y puse las palmas en sus mejillas. Disfrutamos del momento. Ese día lo cambiaría todo. Lo habíamos esperado toda nuestra vida.

—Hermano —me llamó Judah con voz rasgada, y me agarró con fuerza—. Nos salvarás a todos. —Sus ojos se encontraron con los míos y me besó la mejilla—. Nos salvarás a todos.

Capítulo nueve

Lilah

Cowboy y Alacrán llegaron en sus motos y las luces de los vehículos brillaron en el patio. Aparcaron cerca del garaje, desmontaron de las máquinas y se unieron a la barbacoa. Sonrieron mientras se abrían paso entre la multitud y abrazaban a las mujeres y estrechaban la mano de los hombres. También habían salido en una «misión», cosas del club en el mundo exterior. Una misión diferente a la de Ky, pero, como él me había dicho, eran «asuntos de club», por lo que nunca sabría lo que habían hecho.

Una parte de mí no quería saberlo. Empezaba a confiar en ellos y, por supuesto, también en Ky. Era un milagro y no quería estropearlo con la realidad sobre a qué se dedicaban.

Una botella se estrelló contra el suelo junto a un hombre particularmente alborotador que bebía copiosas cantidades de licor. Ese hombre no había hecho más que gritar y holgazanear por el patio durante los últimos días. Los pelos de la nuca se me erizaron al verlo.

Tocaba a las mujeres de forma inapropiada y resultaba evidente que sus actos no eran bienvenidos. La noche anterior había golpeado en la cara a una mujer que vestía con muy poca ropa y los hombres desconocidos que lo acompañaban se habían reído de su comportamiento agresivo.

Me había parecido repugnante y quise ayudar a la chica. Sin embargo, Ky me había ordenado quedarme en la habitación, así que obedecí. Quería complacerlo. Quería hacerlo sonreír.

Cowboy miró de reojo al hombre y le dio un codazo a Alacrán, que se puso pálido. Cowboy se acercó a su amigo y lo agarró del brazo mientras le susurraba algo al oído. La mirada de Alacrán pareció nublarse de rabia mientras recorría el ruidoso patio. Luego, su atención se fijó en el hombre que ahora estaba junto al fuego.

Seguí su mirada y observé al hombre alto y desgarbado de pelo largo, negro, sucio y graso. Manoseaba a una mujer que había de pie a su lado, tenía las manos sobre sus senos. A la mujer no parecía gustarle, a diferencia de muchas otras más ligeras que rondaban el club. Él le dijo algo al oído y ella agachó la cabeza, asustada, y se escabulló a toda prisa.

El hombre se rio. Volví a mirar a Cowboy y Alacrán. Cowboy parecía vibrar de ira mientras observaba el otro lado del patio. Pasó por delante de Alacrán y le dijo algo al oído. Este miró a su mejor amigo un segundo, pero claramente ignoró sus palabras, lo apartó y salió disparado hacia la hoguera.

—¡No! —exclamé cuando se acercó al hombre.

—¿Qué sucede? —susurró Maddie desde la cama.

Apoyé las manos en el cristal y observé. Alacrán se lanzó contra el hombre de melena oscura con tanta fuerza que lo hizo retroceder y chocar con Tiff y Jules, las amigas de Ky, que estaban junto a un banco vestidas de manera tan provocativa como era habitual.

Se sobresaltaron por el golpe, pero ayudaron al hombre a incorporarse y le sonrieron mientras Alacrán apretaba los puños con rabia. Cowboy cruzó el patio y todos empezaron a gritar.

Tiff y Jules dieron un paso atrás y acariciaron la espalda del hombre como si quisieran consolarlo. Se mostraban seductoras y el hombre apenas podía apartar los ojos de sus pechos expuestos. Las dos miraron hacia mi ventana. Jules me miró a los ojos y se inclinó hacia Tiff para decirle algo al oído. Luego las dos sonrieron con malicia. Eran sonrisas falsas que claramente iban dirigidas a mí, pero no entendía qué les hacía tanta gracia.

Alacrán le dijo algo al hombre de pelo negro y este pareció quedarse de piedra. Quería escuchar lo que decían, así que abrí la ventana sin hacer ruido.

—¡Cabrón hijo de puta! —espetó el hombre alto antes de lanzarse contra Alacrán y caer los dos al suelo convertidos en un mar de puños.

—¡No! —susurré.

Escuché las pisadas de Maddie sobre el suelo de madera. Se sentó a mi

lado en la cama y jadeó al ver a los hombres rodar por el patio.

Alacrán se las arregló para vencer al hombre alto y lo redujo lo suficiente para sentarse a horcajadas sobre su cintura. Le dio un puñetazo y le partió el labio. El hombre le escupió la sangre a la cara y Alacrán perdió el control. Lo golpeó una y otra vez con los puños.

Cowboy se abrió paso entre la pequeña multitud que se había congregado para observar la pelea, agarró a su amigo por los brazos y lo apartó del hombre.

Alacrán jadeaba. Cowboy lo zarandeó, le puso la mano en la cabeza y dijo algo que no escuché para intentar calmarlo. Tiff y Jules corrieron hacia el hombre que yacía en el suelo y lo ayudaron a levantarse. Le metieron las manos debajo de la camisa y Jules las llevó incluso más abajo. Maddie dio un grito ahogado al verlo.

El hombre seguía pareciendo un loco asesino, pero Tiff y Jules estaban sobre él y lo acariciaban. La ira se convirtió en lujuria. Alacrán dejó caer los hombros y asintió a las palabras de Cowboy antes de echar un último vistazo en dirección al hombre. Sujetaba orgulloso a Tiff y a Jules entre sus brazos y le devolvió la mirada en silencio con una sonrisa fría.

—¿Sigues defendiendo a ese enfermo de mierda, Alacrán? ¿Abandonaste a tu club solo para estar con él? —gritó, y sacudió la cabeza—. ¡Estáis muertos, hijos de puta! ¡Muertos y enterrados!

—¡Nos fuimos para alejarnos de cabrones enfermos como tú! —respondió Alacrán a gritos y se dispuso a lanzarse de nuevo contra él, pero Cowboy lo retuvo.

El hombre se marchó en dirección al bar, acompañado de Tiff y Jules. Mientras se iba, Jules me miró otra vez y me saludó con la mano, burlona.

—¿Por qué hace eso? —preguntó Maddie.

Sacudí la cabeza, confundida.

—No lo sé. Ni siquiera la conozco.

La gente que se había agrupado en torno a la pelea estaba acostumbrada a ese tipo de violencia y rápidamente perdió el interés y volvió a dedicarse a beber y a sus otros pecados.

Cowboy rodeó con el brazo los hombros de su amigo y se lo llevó a un banco aislado donde los dos se sentaron y abrieron cada uno una botella de alcohol marrón. Sus expresiones estaban deformadas por la rabia y la ira.

—¿Por qué peleaban? —preguntó Maddie.

—No tengo ni idea —respondí—. Pero Cowboy y Alacrán son hombres buenos. Son amables conmigo. —Temblé—. El otro hombre no parecía nada agradable.

—¿Son buenos contigo porque te desean de forma carnal? ¿Los has tentado? —preguntó, y el estómago me dio un vuelco.

Los miré, sentados en el banco en silencio.

—Espero que no. Parecen sinceros. Si descubriera que sus intenciones no son puras, me moriría. —No sé por qué, pero estaba bastante segura de que no me miraban de esa manera. Prefería pensar que les gustaba hablar conmigo, independientemente de mi aspecto.

Maddie bajó la vista y miró con nostalgia la puerta de la habitación.

—¿Es posible que un hombre nos quiera y nos desee sin ser a causa de nuestra belleza?

Aquella pregunta era muy poco propia de su carácter.

—No lo sé. Mae cree que sí —respondí. Pareció aliviada, puede incluso que algo emocionada. Añadí—: ¿Lo preguntas por algún motivo en especial?

Suspiró y se frotó los tatuajes de las muñecas.

—No, pero me gusta pensar que, algún día, tal vez un hombre fuerte y protector en el que confío me ayude a descubrir el amor, a sentirme a salvo con él, gracias a él y tal vez...

—¿Tal vez qué? —la apremié, y le di la mano.

Parpadeó con fuerza para contener las lágrimas.

—Tal vez yo también le haga sentir a salvo —susurró.

No supe qué responder. Le apreté la mano y deseé con fuerza que algún día ese futuro se hiciera realidad para ella y el hombre que la hacía plantearse esa posibilidad.

—¿Lilah?

—¿Sí?

—¿Ky te hace sentir así? La forma en que os miráis... —Sonrió—. Es preciosa.

—¿Preciosa? —repetí. Sus palabras me dejaron sin aliento.

—Desde que empezó a enseñarte, ha cambiado. Observo bien a la gente desde la ventana.

Tragué saliva, deseosa de saber más. El corazón se me aceleró, expectante.

—Cuando llegamos, era feliz y parecía disfrutar de la vida y las mujeres, pero la sonrisa nunca le llegaba a los ojos.

—Continúa.

Se acarició las puntas del pelo mientras hablaba.

—Ahora, cuando te sonríe, lo hace también con la mirada.

—¿De verdad?

Sonrió feliz.

—Ya no mira a otras mujeres, aunque ellas lo desean con lujuria. Solo te mira a ti. Solo te ve a ti. Solo te sonríe a ti, como si fueras la estrella más brillante del firmamento e hicieras desaparecer a todas las demás.

—Maddie...

Unas luces distantes iluminaron el camino y el familiar rugido de los motores llenó el aire nocturno. Se me aceleró el corazón, emocionada.

Había vuelto.

Miré por la ventana con atención mientras las motos se acercaban y las puertas se abrían. Una por una, las motos entraron en el patio y reconocí a Ky en una de las que iban en cabeza, con el pelo rubio atado con un trozo de cuero y el cuerpo tenso bajo una camisa blanca sucia de la carretera. Los hombres lo seguían: Vikingo, AK, Sonrisas, Tanque y Toro.

Ky se quitó el casco, se pasó la mano por el pelo desordenado y todos a su alrededor le dieron la bienvenida. Me alejé de la ventana, corrí al baño y me puse el tocado. Lo até bien, me arreglé el vestido y me dirigí a la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Maddie, y se levantó de la cama para cruzarse en mi camino.

—Voy a recibir a Ky.

Agarré el pomo de la puerta, pero Maddie me sujetó la mano.

—Lilah, sabes que no debemos bajar cuando hay gente. Debes ir siempre acompañada de un hermano para protegerte o te expones al peligro. Las dos hemos visto lo que les pasa a las mujeres que no van acompañadas por un Verdugo. Se las trata como a basura. —Había miedo en su voz, miedo por mí.

Puse las manos sobre sus hombros.

—Enseguida estaré con Ky, él me protegerá —la tranquilicé.

Maddie me sonrió más tranquila y volvió a la cama, a su lugar habitual junto a la ventana.

Al salir, me alivió que Flame hubiese dejado su puesto y cerré la puerta con llave para garantizar la seguridad de Maddie. Con el corazón acelerado, bajé corriendo las escaleras y me dirigí al cuarto privado de Ky. No me aventuré a entrar en el patio, era demasiado intimidante, demasiado expuesto, así que planeaba esperarlo delante de su habitación.

Abrí la puerta del pasillo y me dirigí hacia mi destino. Entonces la puerta se cerró de golpe detrás de mí.

Se escuchó un silbido grave y amenazador recorrer el pasillo vacío. Me quedé de piedra y un escalofrío me bajó por columna vertebral. Había alguien.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —preguntó una voz masculina desconocida.

Estaba paralizada, no podía darme la vuelta ni correr, estaba clavada al suelo. Las pisadas se acercaron y la boca se me secó. Un aliento pútrido y maloliente respiró sobre mi hombro y una mano firme me agarró por la nuca.

Cerré los ojos y traté de contener el pánico, sin éxito. Unos labios húmedos y ásperos me atraparon el lóbulo de la oreja.

—¿Tienes un hombre, puta?

Sus dedos se cernieron en torno a mi cuello y grité.

—Sí —tartamudeé.

—¿Quién?

—Ky —susurré.

La mano me soltó el cuello un momento y luego apretó con más fuerza.

—Buen intento —dijo.

Con el otro brazo, tiró de mi hombro para darme la vuelta y casi me lo arranca. Me agarró las mejillas y me encontré con la cara iracunda del hombre que había visto fuera, el hombre que se había peleado con Alacrán y se había marchado con Tiff y Jules.

—Es imposible que estés con Ky. Ese hermano folla más que Hugh Hefner. Ni de coña se echaría una dama.

Entrecerró los ojos y, despacio, me miró de arriba abajo.

—¿Qué coño llevas puesto? ¿Te van los juegos de roles? Bueno, puta, a mí me gusta jugar duro.

Me estampó contra la pared y jadeé. Me di cuenta entonces de que me había hecho retroceder poco a poco. Se inclinó esperando una respuesta, pero no podía hablar, ni siquiera sabía qué eran los «juegos de roles».

Miró detrás de él y se volvió de nuevo hacia mí. Esta vez tenía una sonrisa hambrienta en la cara. Me soltó la barbilla y me estremecí de dolor. Levantó la mano, me arrancó el tocado de la cabeza y el pelo me cayó por la espalda.

Le brillaban los ojos mientras inspeccionaba mi cuerpo. Me pasó un dedo por la mejilla y la garganta, me agarró del cuello y tiró con fuerza del vestido. Con un rasgón, la tela gris se partió por la mitad y mi cuerpo quedó expuesto, protegido solo por mis enaguas.

—¡No! —grité, pero me ignoró y se apretó contra mi pecho, tocaba mis senos con la mano mientras me apretaba un pezón con los dedos. Grité de dolor.

—¡Joder! Estás buenísima. Menudo cuerpazo.

—Por favor —susurré entre lágrimas—. Por favor, déjame marchar.

Su mano se congeló sobre mis pechos. Retrocedió un paso y respiré aliviada. Pero el sosiego fue breve y, cuando me relajé, levantó la mano a gran velocidad y me golpeó la cara con tanta fuerza que se me nubló la vista. El sabor a cobre de la sangre me llenó la boca. Todo pareció ralentizarse.

La cabeza me pesaba y, como pude, la giré para mirarlo. Se inclinó sobre mí hasta que nuestras narices se tocaron.

—Si me vuelves a hablar así, puta, te cortaré la lengua con un cuchillo oxidado y te la meteré por el culo. Me importa una mierda lo buena que estés, nadie le habla así a Cobra.

Para dejar claro su argumento, me dio un puñetazo en el estómago que hizo que me doblase del dolor.

Me agarró del pelo y me arrastró por el estrecho pasillo hasta una mesa cuadrada sobre la que me lanzó. Mi pecho golpeó la madera con un ruido sordo. Me levantó las enaguas y pasó un dedo por el lugar sagrado entre mis muslos. Me tensé por la invasión a mi cuerpo y grité aterrorizada.

¡Iba a volver a pasar! Tal como el profeta David predijo. Había tentado a otro hombre y se había vuelto loco por el deseo satánico de devorarme y poseerme, por culpa de este cuerpo maldito.

Había bajado la guardia con el regreso de Ky. Había dejado que mi deseo

egoísta de verlo superase a la razón y ahora iba a ser castigada. Mi alma tentadora arrastraba a otro hombre al infierno.

El demonio se estaría riendo.

Oí cómo se bajaba la cremallera del pantalón en el silencio del pasillo y fue como si el mundo se detuviera. Solo escuchaba mi respiración retumbándome en los oídos. Sus manos me acariciaron el trasero desnudo muy despacio para después azotarme con dureza. Se inclinó sobre mí y acercó la boca a mi oído.

—Eres la puta más despampanante que he visto —susurró—. Toda arreglada y apretada, no como otras con las tetas caídas y el coño seco. Te voy a follar duro, puta, hasta que sangres. Las dos zorras de fuera dijeron que estabas de puertas abiertas. Un coño nuevo en busca de una buena polla. Pues la has encontrado, zorra. Te la voy a meter por todos los agujeros que tengas.

Comprendí que se refería a Tiff y Jules y me sorprendí. Habían estado con él en el patio, adulándolo y coqueteando. Me sorprendí de que le hubieran dicho a esta despreciable criatura que lo deseaba. ¿Le habían dicho que viniera a por mí? Quería gritar de rabia. ¿Qué les había hecho yo?

Llevó las manos a mi pecho y me agarró los senos mientras miraba a la puerta con la mirada perdida. Sentí su dureza palpar contra mi muslo y subir por mi pierna hasta colocarse en mi abertura.

Recordé la comuna y las muchas horas de estudio con el hermano Noah. Recuperé mi antiguo mecanismo de defensa y me desconecté, me alejé mentalmente de aquel lugar, hasta que lo escuché.

—¿QUÉ COJONES?

El rugido ensordecedor reverberó por todo el pasillo, desde el extremo opuesto, y un hombre atravesó la puerta como una exhalación. Recuperé la esperanza.

Ky. Sollocé de gratitud y alivio.

Su expresión al contemplar la escena era de horror absoluto y pronto dejó paso a una rabia asesina.

El hombre detrás de mí se puso rígido sobre mi cuerpo magullado, retrocedió y me dejó expuesta. Traté de moverme, pero estaba paralizada. Me dolían todos los músculos y el miedo me atenazaba. Cuando Ky me miró, vi el mismo miedo en sus ojos. Pero no era miedo por sí mismo, sino por mí.

La puerta se abrió de nuevo y Alacrán y Cowboy irrumpieron detrás de

Ky.

—¡Joder! —masculló Cowboy al verme sobre la mesa desecha en lágrimas. Gritó y se volvió para golpear la pared con el puño.

—¡Voy a matar a ese hijo de puta! —bramó Alacrán mientras pasaba junto a Cowboy, pero Ky lo detuvo.

—Esta vez no, hermano —siseó.

Fue lo único que dijo antes de salir disparado como un animal rabioso. Se sacó un cuchillo largo y afilado del cuero. Sorprendida, me aparté a trompicones hacia un lado y me metí debajo de la mesa, donde me acurruqué contra la pared.

El hombre que me había atacado levantó los brazos.

—¡Ky! Solo es una zorra. ¡A quién le importa! ¡Baja el puto cuchillo!

Ky se detuvo un segundo y luego fue directamente hacia él. Lo tumbó de un puñetazo en la barbilla y le clavó el cuchillo en el muslo. Grité al presenciar un acto tan violento y los ojos se me abrieron como platos por el miedo, sin poder apartar la vista. Ky le pateó las costillas y me estremecí al escuchar el sonido de los huesos al romperse.

El hombre gritaba en el suelo, pero Ky no se detuvo. Lo golpeó sin parar con los puños y los brazos. Lo apuñaló en hombros, estómago y pecho y la sangre me salpicó los pies. Finalmente, el hombre dejó de gritar. Ky se levantó y se lo quedó mirando. Parecía la muerte en persona.

Se agachó, le dio la vuelta para tumbarlo sobre la espalda, a lo que el hombre no opuso ninguna resistencia, y levantó el pie, calzado con una pesada bota negra.

—¡A mí me importa, gilipollas! ¡Es mi zorra! —gritó.

Entonces, dejó caer el talón de su bota con todas sus fuerzas contra la cara del hombre.

Grité. Grité hasta que me dolió la garganta, hasta que ya no pude más. No quería mirar, me di la vuelta hacia la pared y me cubrí los oídos con las manos, sollozaba. Me dolía todo, no dejaba de ver la cara hundida del hombre, destrozada.

«Señor, por favor, sálvame. Déjame olvidar lo que acabo de presenciar», recé.

—¡Me cago en la puta! —maldijo Cowboy—. ¡Joder, Ky, has matado a un

hermano!

—A la mierda —gruñó el aludido—. Os tocó los cojones en Luisiana, hizo que os volvierais nómadas. Ha intentado joder a Lilah. Según las normas del club, se ganó la sentencia de muerte en el momento en que le puso la mano encima a mi zorra, mi dama —siseó.

—Cierto —afirmó Alacrán.

—Enterradlo en alguna fosa. Sin monedas en los ojos, merece pasar la eternidad vagando entre las sombras.

Poco después, una mano me tocó el hombro. Me sobresalté y me volví aterrorizada. Ky estaba arrodillado a mi lado con el gesto contraído.

—Tengo que llevarte a que te laves, Li.

De reajo, vi un charco de sangre detrás de él, así que me centré en mirarlo. Seguía llorando sin control. ¿Quién era ese hombre? Me daba miedo. Acababa de matar a alguien, un pecado mortal. Por mi culpa. La sangre de Cobra mancharía para siempre sus manos por mi culpa.

Ky miró el cadáver a su espalda y maldijo.

—No voy a hacerte daño, bombón. Soy yo, Ky, confía en mí.

No le creí. Estaba cubierto de sangre, incluso en el pelo y la barba. Sacudí la cabeza cuando levantó el brazo hacia mí y retrocedí contra la pared todo lo que pude.

—¡Mierda, Lilah! Soy yo, joder, vuelve conmigo. —Su voz me atravesaba como un cuchillo. Al mirar sus ojos, solo vi desolación—. Necesito abrazarte, nena. Comprobar que estás bien.

Cuando sus brazos se acercaron, me encogí instintivamente. Ky agachó la mirada.

—Li, por favor. No voy a volver a preguntar. No voy a hacerte daño. —Miró de reajo a Alacrán y Cowboy, que se llevaban el cuerpo, y susurró—: Te echaba de menos, nena. Te echaba muchísimo de menos. ¡Volver y encontrarme esto! Necesito tocarte, nena. No voy a pedírtelo otra vez.

Bajé la mirada e intenté relajarme. Ky pasó los brazos bajo mis piernas y mi espalda y me levantó en volandas despacio hasta su pecho.

Alacrán se acercó a nosotros y lo miré con ojos vidriosos.

—Lo siento, Lilah. Debería haber vigilado a ese hijo de puta más de cerca. No es la primera vez que Cobra viola a alguien. —Parpadeó y luego

miró de reojo a Cowboy, que se había estremecido.

Me temblaba el labio inferior, seguía en *shock*. Ky murmuró entre dientes.

—Llévatelo de aquí —ordenó.

Cowboy me dedicó una leve inclinación de barbilla. Ky me cubrió con lo que quedaba de mi vestido hecho jirones y abrió de una patada la puerta de su habitación. Se acercó a la cama y me acomodó suavemente sobre el edredón.

Se inclinó sobre mí y me acarició el pelo.

—Joder, Li. —Había dolor en su voz.

No respondí. Tenía náuseas y no dejaba de temblar.

Ky respiró hondo.

—¿Te ha violado? ¿He llegado demasiado tarde?

Reuní fuerzas para negar con la cabeza y el alivio de Ky fue evidente. Entró en el baño y, segundos después, salió con una toalla blanca húmeda. Se sentó en el borde de la cama y empezó a limpiar mis heridas con delicadeza. Me había acostumbrado al sabor de la sangre. ¿Desaparecería alguna vez?

Ky estaba rígido. Con cada nueva herida que encontraba, se tensaba más. Cuando apretó el paño contra mi mejilla magullada, me estremecí.

—¿Qué coño hacías aquí abajo? —preguntó muy serio y algo molesto—. Te lo dejé muy claro: no salgas nunca sin mí o cualquier hermano que te desee tendrá vía libre. No llevas el parche de un Verdugo ni nuestros colores en la espalda. Todos se creerán con derecho a follarte.

Con una dura mirada exigió una respuesta. Me impulsé hacia el cabecero de la cama con las manos.

—Te buscaba —respondí, me sentía un poco tonta.

Desfrunció el ceño y su expresión se suavizó. Me acarició la frente y me apartó el pelo.

—¿Me buscabas?

—Sí —susurré, concentrada en retorcer la sábana—. Te vi volver por la ventana y me moría por verte. Te vi entrar en el patio y me emocioné mucho al pensar en volver a verte.

—¿No me digas? —dijo con voz grave, y lo miré—. Nena...

Suspiró y me sujetó la mano para besarme en el dorso. Se me aceleró la respiración y el corazón me dio un vuelco en el pecho.

—Aun así, bombón. No deberías haber estado allí sola. No es seguro que

una zorra vaya por ahí sin protección.

—Lo siento. —Rompí a llorar—. Intenté decirle a ese hombre que estaba bajo tu protección, pero no me creyó. Te has manchado las manos de sangre por mi culpa. —Ky trató de interrumpirme, pero no era capaz de parar, y lo solté todo—. Tiff y Jules le habían dicho que buscaba a un hombre, que era nueva en el club y quería yacer con alguien. Cobra pensó que sus avances eran bienvenidos.

La temperatura en la habitación bajó diez grados de golpe.

—¿Que esas putas hicieron qué? —bramó, y rechinó los dientes.

—Ky...

Me preocupé al ver la ira volver a su rostro y arder en sus ojos. Pero en ese momento era imposible calmarlo. Saltó de la cama, se dirigió a la puerta y salió al pasillo con un portazo.

Agarré la sábana, me levanté respirando con dificultad y contuve las náuseas. Me envolví con la sábana para cubrirme la piel desnuda y seguí a Ky en dirección al bar.

Lo vi correr por el pasillo y abrir la puerta. Aceleré el paso y entré justo a tiempo de verlo apartar de su camino a hombres y mesas por igual. Seguí el rastro de destrucción que iba dejando. En su punto de mira estaban Tiff y Jules, que se contoneaban frente a Vikingo en la pared del fondo.

—¡Zorras de mierda! —gritó Ky a un volumen que atrajo la atención de todos, incluidas Tiff y Jules. Al ver a Ky avanzar furioso hacia ellas intentaron retroceder, claramente aterrorizadas.

—¡Os voy a matar! —amenazó. Entonces AK lo agarró por detrás y lo detuvo—. ¡Suéltame! —ordenó, mientras Sonrisas saltaba a su lado para ayudar a AK a mantenerlo bajo control.

—Cálmate, hermano. ¿Qué coño te han hecho las gemelas? ¿Te han mordido la polla o algo? —preguntó Vikingo, alternaba la mirada entre los tres.

Ky respiró hondo un segundo.

—¡Han intentado que violaran a Lilah! —bramó—. ¡Zorras manipuladoras!

Esa vez toda la sala se quedó en silencio y los Verdugos se quedaron completamente quietos, conscientes de la gravedad de la situación. Ky trató

de liberarse de AK y Sonrisas entre gritos.

—¡Os voy a matar a las dos, zorras hijas de puta! ¡Estáis muertas!

Tiff se quedó paralizada, le temblaba el labio, pero Jules cuadró los hombros y, con un gesto de resentimiento, levantó la barbilla desafiante.

—¡Quería la polla de un motero y la ha conseguido! —dijo con voz aguda. Di un grito ahogado—. Llevamos años chupándote la polla y ni una sola vez has mencionado hacernos a una o a las dos tus damas. ¡Ni una puta vez! Nos follas cuando te da la gana, donde sea y como sea, pero ni lo habías pensado. Entonces aparecen esta y las otras dos putas de la secta y todos perdéis el culo por ellas, como si os tuvieran hechizados. —Le empujó con el dedo—. ¡Y tú gritas el nombre de la peregrina de los cojones mientras me la metes por el culo, deseando que yo sea ella! ¡Siempre! Esa zorra es como una bruja. ¡Te ha convertido en su puta marioneta!

Estuve a punto de vomitar. «Esa zorra es como una bruja. ¡Te ha convertido en su puta marioneta!». No quería imaginar a Ky con esas dos mujeres en actos tan seductores. La verdad, no quería imaginarlo con ninguna otra mujer que no fuera yo, y punto. Pero sabía que ningún hombre amaría de verdad a una mujer Maldita de Eva. Y ninguna hija de Eva recibiría jamás el amor de un alma pura. El profeta David se aseguró de que lo entendiera desde muy pequeña, me hizo memorizar las escrituras, por si alguna vez olvidaba cuál era mi sitio.

Ky sonrió con sarcasmo y sin ninguna alegría. Jules lo observaba con cautela.

—¡Porque no sois más que unas putas sucias y demacradas! Lilah es pura, no se follaría a un hombre solo por tirarse a un Verdugo, conseguir dinero para un poco de nieve o cualquier otra mierda que meterse por la nariz o con la que frotarse las encías. Jamás tendría como dama a una zorra como tú. Se te da bien follar porque no pones límites, pero es para lo único que vales, perra estúpida. ¡Tenéis el coño como una boca de metro y el culo como la manga de un abrigo!

Jules palideció y Tiff, que ahora lloraba, la abrazó contra su pecho. Pero Ky no podía parar. Estaba colérico.

—Sois un par de zorras baratas, nada más. Te toleraba para tener un polvo a mano, pero comerle la oreja a Cobra y conspirar para que violasen a Lilah es la gota que colma el vaso. Quiero haceros daño y que sintáis el mismo

dolor que ella cuando ese cabrón la ha inmovilizado contra una mesa, la ha abofeteado y le ha arrancado la ropa. ¡Me lo encontré con la polla fuera, a punto de metérsela!

—Ky, respira —dijo AK, luchaba por mantenerlo a raya mientras sus gritos todavía me retumbaban en el oído—. Háblanos. ¿Quién intentó violarla? Lo que dices no tiene sentido.

Pero Ky no escuchaba. La situación se estaba descontrolando y yo no quería más violencia. No quería que nunca nadie más volviera a actuar con violencia en mi nombre.

Era mi maldición. Enloquecía a los hombres con lujuria, el diablo jugaba con ellos para divertirse. Ky se había convertido en otra víctima, y estaba sacrificando todo lo que conocía y a la gente que le importaba para defenderme.

Así que me armé de valor y entré en el bar para detenerlo. Mis pies hicieron crujir la madera y un mar de ojos se volvió hacia mí. Los hermanos se tensaron al verme.

No había visto mis heridas, pero adiviné por sus expresiones de angustia el aspecto que debía de ofrecer. Tampoco me habían visto nunca sin mi tocado, con el pelo expuesto. La tentación de mi interior en todo su esplendor. Además, iba envuelta en una sábana. Mi aspecto era el de una auténtica ramera.

AK sacudió a Ky y le murmuró algo al oído. Ky apartó la vista de las dos mujeres temblorosas y se volvió hacia mí.

—¡Lilah! Nena, ¿qué coño haces? —dijo, exasperado.

Apartó los brazos de AK y Sonrisas. Esa vez lo soltaron. Corrió hasta mí y me alzó entre sus brazos sin darme tiempo de protestar. Me besó la frente con los labios y me sentí segura contra su cuerpo.

—¿Quién cojones le ha hecho eso en la cara?

Ky se volvió hacia Vikingo, que acababa de hablar y me miraba preocupado. Nunca lo había visto tan serio.

—Cobra —gruñó Ky.

—¿Cómo? —siseó entre dientes y con el cuerpo en tensión.

—Ya está muerto —dijo Ky, como si nada—. Le aplasté el cráneo con la bota.

Vikingo asintió con los ojos brillantes. Luego, señaló a Tiff y a Jules.

—¿Y estas putas?

—Le dijeron a Cobra que Lilah andaba buscando una buena polla. Le tendieron una trampa a mi zorra por celos. Merecen morir.

Ky me apretaba las piernas con tanta fuerza que casi me hacía daño. Alguien tosió detrás de nosotros y, al volverme, vi a Letti acercarse con Toro, Tanque y Preciosa pisándole los talones. Debían de haber estado al fondo de la sala.

—Déjamelas a mí, VP —dijo Letti con su extraño acento. Toro miraba a su esposa con orgullo desde atrás, con los brazos cruzados sobre el pecho—. No tendrás que volver a verlas, no se atreverán a volver. Será un placer, en realidad. Estoy hasta el coño de verlas correr detrás de cualquier verga. Patéticas. Hace tiempo que no me divierto, jugar un rato con sus caritas me alegrará el día.

Ky lo sopesó un momento, pero finalmente cedió.

—Que sea lento, Letti, que sufran.

Se dio la vuelta y salimos por la puerta de regreso a su habitación. Se sentó en el borde de la cama, conmigo encima, y me abrazó.

—Vamos a limpiarte y después nos largamos.

—¿Adónde vamos? —susurré, aliviada.

Todavía temblaba a causa de tanta violencia. Demasiada. No lo soportaba. Ansiaba huir de ese lugar. Cada vez que cerraba los ojos veía a Cobra en el suelo con la cara aplastada.

—Lejos. Serán unos días. No hay asuntos importantes hasta la semana que viene. AK, Tanque y Toro pueden encargarse hasta que volvamos. No puedo quedarme aquí así. Acabaré matando a alguien más si lo hago. Y no quiero que vuelvas a mirarme con miedo nunca más.

—No más violencia —supliqué—. Es lo único que pido.

Ky suspiró, exasperado.

—Li, esta es la vida que llevo y el hombre que soy. Pero sí, si nos vamos, no derramaré más sangre, al menos esta noche. Así es esta vida, nena. Tendrás que acostumbrarte.

Me sentí aliviada. Tampoco quería quedarme ahí. La situación me superaba. Mi maldición no desaparecía. En todo caso, se hacía más fuerte.

—Está bien —acepté. Ky se levantó y me ayudó a ponerme en pie.

—Voy a arreglar un par de cosas. Date una ducha y te traeré tu ropa. Nos iremos en media hora.

—De acuerdo —dije, pero, cuando se dio la vuelta, lo llame—: ¿Ky? — Se detuvo y me miró—. ¿Puedo pedirte que perdones a Tiff y a Jules? No me parece bien que se les haga daño, que el Señor juzgue sus pecados.

Ky agarró el pomo de la puerta y se dio la vuelta.

—Ni de puta coña —respondió—. Esas putas casi hacen que te violen por estar celosas. Por mí pueden pudrirse en el Tártaro. Soy su juez, jurado y verdugo ahora mismo. Se han metido con el hermano equivocado.

Después salió y cerró la puerta.

Me metí en la ducha.

Media hora después, estábamos en su camioneta de camino a no sé dónde.

Capítulo diez

Ky

Preciosa accedió a quedarse con Maddie. Cuando Flame se enteró de lo que le había pasado a Li, de por qué me la llevaba, supe que protegería a la más joven hasta caer rendido. En ese momento, Maddie era la mujer más segura del planeta.

Íbamos al campo, a mi rancho. Nunca había llevado allí a nadie. Nadie sabía que existía, solo Styx. Tenía una buena razón para mantenerlo en secreto, una razón que Lilah iba a descubrir al cabo de cuarenta minutos.

Estuvo callada casi todo el viaje, con la cabeza apoyada en la ventanilla. Me costaba dejar de mirarla. Tenía la cara magullada y volvía a llevar uno de esos vestidos grises. ¿Los cosían por la noche? El tocado le cubría el pelo. No sabía cómo cojones arreglar las cosas.

Me había visto matar a alguien. No sabía si podría redimirme a sus ojos. Me volvía loco no saber lo que pensaba.

Cambié las emisoras en busca de algo decente. Encontré una donde ponían Led Zeppelin.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí, gracias —respondió sin mirarme.

Apreté el volante y rechiné los dientes. Pisé el acelerador; quería llegar al rancho cuanto antes.

Cincuenta kilómetros después, vi el cartel de Rancho Alto y entré en el camino de tierra. Lilah miró hacia adelante y se incorporó en el asiento.

Parecía fascinada por el granero de madera, los campos circundantes y los establos a la izquierda de la cabaña.

Me encantaba ese sitio.

Las luces de la cabaña estaban encendidas cuando aparqué al lado de un viejo Chevrolet. Lilah me miró.

—¿Es tuyo?

Abrí la boca para responder, pero en ese momento la puerta se abrió y Elysia, con el pelo rubio recogido en una trenza, salió al porche. Llevaba vaqueros y una camisa de cuadros, como siempre. Salí de la camioneta de un salto y corrí hacia ella. Me encantaba cómo se le iluminaba la cara al verme. Le pasé un brazo por los hombros, me la acerqué al pecho y le besé la cabeza.

—¿Cómo estás, Sia?

Me rodeó la cintura con los brazos.

—Bien —respondió—. Bonnie me trajo un potrillo anoche, así que falta de sueño.

Me aparté. Sia fue a hablar, pero se detuvo y frunció el ceño mientras miraba algo detrás de mí.

—Eh... ¿Ky? —Señaló a mi espalda y levantó una ceja, interrogante.

Me volví, las luces de la camioneta iluminaban a Lilah. Estaba pálida, pero observaba a Sia con ojos como platos.

Por señas, le indiqué que se acercara, pero agachó la cabeza y no se movió. Suspiré, me volví hacia Sia, que me miraba como a un marciano, y me acerqué a la camioneta.

—Lilah, sal. Quiero presentarte a alguien.

—¿Es tu esposa? —preguntó, nerviosa.

Casi me dio un infarto, pero, en vez de eso, estallé en carcajadas.

—No, bombón, no es mi esposa. Ahora saca el culo de la puñetera camioneta.

Se apoyó en mi mano para bajar y la llevé hasta Sia, que miraba nuestras manos enlazadas con expresión alucinada.

Cuando llegamos al porche, apoyé las manos en los hombros en tensión de Lilah. Me incliné para acercar los labios a su oreja.

—Lilah, te presento a mi hermana, Elysia —susurré.

Lilah dio un gritito.

—¿Hermana? —Me miró, confusa—. Nunca has mencionado que tuvieras una hermana.

—Pocas personas lo saben. Ahora eres una de ellas —respondí.

Elysia dio un paso adelante y le ofreció una mano.

—Encantada de conocerte, Lilah.

Lilah miró la mano extendida de Sia, levantó la suya con timidez y la posó encima. Claramente, no tenía ni puta idea de lo que era un apretón de manos.

Sia le sonrió y agitó ligeramente la mano. Sacudí la cabeza para indicarle que no era el momento de hacer preguntas.

—Lo mismo digo —dijo con un hilo de voz, y retiró la mano como si la piel de Sia le quemase.

—Vayamos dentro —sugirió Sia, y se volvió hacia la puerta.

—Ve con ella, voy a por el equipaje —ordené y, nerviosa, Lilah siguió a Sia dentro de la cabaña.

No le había hablado a mi hermana de Lilah. Tampoco habría sabido qué cojones contarle.

Cogí las bolsas y entré en la cabaña. Lilah estaba sentada junto al fuego y retorció las manos. Sonrió aliviada al verme. Suspiré. Los moratones empezaban a ser visibles. Dejé las bolsas en el suelo y me acerqué a inspeccionarle la cara.

—¿Qué tal estás?

—Cansada, pero bien.

Le acaricié la mejilla con el pulgar y me miró, separó un ápice los labios por mi contacto. Sia tosió a mi espalda y Lilah se sobresaltó y se apartó de mí. Me di la vuelta. Sia nos observaba extrañada.

—¿Te apetece un chocolate caliente, Lilah? —preguntó.

Esta me miró con el ceño fruncido.

—No sé lo que es, ¿debería probarlo?

—¿Por qué no te quedas junto al fuego y mi hermano me ayuda a preparar las bebidas?

Lilah asintió y se acomodó en el sillón con la mirada puesta en la chimenea.

Sia me agarró del brazo y me arrastró hasta la cocina.

—¿Qué cojones, Ky? ¿Me lo explicas? —susurró, cabreada—. Me avisas

de repente de que vienes a pasar unos días y apareces con una tía con pinta de viajar en coche de caballos que pide permiso para beber y no sabe qué pollas es el chocolate.

Abrió los ojos como platos y se llevó la mano a la boca.

—Dios mío, ¿es una víctima de la trata o algo así?

Agarré a Sia por las muñecas y le aparté la mano de la boca.

—Son cosas del club, conoces el código. Pero no tiene nada que ver con la trata, joder. —Eché un vistazo por encima del hombro para asegurarme de que Lilah no estuviera cerca y susurré—: La rescaté de una secta sexual de mierda hace un par de meses y no se ha adaptado demasiado bien a la vida real.

Sia me miraba alucinada.

—¡Joder! ¿Y los moratones?

Controlé la oleada de ira al acordarme de Cobra.

—La atacaron en el club. Un hermano creyó que era una zorra cualquiera. Lo mandé con el barquero de un pisotón en la cara.

—¿No lo es? —preguntó suspicaz.

—No —respondí con firmeza.

Sia asintió y se apoyó en la encimera de madera.

—Increíble.

Me coloqué a su lado, contra la encimera.

—Cuesta creerlo, ¿verdad? —comenté.

Se rio.

—Bastante, pero hay algo todavía más increíble.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

Me dio un codazo.

—No me creo que el infame y poderoso Kyler «Ky» Willis se haya enamorado.

Me quedé de piedra y con la boca abierta.

—Vete a la mierda —siseé, pero el corazón me iba a mil por hora y me sudaban las manos.

«Joder, ¿qué coño me pasaba? ¿Tenía fiebre?».

Sia rompió en carcajadas al verme llevarme la mano a la frente. Me bajó

el brazo.

—No estás enfermo.

—¿Y por qué me parece que estoy a punto de desmayarme?

Se rio de nuevo. Empezaba a tocarme los cojones.

—Porque nunca has querido tener una dama. El viejo no fue precisamente bueno con mamá, viste cómo la trataba y juraste que nunca estarías con alguien. Después pasó lo mío.

Le falló la voz en ese momento y sentí una punzada de dolor.

—Sia...

Levantó las manos, como si no quisiera desenterrar el pasado.

—Pero el destino te la ha jugado. —Se puso delante de mí y apoyó una mano en mi mejilla—. Llevas años tirándote a todo lo que se mueve, pero nunca he visto que una mujer te importase. Nunca te he visto mirar a ninguna como la miras a ella. No te culpo, la verdad, la tía es despampanante, deja sin aliento.

—Lo sé, es increíble —dije mientras miraba a la pared como si pudiera ver a Lilah a través de ella, acurrucada en el sillón junto al fuego—. Pero está jodida, mucho. No sé cómo liberarla de su pasado. Prácticamente está casada con Jesús, jamás acabaría con alguien como yo.

—Ha venido contigo, ¿no?

—Sí, ¿y qué?

Sia estiró el cuello para echar un vistazo al otro lado del marco de la puerta y yo seguí su mirada.

—Esa chica que está ahí sentada con un vestido amish, magullada después de que la hayan atacado y que ni siquiera sabe lo que es un apretón de manos, ha venido contigo a un rancho en las afueras, te ha dejado rodearla con el brazo y está sentada en esa habitación esperando que vuelvas con una bebida que no sabía que existía, pero que va a probar porque tú le has dicho que lo haga.

—¿Qué intentas decir?

Se acercó a la nevera, sacó un cartón con un dos por ciento de leche, vertió el contenido en un cazo y la puso a hervir.

—Que, aunque no la conozco, soy una mujer. La última vez que confié en un hombre de esa manera, estaba locamente enamorada de él.

—Ya, y ya sabemos cómo terminó —dije, y sentí una oleada de ira al acordarme de aquel cabrón.

—Pero tú no eres así, no le harás daño.

Quise replicar, pero tenía razón. Lilah era la única zorra, además de Sia, que me importaba.

Me sonrió cuando no respondí y sirvió las bebidas. Me pasó dos tazas.

—Y la has traído aquí. Así sé que la quieres, que confías en ella. Nadie sabe que existo porque esos cabrones todavía me quieren muerta. Pero está herida y no has dudado en traerla. Eso me confirma lo que sientes por ella, aunque te niegues a reconocerlo.

Se marchó al salón y me dejó allí. La observé sentarse junto a Lilah y hablarle con una sonrisa. Lilah se sonrojó, nerviosa, y esbozó una sonrisa de agradecimiento casi imperceptible.

Me quedé sin aliento, como si me hubieran dado un puñetazo en el pecho.

Joder, Sia. Joder.

—¿Quieres irte a la cama? —le pregunté a Lilah cuando bostezó por cuarta vez en cinco minutos.

Sia no había dejado de parlotear en toda la noche. Lilah apenas había pronunciado una palabra, pero, al cabo de un par de horas, supe que se sentía cómoda con mi hermana. No eran tan diferentes: las dos jóvenes y con un pasado de mierda.

Lilah parpadeó y asintió. Se volvió hacia mi hermana.

—Gracias por tu hospitalidad, Elysia, ha sido un placer conocerte.

Sia se levantó de un salto y la abrazó. Lilah se puso tensa y sus ojos buscaron los míos, pero un segundo después se relajó y le devolvió el abrazo.

—Me ha encantado conocerte, chica. Hasta mañana.

Lilah se colocó a mi lado y me incliné para besar a Sia en la mejilla.

—Gracias —le susurré, y me dedicó una mirada significativa.

Le di la mano a Lilah y la llevé escaleras arriba, hasta el segundo dormitorio. Cerré la puerta y Lilah observó la habitación embelesada. Paredes y suelo de madera, un enorme tragaluz en el techo, un gran baño en

suite y, en el centro, una cama enorme cubierta con sábanas de color rojo pálido, el color favorito de Sia.

—Es preciosa —dijo, sonriendo—. ¿Dónde dormirás tú?

Entré en la habitación, me quité el cuero y lo dejé en la silla roja de la esquina.

—Aquí.

—¿Cómo? —jadeó.

Paseé por la habitación.

—Solo hay dos habitaciones, bombón.

—Es inmoral.

—No pienso dormir en el suelo, así que te aguantas.

Lilah boqueó y me quité la camisa, que también dejé sobre la silla. Me observó el torso desnudo con los ojos como platos. Fui al baño a asearme.

Cuando salí, estaba sentada al borde de la cama y se mordía el labio. Me arrodillé delante de ella y se sorprendió cuando le cogí la mano.

—Yo dormiré en un lado y tú en el otro. Ni siquiera nos tocaremos si no quieres, ¿vale?

Lo sopesó un momento y asintió. Le acaricié la mejilla.

—No me saco de la cabeza lo que Cobra te hizo. Si cierro los ojos, te veo en la mesa y a él a punto de meterte la polla. Hace que me sienta muy posesivo y no sé cómo gestionarlo.

—Ky... —dijo con un hilo de voz, y me acarició el pelo—. Me salvaste. Otra vez. Siempre me salvas. —Respiró hondo—. Si tenemos que compartir la cama, que así sea.

Sonreí sin poder evitarlo.

—Se te ve emocionada por dormir conmigo.

Sonrió con timidez.

—No es lo peor del mundo, si mantienes las distancias —confesó—. Me sentiré segura al saber que estás cerca.

Reí y me puse en pie.

—Prepárate para dormir.

Mientras estaba en el baño, dudé si quitarme los pantalones. Lo pensé mejor cuando me di cuenta de que la tenía como una barra de hierro. Ya estaba nerviosa por dormir conmigo, una erección como un antebrazo no la

iba a tranquilizar.

Estaba tumbado en la cama con las manos debajo de la nuca, mirando el techo, cuando la puerta del baño se abrió. Miré a Lilah, que vacilaba en la puerta.

Me cago en la puta.

El pelo suelto le caía hasta la espalda. Se había quitado el horrible vestido gris y llevaba un camisón blanco antiguo con mangas, pero como si hubiera llevado un tanga de cuero.

No me ayudaba con la erección.

Se colocó un mechón detrás de la oreja, entró de nuevo en el baño y luego salió con un pequeño balde en las manos. Se acercó a la cama. Apenas podía respirar, estaba impresionante.

Dejó el balde en el suelo y se sentó de rodillas. Levanté las piernas de la cama, confundido por lo que hacía.

—¿Qué haces?

Levantó la cabeza.

—¿Puedo lavarte los pies? —preguntó.

Fruncí el ceño.

—¿Quieres lavarme los pies?

Asintió, decidida.

—Sí.

No lo entendía, pero, visto que tenía tantas ganas, acepté.

—Haz lo que quieras, bombón.

Lilah inclinó la cabeza como si le hubiera concedido la luna, levantó mi pie izquierdo y lo metió en el agua tibia. Su pelo llegaba al suelo, así de largo era. Era espeso y me moría por tocarlo.

Metió las manos en el agua, la extendió por mis pies y masajé la piel. Era muy placentero. Decía algo entre dientes y la miré. Un par de minutos después me di cuenta de que tarareaba.

Estaba feliz.

Volví a sentir ese dolor familiar en el pecho y me acordé de las palabras de Sia: «No me creo que el infame y poderoso Kyler “Ky” Willis se haya enamorado».

Lilah metió mi pie derecho en el balde y se dispuso a lavarlo también.

Me daban escalofríos. Me encantaba el sexo y me encantaban las mujeres. Lamerlas, follarlas y meterles los dedos hasta tener el brazo empapado, pero ese momento, con Lilah tapada de arriba abajo lavándome los pies en el suelo, fue el más morboso de mi puta vida.

Follar era fácil, pero esta intimidad entre dos personas era lo que te jodía hasta que no veías otra cosa que la zorra que tenías delante.

Sacó mis pies del balde y los dejó sobre la toalla que había traído del baño. Luego hizo algo que no entendí.

Me secó los pies con el pelo. Observé con atención, alucinado, mientras me limpiaba el agua de la piel. Una vez que estuvieron secos, Lilah se inclinó como si fuera a rezar y los besó. Ahora sí que no entendía una mierda.

No podía moverme. No podía respirar.

Le pasé las manos por el pelo y gemí. Era tan suave como imaginaba. Tan agradable como esperaba, si no más.

Levantó la cabeza y observé sus mejillas magulladas. Joder, ni con todos los moratones del mundo dejaría de ser la tía más buena del planeta.

—Nena, ¿por qué haces eso? —pregunté sin apartar las manos de su pelo.

Se ruborizó, buscó algo detrás de ella y sacó una cerámica con un poco de aceite. Abrió la tapa y ese olor a vainilla al que siempre olía su piel me invadió las fosas nasales. Metió los dedos en el aceite y me frotó los pies con él.

—Una vez Jesús fue a casa de un fariseo a comer —explicó en voz baja mientras yo pasaba los dedos por su pelo—. Cuando una mujer del pueblo que vivía una vida de pecado se enteró de que Jesús estaba allí, se presentó en la casa con un frasco de perfume. Al ver a Jesús, se sintió tan abrumada que empezó a llorar. Sus lágrimas cayeron sobre sus pies y ella los secó con su largo cabello. La mujer pecadora entonces los besó y ungió su piel con perfume.

»El fariseo criticó a Jesús y dijo que de ser verdaderamente un profeta, sabría que la mujer era una pecadora y nunca dejaría que ella lo tocara con sus manos impuras.

»Jesús le contó al fariseo la historia del prestamista que le prestó dinero a dos hombres, mucho a uno y poco a otro. Ninguno le pudo devolver el dinero y el prestamista les perdonó a ambos sus deudas.

Lilah dejó de frotar la vainilla en mis pies y me miró.

—¿Quién amará más al prestamista?

—El que tiene la deuda más grande —respondí, y me dedicó una sonrisa que podría revivir a los muertos.

—Exacto. Jesús, por tanto, explicó que la mujer pecadora tenía muchos pecados a su espalda, pero, al perdonarla, lo amaría más. —Sonrió y añadió —: Me encanta ese pasaje de la Biblia.

—¿Sí? ¿Por qué? —pregunté, con las manos aún en su pelo.

Cerró los ojos, respiró hondo y volvió a abrirlos.

—Porque soy una Maldita. Soy una mujer pecadora, una mujer extremadamente pecadora, pero un día mis pecados serán perdonados.

Mis manos se detuvieron en su pelo y tuve que contenerme para no perder los nervios.

—Entonces, ¿por qué lavarme los pies, nena?

Lilah se levantó y, al ver un peine en la mesita junto a la cama, preguntó:

—¿Puedo peinarte el cabello?

Joder. Esa zorra me iba a matar. Los preliminares más largos de la historia.

—Haz lo que quieras conmigo, Li.

Cogió el peine y, con manos temblorosas, empezó a pasármelo por el pelo. Instintivamente puse mis manos en su pequeña cintura y se sobresaltó. Nos miramos a los ojos, pero no pensaba soltarla. Pareció entenderlo y siguió cepillándome el pelo. Casi me corro del gusto con sus manos en mi cabeza.

Se detuvo de pronto.

—Te he lavado los pies para que me perdones —dijo.

Levanté la mano, tomé la suya y tiré, le saqué el peine del pelo y la miré a los ojos.

—¿Por qué coño tendría que perdonarte?

—Porque mi maldición de tentadora atrajo a ese hombre hasta mí esta noche y tuviste que matarlo, por mancharte las manos de sangre. Te ruego que me perdones.

Le arranqué el peine de las manos, lo tiré al otro lado de la habitación y la levanté del suelo para llevarla a la cama, donde me arrojé sobre ella.

—¡Ky! —exclamó, asustada, con mis manos a ambos lados de su cara.

—A ver si lo entiendes. Yo no soy digno de perdonarte nada. Soy un

pecador y me encanta. Esta es mi vida, la muerte es algo con lo que lidiamos a menudo como Verdugos. Ese hijo de puta merecía morir por tocarte. Ni siquiera he vuelto a pensar en ello. Es lo poco que me importa matar a cerdos como él.

Lilah tragó saliva y se acercó.

—Pero tú... Por ti mataría a todos los cabrones del mundo si fueran una amenaza. Maté a ese imbécil porque te tocó, Li. Tengo que protegerte. Tengo que mantenerte a salvo.

Una mano temblorosa me acarició la mejilla.

—Me siento segura contigo —dijo.

La miré, el pelo desparramado por la almohada era como un puto halo celestial.

—Nena —jadeé—, pareces un puto ángel ahora mismo. No veo ni una pizca de maldad o pecado.

Dejó caer la mano.

—Es el disfraz. El diablo no deja de ser hermoso.

—Pues deseo al diablo. Te deseo.

Nos quedamos en silencio y bajó la mirada. Cuando volvió a levantarla, vi el deseo en sus ojos. De repente, un dedo me recorrió el esternón y se me escapó un siseo.

¡Joder!

—Lilah —dije con los dientes apretados—, si no vamos a follar, necesito que pares.

Apartó la mano como si quemase y apoyé la cabeza en su pecho intentando contenerme. El olor a vainilla no ayudaba una mierda.

—Lo siento, Ky.

Me deslicé hacia un lado.

—No te atrevas a disculparte.

Me estiré por encima del cuerpo rígido de Lilah y apagué la lámpara de la mesita. Le rodeé la cintura con el brazo y la atraje hacia mi pecho.

—¡Ky!

—Todavía no querrás follar, pero me has dejado tocarte y no pienso dejar de hacerlo nunca. ¿Queda claro?

—Sí —dijo, y fingió un suspiro derrotado.

Sonreí contra su pelo, que me hacía cosquillas en la nariz, y con la mano alrededor de su cintura, inamovible.

Lilah puso su mano sobre la mía y se relajó. Nunca había estado tan cómodo. Otra ráfaga de vainilla me llenó las fosas nasales.

—Siempre hueles a vainilla.

—¿Te gusta? —preguntó, nerviosa.

—Me encanta, joder. —Empezó a acariciarme el dorso de la mano con el dedo—. ¿Por qué siempre hueles a vainilla?

La mano de Lilah se detuvo y supe que habría sido mejor no decir nada.

—Siempre debíamos estar sin un pelo en el cuerpo y ungidas con aceite de vainilla. Las Malditas debían ser puras y estar lo más limpias posible para los ancianos.

«Efectivamente. Para qué habré preguntado».

La acerqué a mi pecho y la besé en el pelo.

—Duerme, nena —susurré.

—Gracias, Ky, por todo —dijo, rompiendo el silencio.

Joder.

Lilah

Los rayos del sol entraban por el tragaluz y tuve que parpadear varias veces mientras recordaba dónde estaba. Paredes de madera, lino a cuadros, unos brazos fuertes que me rodeaban la cintura.

El rancho de Ky.

Me sentía feliz entre sus brazos. Me di la vuelta muy despacio para estudiar su rostro. Era hermoso.

Cuánto habían cambiado las cosas con este hombre. Mis sentimientos eran tan fuertes que casi no los soportaba. Se había convertido en el centro de mi mundo. Me había cambiado la vida.

Por primera vez, al estar con él, no me sentía como Delilah, una Maldita hermana de Eva, sino que era simplemente Lilah, una chica normal.

El color de la habitación pasó del azul oscuro nocturno al naranja brillante del amanecer. Me escabullí de sus brazos, bajé por las escaleras y salí al porche de la cabaña. Me senté en una mecedora de madera y suspiré, dichosa.

El aire de la mañana era fresco, los pájaros cantaban en los árboles y el sol salía por el este. Era hermoso. Podría estar ahí sentada durante horas, observando la belleza de la creación de Dios en su mejor momento.

—¡Buenos días, Lilah! —me llamó la voz de Elysia desde el campo.

Caminaba hacia mí desde los establos, vestida con vaqueros y una camisa de cuadros. Me levanté, avergonzada por no haberme vestido. No esperaba que nadie estuviese despierto y me avergoncé de que me viera sin arreglar.

Elysia subió al porche de un salto y dejó caer un montón de cuerdas.

—Tranquila, chiquilla, siéntate.

Señaló la mecedora con un gesto e hice lo que me decía. Se sentó a mi lado.

—No esperaba veros hasta más tarde —dijo.

—Siempre me levanto al amanecer. Siempre lo he hecho y es un hábito difícil de dejar. Además, me encanta ver la salida del sol. Hace que me sienta mejor.

Sonrió.

—Igual que yo. Pero ayer nació un potrillo, así que ahora me paso la mitad de la noche levantada.

La observé y me pregunté por qué Ky no la habría mencionado antes. Debía de tener más o menos mi edad, veinticuatro, puede que menos, ¿y vivía allí sola? Me pilló mirándola y agaché la cabeza, avergonzada.

—Te preguntas por qué me mantiene en secreto —adivinó.

Sacudí la cabeza e intenté negarlo, pero me hizo callar con un gesto.

—No pasa nada, Lilah. Yo me he preguntado lo mismo sobre ti. —Suspiró y se volvió hacia el amanecer—. Cuando tenía diecisiete años me pasó algo que me puso en peligro. He vivido aquí desde entonces.

—Lo siento mucho —dije con sinceridad.

Fuera lo que fuera, su expresión dejaba claro que todavía la acechaba.

—Gracias —respondió en voz baja.

—¿Por qué no vas al complejo? —pregunté.

Levantó la vista y respondió.

—A Ky y a mí nos educaron de forma diferente. Nuestra madre dejó a nuestro padre cuando se enteró de que estaba embarazada de mí. Se hartó de que la engañase, así que un día se largó sin más. Pero mi padre se enteró de que se iba y no permitió que se llevara a su hijo. Dijo que Ky debía crecer en el club, vivir la vida de un Verdugo.

»Mi madre se mudó a las afueras, no muy lejos de aquí, y, nueve meses después, nació yo. Mi padre la dejó quedarse conmigo, pero lejos del club. Siempre estaban en guerra con alguien, quería que estuviéramos a salvo. Eso suponía no contarle a nadie que existíamos. Ky lo sabía y venía a vernos cuando nuestro padre salía de misión, pero, con el tiempo, cada vez veía menos a mi hermano.

Elysia bajó la mirada y contuvo la respiración. Supe que lo próximo que iba a contar sería duro.

—Mi madre se cansó de no ver a su hijo y me dejó con una amiga para ir a enfrentarse a mi padre. Pero un antiguo enemigo de la cárcel y miembro de una banda rival lo estaba esperando fuera del complejo y, cuando llegó a las puertas, disparó. La bala le dio a mi madre y murió en el acto.

»El hombre era un Diablo, una banda rival, y, durante los años siguientes, los clubes estuvieron en guerra. Me llevaron lejos del club a vivir con una tía y Ky venía a visitarme. Se convirtió en el hermano que siempre había querido.

Elysia se inclinó hacia delante y se masajeó la sien con los dedos.

—Me pasó algo malo hace un tiempo, pero, lo siento, no puedo hablar de ello.

—No te disculpes —respondí—. Sé cómo es.

Me sonrió agradecida.

—En fin, Ky y Styx me ayudaron a volver sin involucrar a ningún otro Verdugo, pero estaba en un estado deplorable y había gente peligrosa buscándome. Todavía me buscan.

Abrí los ojos de par en par y contuve la respiración. Elysia se dio cuenta y señaló a nuestro alrededor.

—Ky me compró el rancho, un lugar donde nadie me encontraría. He estado aquí desde entonces.

—¿Y tu padre? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Lo mataron el año pasado junto al padre de Styx, el antiguo presi del club. Otra guerra con los Diablos, de los que murieron el presi y el VP, así que desde entonces ha habido una especie de tregua entre los clubes. —Apoyó la espalda en el respaldo de la mecedora y se meció—. Ya solo quedamos Ky y yo. Él tiene el club y yo tengo esto: criar caballos y llevar el rancho en soledad.

Me balanceé en la silla, impactada por lo que me había contado. Habían tenido que lidiar con muchas pérdidas.

—Nuestro padre no era un buen hombre —dijo de pronto, y miró de reojo la cabaña, supuse que para comprobar que Ky no andaba cerca—. Crio a Ky como a un forajido y le llenó la cabeza de ideales absurdos. El peor: que las mujeres no sirven para nada más que para echar un polvo.

Jadeé por la crudeza de sus palabras y se mostró de acuerdo.

—Jodido, ¿eh? Así era el viejo Willis. «Los coños están para lamerlos y follarlos, no para venerarlos». No me gusta, pero Ky ha llevado exactamente esa vida, creía que aún lo hacía. —Se estiró y me cogió la mano—. Hasta que te trajo aquí ayer y vi lo fascinado que está por ti.

El estómago me dio un vuelco.

—Eres diferente para él y me hace muy feliz.

—¿De verdad?

—Sí, cielo. A Ky le gusta «vivir al límite», pero sabía que no siempre sería así. En esta vida, si no tienes a una buena mujer a tu lado, acabas amargado y miserable. Nunca he querido que le ocurriera eso a mi hermano, pero me preocupaba que no sentara la cabeza. —Me soltó la mano y empezó a mecerse otra vez—. Esta mañana, al despertarme, ha sido la primera vez que no he sentido ese miedo en el pecho, la angustia de saber si estaba bien. —Me sonrió—. Y es porque te tiene a ti.

Sentí un calor agradable por todo el cuerpo y me sonrojé.

—¿Y a quién tienes tú? —pregunté, vacilante.

Dejó de sonreír.

—Nadie aún, y seguramente sea así por un tiempo, pero algún día espero encontrar a un hombre que me quiera y me proteja. Que me haga sentir segura.

Querida, protegida y segura. Inmediatamente me acordé de Ky. Así me

sentía con él. Se me había concedido lo que Elysia consideraba ideal.

—Hasta entonces, tengo a mis caballos —bromeó, pero percibí el anhelo en su mirada.

Se oyeron pisadas sobre la madera de la cabaña y, en cuestión de segundos, Ky salió por la puerta, sin camiseta y solo con los pantalones.

Repasó el porche con la mirada, tenso, y su mirada se relajó cuando me vio.

—Aquí estás. —Suspiró, aliviado. Escuchar el afecto que desprendían sus palabras me hizo sentirme viva.

—Quería ver el amanecer —dije.

Sacudió la cabeza, sonriente. Caminó hasta mí, me cogió en brazos y me sentó en su regazo. Me puse rígida ante la audacia del gesto, pero Ky no se dio cuenta o lo ignoró por completo.

Sus manos fueron a mi cabello de inmediato y me besó a un lado del cuello. Tuve que apretar los muslos para reprimir las sensaciones que me provocó. Debió de sentir mi reacción, porque respiró hondo por la nariz y nuestros ojos se encontraron, con la misma atracción magnética evidente de siempre.

Alguien tosió y ambos nos encontramos con Elysia.

—Bonita escena, pero recuerda que soy tu hermana y que hay cosas que no me interesa ver.

Ky la saludó con burla y yo apoyé la cabeza en su pecho. Me vino a la cabeza todo lo que Ky había vivido: perder a su madre, ser criado para creer que el amor era algo malo. Le había robado su infancia, su vida había estado llena de violencia y muerte. Me di cuenta de que, en estos aspectos, no éramos tan diferentes después de todo. Ahora que conocía su vida, me sentía más cercana a él, entre sus brazos que nunca me soltaban.

Sin pensar, agarré su mano. Se sorprendió ante el gesto, pero rodeó mis dedos con los suyos sin más.

Podría acostumbrarme a eso. Podría acostumbrarme sin ningún problema.

Sentí que el tiempo que teníamos era limitado y las enseñanzas del Profeta David trataron de abrirse paso. Pero aquel día me negaba a sucumbir a la parte de mí que se aferraba con firmeza a la fe.

Quería que me abrazaran y me quisieran por primera vez en mi vida.

—¿Qué quieres que hagamos los próximos días? —preguntó Elysia.

Ky se encogió de hombros y me miró.

—Nada —dije—. Solo vivir.

Y así lo hicimos.

Fueron los dos días más felices de mi vida. Sin embargo, no tardamos en volver al complejo, al lugar en el que Cobra me había atacado, al apartamento que era como una prisión, al lugar que estaba lleno de pecadores que me recordaban cada día quién era. Una Maldita.

Capítulo once

Ky

—¿Cómo está tu chica?

Cowboy y Alacrán se sentaron conmigo en el banco y les pasé una cerveza. Me encogí de hombros mientras observaba a los hermanos, que bebían y fornicaban por ahí. Antes ese era yo, pero ahora solo pensaba, con mis dos cabezas, en una sola zorra.

—Magullada y acojonada. Otra vez no quiere salir de la habitación, hemos vuelto al punto de partida. Está muerta de miedo.

Alacrán suspiró y Cowboy me palmeó la espalda.

—Es una buena tía. Tengo tiempo de sobra para ella.

Lo miré y gruñí. Frunció los labios, los celos me volvían loco. Cowboy sonrió y me quitó la mano de la espalda.

—Relájate, hermano. No soy una amenaza para tu chica.

Fruncí el ceño. Sabía que Cowboy se guardaba algún secreto. Joder, le rajé el cuello a Serpiente para proteger lo que fuera que escondía, pero confiaba en el cabrón. Además, el imbécil de Cobra merecía morir por tocar a Lilah.

—¿Ky? —dijo Alacrán, pero con un gesto de la mano le mandé callar. No me interesaba escucharlo defender a su amigo.

—Tranquilo, no voy a tocar a tu novio.

Apretó los puños y me dio un buen puñetazo en el brazo. Sonreí y sacudí la cabeza.

—Que te den, capullo —escupió—. Creí que te interesaría saber que tu chica acaba de salir al patio y parece que acaba de cruzar las puertas del infierno.

Levanté la cabeza como un resorte en dirección a la puerta trasera del garaje y el corazón me dio un vuelco cuando vi a Lilah temblando de nervios. Llevaba el pelo descubierto para ocultar la mejilla magullada y el labio partido.

Se había quitado el tocado en público. Eso era importante, ¿no? Un gran avance en la escala de peregrina chiflada. A saber.

Me levanté del banco de un salto y me abrí paso entre los hermanos a empujones para llegar hasta ella, aparté a todo el que se me cruzó por delante. Por la conmoción que estaba causando, Vikingo se giró y lo golpeé en el pecho. Apreté los dientes cuando me cortó el paso, me moví a la derecha, luego a la izquierda, pero imitaba mis movimientos.

—¿Bailamos, preciosa? —preguntó con el ceño fruncido.

—¡Muévete! —grité mientras miraba por encima de su hombro para no perder de vista a Lilah.

Su pecho hinchado chocó con el mío y me obligó a mirar su sonriente y fea cara. Me dio un puto beso en los labios y se apartó.

—De eso nada, cara bonita —dijo—. Me has traído al baile, me he comprado un vestido de volantes y quiero bailar antes de follar en el asiento de atrás de tu camioneta.

Me rodeó con sus brazos enormes, me levantó del suelo y empezó a darme vueltas. La gente se reía y silbaba a nuestro alrededor, pero yo cada vez me cabreaba más. Eché atrás la cabeza y le solté un cabezazo en la nariz. Qué gusto escuchar el hueso romperse.

—¿Qué haces, gilipollas? —gritó, y me dejó en el suelo. Ignoré sus gruñidos mientras se apretaba la nariz y corrí hasta Lilah—. ¡Ya no te dejaré desvirgarme!

«Respira. Uno, dos, tres, cuatro».

Lilah miraba a todas partes mientras con la mano buscaba el pomo de la puerta a su espalda. Se preparaba para huir.

Nadie se había dado cuenta de que estaba ahí, estaban demasiado ocupados descojonándose de Vikingo, que sangraba a chorros.

Cuando estuve a solo unos metros de distancia, Lilah me miró con ojos asustados y se relajó al instante. Llegué a su lado, le aparté el pelo de la cara y le acaricié la mejilla.

—Nena, ¿estás bien? ¿Vienes a verme?

Asintió e inclinó la cabeza. Le levanté la barbilla con la mano.

—No hagas eso. No te escondas de mí. Déjame ver esos preciosos ojos azules.

Me miró con ojos llorosos y le tembló el labio.

—Me siento avergonzada. Mi cara... No tendría que haber salido de la habitación.

Me incliné para que dejase de divagar y la besé en la mejilla. Se quedó sin aliento. Me acerqué a su frente e inhalé el aroma a vainilla de su piel. Temblaba bajo mi tacto y pasé la lengua por la parte sana de su labio, me quedé un rato allí y respiré su aliento. Contuvo un gemido y me bajó toda la sangre a la entrepierna. Lilah gimió en silencio y la empujé contra la puerta. Sus manos me agarraron de la cintura.

—Lilah —murmuré contra sus labios, le mordí la barbilla y bajé hasta la piel suave de su cuello.

Una botella reventó detrás de mí. Lilah se sobresaltó por el ruido y me aparté. Me miró y apoyó la frente sobre la suya.

—Eres preciosa, bombón. Ningún golpe va a cambiar eso. Me tienes loco, pregúntale a cualquiera, eres un puto milagro. Eres como una bruja, me tienes hechizado, joder, del todo.

Hizo una mueca y frunció los labios mientras se miraba los pies. Mierda, me había pasado y la había asustado. Le levanté otra vez la barbilla.

—¿Lista para tu primera comida en la calle? El aspirante ha hecho una barbacoa.

—No me dejarás, ¿verdad? —Sus ojos se ensancharon y miró a la gente del patio—. Hay muchos hombres. Creo que nunca he estado con tantos. Tal vez sería mejor que me fuera y te dejase solo.

Rechiné los dientes. Le pasé el brazo por los hombros y la pegué a mi cuerpo, de pronto me sentía muy protector.

—Nadie va a tocarte. Y si no quieres hablar con ellos, dímelo y les diré que se vayan a la mierda o les parto la cara.

Asintió y me dedicó una sonrisa agradecida. Su pequeña mano se apoyó en mí, pero temblaba y se agarró al cuero cuando empezamos a movernos.

Los hermanos se callaron a nuestro paso al ver mi brazo en sus hombros. Lilah atraía todas las miradas. La agarré más fuerte y sentí su calor en el costado, donde había apoyado la cabeza para evitar las miradas.

Caminé erguido y con la cabeza alta y nos guie hasta el banco con Alacrán y Cowboy mientras fulminaba con la mirada a todo aquel que nos mirase demasiado. A Lilah le caían bien esos dos, estaba cómoda con ellos. Nos vieron acercarnos y se movieron a un lado para dejarnos sitio. Alacrán se levantó.

—Hola, rubita, ¿qué tal?

Lilah asomó la cabeza por detrás de mi cintura y se sonrojó. La animé con un apretón en el brazo.

—Necesitaba un poco de aire fresco, hacía mucho que no me atrevía a salir.

Cowboy dio unos golpecitos en el banco y le hizo un gesto con el sombrero.

—Posa aquí ese culito, preciosa.

Lilah me agarró más fuerte. Seguía muerta de miedo, así que me di la vuelta, la aupé, la senté sobre mi regazo e hice caso omiso de cómo se le tensó el cuerpo. Miré a Cowboy.

—Será mi culito el que se siente, ¿qué te parece, precioso?

Se rio y levantó la cerveza.

—¡De puta madre!

—¡Lilah!

Levantó la vista al oír su nombre. Mae corría hacia nosotros esquivando a los hermanos y con lágrimas en los ojos. Acabarían de volver.

—¡Lilah! —gritó, y se lanzó a sus brazos—. ¡Has salido! ¡No me lo creo!

Lilah le devolvió el abrazo y creí que iba a morir aplastado.

Mae se apartó, pero no le soltó la mano. Intentó mirarla a la cara, pero Lilah mantenía la cabeza gacha. El gesto de Mae dio paso al pánico.

—¿Estás bien, hermana?

Lilah asintió, sumisa.

—Sí, estoy bien.

Como seguía sin mirarla, se arrodilló ante ella.

—Por favor, mírame. ¿Por qué no me miras? ¿Te he ofendido? ¿Estás enfadada conmigo por haberme ido?

Le froté la espalda a Lilah y se volvió hacia mí, se ocultaba de Mae con el pelo. Le miré los ojos y asentí para pedirle que dejase que la viera. Mae frunció el ceño y me dedicó una mirada nada agradable con los labios apretados. Me importaba una mierda, la verdad. No sabía lo que pasaba entre Lilah y yo, no tenía ni puta idea de que me había cargado a un hermano por intentar violarla.

—Mírala, bombón —dije, y suspiré—. Se va a enterar tarde o temprano.

Respiró hondo y miró a su hermana. Mae dio un grito ahogado y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Lilah —susurró. Esta le soltó la mano y la apoyó en la mejilla de Mae.

—Estoy bien. No es peor que nada que hayamos sufrido en el pasado.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó, muy cabreada.

—Un hombre. Buscaba yacer conmigo, trató de forzarme. —Mae contuvo la respiración y apartó la mirada—. Ky lo castigó. Ya está resuelto. Podemos hablarlo más tarde. Aunque las dos sabemos por qué lo hizo... —Su voz se fue apagando y me incorporé.

¿De qué cojones hablaba? ¿Qué coño pensaba que podría hacer comprensible que Cobra intentase violarla?

La expresión de Mae se entristeció y le besó la mano.

—Sabes que yo no lo creo.

Lilah se encogió de hombros.

Mae se levantó y Styx apareció un segundo después detrás de ella y la abrazó por la cintura. Tenía los ojos entrecerrados y los labios tensos. Sé perfectamente qué pensaba. «¿Qué cojones ha pasado en mi club mientras no estaba y por qué mierda me entero ahora?». Levanté la mano y por señas le indiqué que se lo explicaría después. Cuadró la mandíbula y dio un trago de *whisky*.

Se inclinó sobre Mae y le dijo algo al oído. Ella se volvió de golpe y negó con la cabeza a lo que fuera que le hubiera dicho. Styx endureció la mirada y chasqueó los dedos en mi dirección.

«Interpreta», gesticuló. Mae se mordía el pulgar, nerviosa, y miraba a

Lilah de reojo con preocupación.

Styx la soltó, se volvió hacia los hermanos y llamó su atención con un potente silbido. Cuando todos lo miraban, me llamó con la mano para que me pusiera a su lado, con Mae al otro.

Acerqué la boca al oído de Lilah.

—Ahora vuelvo, bombón —susurré—. Quédate con estos dos mientras interpreto para el presi.

Me levanté y dejé a Lilah en mi sitio del banco. Sonrió con timidez a los hermanos. Sentí calor en el pecho. Poco a poco empezaba a abrirse. Rezaba porque no volviera a pasarle nada que la hiciera volver al punto de partida. El cabrón de Cobra casi lo jodió todo. Ahora ardía en el infierno después de ahogarse en su propia sangre.

—¿Listo? —pregunté a Styx. Soltó la mano de Mae.

«No me andaré por las ramas», gesticuló y verbalicé sus palabras. Tenía los brazos apoyados en los hombros de Mae, con las manos libres para moverlas. «Le he pedido a Mae que se case conmigo y ha dicho que sí. Quería informaros de que habrá una boda en los Verdugos».

Interpreté sin pararme a pensar en las palabras, demasiado ocupado mirando a Lilah. Pero, cuando todos estallaron en vítores y aullidos, miré a Styx alucinado. Él ya me estaba mirando, esperaba mi reacción. Se encogió de hombros.

«La zorra de ojos de lobo. Nunca hubo otra. Era hora de hacerlo oficial», me explicó.

Emocionado y con una sonrisa de oreja a oreja, lo abracé.

—Otro que se nos va, cabronazo.

Me dio un puñetazo suave en el estómago y después miró a Lilah interrogante. Seguía sentada en el banco y parecía ida. Después me miró y levantó una ceja. La cara que puse dejaba claro que mejor que se callase lo que fuera que estuviera pensando y se marchó a rescatar a Mae de Preciosa y Letti, que la interrogaban sin descanso.

Lilah estaba pálida como un fantasma y muy rígida entre Alacrán, Cowboy y, ahora, AK. Me arrodillé, envolví sus manos con las mías y con la mirada indiqué a los demás que se esfumaran.

Obedecieron y nos dejaron solos. Lilah sacudió la cabeza mientras miraba

a Mae y Styx, que recibían las felicitaciones de todos, hermanos y damas. Tenía los ojos llenos de lágrimas y le temblaban las manos.

La acerqué a mi pecho y pregunté.

—¿Qué coño te pasa? ¿Por qué tiembles? Háblame —le pedí en voz baja, no quería llamar la atención de nadie.

Me miró y empezó a sacudir la cabeza adelante y atrás mientras lloraba desconsolada.

—«Y la tercera Maldita nacida tentadora de la Orden se unirá en sagrado matrimonio con el profeta revelado del Señor. Su alma manchada por el diablo será purificada y liberada del pecado de Eva y, junto con ella, todas las hijas caídas de Eva. La unión sagrada de la séptima esposa señalará el fin de los días, el triunfo de la luz sobre las tinieblas, de la fuerza de Dios sobre Satanás. En el séptimo día, aquellos que se encuentren bajo la protección del redentor serán salvados. Sonarán las trompetas, se abrirán las puertas de los cielos y el Creador salvará a su pueblo elegido de las tierras del mal y los llevará a su jardín sagrado para vivir por toda la eternidad a su lado, porque ellos le habrán complacido».

Lilah me apretaba las manos con fuerza mientras recitaba ese sinsentido. Fruncí el ceño, no había entendido una mierda.

—Tranquilízate de una puta vez —susurré, y eché un vistazo de reojo para comprobar que nadie se había percatado de la demostración de locura. Crucé la mirada con Mae, que miró a su hermana con miedo y decepción.

Lilah empezó a balancearse y a repetir las mismas palabras una y otra vez, cada vez más alto, por lo que empezó a llamar la atención de los demás.

La miré y la sujeté por las mejillas para que me mirase. Su tono empezaba a ser de pánico y temblaba tanto que casi convulsionaba.

Mae apareció de pronto a nuestro lado, pero Lilah se apartó de ella de un salto cuando intentó tocarla. Dejó de balbucear y Mae dio un paso adelante.

—Lilah, por favor.

Retrocedió a trompicones. Estuvo a punto de caerse de culo mientras Mae intentaba alcanzar su mano.

—¡No! —gritó, y retrocedió hasta el centro del patio.

—¡Mae, déjala en paz! —grité e intenté llegar hasta ellas. Respiraba acelerada y estaba blanca como la nieve. Styx apareció detrás de mí y me

agarró por el cuero antes de que saltase para ponerme entre Mae y Lilah. Quería proteger a mi zorra.

¿Qué cojones le pasaba?

Un momento, ¿mi zorra?

—Por favor, ¡le quiero! —gritó Mae mientras Lilah sacudía la cabeza sin parar y las piernas le temblaban. Parecía un puto cervatillo recién nacido.

Mae se detuvo a unos pasos de Lilah y esta por fin la miró.

—Todo ha ido mal. ¡Debemos salvarnos! No puedes casarte con Styx, ¡conoces las enseñanzas! ¡Nos condenarás a todos! ¡Sabes qué debes hacer para salvar nuestras almas!

Mae se adelantó y extendió la mano en nuestra dirección para indicarnos que no nos acercáramos.

—Hermana, la Orden ya no existe. Ni el profeta ni las escrituras que controlaban nuestro destino. Somos libres. Libres de amar a quien queramos.

—¡No! —gritó. Se agarró la cabeza como si no quisiera escucharla—. ¡Yo aún creo! Nuestro pueblo es el elegido. El Señor nos reconstruirá. Volverán a por nosotras y nos salvarán.

Mae suspiró y se masajeó el puente de la nariz.

—¡Nada de lo que nos contaron era verdad! El profeta David, los ancianos, los discípulos, ¡todo lo que predicaban era falso! La Biblia nos advierte sobre ello: «Cuidaos de los falsos profetas. Vienen a vosotros disfrazados de ovejas, pero por dentro son lobos feroces». Mateo, 7, 15. «Porque surgirán falsos Cristos y falsos profetas que harán grandes señales y milagros para engañar, a ser posible, aun a los elegidos». Mateo, 24, 23-24. Nos han engañado, hermana. Hemos vivido una mentira. ¡Tú sigues viviéndola!

—¡Tus palabras son las falsas! ¡Míranos! Lo que el profeta David y los ancianos nos dijeron era cierto. Mira mi cara. —Se señaló los moratones e hizo una mueca al tocarse la mejilla hinchada—. Esto lo hizo un hombre que no pudo resistirse a mí. Un hombre que fue tentado y que me habría usado si no lo hubieran detenido. No puedo vivir así. Quiero ser libre, ¡quiero salvarme! Deseo la salvación. He visto suficientes pruebas de nuestra maldición en los hombres para saber que el profeta no mentía. No estoy corrompida, soy el mal, ¡igual que tú!

Mae apretó los dientes.

—Confías tanto en las escrituras y en el profeta David que estás ciega. Abre los ojos y date cuenta de sus mentiras, libérate de su control y ¡vive! ¡Eres libre!

Lilah jadeaba por el esfuerzo y la angustia y sacudía la cabeza. Mae miró a Styx con dolor en su expresión. Luego, se volvió hacia Lilah y se puso a recitar.

—«El Señor me contestó: “Lo que están profetizando en mi nombre esos profetas es mentira. Yo no los he enviado, ni les he dado ninguna orden, y ni siquiera les he hablado. Lo que os están profetizando son visiones engañosas, adivinaciones vanas y delirios de su propia imaginación. En cuanto a los profetas que profetizan en mi nombre sin que yo los haya enviado, y que además dicen que no habrá espada ni hambre en este país, ellos mismos morirán de hambre y a filo de espada. Y el pueblo al que profetizan será arrojado a las calles de Jerusalén a causa del hambre y de la espada, y no habrá quien los entierre, ni a ellos ni a sus esposas, ni a sus hijos, ni a sus hijas; también les echaré encima su propia maldad”».

Lilah se quedó de piedra. Las lágrimas rodaban por sus mejillas cuando miró a Mae.

—¿Me dices que estoy condenada? ¿Cómo te atreves? —susurró con un hilo de voz, claramente devastada.

—¡Porque casarme con un profeta de la Orden me condenaría a mí a una vida de miseria! ¡Una de esclavitud y no de amor! Jamás volveré. He encontrado la libertad con Styx. ¡Ahora tengo una vida!

Lilah sollozaba.

—Lilah —suplicó Mae, pero se enjugó las lágrimas y levantó las manos, de pronto demostraba una extraña calma.

—Blasfemas, Salome. Ya ni siquiera te reconozco como hermana.

Mae dio un grito ahogado y sus ojos se llenaron de lágrimas. La ira de Lilah se apaciguó casi de inmediato y, cuando Mae se volvió sobre sus talones y echó a correr hacia la entrada del club, la siguió sin perder un segundo.

Styx me soltó y se dispuso a ir detrás de Mae, pero esta vez fui yo quien lo detuvo.

—Para. Deja que lo solucionen ellas. Lilah no hace ni puto caso a nadie cuando se trata del profeta o la Orden de los cojones. Mae tiene que hacer que

espabile, joder, yo llevo semanas intentándolo sin conseguir nada. A veces creo que hemos avanzado y de repente pasa algo que nos devuelve al punto de partida. Se pone a rodar por el suelo mientras dice gilipolleces sin sentido. En algún momento tenía que explotar. Lilah tiene el cerebro totalmente sobrido, solo Mae puede ayudarla, da igual lo mucho que se cabreen.

Styx suspiró y me palmeó la espalda en señal de aceptación.

—¡Mae, para! —gritó Lilah mientras perseguía a su hermana.

Mae se volvió para enfrentarse a ella. Estaban en el centro del patio y las luces del garaje las iluminaban como un foco.

—¿Alguien tiene aceite? ¿Algo de barro? Estas zorras van a empezar una pelea de gatas y pienso estar en primera fila. Me voy a correr solo con verlas restregarse las tetas entre ellas, o el coño. ¡Joder, que hagan la tijera!

Styx y yo nos volvimos hacia Vikingo, que cuadró los hombros, descarado, con pañuelos de papel en la nariz para contener la sangre de cuando se la había roto. Styx gruñó una advertencia, se sacó el cuchillo alemán de la bota y lamió la hoja. AK arrastró a su amigo por los hombros lejos del círculo de gente y lo apartó de nuestra vista.

—Pienso cargarme a ese gilipollas —escupí, consumido por los celos. Más le valía no volver a hablar así de Lilah.

«Primero tendrás que enfrentarte a mí», contestó Styx por signos, y me reí.

—Por favor, déjame —dijo Mae, abatida, lo que atrajo de nuevo la atención de todos—. No sé qué más hacer por ti. Llevas tiempo lejos de la fe, este es el único sitio donde podemos estar. No tenemos nada, nunca nos dejaron tener nada de valor. He hecho todo lo que he podido para que te sintieras a gusto, igual que Styx, Ky, Preciosa, Letti y todos los demás, pero ya no sé qué hacer.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Creí que te salvaba al sacarte de la comuna —continuó—. De aquel lugar donde nos arrancaron la infancia y nos repitieron una y otra vez que éramos malvadas. Vimos a Bella morir en aquella fría celda y sabes tan bien como yo que fue por la Orden y las sucias manos del hermano Gabriel. A pesar de todo, sigues decidida a volver. Te lo he dicho un millón de veces: no queda nada a lo que volver. —Dio un paso en dirección a Lilah y le acarició las mejillas—. No soy tu carcelera. No voy a retenerte en contra de tu voluntad. Te quiero más que a mi vida y quiero que seas feliz.

Lilah gimió y supe que lloraba otra vez, la actitud de dura se había evaporado. Se me formó un nudo en la garganta mientras esperaba a que respondiera. ¿Querría dejarnos? De ninguna manera iba a irse, no lo permitiría. Ahora era mía, lo supiera o no, era mía y se quedaría conmigo.

Levantó la cabeza para mirar a Mae y abrió la boca para hablar. Dejé de respirar.

Hubo un destello detrás de la puerta del complejo y se escuchó una explosión. La puerta de metal salió volando y llamas y escombros volaron por todas partes.

—¡Nos atacan! ¡Al suelo! —gritaron Tanque y Toro.

—¡Mae! —gritó Styx sin tartamudeos.

Igual que él, yo solo pensaba en una cosa: llegar hasta Lilah.

Gritos y alaridos de dolor resonaban por todo el patio. Había heridos, puede que muertos. Me incorporé sobre los brazos y vi a Lilah y a Mae acurrucadas juntas en el suelo, la primera luchando para levantarse, el gesto deformado de miedo. El portón caído nos bloqueaba el paso, había quedado enganchado sobre la puerta del garaje. Ellas estaban atrapadas debajo.

Styx me agarró del cuero y tiró de mí para ponerme en pie. Me pitaban los oídos por la explosión. Echamos un vistazo al patio: había sangre y gente desperdigada por todas partes como puto confeti. Tanque, Toro, Cowboy, AK, Sonrisa y Vikingo estaban en pie, con las armas en las manos, ilesos salvo por algunos cortes y cardenales.

—¡Ky! —gritó Lilah. Cuando la miré, sujetaba a Mae, inerte en sus brazos.

—¡No! —rugió Styx y salió disparado hacia ellas.

—¡Moved la puerta! ¡Ahora! —ordené a los hermanos, que, al vernos a Styx y a mí junto al portón de metal, vinieron corriendo a ayudar y agarraron el metal para levantarlo con todas sus fuerzas.

—¡No se mueve! —gimió Lilah mientras acunaba a Mae entre los brazos—. ¡Le sangra la cabeza!

—¿R-r-respira? —consiguió pronunciar Styx, y Lilah lo miró sorprendida.

—Nena, ¿respira? —pregunté mientras la puerta empezaba a levantarse del suelo.

Se inclinó sobre Mae y nos miró aliviada.

—Sí, respira.

Styx suspiró a mi lado y miré a los demás.

—Tenemos que quitarles esta mierda de encima. ¡A la de tres!

Levantamos la puerta entre todos y la empujamos hacia la derecha.

—¡Se mueve! —gritó Lillah, y nos quedamos quietos. Mae movió la mano y gimió de dolor.

—Se ha desmayado —le dije a Styx, que jadeaba—. Habrá sido por el impacto de la explosión.

Styx estaba a punto de perder los nervios si no llegaba hasta ella ya.

—¡Otra vez! ¡Quitemos esta mierda! —grité y, a la cuenta de tres, conseguimos levantar la pesada puerta de metal y apartarla de ellas.

Un motor rugió y se escuchó el derrape de unos neumáticos que hizo que todos mirásemos a la entrada del complejo.

—¡Se acercan! —gritó Alacrán desde uno de los puestos de vigía, con un AK-47 en las manos—. ¡Una camioneta, unos doce en la parte de atrás!

—¡Dispara! —gritó Toro—. Cárgate a tantos como puedas.

Alacrán colocó el rifle en posición y arrojó una lluvia de balas sobre esos cerdos, quienesquiera que fueran.

Con un último tirón, logramos apartar la puerta lo suficiente como para que Preciosa se arrastrara por debajo y llegara hasta Lillah y Mae. Sonrisas la siguió. Puede que no hablara mucho, sobre todo desde que su hermano en la carretera, Rider, había resultado ser una rata, pero era un exagente de las fuerzas especiales, como AK, y podía curar algún corte si era necesario.

Un fuerte silbido se escuchó por encima del ruido de las balas y supe que era Styx. «¡Todos a sus puestos! ¡Quiero a esos hijos de puta con el barquero ya!», gesticuló Styx, y transmití la orden a gritos. Los hermanos entraron en el garaje a por las armas y tomaron posiciones.

En cuestión de segundos, vimos la camioneta y a un grupo de hombres con capuchas blancas que se pusieron de pie en la plataforma de la Ford F-150, sacaron rifles de debajo de las capas y empezaron a disparar.

Las balas de los Verdugos atravesaron la camioneta por todas partes. Oímos un puto grito de guerra a nuestras espaldas y vimos a Flame salir disparado del edificio con un M16 en cada brazo. El psicópata corrió a toda hostia hacia el camión, sin ninguna protección en el torso desnudo, cubierto

solo por el cuero, y las piernas protegidas solo con unos vaqueros.

El camión se desvió cuando Flame destrozó el parabrisas y acertó al copiloto. Dio la vuelta y derrapó sobre el asfalto mientras intentaba alejarse a toda velocidad.

Una mujer gritó y miré hacia atrás en busca de Lilah, que salía a rastras de debajo de la puerta, mientras Sonrisas y Preciosa corrían hacia el club con Mae.

Me levanté y corrí hasta Lilah justo cuando Tanque gritó:

—¡Cargaos al cabrón del tejado! ¡Hay un francotirador!

Lilah se quedó paralizada y se centró en algo por encima de mi hombro. Cuando me di la vuelta, el francotirador le apuntaba directamente. Como en una puñetera película de guerra, todo pareció ralentizarse cuando disparó. Cuando le disparó.

Corrí lo más rápido que pude y me lancé sobre ella. Nos tiré a los dos al suelo y giré en el aire para llevarme el impacto de la caída. Lilah se agarró al cuero y enterró la cara en mi pecho. La abracé con fuerza y recé para que el cabrón del tejado ya estuviera muerto.

—¡Morid, morid! —gritaba Flame.

De pronto, los disparos pararon.

Los jadeos de Lilah sobre mi piel era lo único que escuchaba por encima del murmullo de voces y los seguros de las armas.

No sé cuánto tiempo nos quedamos ahí tirados, con el corazón martilleándome el pecho, hasta que alguien gritó que ya había acabado. Suspiré, aliviado, y empecé a comprobar que no estaba herida, intentaba no perder los nervios por sus sollozos. Estaba bien, menos mal. De lo contrario, me habría dado un brote psicótico.

Alguien se acercó y escuché pasos junto a mi cabeza.

—Ky, ¿te han dado?

Me incorporé sobre los codos y Lilah se hizo un ovillo a mi lado. AK, Cowboy y Alacrán me miraban desde arriba.

—No.

—¿Y a ella? —preguntó Alacrán.

—Está bien.

AK suspiró y echó un vistazo al patio. Lilah se movió para levantarse, se

agarró a mí con más fuerza y Cowboy me ofreció la mano para ayudarme.

—¿Qué cojones acaba de pasar? —pregunté sin soltar a Lilah.

Tanque, Toro, Vikingo, Flame y el resto vinieron corriendo.

Styx los siguió, con una mirada asesina. Por supuesto, Flame comenzó a dar vueltas, con los M16 atados a la espalda y el cuchillo en la mano.

Tanque se adelantó.

—Fue el Klan, por si los tatuajes de esvásticas no os han dado una pista. Lo de la puerta fue un explosivo casero. Eran paletos de bajo rango, si no me equivoco. Tenían una puntería de mierda. Si hubieran sido los oficiales, nos faltarían bolsas para los cadáveres. Una cosa está clara, los nazis querían que supiéramos que eran ellos los que atacaban. El Gran Mago, Johnny Landry, acaba de declararles la guerra a los Verdugos y no va a ser bonito. Esto va para largo. El cabrón es un sádico y no se detendrá ante nada.

«¡Mierda!», Styx gesticuló e interpreté sus palabras a los demás. Miró alrededor. «¿Hay heridos?».

—Dos perras y un Verdugo muertos. Los demás tienen heridas superficiales —informó AK—. Haré que los de la morgue vengán a buscarlos lo antes posible sin llamar la atención. Los sacaremos de aquí de forma rápida y limpia.

De repente, Flame salió disparado hacia delante y se encaró con Styx.

—Déjame ir a por ellos. Los encontraré y les haré comerse sus propias pollas. Los despedazaré mientras siguen con vida y les sacaré los intestinos por la boca. Necesito sangre. Necesito ver su sangre correr como un río a mis pies.

Styx me miró en silencio para pedir mi opinión y negué con la cabeza. Los nazis querían que los siguiéramos, que entrásemos en su territorio y fuésemos directos a una trampa. ¿Por qué si no nos atacarían de frente? Necesitábamos un plan, luego soltaríamos al psicópata. Supe que Styx estaba de acuerdo conmigo por su mirada.

Sacudió la cabeza en dirección a Flame y luego se dirigió a todos los demás.

«Limpiad todo esto y bloquead bien la puerta. Usaremos la salida trasera por ahora. En la iglesia dentro de una hora, tenemos que preparar un plan».

Flame echó la cabeza hacia atrás y rugió, con los brazos tan tensos que se

le marcaban las venas. Se acercó a Styx y yo me preparé para separarlos.

—¡Gritó! —siseó, con los ojos entrecerrados y los dientes apretados con tanta fuerza que pensé que iba a partirse la mandíbula—. ¡La puñetera explosión la tiró de la cama al suelo y gritó! Las balas entraron por la ventana y ¡GRITÓ! ¡No me gustan los gritos! ¡No soporto sus gritos!

Lilah se puso tensa y ladeó la cabeza.

—¿Maddie? ¿Está bien?

Flame rugió y se volvió hacia Lilah. La empujé detrás de mí y puse mi cuerpo entre ella y ese psicópata.

—¡Gritaba! —bramó—. ¡No podía tocarla! ¡Gritaba y me miraba! ¡Gritaba!

—Flame, ¿está bien?

—Está debajo de la cama. No hay sangre, no hay heridas.

Lilah suspiró aliviada. Flame sacó el cuchillo y empezó a rajarse la piel. Lilah lo observaba con los ojos como platos.

—Tenía que matarlos. Tenía que parar los gritos.

AK dio un paso al frente.

—Hermano...

Flame se volvió y agarró a AK del cuero, ni parpadeó. AK y Vikingo lo conocían bien. Eran los únicos que lo entendían.

—Casi la matan. ¡Morirán por ello! Quiero arrancarles la piel, sacarles los ojos. Casi me la quitan. ¡Casi me la quitan! Y gritaba sin parar, pero ¡no podía tocarla! —Soltó a AK y empezó a cortarse el brazo. Se relajó cuando la sangre goteó en el suelo—. Necesito matar a alguien. ¡Necesito ver sangre en mis manos y cargarme a esos cabrones!

—Tranquilo, colega —le dijo AK—. Pronto.

Flame gruñó y se largó de vuelta al apartamento de Styx. Parecía querer asegurarse de que Maddie estuviera a salvo.

Styx se aclaró la garganta y me indicó por gestos que interpretase.

«En la iglesia dentro de una hora. Voy a ver a Mae».

Styx entró corriendo en el club y los hermanos se dispersaron, se fueron a limpiar y a prepararse para atacar.

Me di la vuelta, cogí a Lilah de la mano y la puse delante de mí. Estaba cubierta de sangre y temblaba.

—¿Estás bien, bombón?

Quiso asentir con la cabeza, pero en el último minuto tembló y enterró la cabeza en mi pecho, lloraba desconsoladamente. Me tensé y me esforcé por respirar. La besé en la sien y la llevé hacia la entrada del club.

Cuando cruzamos la puerta todo era una locura. Las zorras limpiaban el bar y todos los sitios adonde habían llegado las balas o el impacto de la explosión.

—¿Podemos ir a ver a Mae? —preguntó Lilah, su boca amortiguada en mi cuerpo.

Asentí y la llevé hasta la habitación de Styx. La puerta ya estaba abierta. Mae estaba en la cama, con Styx tumbado a su lado, y Sonrisas le cosía la cabeza. Styx me vio acercarme y luego miró a Lilah, agarrada a mi cintura.

—Esto debería bastar —dijo Sonrisas, y se alejó de Mae. Mae suspiró aliviada y miró a Styx para después mover sus ojos hasta Lilah.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y extendió la mano.

—Hermana —susurró.

Lilah soltó mi cintura, corrió hacia Mae y la abrazó con cuidado.

—Lo siento mucho. No debí hablarte de esa manera —susurró Lilah—. Cuando estabas en mis brazos, inmóvil, temí no volver a hablar contigo. No podía soportarlo.

—Tranquila, ya ha pasado todo. Estoy bien. —Mae la hizo incorporarse y le acarició las mejillas—. Estaremos bien. Encontraremos la manera de que te adaptes a este extraño mundo.

Lilah asintió.

—Supongo que debo aceptar que la Orden se ha ido —susurró.

Mae asintió y puso una mueca de dolor por el movimiento.

—Sí, debes hacerlo. Será difícil, pero para mí también lo es, hermana. Yo también intento encontrar mi camino. Lo haremos juntas.

Llamaron a la puerta y Preciosa entró en la habitación, con el pelo rubio recogido en una cola de caballo. Todos la miraron.

—He ido a ver a Maddie. Está bien. El apartamento ha sufrido algunos daños. Le dije que bajase como me pediste, Mae, pero se ha negado. Quería estar sola. Flame está en la puerta. Está a salvo.

Mae bajó la cabeza y Styx se levantó de la cama y me miró. «Quiero estar

a solas con Mae. Lleva a Lilah a asearse y que nadie me moleste hasta la iglesia».

—¿Bombón? —la llamé y se volvió hacia mí—. Vamos a limpiarte y a descansar.

Asintió y miró a Mae.

—Me alegro de verdad por ti y por Styx, por vuestro compromiso. Sé que Styx te hace muy feliz.

Mae la besó en la mejilla y luego extendió la mano hacia Styx, que observaba en silencio a un lado de la cama. Aceptó su mano, se tumbó con ella sobre la cama y la besó en la cara mientras la atraía hacia su pecho. Menuda estampa, parecía una puta tarjeta, el forajido y la peregrina.

Salimos de la habitación, pero Lilah miró de reojo a Styx con Mae por la pequeña rendija de la entrada. Tenía una mirada extraña. ¿Envidia? ¿Celos? Ni idea. Le di la mano para acercarla a mí e inclinó la cabeza avergonzada.

—Vamos —ordené.

Frunció el ceño.

—El apartamento es por ahí. —Señaló hacia arriba.

Tiré de ella hasta apoyarla en mi pecho.

—No te vas al apartamento, te vienes a mi habitación.

Me miró sorprendida y abrió la boca para protestar, pero no la dejé. Apoyé la frente en la suya y enredé las manos en su pelo.

—Te vienes conmigo —reiteré—. A mi habitación, donde puedo protegerte, donde sé que estás a salvo. No es discutible.

—Vale —susurró, y me relajé por fin.

Caminamos hasta mi habitación por el pasillo, un poco más abajo. Cerré la puerta y eché el pestillo. Los dos pestillos.

Lilah se quedó incómoda en el centro de la habitación, mirándose los pies. Era increíble. Mi rubia peregrina.

—La ducha está ahí —dije y señalé la puerta del baño—. Tienes que limpiarte toda la suciedad y la sangre de la piel. Las toallas están en el estante.

—Gracias —dijo y se metió en el baño, no sin antes dedicarme un amago de sonrisa por encima del hombro.

Con las manos en la nuca, respiré hondo y me dejé caer sobre la cama. Me

acordé de Lilah atrapada debajo del portón de metal y del francotirador nazi que la apuntaba directamente. Pensé en lo que podría haber pasado si no llego a apartarla a tiempo y me entraron náuseas.

Me recosté en el colchón, miré al techo y cerré los ojos cuando escuché el agua. Mi viejo siempre me decía que follase todo lo que pudiera, pero que nunca sentara la cabeza. «Fóllate a tantas perras como puedas y preña a alguna para que el nombre de la familia no desaparezca, pero no les pongas el parche, que no sean tuyas».

Pero la zorra que estaba ahora mismo en el baño me había roto todos los esquemas. ¡No quería tirarme a ninguna otra cuando estaba cerca, ni cuando no! Solo la quería a ella, aunque estuviera zumbada. Me despertaba sensaciones que ni siquiera sabía que podía sentir, me hacía pensar en parches de propiedad y en los colores del club en su espalda.

Abrí los ojos de pronto al darme cuenta de una cosa. Joder, la quería. Estaba enamorado de la loca de la zorra peregrina que se estaba duchando ahora mismo en mi baño, desnuda.

¡Mierda! La sangre se me fue a la polla y casi me corro solo de imaginarla. Nunca había tenido que esforzarme por echar un polvo, me bastaba con chasquear los dedos y venían corriendo. No solo por mi aspecto, con ser un Verdugo me valía. Joder, aunque fuera el tío más feo del mundo, podría encontrar a alguna que me la chupase. Pero Lilah no era así, no se había dejado encandilar por mi sonrisa, ni había caído rendida en mi cama con las piernas abiertas, ni le impresionaba el club, más bien al contrario. Supongo que por eso era diferente.

Me incorporé, me quité el cuero, la camisa y los vaqueros y me puse unos calzoncillos. Normalmente no llevaba nada, pero no quería asustarla si salía y me veía en pelotas, con una erección como un mástil. Yo también necesitaba una ducha para quitarme el hedor a nazi de mierda de encima. Miré el reloj de la pared; llevaba en la ducha una eternidad. Habían pasado veinte minutos y seguía oyendo el agua, pero nada más.

Me acerqué a la puerta y apoyé la oreja sobre la madera, pero nada, solo el agua. Llamé con los nudillos y pregunté.

—Lilah, ¿estás bien?

No hubo respuesta y se me aceleró el corazón.

—¿Lilah? Di algo o entraré.

Otra vez, nada, así que intenté girar el pomo, pero tenía echado el pestillo.
—¡Dime algo o voy a entrar! —advertí.

Siguió sin haber respuesta, así que retrocedí un par de pasos y, con todas mis fuerzas, me lancé contra la puerta, que se abrió de golpe mientras caían astillas por todas partes.

El vapor de la ducha estaba por todo el cuarto y apenas llegaba a verme la mano.

—¿Dónde coño estás, nena?

Escuché un sollozo que venía de la ducha y seguí el sonido. El vapor salió por la puerta abierta y pude ver a Lilah acurrucada en el suelo, desnuda y abrazándose las piernas con los brazos.

—¡Lilah! —grité. Abrí la mampara, cerré el agua y me arrodillé. Estaba empapada. Busqué sangre o heridas en su piel.

—Por favor, ¡háblame! —supliqué.

—No puedo levantarme —susurró sin alzar la cabeza.

Me adelanté y revisé sus piernas. Nada.

—¿Por qué no?

Me miró por fin. Estaba pálida, tenía los ojos rojos de llorar y el pelo mojado pegado a las mejillas.

—He empezado a lavarme, pero no dejaba de pensar en lo que ha pasado. La explosión, las armas, Mae. La Orden ya no existe. Era demasiado, y me tiré al suelo. No puedo volver a levantarme.

—Nena...

Le acaricié la mejilla. El estómago me dio un vuelco al mirarla. La abrumadora necesidad de protegerla, abrazarla, tenerla cerca, hacer que dejase de temblar y de tener miedo me consumía.

—No puedo moverme —murmuró, y agachó la cabeza—. Y estoy desnuda, es indecente.

Ignoré su autodesprecio, la cogí en brazos y la saqué del baño, seguía acurrucada como una bola. Enterró la nariz en mi cuello y posó la mano izquierda en mi mejilla. La miré, sorprendido por la acción, mientras ella trazaba con el dedo la forma de mis labios.

Había matado a sangre fría a más gente de la que podía contar. Me enfrentaba a la muerte sin despeinarme, me habían disparado, apuñalado y

rajado, pero nunca había tenido tanto miedo como en ese momento, mientras la miraba y me invadía el miedo de casi haberla perdido. Aún podía perderla.

Me senté en la cama sin soltarla, tiré de la sábana y la envolví alrededor de su piel mojada.

—¿Tienes frío? —pregunté, con la voz quebrada.

Negó con la cabeza, con la mano aún en mi cara y los ojos todavía fijos en los míos.

—Me has salvado —susurró, y se me revolvió el estómago—. Has saltado delante de una bala por mí.

—Sí. —Fruncí el ceño y la miré, tenía los ojos llorosos.

—Me has salvado la vida.

La abracé más fuerte y sentí cómo las emociones casi nos desbordaban y su piel desnuda entre los brazos.

—No iba a dejarte morir, bombón, no era una opción.

El dedo de Lilah pasó de mis labios a mi barbilla.

—¿Por qué soy tan importante para que me salves? Soy una carga para ti.

Le agarré el dedo, me lo llevé a los labios y lo besé.

—Porque te quiero, joder, estoy loco por ti —confesé con el corazón a punto de explotar—. No eres ninguna carga.

Lilah respiró hondo y abrió los ojos de par en par.

—¿Por qué?

Me eché a reír.

—Menuda pregunta —respondí—. Me pides lo imposible. Te quiero y punto. Aunque estés como una cabra.

Lilah me miró sin parpadear durante mucho tiempo antes de mojarse los labios con la lengua y mirar los míos. Se me volvió a poner dura y me miró de nuevo, sonrojada.

—Joder, te quiero —repetí.

Se revolvió entre mis brazos y se incorporó mientras ponía la mano en mi nuca.

—Me gustaría besarte.

Levanté la ceja sorprendido. Ella apretó la mano.

—Nunca me han besado. En casa, cuando participaba con el hermano Jacob en los intercambios divinos, nuestras bocas no se encontraban. Temía

que le robara el alma porque la mía era oscura e impura.

Apreté los puños y respiré hondo para no perder los nervios. Tenía veinticuatro años y nunca la habían besado por una excusa de mierda, una excusa inventada que se había creído sin dudar. Si pudiera desenterrar a ese cabrón con barbas y volver a cargármelo, lo haría. Varias veces.

—He visto a Styx y Mae hacerlo. —Le temblaban las pestañas cuando me miró—. Parece agradable.

Le aparté un mechón de pelo de la cara, dejé la mano a un lado de su cabeza y la acerqué. Se le aceleró la respiración y jadeó.

—Ky —dijo, asustada.

—Cállate —susurré, y acerqué mis labios a los suyos—. Voy a besarte para que veas lo agradable que es.

Dio un grito ahogado cuando mis labios rozaban los suyos. Sus labios carnosos al principio estaban inmóviles, pero, cuando pasé la punta de la lengua por su labio inferior, se le escapó un gemido y me agarró el pelo con el puño. Cuando abrió la boca instintivamente, el beso se volvió más firme y jugué con nuestras lenguas. El deseo era cada vez más desesperado. Sabía tan dulce como la miel bañada en vainilla. Joder, su olor y su sabor me volvían loco. Aparté las manos de su pelo, le acaricié el brazo desnudo y le agarré el muslo por encima de la manta.

Nuestras bocas chocaban con furia y la erección me crecía tanto que dolía. Lilah se apartó, con los ojos medio cerrados, embriagada por el beso. Los dos jadeábamos. Me esforcé por relajarme, pero con su cuerpo apretado sobre mi regazo no me resultaba fácil.

—Ky —jadeó y rocé mi mejilla con la suya.

Su gemido casi me hizo explotar, sin mencionar que podía sentir su coño mojándose sobre mis calzoncillos.

—¿Qué, nena? Dime qué necesitas.

Me miró a los ojos un momento.

—Está mal, es inmoral y depravado por mi parte, pero quiero sentirte, entero, dentro de mí. Quiero que me enseñes lo que se siente al unirme a ti, de todas las maneras posibles.

Me quedé sin aire.

Capítulo doce

Lilah

Cuando pronuncié esas palabras prohibidas, Ky abrió los ojos de par en par y sentí su dureza palpar contra mi piel desnuda, separados solo por la fina sábana. Los ancianos y el profeta me habrían considerado una ramera, pero ahora mismo no me importaba ostentar ese título.

Me miró con una expresión que no supe descifrar. Sus facciones estaban tensas y sus labios firmes, su pelo rubio e indómito enmarcaba su rostro. Me acarició la cara y el roce de su piel fue casi trascendental, como si entrara en trance. Ladeé la mejilla sobre su mano mientras esperaba a que respondiera. Disfruté del afecto. Apoyé la cabeza en su pecho desnudo y, nerviosa, le besé el hombro por encima de los tatuajes, hipnotizada por cómo su piel tembló bajo mis labios.

Me acarició el pelo y respiró hondo. Pronunció mi nombre con un hilo de voz y me agarró el pelo húmedo con el puño. Me arriesgué a mirarlo. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás, los ojos cerrados y se mordía el labio inferior.

Me temblaban las manos de pensar en lo que estaba a punto de hacer, busqué el borde de la sábana sin dejar de mirarlo, tiré el fino material al suelo y revelé mi desnudez.

Al oír caer la sábana, me miró y sus ojos brillaron con una inconfundible pasión.

Pasé la mano por su pelo y deslicé la mirada por los músculos de sus brazos. Me levanté despacio de su regazo y me mantuve en pie con piernas

temblorosas, de espaldas a él. Dejé caer el pelo sobre mi hombro izquierdo y algunos mechones húmedos cayeron sobre mi pecho. Respiré hondo mientras reunía fuerzas y me volví, mirando al suelo, sumisa y obediente, como una mujer debe ser con un hombre.

Hasta hoy, el único que me había visto desnuda había sido el hermano Jacob y estaba a punto de salir corriendo a cubrirme. Mi mente y mi corazón se preocupaban por la protección de mi virtud. Recordé las escrituras: «Huyan de la inmoralidad sexual. Todos los demás pecados que una persona comete quedan fuera de su cuerpo, pero el que comete inmoralidades sexuales peca contra su propio cuerpo».

El profeta David nos enseñó que yacer con alguien que no perteneciera a la Orden era como hacerlo con el mismo demonio. Como Maldita, yacer con alguien que no fuera uno de los siervos elegidos de Dios, un anciano, era imperdonable, y el castigo eran las llamas del infierno. Una voz en mi cabeza me decía que debía mantenerme fiel a mi fe, que Ky era una tentación, una prueba que debía superar por el bien de la salvación de mi pueblo. Pero el corazón me gritaba que siguiera adelante, que Mae tenía razón y la Orden ya no existía.

A su manera, Ky me había demostrado en repetidas ocasiones que era fuerte y me protegería, desde que mató al hermano Noah, un hombre que Ky creyó que estaría mejor en la otra vida, sin saber que era esencial para mi salvación. Pensar en el corpulento hombre que tenía delante me provocaba una sensación de calor entre las piernas que me hacía apretar los muslos. Me protegía y había abandonado a otras para estar conmigo.

Lo único que pensaba en ese momento era en yacer con él. Era extraño y opuesto a todos mis ideales, pero estaba decidida. Iba a rendirme.

Sentí un cosquilleo en la columna, jadeé y me di la vuelta. Ky había levantado la mano, que se había quedado congelada en el aire.

—Joder, Lilah —siseó, y se acarició su rigidez mientras me recorría con la mirada de la cabeza a los pies. Me balanceé ligeramente sobre los pies mientras lo hacía, hasta que sus ojos volvieron a encontrarse con los míos.

Extendió la mano y la acepté. Tiró de mí y caí sobre su pecho, carne contra carne, corazón contra corazón. Enterró las manos en mi pelo, me acercó con un gemido y me besó. Su lengua entró en mi boca, con mano firme me agarró la cintura y después la bajó a mi trasero mientras gemía de nuevo

sobre mis labios.

Rompió el beso y llevó la boca a mi cuello. Sus dientes me mordieron y puse los ojos en blanco cuando sentí que se me retorcía el estómago y un calor insoportable se acumulaba en mi sexo y mis pechos.

Su boca fue hasta mi pecho y sus dedos más abajo, a mi sexo. Grité cuando acarició mi abertura, la punta daba vueltas y rozaba algo que me provocaba oleadas de placer.

—¡Ky! —grité, y busqué su mirada—. ¿Qué es...? ¿Qué es eso...? Siento...

—Eres perfecta, nena. Estás empapada y me muero por follarte y estar dentro de ti.

Me aparté de él, bajé la cabeza, sumisa, y avancé hasta la cama. Me subí al colchón. Ky se incorporó y me observó sin parpadear, mientras con los dedos se bajaba la ropa interior y liberaba su erección.

Tragué saliva y lo miré con lujuria, desnudo y preparado. Era perfecto. Era tan hermoso que me dejaba sin aliento y la forma en que me miraba me henchía el corazón de felicidad.

Nada de él me resultó pecaminoso o inmoral en ese momento. Yacer con él no me parecía incorrecto. El hermano Jacob nunca me había mirado así, nunca hubo amor o sensualidad en sus ojos mientras me tomaba con brutalidad. Pero con Ky era diferente. Deseaba tanto unirme a él como antes había creído en mi fe.

Me deseaba como ningún hombre lo había hecho. Su deseo era incondicional y, por un instante, me atreví a creer que era real, como lo que Mae sentía con Styx.

Ky avanzó hacia la cama, su cuerpo duro, ágil y esculpido. En respuesta, me di la vuelta, me arrodillé con las manos detrás de la espalda y la cabeza baja, la postura del acto. Cerré los ojos y contuve la respiración mientras esperaba el momento en que las manos de Ky tocaran mi piel. No soportaba la espera, había en mí un deseo desconocido que me despojaba de mis miedos.

La habitación se quedó en silencio y se me aceleró el corazón. De pronto, el colchón se hundió y abrí los ojos. Ky estaba sentado al borde de la cama con el ceño fruncido y los puños apretados y me miraba.

—Lilah —gruñó en voz baja, y me tensé.

Levantó la mano, la posó en mi espalda y, con las yemas de los dedos, me

acarició la columna con delicadeza. Sin esperarlo, sus manos fueron hasta mis brazos y bajaron hasta mis muñecas. Luego enlazó sus dedos con los míos y se acercó a mí.

—¿Qué ocurre? —susurré sin entender qué pasaba.

El miedo me invadió al darme cuenta de que debía de haberlo disgustado. El hermano Noah me advirtió que no lo disgustara cuando se aliviaba o sería castigada. Entré en pánico. ¿No había sido lo bastante sumisa? ¿Me había mostrado demasiado arrogante? ¿Acaso Ky no me deseaba?

Tiró de mi mano y se tumbó sobre la cama, a mi lado. Me instó con la mano a que lo mirase y enderecé las piernas hasta que me quedé tumbada boca abajo, respiré hondo y me volví, pero mantuve la mirada baja, como dictaba la doctrina.

—Mírame —ordenó.

Tragué y lo hice. Su tono no admitía reproches. Apretaba los labios y entrecerraba los ojos, que me estudiaban con intensidad. Se inclinó y me besó la frente mientras me apretaba la mano más fuerte. Inhalé. Olor a humo, aceite y cuerpo. Me reconfortaba.

Me besó por toda la cara hasta llegar a mis labios y se apretó contra mi cuerpo. Sus dedos soltaron mi pelo para acariciarme las mejillas y se apartó, se alejó de mi boca sin dejar de mirarme.

—No voy ni a preguntar de qué cojones iba esa postura de «por favor, viórame». No quiero perder los putos nervios cuando los responsables de tratarte así arden en el infierno. No queda nadie a quien pueda matar para arreglar cuentas.

—No entiendo...

Me besó de nuevo para silenciarme.

—Estoy hablando. Calla y escucha.

Asentí e intenté comprender lo que ocurría.

Ky suspiró y miró mi cuerpo desnudo.

—Sé algo de lo que te hicieron esos sádicos. Sé que te violaron, que abusaron de ti cuando eras una cría. Aunque tú no creyeras que estaba mal. Sé que te castigaban cuando no obedecías.

Entré en pánico y bajé la mirada, pero puso un dedo en mi barbilla y me obligó a levantarla.

—Nena, Mae se lo contó a Styx y se cabreó tanto que me lo contó a mí.

—No te entiendo. ¿Qué me pasó que fue tan horrible?

Ky tensó los labios y por un instante la ira le nubló el rostro.

—Cómo te follaban estaba mal. Nunca te han tratado bien, pero no lo sabes porque es lo único que conoces. Joder, eras una cría, ¿cómo ibas a saberlo? —Dulcificó la expresión y sonrió—. Voy a cambiar eso.

—¿Cómo? —pregunté, nerviosa.

Me hizo rodar sobre la espalda y se colocó sobre mí, su cara a un centímetro de la mía y su cálido aliento soplando contra mi mejilla. Me hacía sentir totalmente dominada.

—Te trataré bien, te demostraré lo que es estar con un hombre. No con cualquier hombre, cómo es estar conmigo —puntualizó.

Separé las piernas y dejé que se pusiera entre ellas. Apretó sus caderas contra las mías y jadeé, no reconocía esa sensación. Solo me habían tomado desde atrás y no estaba permitido tocarse ni sentir placer, de lo contrario, seríamos azotadas por nuestros actos indecentes. Nunca había cometido tales faltas. Siempre fui obediente.

No necesitaron la trampa con garras para abrirme las piernas cuando tuve edad de participar en los intercambios. Sabía que esos actos y la semilla del hermano Noah exorcizaban al mal que vivía en mi interior. Aunque fuera doloroso, acepté con beneplácito los intercambios divinos. Quería ser salvada.

Ky subió la mano por mi cintura y, con suavidad, atrapó uno de mis senos. Lamió y me pellizó la piel antes de meterse mi pezón en la boca, lo que me provocó una oleada de calor entre las piernas. Gemí y le agarré del pelo. Me sentía extraña, palpitaba y temblaba.

Presionó las caderas contra el vértice de mis muslos y abrí los ojos de par en par cuando sentí su dura erección contra la pierna.

—Joder, tienes las tetas perfectas. Gordas, firmes y enormes. Perfectas. No dejaba de soñar con metérmelas en la boca, saben mejor de lo que había imaginado.

Gimió y se movió hacia abajo mientras recorría con la lengua cada centímetro de mi piel húmeda, mi torso, mi estómago y hasta mis caderas. Me sacudí en el colchón, abrumada, cuando comprendí hacia donde se dirigía, pero levantó la mano y la colocó sobre mi pecho para sujetarme y evitar que

me moviera.

—Ky, por favor, ¿qué haces? —supliqué, consumida de deseo.

Levantó la cabeza solo un segundo, lo suficiente para que sus ojos se encontraran con los míos.

—¿Alguna vez te has corrido o también te han privado de eso? —preguntó—. ¿Tan gilipollas era tu profeta?

El corazón se me aceleró cuando acarició la hendidura de mi sexo con el dedo. Me sentí húmeda y caliente y un escalofrío me recorrió la piel.

—No sé de qué hablas —conseguí pronunciar, aunque la voz me temblaba.

—Cuando esos cerdos te follaban, ¿alguna vez te gustó?

Me ardieron los ojos por las lágrimas y sacudí la cabeza mientras intentaba, en vano, no desmoronarme. No quería recordar aquello y menos ahora, en este lugar sagrado con Ky. Esto era diferente, no quería fantasmas en esta cama.

Se le dilataron las fosas nasales y dejó un rastro de besos por mi piel desde la cadera hasta el interior del muslo. Sin embargo, al notarme confundida, se detuvo. Se incorporó sobre los brazos y escaló por mi cuerpo hasta que estuvimos cara a cara.

—Nena, escúchame bien.

Me tragué los recuerdos que me acechaban y le di lo que buscaba: toda mi atención.

Suavizó la mirada y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Su barba me hizo cosquillas en la piel del pecho.

—No soy como ellos. Sí, soy un golfo, no es ningún secreto. Me he tirado a más de las que puedo contar, pero nunca me han importado una mierda, ninguna de ellas. Tú me importas. Nunca he esperado tanto como contigo. He matado por ti y volvería a hacerlo sin dudarlo. Si alguien intenta separarte de mí, le rajaré la garganta. Me perteneces, eres mía, y ahora, en esta cama, voy a hacer algo por primera vez. Los dos lo haremos.

Contuve el aliento, temerosa de que mi respiración rompiera el momento y no descubriera lo que iba a decir.

—Voy a hacerte el amor. Voy a poseerte y a hacerte mía, porque nadie más podría hacerme esto aparte de ti.

Susurré su nombre y esta vez no contuve las lágrimas, que me rodaron por

las mejillas. Eran la prueba que merecía de que yo también lo quería todo con él.

Suspiró y me limpió las lágrimas con un beso. Apoyó la frente en la mía y respiró hondo.

—Te quiero, Lilah —susurró—. Esto no es solo un polvo. Lo sabes, ¿verdad?

Mis inhibiciones desaparecieron. Puse las manos a ambos lados de su cara y lo besé.

—Te quiero muchísimo. Haces que me sienta segura, contigo no tengo miedo. No sabes lo especial que es para mí sentirme así.

Me dedicó una sonrisa maravillosa y, de nuevo, se arrastró por mi cuerpo en dirección a mi centro. Su aliento en esa parte tan íntima de mí me provocó un escalofrío.

—Voy a hacer que te sientas bien.

Asentí con recelo. Entonces, sentí su lengua recorrer mi abertura y levanté las caderas.

—¡Ky! —grité, sobrepasada por la sensación desconocida.

Pero no se detuvo. Su lengua se movía sin descanso sobre mi sexo y sus fuertes brazos me sujetaban los muslos mientras gruñía de placer. Arqueé la espalda y cerré los puños sobre la sábana.

—¡Ky, no sé qué me pasa! —grité, fuera de control, pero no se detuvo.

Su lengua aceleró los movimientos y, de pronto, su dedo se acercó a mi entrada y, con un suave movimiento, me llenó.

La sensación era abrumadora. Cerré los ojos con fuerza mientras el placer me recorría tanto que no pude contener un grito.

Respiraba acelerada e intentaba recuperar un ápice de racionalidad cuando noté que Ky se movía sobre mi cuerpo. Con la mano en el pecho, abrí los ojos y lo encontré mirándome, sus ojos oscurecidos de deseo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

Ladeó la cabeza y me acarició el cuello con la nariz mientras sus manos frotaban y pellizcaban mis senos.

—Eso no ha sido nada, nena. —Me miró y se humedeció los labios con la lengua—. Quiero follarte, Li, lo necesito.

Me quedé sin aliento mientras la humedad se extendía entre mis muslos al

pensarlo.

—Yo deseo lo mismo.

Ky gruñó y se estiró por encima de mí hasta el cajón de la mesita, de donde sacó un pequeño envoltorio de plástico.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Se colocó a horcajadas sobre mis caderas, con su magnífica hombría ante mí, y se detuvo.

—¿El condón? —respondió.

Asentí, despacio, y observé cómo abría el envoltorio y sacaba algo que colocó sobre su miembro. Fruncí el ceño, confundida.

—Evita que te quedes embarazada, entre otras cosas.

Lo miré.

—Pero soy incapaz de concebir. Estaba prohibido que las Malditas tuvieran hijos. Los ancianos no querían que nuestros engendros malignos vinieran a este mundo, no podían permitir que trajéramos a más siervos de Satanás. No necesitamos uno de esos para yacer juntos. Es imposible que me quede embarazada.

Eché la cabeza atrás y rugió. Me paralicé y el miedo volvió a apretarme el pecho.

—¿Ky? —susurré.

Se pasó las manos por el pelo y cerró los ojos.

—¡Estoy hasta los huevos de esos gilipollas!

Apoyé las manos en sus muslos y acaricié su dura piel en un intento de apaciguar su ira. Respiró hondo y se dejó caer hacia delante mientras me miraba con tanta intensidad que casi veía a través de mí. Me agarró por la cintura y nos dio la vuelta, de forma que quedé sentada sobre él. Me sentí expuesta y, nerviosa, me incliné y le rodeé la espalda con los brazos, de forma que mi pecho quedase oculto con el suyo. El latido de su corazón palpó en mis oídos y suspiré aliviada cuando me abrazó.

—Me da miedo preguntar, pero ¿qué hicieron para que no puedas quedarte embarazada?

No respondí y me agarró por los brazos para incorporarme y mirarme a la cara.

—¿Qué, Li?

Bajé la mirada y, con el dedo, recorrí el contorno de una gruesa cuerda atada a un lazo que Ky tenía tatuada en el hombro.

—No debía saberlo, pero una noche que se llevaron a Mae y a Bella los espíe.

Cerré los ojos mientras recordaba.

—Sigue —me apremió.

Suspiré y continué.

—Pasaba cada pocos años desde que nos convertimos oficialmente en mujeres. —Lo miré y me sonrojé—. Desde que empezamos a sangrar.

Tensé la mandíbula y retomé el trazo de sus tatuajes.

—Nos drogaban con algo que nos dormía y, al despertar, nos decían que así ya no nos quedaríamos embarazadas. No sabíamos cómo, pero después siempre sentíamos molestias... ahí.

Me acarició la mejilla y con la mirada me pidió que siguiera hablando.

—El año pasado, el hermano Jacob me llevaba de vuelta a nuestros aposentos tras un intercambio divino cuando escuché un ruido en la sala principal. Sabía que estaban con Mae y Bella, así que me escabullí por el pasillo y eché un vistazo por la puerta abierta. Bella estaba sobre la mesa con las piernas abiertas y el sexo expuesto. Los ancianos estaban en la habitación y el hermano Gabriel le sujetaba las piernas para mantenerlas abiertas. Un hombre que no conocía tenía un extraño aparato de metal en las manos y le introdujo algo a Bella.

—¿Y? —apremió.

—Después hicieron lo mismo con Mae. Pero entonces el hermano Noah me pilló y me dijo que olvidara lo que había visto o el profeta David me castigaría. Nunca se lo conté a nadie. Poco después, vinieron a por Maddie y a por mí, nos drogaron y supongo que nos hicieron lo mismo, nos insertaron algo que evitaba la concepción. —Lo miré y añadí—: Así que no me dejarás embarazada.

—¿Lo sabe Mae? —preguntó, y sentí una punzada de pánico.

—No, nunca se me ocurrió contárselo una vez liberadas. En la comuna no me atrevía a hablar de ello y después no se me ocurrió. —Me incorporé, nerviosa—. Debería saberlo.

Ky asintió.

—No te preocupes, se lo contaré, pero ahora quiero hacer el amor contigo. Y el condón se queda donde está.

Apoyé la mano en su pecho y acerqué mi cara a la suya.

—Tómame —susurré.

Con un gruñido, nos dio la vuelta de forma que volví a quedar tumbada sobre la espalda y, con una suavidad que no esperaba, me acarició las piernas mientras me colocaba, hasta que su hombría estuvo lista en mi entrada. Sin dejar de mirarnos ni un segundo, se deslizó dentro de mí, despacio, muy despacio.

Le clavé las uñas en la espalda y la acción pareció excitarlo. Perdió el control, empujó con fuerza y me llenó entera.

—¡Joder!

—¡Ky!

Gritamos al unísono y se quedó quieto con la cara apoyada en el hueco entre mi cuello y mi hombro.

—¿Estás bien? —preguntó, sin aliento.

—Sí —respondí en un hilo de voz, deseosa de que se moviera—. Por favor, continúa.

Empezó a mover las caderas en un movimiento lento y constante y enredé las manos en su pelo. Sus labios se deslizaron por mi cuello, hasta mi mejilla y, finalmente, hasta mi boca. El beso empezó suave y gentil, pero, a medida que los empujones se aceleraban, se volvió febril y nuestras lenguas parecían enfrentarse en un combate sin fin. Me sometí sin resistirme, entre gemidos, dejé que tomase de mí lo que quisiera.

Nuestras bocas se separaron con un jadeo y me miró a los ojos. Su mirada me demostraba un sentimiento que nunca había recibido y las lágrimas amenazaban con volver a mis ojos. No se parecía a nada que hubiera imaginado. Era sensual, íntima y llena de más amor del que jamás pensé que fuera posible.

Nuestra piel estaba húmeda y ardía. Aceleró el movimiento de sus caderas y embistió con más fuerza. La cabeza me daba vueltas.

—Cógeme las manos —ordenó, y obedecí de inmediato.

Enredé mis dedos con los suyos y levantó nuestras manos entrelazadas por encima de mi cabeza sin dejar de mirarme.

No hablamos, no hizo falta. Todo lo que había que decir lo decían nuestros ojos, nuestra respiración, los gemidos, los gritos de placer.

Así era hacer el amor. No era un ritual ni un intercambio programado, era real, hermoso y conmovedor.

Me agarró las muñecas con una mano y la otra la deslizó hacia abajo, donde nuestros cuerpos se unían. Colocó un dedo en ese punto que me provocaba sensaciones desconocidas y me acarició.

—Joder, nena, me voy a correr —jadeó.

—¡Sí! —grité mientras la presión crecía entre mis piernas.

Pareció hincharse dentro de mí y tocar un punto que me llevó al borde de la inconsciencia. Nuestros pechos se frotaban mientras me embestía con fuerza y se me aceleró la respiración al tiempo que el placer crecía, hasta que grité al alcanzar el clímax y mi sexo se estremeció y palpité. Ky arqueó la espalda y rugió cuando el desahogo llegó también para él. Tembló y embistió una última vez.

Nuestras respiraciones se acompañaron poco a poco. Me liberó los brazos y noté cómo su longitud se movía dentro de mí, y me hizo gemir cuando las sensaciones fueron demasiado para mi sexo sensible.

Me besó la mejilla magullada, con cuidado de no presionar demasiado fuerte, y le rodeé el cuello con las manos. Me acarició la mejilla con la nariz y apoyó la frente sobre la mía con los ojos cerrados mientras recuperaba el aliento.

—Joder, te quiero, te quiero muchísimo —confesó.

Percibí la sorpresa y la incredulidad de su voz. Me sentí feliz y me permití pensar en una vida juntos. Una vida contraria a todo lo que me habían enseñado. Mi alma estaba unida a la suya, éramos uno.

Era sagrado. Podía ser...

—¿Todo bien, nena?

Asentí con timidez y Ky salió de dentro de mí despacio. Me sentí vacía, pero, una vez que se quitó el ¿condón?, volvió a mi lado en la cama y me estrechó entre sus brazos.

Me sentía segura. Podría pasarme toda la vida en sus brazos, en esa misma posición, sin movernos.

—Nunca pensé que me sentiría así con nadie, pero lo has conseguido. Te

me has metido dentro y me has cambiado —dijo.

—¿De verdad? —Asintió con la cabeza—. ¿Cómo?

Me acarició el pelo con los dedos y me relajé.

—En el momento en que saliste a rastras de aquella celda no hubo vuelta atrás. Estaba perdido. Tu belleza, tu cuerpo, tu pelo, tus ojos, tus labios. Joder, cuando te vi con Mae, tan frágil y asustada, fue como si me cayera un rayo.

Me paralicé. «... no hubo vuelta atrás. Estaba perdido... Fue como si me cayera un rayo».

—Ah, ¿sí? —articulé, y recé a todo lo sagrado que me dijera lo que necesitaba oír.

—Sí. Sueño con tenerte en mi cama y llevarte en mi moto. Te imagino montándome, despampanante, con mi parche en la espalda. Todos los hermanos, menos Styx y, seguramente, Flame, te desean. Eres la tía más buena que he visto. Tienes atontados a todos los hombres de este club, incluso a mí. Sobre todo a mí. Es como si me hubieras hechizado y conseguido algo que ninguna zorra había conseguido jamás.

El corazón me dio un vuelco y sentí pánico. ¡No podía respirar! Las manos me temblaban y me sudaban. Recé porque no se hubiera dado cuenta. Me abrazó más fuerte y se puso rígido.

—Li, quiero saber si...

—¡Ky! ¡Vete ahora mismo a la puta iglesia! ¡Styx te va a arrancar los huevos como no aparezcas ya! —gritó alguien desde el pasillo mientras aporreaba la puerta.

—¡Mierda! —blasfemó, y se levantó de un salto. Se puso los pantalones y la camisa a toda velocidad. Se agachó a por el cuero y se arregló el pelo con la mano. Volvió hasta donde estaba tumbada, me sonrió y me miró.

Se apoyó con una rodilla en el colchón, se inclinó y me besó en los labios. Me embriagué de su olor y las lágrimas empezaron a acumularse en mis ojos.

Al separarse, suspiró y me levantó la barbilla para que lo mirase.

—Joder, ¿qué me has hecho? —dijo y se marchó. Antes de cerrar la puerta me echó una última mirada, sacudió la cabeza y murmuró—: Me tienes atrapado y sin posibilidad de escapar.

Por fin salió de la habitación, y se llevó mi corazón y mis esperanzas con

él.

Había vuelto a pasar, pero esta vez, además, me había enamorado de la víctima.

Lo había atraído al mal. Un hombre sin ningún deseo de entregar su corazón atrapado por mi maldición de tentadora. Lo había arrastrado a creer que me amaba, pero solo era ficción. No me amaba, estaba «hechizado».

¡Dios! Todo lo que el profeta dijo era verdad, era una ramera, el demonio disfrazado. Había cometido adulterio y mi castigo era un falso amor.

Se me escapó un grito de dolor. Aparté las sábanas de un manotazo y me levanté. Corrí al baño a recoger mi vestido y mi tocado. Me vi de reojo en el espejo y me volví sin poder evitarlo. Tenía las mejillas sonrojadas, el pelo revuelto y el cuerpo sudoroso.

Las lágrimas rodaban por mis mejillas. ¡Odiaba ese infierno! Odiaba haber nacido así, Maldita, tocada por Satanás. Odiaba mi aspecto y que el hombre del que me había enamorado no me amase por mí y por mi alma, sino por mi belleza, por la sexualidad que emanaba de todos los poros de mi cuerpo.

Me temblaban las piernas mientras me vestía a toda prisa. Me recogí el pelo en un moño desaliñado y me puse el tocado. Paseé por el baño mientras el corazón se me rompía en mil pedazos.

Ky no me amaba de verdad. «Estaba hechizado», él mismo lo había dicho. Era una ilusión. Había arruinado mi pureza y mi virtud por un hombre embrujado por mi atractivo. Le había robado su libertad, yo era la pecadora, no él. Yo era la que estaba condenada, no los hombres del club.

«¿Qué me has hecho?... no hubo vuelta atrás. Estaba perdido... Fue como si me cayera un rayo». Sus palabras me atormentaban. «¿Qué me has hecho?». Mi belleza. Se había enamorado de mi belleza, no de la mujer que había debajo, solo amaba mi rostro.

«¡No puedo respirar!».

Me agarré el pecho y me concentré en inspirar y espirar, pero la habitación era sofocante. Estaba sucia. Tenía que limpiarme, debía rezar. Debía arrepentirme y suplicar a Dios su perdón, intentar recuperar mi alma de las garras del diablo.

Me acerqué a la puerta cerrada y puse la oreja sobre la madera. No se oía nada. Giré el pomo con cuidado y la abrí un ápice para echar un vistazo al

pasillo. Se oían voces que venían del bar, pero me armé de valor y salí al pasillo. Cerré la puerta detrás de mí y caminé de puntillas hasta la salida. Tenía que llegar al río, no sabía qué más hacer.

Llegué a la salida, abrí la puerta y me sentí mejor en el instante en que el aire nocturno me acarició la piel.

Comprobé que no había nadie cerca. Se oían ruidos que venían de la entrada principal, pero corrí por el patio y conseguí llegar hasta los árboles sin ser vista.

A cada paso, recitaba una y otra vez las escrituras, avergonzada por mis pecados. Fornicación, adulterio, lujuria. «Proverbios, 5, 3-20: “De los labios de la adúltera fluye miel; su lengua es más suave que el aceite. Pero al final resulta más amarga que la hiel y más cortante que una espada de dos filos. Sus pies descienden hasta la muerte; sus pasos van derechos al sepulcro”. Proverbios, 23, 26-27: “Dame, hijo mío, tu corazón y no pierdas de vista mis caminos. Porque fosa profunda es la prostituta, y estrecho pozo, la mujer ajena”. Proverbios, 6, 25-26: “No abrigues en tu corazón deseos por su belleza, ni te dejes cautivar por sus ojos, pues la ramera va tras un pedazo de pan, pero la adúltera va tras el hombre que vale. ¿Puede alguien echarse brasas en el pecho sin quemarse la ropa?”».

Las ramas me golpeaban en la cara y me cortaban la piel. El duro suelo me destrozaba las plantas de los pies, pero seguí corriendo. Tenía que llegar al río. Las aguas me despojarían de la suciedad y el pecado. Se llevarían las impurezas.

Llegué al claro y corrí hasta la orilla. Me quité el tocado de un tirón y me solté el pelo. Tenía la visión borrosa por las lágrimas y busqué a ciegas el cierre del vestido.

Estaba tan preocupada por llegar al agua que no noté el crujido de los árboles detrás de mí. No escuché los seis pares de botas que aplastaban las ramas y las hojas del suelo a su paso. No vi a los seis hombres que habían entrado en el claro y me rodeaban, armados.

—«Rapunzel, Rapunzel, deja tu pelo caer, así puedo trepar la escalera dorada».

Las manos se me congelaron sobre el cierre al oír esas palabras. ¡No!

Me di la vuelta despacio y ahogué un grito al encontrarme de frente con seis hombres vestidos con chalecos blancos y vaqueros. El hombre que había

delante de mí dio un paso al frente. Era mayor y tenía barriga y la cara cubierta por una espesa barba pelirroja que le cubría una piel llena de cicatrices de viruela.

—¿Te ayudo con eso, cielo? No me importaría.

Tropecé. Tenía un nudo en la garganta. Repasé la línea de hombres con la mirada en busca de una salida, pero me tenían atrapada y me apuntaban con sus armas, listos para disparar.

—¡Joder! Me dijeron que estabas buena, pero se quedaron cortos. Eres una puta diosa, Rapunzel. —Se acarició la entrepierna y se humedeció los labios. Me dieron arcadas—. A lo mejor me divierto un poco cuando te tengamos atada y amordazada.

—Mis amigos vendrán pronto —amenacé, pero la voz me temblaba y el hombre se rio y los demás lo siguieron.

—Los dos sabemos que no es verdad.

—Vendrán, es cierto.

Se carcajeó y entrelacé las manos para que no notasen cómo temblaban.

—Ningún Verdugo de mierda va a venir, encanto. Nos hemos encargado de que estén ocupados en su iglesia o como mierda lo llamen. Pasarán ahí un rato. Íbamos a entrar a por ti, en silencio y con cuidado, pero, cuando te hemos visto salir corriendo, nos has facilitado mucho las cosas.

Inspiré por la nariz.

—Te diré lo que va a pasar —dijo.

Abrí los ojos de par en par cuando se acercó y capté su olor, una mezcla a sudor, tabaco y alcohol. Levantó la mano y me pasó los dedos por el pelo. Cerré los ojos con fuerza, paralizada de miedo.

—Joder, qué preciosidad. Y de raza aria. Pelo rubio, ojos azules, la zorra perfecta de Hitler. El sueño de todo el Klan. Joder, si no me pagasen una burrada de dinero por entregarte ilesa a esos chiflados en medio de ninguna parte, te llevaría a mi rancho conmigo y te demostraría cómo follamos los de raza pura.

Cuando me soltó el pelo, el pánico me dio fuerzas y salí disparada hacia el bosque.

—¡Cogedla! —gritó el hombre al mando y escuché las pisadas que venían tras de mí.

Corrí con todas mis fuerzas, rezaba para llegar hasta el club y conseguir ayuda, encontrar a Ky, pero, cuando estaba a punto de alcanzar la entrada del bosque, unas manos ásperas me agarraron por los hombros y me tiraron al suelo. Mi espalda cayó sobre la tierra dura con un golpe sordo y el impacto me dejó sin aire en los pulmones. Tenía rasguños en los brazos de las ramas y las hojas y me dolía todo el cuerpo. Luché por liberarme, como Ky me había dicho que hiciera, pero el hombre que estaba encima de mí, que era mucho más grande que yo, levantó el brazo y me abofeteó. Se me nubló la vista y el mundo dio vueltas.

—¡Sujétala! —ordenó una voz que me sonó lejana.

Los brazos y las piernas me pesaban. Una hoja que flotaba río abajo, esquivando las rocas, me llamó la atención. Por alguna razón no dejaba de mirarla. Parecía tan simple, tan libre en su viaje hacia lo desconocido...

—¿La tienes, Jep? —preguntó una voz grave. El hombre que estaba sobre mí gruñó como respuesta mientras la hoja seguía flotando sobre el agua.

Unas manos ásperas me agarraron las mejillas y me giraron la cabeza. Me pusieron algo en la boca que me asfixiaba, pero estaba demasiado aturdida para resistirme. El olor era fuerte y, cuanto más respiraba, más sueño tenía.

—¿Ya está inconsciente? —preguntó alguien a mi izquierda, y me volví hacia el sonido.

Había un par de botas negras cerca de mi cabeza, pero todo lo que veía era aquella hoja solitaria que flotaba a la deriva por el río, hasta que la perdí de vista.

Nunca conocí el destino de aquella hoja, pues el mundo a mi alrededor se volvió negro. Mientras el pánico me invadía al perder el conocimiento, una última imagen apareció en mi mente y me provocó una abrumadora sensación de paz: Ky. Su hermoso rostro. El brillo de sus ojos azules, la sonrisa de su boca, su largo cabello rubio desordenado y despeinado. Me miraba con pura adoración y amor. Su rostro amable me mantuvo a salvo mientras caía hacia el abismo de la inconsciencia.

Siempre me mantenía a salvo.

Siempre sería el dueño de mi corazón, aunque yo no pudiera serlo del suyo.

Capítulo trece

Ky

—¡Cojamos todo lo que tenemos y asaltemos su rancho de mierda! ¡Vamos a reventar a esos fascistas con capucha! —bramó Vikingo, y golpeó la mesa con los puños para dar énfasis a su argumento.

Tanque sacudió la cabeza.

—No es el mismo Klan al que nos enfrentamos hace unos meses. Landry está libre, es organizado, un puto genio. Nos estará esperando. —Apartó la mirada de Vikingo y se volvió hacia Styx—. Venir aquí esta noche, volar la entrada y disparar a alguna zorra y un par de nómadas, pero a ningún hermano. Es raro. Si nos quería muertos, puede que no hubiese podido con todos, pero su puntería es insuperable. Si seguimos vivos es porque estaba planeado.

Styx endureció la expresión.

«Dejaron inconsciente a mi mujer, casi me vuelvo loco al pensar que era algo peor. Solo por eso va a morir, despacio, después de que le raje una V en el pecho y le dibuje una sonrisa permanente». Verbalicé sus palabras, pero tenía la cabeza en otra parte, de vuelta en la habitación, con Lilah, con la polla dentro de ella mientras la tenía debajo de mí, con los ojos cerrados y gimiendo mi nombre. «Te quiero, Ky».

—¡Ky! —alguien gritó y me devolvió a la realidad.

Seguí la voz. Toro me miraba con su cara llena de tatuajes maoríes y los brazos cruzados sobre el pecho. Encaró las cejas en dirección a Styx. Cuando me volví hacia mi mejor amigo, casi me fulmina con la mirada. También había

sospecha en sus ojos y me dio un vuelco el estómago. Me cortaría la polla y me la haría tragar cuando se enterase de que me había follado a Lilah.

Tanque tosió y dijo:

—Como decía, pasa algo más. La bomba era una distracción.

Styx chasqueó los dedos y le miré las manos, listo para interpretar.

—Has participado en operaciones así cuando estabas en la hermandad. ¿Qué podrían buscar? ¿Qué coño quieren de nosotros? ¿Venganza por matar a uno de los suyos hace meses?

Tanque sacudió la cabeza.

—Ese imbécil solo era un daño colateral. Un soldado de bajo rango. A Landry le importa una mierda que esté muerto. Seguramente opine que le hicimos un favor. Por lo que sé, ha hecho una purga del Klan. Se ha deshecho de todos los paletos y está reclutando a verdaderos soldados.

—¿Verdaderos soldados? —preguntó Sonrisas.

Tanque asintió.

—Miradlo así. Como Hitler, usó a una panda de matones idiotas, «camisas pardas», para llegar al Gran Mago y librarse de todos los que se interpusieran en su camino y, después, se deshizo de ellos, los mató a sangre fría y empezó a rodearse de seguidores mejores, los «camisas negras».

Lo miramos como si estuviera loco. Nunca atendí en clase de historia de Europa, estaba demasiado ocupado buscando dónde meterla y aprendiendo a ser un Verdugo.

Tanque suspiró.

—Cabrones de las SS, *Totenkopfs* (cabezas de muerto), sádicos a los que les encantaría vivir en un mundo ario donde solo hubiera blancos. Y, al igual que los que no tuvieron ningún problema en torturar y asesinar a judíos y a cualquier otro hijo de puta que no les gustase en la Segunda Guerra Mundial, estos soldados harán lo que Landry diga. Landry es su *Furher*. Hablamos de una amenaza real, Styx. El nuevo Klan que está construyendo Landry podría jodernos de verdad, si no han empezado ya.

Se hizo el silencio mientras procesábamos las afirmaciones de Tanque. Más amenazas. De puta madre.

—¿Y por qué tanto teatro? ¿Para qué la bomba y la distracción? —pregunté, y apoyé los codos en la mesa. Observé a Tanque, que se pasó la

mano por la cicatriz de la cara. Landry había ordenado ese golpe cuando perdió la fe en el Reich y se largó.

—Se acerca algo grande. Quieren cabrearnos, quieren que los sigamos, parece que se preparan para una guerra.

Una silla chirrió contra la madera del suelo y se estampó contra la pared. Flame se levantó, con los puños apretados y nuevos cortes en los brazos.

—¡Pues iremos a la guerra! Me importan una mierda esos matajudíos. Me los cargaré a todos yo mismo. Que intenten acabar con los Verdugos. Han jodido a mi club, a mis hermanos, a Madd... —Se calló de pronto y se le dilataron las pupilas. Se le hincharon las venas del cuello y su cara se puso roja. Dio un grito demencial, se agachó y se sacó de la bota un cuchillo que lanzó contra la pared.

Vikingo y AK se levantaron y se pusieron a su lado para demostrar su apoyo. Cowboy y Alacrán los siguieron. Los cinco jadeaban y les brillaban los ojos de ira. Querían matar a nazis.

Maravilloso. Ahora teníamos un quinteto de psicópatas.

Styx se levantó y dio un puñetazo a la mesa, lo que atrajo todas las miradas. Me miró y esperé a que empezase a gesticular.

—Sé que todos estáis listos para pelear, estoy con vosotros y nos vengaremos de los nazis, pero por ahora estoy de acuerdo con Tanque, debemos esperar. Veamos lo que traman. Reunamos información, tomémonos nuestro tiempo y luego aplastémoslos como cucarachas.

Tanque, Toro y Sonrisas asintieron y la *boy band* más rara y chungueta del planeta se sentó.

«Tanque, ¿qué pasa con tu contacto? ¿Por qué traiciona al Klan? ¿Crees que nos la está jugando? ¿La información es buena?», comentó Styx por gestos y se lo interpreté al aludido.

Tanque sacudió la cabeza.

—No, es de fiar, presi. Conoció a una zorra que no es de raza aria. Si Landry descubre que uno de sus oficiales se tira a una latina, una princesa de los Diablos, nada menos, es hombre muerto. Hará lo que haga falta para acabar con ellos. Mientras su vida personal siga oculta, tenemos una línea de información directa.

—¿Una princesa del cártel? —preguntó AK.

Tanque se encogió de hombros.

—No me dio más detalles. No habla mucho de sí mismo, pero sí, es lo que sé. Un nazi y una panchita, menudo cuento de hadas de mierda —dijo con sarcasmo.

Styx se recostó en la silla y suspiró, mirando al techo. Todos lo observábamos a la espera de instrucciones. Finalmente, se inclinó hacia delante con los codos sobre la mesa.

«Tanque, contacta con tu colega nazi y descubre por qué cojones no tenemos puerta y sí tres cadáveres de los que hacernos cargo. Esperaremos, descubriremos su juego y luego eliminaremos a esos cerdos. ¿De acuerdo?».

—Sí —respondí junto a los demás, al unísono.

«Esta noche haremos guardias por turnos. Traed a vuestras zorras al club. Estamos en aislamiento hasta que sepamos lo que pasa. AK, Cowboy, Vikingo y Alacrán, haréis el primer turno. Flame. —Hizo una pausa y el aludido levantó la cabeza despacio. Styx suspiró—. Vuelve con Maddie». Flame se relajó y miró hacia la puerta. Se moría de ganas de volver a montar guardia en el apartamento.

Styx golpeó la mesa con el mazo y todos se marcharon. Tanque hablaba por teléfono para recopilar información. Me levanté de la silla como un resorte y me dispuse a salir zumbando de allí, pero Styx me sujetó por el cuero desde atrás y me estampó contra la pared.

—¿Qué cojones? —grité.

Echaba humo y me miraba con los ojos fuera de las órbitas.

—¡T-te dije q-que n-no t-te acercaras a e-ella! ¿La has c-convertido en t-tu p-puta!

¿Putas? Esta vez fui yo quien se cabreó, lo golpeé en el pecho y lo tiré contra la mesa. Segundos después estaba sobre él y lo sujetaba igual que él a mí momentos antes.

—Me da igual que seas mi hermano, mi mejor amigo o mi presidente, jamás vuelvas a hablar así de Lilah o te arranco el corazón.

Me miró y me preparé para pelear, pero entonces el muy gilipollas sonrió y me quedé desconcertado.

—¿De qué coño te ríes? ¿Y de qué coño vas, capullo? —espeté.

Se incorporó y se puso a mi lado.

—L-la q-quieres.

—Cállate, imbécil —repliqué, tenso. Se rio.

—J-joder. ¡L-la q-quieres! N-no p-pensé que viviría p-para verlo.

Retrocedí y apoyé la espalda contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho. Styx me miraba como si fuera un marciano.

—Vale, sí, me he enamorado de la peregrina chiflada. ¿Contento? No me la saco de la cabeza. No pienso en nadie más. —Me reí con incredulidad y me rasqué la barba—. Está como una cabra y no tengo duda de que quiere más a Jesús que a mí, rueda por el suelo mientras chilla gilipolleces religiosas sin sentido y viste y habla como si se hubiera escapado del siglo pasado, me tiene loco. Se me ha metido bajo la piel. Estoy tan loco por esa zorra que me agobio si no estoy cerca de ella. Y ahora que he estado dentro de ella, estoy perdido.

Styx levantó las cejas.

—¿Ella t-te q-quiere?

—Sí. —Suspiré y sacudí la cabeza—. Joder, sí, me quiere.

Asintió y me puso una mano en el hombro. Lo miré.

—¿Cómo coño ha pasado? Me tiene totalmente pillado. ¡A mí! Mi viejo se estará removiendo en su tumba.

—Yo estoy i-igual c-con M-Mae, hermano. A l-la m-mierda nuestros p-padres. No c-cambiaría lo q-que t-tengo c-con ella por n-nada.

Sacudí la cabeza y suspiré.

—Estoy enamorado de una zorra que no podría ser más contraria a esta vida. ¿Cómo va a ser una dama? Estamos jodidos, Styx. Ella quiere ir al cielo. Quiere la salvación, pero no va a encontrarla aquí.

—M-Mae lo hace. Mejor c-con nosotros q-que con la s-secta. Se acostumbrará.

—Mae es diferente. Ella huyó, Lilah quería quedarse. Mae quiere conocer esta vida, por ti, pero a Lilah le asusta su propia sombra. Mae ha perdido su fe, pero Lilah sigue creyendo a pies juntillas sus putas escrituras y las recita a cada minuto como un cura.

—N-necesita t-tiempo. S-se acabará adaptando —aseguró, y me dio un puñetazo en el brazo—. Ve c-con ella. En un r-rato nos t-toca g-guardia.

—Vale —respondí, y me separé de la pared.

Styx se volvió de pronto.

—N-no la c-cagues —advirtió. Tensé la mandíbula.

—Que te den.

Sonrió otra vez.

—¡Ky Willis, pillado!

Luego se marchó.

Si no me muriese por volver a follar con la mujer que me esperaba en mi habitación, le habría seguido para partirle la cara por bocazas. Cuando entré en el bar, había movimiento por todas partes. Había zorras y hermanos por todas partes.

Aislamiento, menuda mierda.

Fui hasta mi habitación casi corriendo y abrí la puerta de golpe.

—Nena, he vuelto.

Cerré y me giré hacia la cama, pero no estaba. Las sábanas estaban deshechas, pero ella no estaba por ninguna parte.

—¿Li? ¿Estás en el baño? —grité a la puerta medio cerrada.

No hubo respuesta. Fruncí el ceño y sentí una punzada de inquietud en el pecho. Caminé hasta el baño y abrí la puerta.

Nada.

La ropa que había dejado en el suelo no estaba, ni el vestido ni el tocado de los cojones.

Mae. Habría ido a ver a Mae o a Maddie.

Cerré la puerta y corrí por el pasillo hasta la habitación de Styx. Llamé e ignoré los gemidos que salían del interior. Entonces Styx maldijo y me abrió mientras se cerraba la bragueta.

—¿Q-qué? —me gruñó, cabreado.

—¿Está aquí Lilah? —pregunté.

Frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—No está en mi habitación. Volví y no estaba. Su ropa tampoco. Pensé que estaría con Mae.

Su gesto cambió del enfado a la preocupación y Mae apareció a su lado, envuelta en una sábana, con el pelo alborotado y las mejillas sonrojadas.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde está Lilah? —preguntó, asustada.

Me froté la cara, repasé el pasillo con la mirada.

—¿Maddie? —propuse.

Mae asintió nerviosa y se aferró a la mano de Styx.

—Ve a comprobarlo, nos vestimos y te seguimos.

No tardé ni un segundo en salir pitando hacia las escaleras. Crucé la puerta de metal como una exhalación y vi a Flame, sentado en la silla de siempre delante del apartamento.

—Relájate, soy yo —dije mientras subía los escalones de dos en dos. Cuando llegué arriba, pregunté—: ¿Está Lilah con Maddie?

Miró la puerta como si pudiera ver a través de la madera.

—No que yo sepa.

Me volví sobre los talones y golpeé la puerta con los nudillos.

—¡Maddie! Soy Ky, ábreme.

Flame se puso detrás de mí, tan cerca que me respiraba en la oreja.

—Lárgate, ahora no tengo tiempo para gilipollecés —dije.

—No me voy a ninguna parte, capullo. Me aseguro de que no la asustes. —Giró el cuchillo entre los dedos delante de mi cara—. Si grita, te haré gritar.

Rechiné los dientes y me di la vuelta para empujarlo, pero unos pasos que subían por la escalera me llamaron la atención.

—¡Flame, apártate, por favor! —gritó Mae, que apareció vestida con el top y los vaqueros negros de siempre. Styx iba detrás.

—Maddie no me abre y estoy a punto de asesinar a este gilipollas si no se aparta —siseé sin apartar la mirada de Flame.

—¡Por favor, tengo que entrar a ver a mis hermanas, déjame pasar! —gritó Mae. El psicópata gruñó en respuesta y retrocedió un paso.

Mae giró el pomo y abrió la puerta. Maddie estaba en el centro de la habitación, miraba la puerta, asustada.

—¡Maddie! ¿Está Lilah contigo? —preguntó.

La aludida negó con la cabeza, con los ojos como platos mientras observaba al grupo reunido en el pasillo.

Mae nos miró y se puso pálida.

—Styx —susurró con expresión desolada.

—¿Hermana? —murmuró Maddie desde donde estaba. Iba vestida igual que Lilah, con el vestido gris.

Mae se tragó las lágrimas.

—¿Dónde está Lilah? ¿Le ha pasado algo? —preguntó Maddie. Se le cortó la respiración y se tambaleó—. ¿Han vuelto a por nosotras? ¿El profeta David ha vuelto y ha venido a recuperarnos? —Su voz se volvió más aguda y empezó a llorar—: ¿Se han llevado a Lilah? ¿La han llevado de vuelta?

Mae corrió hasta ella y la abrazó.

—¡No! No han vuelto, ya no existen.

Maddie la apartó y sacudió la cabeza.

—¡No! El profeta David dijo que, si alguna vez le llegaba la muerte de manos de otros, volvería para vengarse. ¡Ha vuelto! ¡Lo sé! ¡Y se ha llevado a Lilah! La matarán, ¡la matarán para dar ejemplo por desertar!

Casi gritaba, y Flame se estaba poniendo muy tenso. Caminaba arriba y abajo por el pasillo y gruñía entre dientes. La verdad, yo no estaba mucho más cuerdo después de escuchar a Maddie. La secta las había dejado bien jodidas.

Mae nos miró mientras intentaba calmar a Maddie.

—El río. El único sitio que queda es el río.

Ya corría por las escaleras antes de que terminara la frase y Styx me siguió.

Salimos disparados por la puerta y cruzamos el patio, donde AK, Vikingo, Cowboy y Alacrán esperaban, fusil en mano.

—¡Joder! ¡Casi os disparamos! —grito AK, pero no nos detuvimos—. ¿Adónde vais? —gritó, pero ya había llegado a los árboles y no tenía tiempo de pararme a contestar. El corazón me latía a mil por hora.

¿Por qué cojones iba a bajar al río cuando nos acababan de atacar? ¿Y si había pasado algo? Casi me caí de morros al pensar que tal vez era porque habíamos hecho el amor.

¡Mierda!

Varios pares de pies me seguían mientras corría por el bosque sin molestarme en esquivar las ramas bajas que me arañaban la cara. Seguí el camino hasta el río lo más rápido que pude, hasta que escuché el agua correr.

—¡Lilah! —grité cuando salí de los árboles y llegué al claro. Pero no había nada. Bajé hasta la orilla y busqué en la superficie del agua. La corriente era fuerte.

—¡Mierda! —maldije con las manos en la cabeza.

Styx me agarró del brazo y me dio la vuelta. Me miraba interrogante.

—Viene aquí a rezar cuando quiere purificarse o no sé qué mierda.

Su expresión se endureció y empezó a buscar en el agua. Corrí unos veinte metros y llegué a la ladera donde solía dejar su ropa. Miré al suelo y el corazón me dio un vuelco cuando vi un trozo de tela blanca sobre una roca. Me agaché y lo recogí. Era su tocado.

—¡No! —grité, enfurecido, y apreté la tela entre los puños. Las rodillas me fallaron y caí al suelo.

Styx se agachó a mi lado y me puso la mano en el hombro. Lo miré y le enseñé el tocado.

—Estuvo aquí, joder. —Miré al río—. ¿Y si se ha ahogado?

Sentía un agujero en el pecho y me costaba respirar. Lilah no estaba, se había ido, joder, joder, ¡joder!

—¡Ky! —gritó alguien, y Styx miró en esa dirección, pero yo no podía apartar la vista del puñetero río.

Lilah, nena.

Un silbido familiar me llamó la atención y me volví hacia la izquierda. AK estaba agachado sobre un camino de tierra que llevaba hasta la carretera. Styx me pidió por señas que me acercara.

Me levanté de un salto y corrí hacia ellos. AK levantó la vista y señaló el suelo.

—Huellas. Muchas.

Inhalé con dificultad. AK se levantó y entrecerró los ojos.

—Alguien ha estado aquí. Parecen cinco o seis hombres, a juzgar por el tamaño de las pisadas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Alacrán.

—Fuerzas especiales, seis misiones —respondió AK—. Quienesquiera que fueran no han sido lo bastante listos de cubrir sus huellas. —Se agachó de nuevo y ladeó la cabeza—. ¡Mierda!

—¿Qué? —espeté.

Me miró antes de responder.

—Dos pares de huellas son más profundos. —Se levantó y echó a andar. Avanzó unos diez metros por el camino entre los árboles. Asintió para sí y dijo—: Cargaban algo. —Me miró y suspiró—. De unos cincuenta kilos,

diría.

—Lilah —susurré—. Se la han llevado.

Grité, fuera de mí, y me volví hacia Styx con todos los músculos del cuerpo en tensión. Me concentré en AK y, tratando de mantener la calma, pregunté:

—¿Ves algo más?

Con el ceño fruncido, estudió las pisadas. De pronto, le cambió la expresión y levantó la cabeza.

—Botas militares. Pesadas de cojones. Y un cigarrillo. —Levantó la colilla a medio consumir y sacudió la cabeza—. Aún está caliente, pero lo bastante frío para pensar que, sean quienes sean, hace tiempo que se han largado. Con Lilah.

—¿Quién llevaría esas botas por ahí? —preguntó Cowboy.

—N-n-nazis —pronunció una voz. Miramos a Styx, alucinados. Había vuelto a hablar. Así de cabreado estaba, la rabia superaba al miedo de hablar en público.

—Tiene razón. Esos cabrones las llevan —dijo Vikingo, y cerré los ojos.

—La distracción —dije. Ahora todo tenía sentido. Todos me miraron.

—¡Joder! —maldijo Vikingo.

—Tengo que hablar con Tanque —farfullé, y salí corriendo hacia el bosque. Nada más llegar al patio, vi que Tanque, Toro y Sonrisas ya venían hacia nosotros con el gesto imperturbable.

—¡Tanque! —grité—. ¡Los putos nazis se han llevado a mi zorra!

El aludido palideció, echó atrás la cabeza y maldijo. Todos los hermanos se reunieron en el patio y lo miraron esperando información. Me ardía la piel, necesitaba recuperar a Lilah, pero no sabía por dónde empezar. ¿Para qué cojones la quería el Klan? ¿Cómo coño sabían que estaba aquí?

—Tanner, mi fuente, dice que Landry ordenó a los de bajo rango atacarnos y distraernos con la bomba para llevarse a una zorra.

Tanque miró a Styx, temeroso, e hizo una mueca. Styx le indicó con la barbilla que siguiera hablando. Tanque suspiró.

—Para llevarse a la dama de Styx. La información es que buscasen a una tía que parecía una supermodelo. Mae era el objetivo. Es todo lo que sé.

La cabeza me daba vueltas y la adrenalina me corría por las venas. Joder,

así debía de ser como se sentía Flame todo el tiempo. Quería matar, asesinar a todos los hijos de puta que se habían atrevido a tocar a mi mujer.

Styx se quedó de piedra a mi lado, pero sabía que estaba a punto de estallar y salir a buscar nazis a los que rajarles la garganta.

—¿Por qué la buscaban? ¿Por qué la quería Landry?

Tanque sacudió la cabeza.

—Tanner no lo sabía. Pero no la llevaban a su cuartel, parece que fue un encargo por dinero. La orden vino de fuera. Alguien la quería y le pagó al Klan un buen puñado de dinero para hacer el trabajo sucio. Fueran quienes fueran, no querían que los descubriéramos.

Di un paso adelante y perdí la poca paciencia que me quedaba.

—Necesitamos un nombre, una ubicación, algo con lo que trabajar. Si no, pienso presentarme en el puto cuartel de los cabezas rapadas con un lanzallamas en una mano y una ametralladora en la otra.

Tanque se pasó la mano por la cicatriz y bajó la vista al suelo para pensar. No dejé de mirarlo mientras discurría formas imaginativas de matar nazis. Finalmente levantó la cabeza y miró a Styx.

—Si Tanner nos consigue esa información, está muerto. Tenemos que ofrecerle protección. Joder, tendremos que esconderlo aquí en el complejo. Lo lincharán si descubren que ha cantado y, conociendo a Landry, lo descubrirá. No voy a perder a uno de mis mejores amigos sin antes hacer todo lo que pueda para ayudarlo.

—¿Sabe montar? —preguntó Toro.

—Como un puto demonio —respondió Tanque—. También es fuerte y un puñetero genio. Puede hackear lo que sea y conseguir información de quien sea, cuando sea. Tiene habilidades muy útiles. Los enemigos se nos acumulan y Tanner sería un activo muy bueno.

—¿Qué coño hace alguien así en el Klan? —preguntó Sonrisas, la pregunta cuya respuesta queríamos saber todos.

Tanque entrecerró los ojos y nos miró uno a uno.

—Su viejo lo metió en el supremacismo y lo educó para odiar todo lo demás. Se crió en el Klan de Texas, nunca ha conocido otra cosa. No sé si entendéis lo jodidos que estarían si se fuera. Es su puñetero niño bonito.

—¿Quién es su viejo? ¿Hitler? —preguntó Vikingo, intentaba bromear,

pero Tanque endureció la mandíbula y lo fulminó con la mirada.

—La identidad de su familia no es de dominio público y prefiere que sea así.

Styx se movió por fin y empezó a gesticular: «Ante todo eres un Verdugo, por muy amigo que sea, así que empieza a cantar. No es una petición».

Fue la primera vez que vi a Tanque cabrearse con Styx, pero sabía que este no se andaba con tonterías.

—A veces eres un gilipollas, Styx. ¡Juré que no lo contaría! Se la jugó por mí cuando quise dejar el Klan, si no fuera por él, estaría muerto —siseó.

Styx lo miró impertérrito, esperando.

Nadie contradecía al Verdugo Mudo.

—¡Joder! ¡Vale! Su viejo es el gobernador Ayers —espetó con frialdad.

—¿Ayers es un nazi? —pregunté, alucinado.

Styx tenía los ojos como platos.

Ese tío controlaba toda Texas. Le pagábamos mucho dinero al año para que hiciera la vista gorda con nuestros negocios. Joder, si entrábamos en guerra con los supremacistas, tendríamos a los federales y todo el cuerpo de policía encima en menos de lo que canta un gallo.

—El puto Gran Mago Imperial de Texas —afirmó Tanque—. Es uno de los líderes más importantes de Estados Unidos.

—¡Joder! —exclamó Vikingo, y Tanque se encogió de hombros.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Eso no es todo.

«¡Pues habla de una puta vez!», ordenó Styx. Se le había agotado la paciencia y Tanque estaba a punto de matarlo. Toro le puso la mano en el hombro para contenerlo y Styx sonrió, retándolo a que lo intentara.

Habían intentado raptar a Mae. Era mejor no tocarle los cojones en ese momento, y a mí tampoco. El Klan se había llevado a Lilah, en eso estaba con Styx.

—Johnny Landry es el hermano pequeño de Landry. Es el tío de Tanner. Todo queda en familia.

Los hermanos estallaron en gritos de incredulidad y maldiciones. Cansado de gilipolleces, pasé por delante de Styx y me enfrenté a Tanque.

—¡Basta de mierdas! ¡Tráete a tu amigo racista! ¡Ya! Conseguiremos la

información que necesitamos e iremos a por ellos. Recuperaremos a Lilah, mantendremos a Mae y Maddie a salvo y después enfrentaremos las consecuencias. Tenemos más conexiones que ese cabrón. Los Verdugos no solo son de este país, somos internacionales. Tenemos miles de conexiones, más de las que el Mago de los cojones podría soñar. Más le vale temernos, ¡somos los putos Verdugos!

Los hermanos que me rodeaban me vitorearon con los puños apretados. Estaban cabreados y me apoyaban.

Miré a Styx por encima del hombro.

—¿Presi? ¿Te apuntas?

Los ojos de Styx ardían y asintió. Los miré a todos uno por uno y también asintieron. Flame estaba detrás, acababa de salir al patio desde el apartamento de Maddie. Se acercó, sediento de venganza, con todos los músculos en tensión por la furia. Cuando lo miré, la sonrisa maníaca que me dedicó, mostrando la palabra «DOLOR» en sus encías, me ofreció la respuesta que buscaba. Entonces vi a alguien detrás de Flame, con el pelo negro, los ojos lobunos y el rostro devastado.

—Mae —dije, exasperado—. No puede estar aquí, ya lo sabes. Asuntos del club.

Al oír su nombre, Styx se abrió paso entre los hermanos para llegar hasta ella. Ella lo miró con ojos llorosos.

—¿Se han llevado a Lilah? —preguntó con la voz rota.

El corazón se me rompía junto al de ella. Joder. Por eso las damas no se meten en las cosas del club. Era mejor que no supieran nada hasta que llegara el momento adecuado.

Styx asintió con aprensión y gesticuló: «Vamos a recuperarla y vamos a cargarnos a los responsables. Cariño, te lo juro, la traeremos de vuelta».

Mae tragó, temerosa, al ver a Styx tan cabreado. Apartó la mirada y se encontró con la mía. Las lágrimas caían por sus mejillas y extendió su mano para que me acercara.

Styx miró con el ceño fruncido y, con brusquedad, sacudió su barbilla para que fuera. Tragué el nudo que tenía en la garganta y avancé despacio. Acepté la mano temblorosa de Mae y me humedecí los labios mientras reunía fuerzas para mirarla a los ojos. Todos se callaron, incluso Flame.

«Ky, no pierdas los nervios —pensé—. Mantén la cabeza fría. Vas a

recuperarla. No le ha pasado nada».

—¿Ky? —me llamó Mae con un hilo de voz—. Tráela de vuelta. Conmigo, con Maddie. Contigo. —Se calló y pensé que el infierno se había congelado. Mae me había advertido sobre Lilah más veces de las que podía contar, pero ¿acababa de darme su bendición?

¿Qué cojones?

Me dedicó la sonrisa más triste que he visto.

—La quieres.

No era una pregunta y todos sabíamos que era verdad. Sí, había renunciado a follar con Tiff y Jules por ella. Joder, me había hechizado, se había metido dentro, me había atrapado y me había querido por algo más que por mi polla.

—Sí, claro que sí —confesé—. Más que a nada. Lo es todo para mí. Todo.

Apretó mi mano y suspiró, aliviada.

—Y ella también te quiere. —El pecho me dolía tanto que me costaba respirar. Me quería—. La estabas salvando. Poco a poco, la estabas salvando. Lo vi. Al principio no me gustó, pensé que acabarías por hacerle daño, pero no lo hiciste. De hecho, conseguiste lo imposible.

Suspiró.

—Lilah necesita que la salves de nuevo, Kyler —dijo. Parecía que reunía fuerzas de donde no le quedaban—. Necesita que le salves la vida, todos lo necesitamos. —Bajó la mirada y susurró—: Te ruego que la salves.

Le besé el dorso de la mano.

—Te lo prometo. La salvaré o moriré en el intento.

Capítulo catorce

Lilah

— ¡Hora de levantarse, rubia!

Me desperté sobresaltada, con un fuerte olor a amoníaco que me invadió las fosas nasales y me obligó a incorporarme para escapar del hedor.

Me dolía todo el cuerpo. La cabeza me daba vueltas y me costó abrir los ojos, pero no pude mover los brazos ni las piernas porque estaba atada.

Abrí los ojos y el corazón se me aceleró al ver a los hombres del río a mi lado, sonriéndome con lujuria, sentados en la oscuridad.

El de pelo grasiento y castaño se adelantó y me pasó sus secas y ásperas manos por la pierna. Las lágrimas me nublaron la vista.

De pronto, un golpe retumbó en la parte trasera de la caja de metal en la que nos encontrábamos y comprendí que estábamos en una furgoneta.

—Preparaos, los compradores están a punto de llegar.

¿Compradores?

Fruncí el ceño y me centré de nuevo en los hombres que tenía delante. El que me tocaba la pierna suspiró y apartó la mano. Respiré aliviada cuando indicó a los demás que salieran de la furgoneta.

La puerta del vehículo se abrió y volvió a cerrarse en cuanto estuvieron fuera, me dejaron sola en la oscuridad. Intenté pensar qué hacer. ¿Quiénes eran? ¿Qué querían? ¿Qué destino me esperaba?

Cerré los ojos con fuerza y traté de contener el sollozo que me subía por la garganta, pero fue inútil y un grito ahogado se me escapó entre los labios.

Rompí a llorar. ¿Iban a matarme? O, peor, ¿a tomarme en contra de mi voluntad?

Pensé en Ky y volví a sollozar. ¿Me estaría buscando? Y Mae y Maddie, ¿estarían asustadas? ¿Vendrían a buscarme los Verdugos? ¿Conocerían la identidad de mis captores?

Probablemente no. Estaba perdida. No sabrían que había ido al río a rezar, Ky pensaría que había escapado.

Las puertas dobles de la furgoneta se abrieron de pronto con un chirrido y el hombre que me había tocado la pierna agarró la cuerda que me ataba los pies.

Me resistí para escapar, pero no había adónde ir. Con un fuerte tirón, me arrastró por las piernas y me sacó del vehículo con agresividad. Me soltó cuando estuve fuera y caí al suelo de grava con un ruido sordo. La tierra arañó mi mejilla.

—Marchando una zorra bonita del complejo de los Verdugos —dijo mi captor. Escuché ajeteo de pasos junto a mi cabeza y levanté la vista. Varios hombres me rodeaban, pero desde donde estaba no veía quiénes eran.

Una mano me acarició el pelo y me puse rígida.

—¡No es ella! —gritó alguien—. ¡Teníais que traer a la mujer de pelo negro, la mujer de Styx, el presidente!

Sentí pánico. «Teníais que traer a la mujer de pelo negro, la mujer de Styx, el presidente».

Buscaban a Mae.

—Se nos ordenó buscar a la tía más buena del complejo. Estuvimos de acuerdo en que era esta. Nos lo puso muy fácil, la encontramos en el río soltando gilipolleces, esperando a que llegáramos.

Me agarraron del brazo y me obligaron a levantarme. Con un gemido de dolor, cerré los ojos con fuerza. Las piernas me temblaban y me tambaleé mientras intentaba mantener el equilibrio con los pies atados.

Todo se quedó en silencio. Solo los grillos y los búhos de la noche lo rompían. Respiré hondo y reuní fuerzas para abrir los ojos. Me quedé sin aire, anonadada. No supe reaccionar.

Cinco pares de ojos me observaban. Cinco hombres vestidos con las sagradas túnicas blancas y barbas de diferentes colores. Cinco caras que

reconocí, cuyas identidades jamás olvidaría. Pero dos de ellos eran idénticos, lo que me confundió.

Bajé la mirada y los saludé con voz temblorosa.

—Padre, hermano Luke, hermano Micah, hermano... —Me callé, sin saber cómo dirigirme a los otros dos.

Un dedo en la barbilla me levantó la cara y me encontré con los ojos marrones del hermano Cain, pero los ojos que me observaban eran más severos que la última vez que lo vi, hacía meses. Su boca también parecía más dura, algo había cambiado.

—Hermano Cain —murmuré.

Sacudió la cabeza y enseñó los dientes en una mueca.

—Soy el hermano Judah, puta. —Señaló al hombre que tenía detrás, un hombre idéntico a él—. Ese es tu nuevo profeta, mi hermano gemelo, el profeta Cain.

Di un grito ahogado y abrí los ojos de par en par. ¿El profeta Cain había ascendido? ¿Cain había sobrevivido? Todos creíamos...

El profeta Cain dio un paso al frente e interrumpió mis cavilaciones. Su gesto era menos severo que el de su gemelo, pero no me dejé engañar. Mae me había hablado de ese hombre al que ella había conocido como Rider.

El profeta Cain puso una mano en el hombro de su hermano y Judah retrocedió.

—¿Me recuerdas? —preguntó el profeta Cain.

Bajé la mirada.

—Sí, mi señor. Aunque solo os viera una vez, os recuerdo.

—¿Eres una Maldita? Eres Delilah, ¿no es así?

Hice una mueca al escuchar ese nombre y asentí de mala gana.

—Sí, mi señor, soy una tentadora, una de las hijas Malditas de Eva.

—¿Conocéis a esta mujer, hermanos? —preguntó a los hombres que lo acompañaban. Un escalofrío me recorrió la columna y sentí náuseas mientras esperaba a que respondieran.

—Así es, maestro —respondió uno de ellos. Tosió para aclararse la garganta y anunció—: Fue una vez hija mía, hasta que tentó a los hermanos Luke y Micah y el profeta David declaró que era una Maldita. Su madre dejó al demonio yacer con ella. No lo supimos hasta que cumplió los seis años. Es

el mal personificado.

—Rapunzel la puta —apuntó el hermano Luke con crueldad.

—De acuerdo —musitó el profeta Cain—. Supongo que su lugar está con nosotros, de vuelta con su pueblo en nuestro nuevo hogar.

Incapaz de esconder la sorpresa, levanté la cabeza para mirar a los hermanos.

—¿Nuestro pueblo sobrevivió? —pregunté—. ¿Aún existe una comuna? Se me hizo creer que todo el mundo había muerto.

El hermano Judah dio un paso adelante y me agarró del pelo. Me resistí a gritar. Había hablado sin permiso, además, a un anciano, y por ello se me castigaba.

—¡Escúchame, puta! Nuestro pueblo sobrevivió y es más fuerte que nunca. El Señor te ha traído de vuelta con nosotros, lejos de los hombres impuros con los que has vivido en pecado. Solo Dios y sus elegidos pueden salvar tu alma. Estamos unidos y perseguimos una cruzada divina.

Me soltó y sentí un dolor punzante en el cuero cabelludo.

—Mis disculpas, señor —musité.

Me enfrenté a mis emociones contradictorias. Nuestro pueblo vivía y podría liberarme del mal y salvarme. Podría estar libre de pecado, pero solo pensaba en Ky. Su hermoso rostro, su sonrisa, su pelo rubio en el que enredaba los dedos, su barba, sus ojos azules. Su sonrisa, aquella que solo me dedicaba a mí. ¡Dios! Lo quería.

—¿Dónde está Salome?

Miré al profeta Cain, que se acercó.

—¡Responde! ¿Dónde está? ¿Sigue en el complejo? ¿Y Magdalene? ¿También es prisionera de esos pecadores?

Lo miré sin querer responder. Los segundos pasaron, pero callé. Recibí una bofetada que me cegó.

—¡Responde al profeta de Dios, puta! —El hermano Micah me miraba con furia. Había cambiado mucho. El muchacho que un día creí mi amigo ya no existía. Se había convertido en un hombre brutal y lleno de odio.

No hablaría. Debía proteger a mis hermanas. El profeta Cain me miró con los ojos encendidos de rabia y se volvió hacia su gemelo.

—Llevala a Nueva Sion. Pensaremos en cómo recuperar a Salome y

Magdalene. ¡La revelación debe cumplirse para salvarnos a todos!

El hermano Luke avanzó, me agarró por las muñecas atadas y tiró de mí. Mi padre se puso a mi otro lado y sentí un dolor en el pecho. Era mi padre y había renunciado a mí. Ahora me miraba como si mirase al demonio.

No significaba nada para él. No era nada para él. Había renunciado verdaderamente a mí y la sensación de rechazo me revolvió el estómago.

—¡Oye! ¿Y nuestro dinero? —gritó una voz masculina detrás de nosotros cuando mi padre y el hermano Luke empezaron a arrastrarme hacia un espeso bosque, con los pies todavía atados.

El hermano Judah se acercó a ellos y le hizo un gesto al hermano Micah. Este metió la mano en su túnica y sacó un arma. Abrió fuego contra los seis hombres que me habían capturado y sus cuerpos destrozados por las balas y cubiertos de sangre cayeron al suelo, muertos.

Grité al verlos caer uno por uno y el hermano Luke me tapó la boca con la mano.

—¡Silencio, puta! Esos hombres eran pecadores y merecían morir. Fue la voluntad de Dios.

El profeta Cain estaba a nuestro lado, con la cara pálida. Los hermanos Judah y Micah nos alcanzaron.

—Informa a Landry de que los hombres han sido eliminados y que recibirá el pago en una hora —ordenó el hermano Judah al hermano Micah.

Este asintió y corrió hacia el bosque, pero se detuvo.

—Mi señor, con permiso, me gustaría ser el anciano encargado de la maldita Delilah —dijo—. Me gustaría seguir lo dejó el hermano Noah.

¡No!

Miré al profeta Cain con la mirada desencajada. Él me miraba con los ojos entrecerrados. Finalmente, hizo un gesto con la mano.

—Adelante. Debe ser purificada. Serás su guardián.

El hermano Micah suspiró, agradecido. Me miró y sonrió.

—Gracias, maestro. Dedicaré todo mi tiempo a su salvación.

Las piernas me temblaron y me mareé. El hermano Micah continuaría el trabajo del hermano Noah. Sería mi guardián. Me usaría en los intercambios divinos. ¡No, por favor! No quería que me tocara.

El miedo me dominó e intenté escapar, pero el hermano Luke y mi padre

no me soltaron.

—¡No, por favor! —supliqué.

El profeta Cain apareció frente a mí.

—¡Basta! —ordenó, y se me cortó la voz—. Has vuelto con tu pueblo, Delilah. ¿No deseas salvar tu alma?

Lo miré. Sus ojos transmitían sinceridad y verdadera fe.

—¿Y bien? ¿Quieres vivir con un alma condenada o quieres ascender al reino de Dios? ¿Quieres liberarte de tu maldición de tentadora?

Gemí y asentí. Era la verdad. Lo que más quería era ser salvada, quería un hombre que me amase por mí y no por mi apariencia. Sentí esperanza al acordarme de mi mayor deseo, que Ky me amase por quien era, no por mi pelo, mis labios ni mis ojos. Que me amase sin estar bajo mi hechizo.

—Sí —susurré—. Deseo salvar mi alma del mal.

El profeta Cain asintió.

—Pues actuarás como debe hacer una mujer. Serás obediente, dócil y sumisa. Cumplirás las instrucciones del hermano Micah y te esforzarás para liberarte del pecado de Satanás.

Jamás habría imaginado algo así. Personas y edificios por todas partes. Grandes estructuras, granjas y viviendas a lo largo y ancho, hasta donde alcanzaba la vista.

Si la comuna del profeta David era una pequeña villa, Nueva Sion era una gran ciudad.

Si los ancianos y los discípulos del profeta David eran guardias, los miles de hombres que vigilaban las fronteras de Nueva Sion eran un ejército.

El profeta Cain había preparado al pueblo de Dios para el apocalipsis.

Cuando el hermano Luke y mi padre me arrastraron entre los árboles hasta la comuna, el lugar bullía de vida. La gente, alta y baja, gorda y delgada, joven y vieja, se detenía a mirarme. Me miraban extrañados, con los ojos entrecerrados y la boca abierta cuando pasaba por delante.

Susurraban a mi paso y algunas de sus palabras llegaban a mis oídos. «¡Mira! ¡Una Maldita! He oído las historias, pero nunca he visto una en carne

y hueso», decían. Las madres advertían a sus hijos adolescentes: «No la mires a los ojos, hijo mío, te tentará y entregará tu alma a Satanás después de seducirte con su mirada».

Los mayores fruncían el ceño en mi dirección y extendían las manos al cielo en una plegaria por mi alma. El profeta Cain caminó a mi lado todo el tiempo, orgulloso de su captura, bendiciendo a sus seguidores y sonriendo mientras todos lo adoraban y se lanzaban a sus pies. Alababan al Señor en la lengua de Dios, postrados en el suelo.

Cuando recordé mi viejo hogar, me invadió una sensación de vacío. Estaba confundida. Eso era lo que siempre había querido, ser una con mi pueblo y ser salvada de mis innatas maneras seductoras. Quería vivir en paz en la comuna, lejos del mundo exterior de pecado y lejos de los habitantes de Satanás que ocupaban las tierras. Quería vivir bajo la severa mano del profeta del Señor. Quería ser salvada cuando llegase el fin de los días, que el Señor me acogiera y vivir eternamente a su lado en el Cielo.

Pero, mientras me arrastraban entre mi pueblo, que me miraba con repugnancia o incluso con miedo, me sentí como una extraña, ajena a esa tierra sagrada. Me di cuenta de que en el exterior nunca se me juzgaba ni se me obligaba a ser alguien que no era. Nadie quería cambiarme, sino que querían que fuera feliz. Ky, Mae, Styx, AK, Cowboy, Alacrán, incluso Vikingo. Ellos querían que me sintiera a gusto. Siempre había pensado que intentaban corromperme, pero ahora una parte de mí se cuestionaba mis creencias, antes inquebrantables.

Nunca me había sentido tan sola ni tan confundida. Desde que me separasen de ellos, había deseado volver con mi pueblo y el profeta, pero, ahora que estaba ahí, anhelaba estar en brazos de Ky. Esa era la triste verdad. Pensaba en ese hombre devastadoramente atractivo y protector, aunque pecador, como mío. Se había llevado un pedazo de mi alma manchada, de mi corazón, y se lo había quedado. Lo llevaba en la piel, en la conciencia. Era parte de mí.

Lo amaba con todo mi ser.

Agaché la cabeza con una tristeza imposible de desterrar, había perdido el interés en observar las miradas de desaprobación de mi pueblo y me dediqué a mirar el vasto campo de hierba bajo mis pies, hasta que la hierba se convirtió en piedra gris y, después, en la madera de mis nuevos aposentos.

El hermano Luke y mi padre se detuvieron de repente en un cuarto casi vacío y me tiraron sobre la cama. Caí en el colchón e intenté sentarme, demostrar obediencia con los ancianos.

Cuando levanté la mirada, los encontré mirándome fijamente, uno junto a otro. Habían envejecido bastante. Tenían el pelo gris y en sus caras había arrugas que no estaban ahí cuando era una niña. Ambos habían engordado. Los ojos de mi padre estaban más apagados y su color azul se había oscurecido.

El hermano Luke sacudió la cabeza y pasó un brazo sobre los hombros de mi padre.

—Isaiah, no cabe duda de que teníamos razón. Esta ramera es claramente una Maldita. Esos ojos grandes, esa boca suntuosa. Es seductora y una tentación sin igual. Ahora mismo lucho contra el impulso de yacer con ella mientras hablamos.

Se me escapó un grito de miedo y me apresuré a volver a la cama.

El hermano Luke sacudió la cabeza y maldijo.

—Me marchó antes de caer —fue lo único que dijo, salió de la habitación y cerró la puerta.

Mi padre me seguía observando. Recordé todas las veces que había entrado a hurtadillas en mi cama cuando era niña, cómo me abrazaba y me acariciaba la piel. Me acordé de las veces en las que me sentaba en su regazo, encerrando a mis otros hermanos fuera de la habitación, y me pasaba los dedos por el pelo. Me acordé de la vez que me pidió que me aseara con él en el baño, cuando me cogió las manos y...

Lo miré y sentí una oleada de furia. Levantó las cejas, sorprendido por el cambio en mi expresión.

—¿Qué clase de padre obliga a su hija de seis años a tocarlo? —susurré—. ¿Qué clase de padre acaricia a su hija con intenciones impuras?

Abrió los ojos, anonadado, y se puso pálido.

—¡Cómo te atreves! —siseó, pero sacudí la cabeza para contener las lágrimas.

—¡Cómo te atreves tú! —repetí sus palabras con una fuerza que no supe de dónde saqué—. Convertiste una relación pura en algo sucio. ¡Lo que me hiciste estuvo mal y fue depravado!

Con un rugido de rabia, salió disparado hacia delante y me abofeteó. Se

me llenó la boca de sangre. Le sostuve la mirada.

—¡Eres el mal, Belcebú! —bramó—. Me tentaste, entraste en mis sueños y deformaste mi mente para que pensara solo en ti y en usarte como un hombre solo debe usar a una mujer.

Apreté los puños, frustrada, con las manos atadas.

—No, padre, no es cierto. Tú actuaste mal, me hiciste creer que la forma en que me tratabas era lo normal entre un padre y una hija, pero he aprendido que no es así. ¡Era inmoral y obsceno!

Su rostro enrojeció y se dio la vuelta para marcharse.

—Espero que Micah comience pronto tu exorcismo —anunció cuando estaba a punto de salir de la habitación—. Hay que despojar a tu alma de ese demonio, de la maldad que vive dentro de ti. De lo contrario, Delilah, pasarás a la próxima vida y será el Señor quien te juzgue. ¡Como hizo tu madre por yacer con Satanás y engendrarte!

Esa vez fue yo quien se puso pálida. Empecé a temblar.

—¿Mi madre? —pregunté, y su gesto dio paso a una expresión de triunfo.

Con el pomo de la puerta ya en la mano, le brillaron los ojos.

—Tu madre fue juzgada y declarada culpable de brujería y de confabular con el Señor del infierno. Aceptó a Satanás en su lecho y se unió a él para crearte. Se la declaró culpable de herejía y pagó el precio. Ahora arde en el infierno por toda la eternidad.

Abrió la puerta y me miró por encima del hombro.

—Dejaste la comuna una vez, pero ya no escaparás. Nueva Sion es una fortaleza, un bastión donde el pueblo de Dios vive a salvo, lejos de los malhechores más allá de nuestras puertas. Eres una Maldita y, como tal, tu sitio está aquí con nosotros, por tu propio bien y el de tu salvación. Pronto, Dios se reunirá con nosotros, así lo ha anunciado el profeta Cain, y, cuando así sea, reza por que el hermano Micah haya logrado despojar a tu alma de pecado.

Cuando la puerta se cerró de un portazo, temblé de miedo. Las cuerdas me quemaban la piel, atadas con fuerza alrededor de mis muñecas y pies. Eché un vistazo a la habitación. Nada me era familiar. Era más bonita que aquella en la que me había criado con Bella, Mae y Maddie. Las paredes eran de un tono blanco roto, había cortinas de gasa en las largas y anchas ventanas y el suelo era de madera de cerezo. Me sentía una prisionera atrapada en una celda de

lujo.

Me acurruqué sobre la sábana blanca que cubría la cama y lloré. Estaba tan confundida y tan rota... Quería estar con Mae y Maddie, hablar con ellas y reír con ellas, pero, sobre todo, quería a Ky. Me maldije por correr al río después de hacer el amor, después de que me declarase su amor. Me maldije por no luchar más contra mis captores.

Por no gritar y alertar a los Verdugos de mi presencia. Pero ahora, mientras yacía ahí en esa extraña cama, en esa extraña habitación, en esa nueva y extraña comuna, el corazón me dolía. Quería a Ky, y ese amor era puro y sin reservas, pero su amor era una artimaña, un hechizo, la consecuencia de lo que yo era. ¿Lo que siempre sería?

A pesar de lo difícil que me resultaba aceptarlo, sabía que estar con mi pueblo, mis salvadores, era lo que debía hacer. Por mucho que mi corazón se rompiera segundo a segundo, mi sitio estaba en Nueva Sion. Tenía que salvarme del pecado, solo entonces sabría si Ky amaba de verdad a la chica debajo de la apariencia.

Capítulo quince

Ky

Delante del complejo, saqué un cigarrillo y le di una calada mientras vigilaba la entrada como un halcón.

Saqué el móvil del bolsillo de los vaqueros y miré la hora. Cuatro horas. Habían pasado cuatro puñeteras horas desde que los nazis de los cojones se habían llevado a mi mujer y no tenía ni idea de adónde. El amigo fascista de Tanque llegaría en cualquier momento con información y, en cuanto supiéramos lo necesario, iba a hacerlos pedazos. Les arrancaría los miembros para machacarlos con ellos. Podía parecer un niño guapo, pero era un cabrón sin remordimientos y con una clara falta de moral.

Alguien tosió detrás de mí. Styx sacó un cigarrillo, lo encendió y se quedó mirando la entrada conmigo.

—¿Estás b-bien? —preguntó, y dio una calada.

—Estaré mejor cuando el nazi desertor llegue y me cuente dónde cojones se han llevado a Lilah.

Asintió y escuchamos el silencio de la carretera. No había ni un alma en esa zona tan apartada de Austin, en medio de la nada. Volví a mirar la hora, solo habían pasado cinco minutos.

Mierda.

No podía relajarme, no lo soportaba. ¿Y si la violaban? ¿Y si se la follaban una y otra vez mientras se reían de sus gritos y se les ponía dura de verla temblar de miedo? ¿Y si la mataban? ¿Y si solo buscaban enviarnos un

mensaje? ¿Y si querían mandar a nuestras zorras al barquero para cabrearnos?

¿Querían una guerra? ¿Nuestro territorio? ¿Querían entrar en el negocio de la venta de armas? ¿Las drogas?

—N-no le d-des t-tantas vueltas —tartamudeó Styx—. N-no vayas p-por ahí.

Me pasé la mano por el pelo, tiré la colilla al suelo y encendí otro.

—¿En qué cojones quieres que piense? Me estoy volviendo loco. Tienen a mi mujer, Styx, a mi mujer. No he querido a una mujer en mi puta vida, aparte de a mi madre y a mi hermana. Nunca quise una dama, pensaba que Tanque, Toro y tú erais imbéciles por renunciar a todas las zorras que tenemos por aquí a nuestra disposición.

Di otra calada. Styx me miró.

—Follo como un puto Dios, soy un hacha en la cama y puedo follar durante horas —añadí—. Nuestros padres eran unos cabrones, pero siempre estuve de acuerdo con ellos en una cosa: los coños están para lamerlos y follarlos, no para venerarlos. Pero, joder, la puñetera peregrina me ha roto todos los esquemas. Joder, haz un altar para ella y lo adoraré como un gilipollas. Me tiene pillado, y no solo por lo buena que está, es maravillosa por dentro y por fuera.

Me apoyé en la pared. La presión que sentía en el pecho amenazaba con partirme por la mitad. Styx se apoyó en la pared de enfrente. Por su expresión supe que también sufría, por mí, por Mae y por el club. Esas tres locas se habían ganado el corazón de todos.

Miré la entrada y se me nubló la vista.

—Por primera vez en mis lamentables veintisiete años me preocupa algo más que el club, la libertad de la carretera y mis hermanos. Y puede que me lo hayan quitado todo antes de darnos tiempo a mi dama y a mí de empezar.

Styx levantó una ceja.

—¿D-dama?

Abrí los ojos de golpe al darme cuenta de lo que había dicho. Miré a Styx, que parecía saber perfectamente qué se me pasaba por la cabeza.

—Sí, joder —siseé—. Lo es. La quiero en mi cama, en la moto, la quiero a mi lado. Mierda, ¡me he unido a las filas de los deshuevados por amor! —intenté bromear, pero el miedo por Lilah no me dejaba respirar.

Styx tiró la colilla al suelo y dio tres pasos para llegar hasta mí. Lo miré a los ojos. Mi mejor amigo, devastado, me pasó el brazo por los hombros y me abrazó.

Casi lloré como una nena.

Me apartó y solo me soltó los hombros para gesticular: «Te pedí que vigilaras a Lilah para que la conocieras de verdad, más allá de su apariencia. Vi cómo la mirabas y cómo ella te miraba. Vi la chispa, pero eras demasiado capullo para quererla para algo más que un polvo. No podía dejar que eso pasara».

—¿Qué ha cambiado? —pregunté.

Se encogió de hombros y se rascó la barba antes de responder: «Pensé que, si os obligaba a pasar tiempo juntos, no tardarías en caer. Y así fue, en menos que canta un gallo te tenía a sus pies, como Mae conmigo. Cuando pasaste de las gemelas y abandonaste vuestro trío polígamo de mierda, supe que Lilah estaba hecha para ti. Quiero que tengas lo que yo con Mae. Te mereces estar con una mujer buena. En esta vida, tener a alguien a tu lado lo cambia todo. Créeme, Mae es mi salvavidas, lo es todo».

Las lágrimas me nublaron los ojos y agarré a Styx por el cuero.

—Necesito que vuelva. No sé qué haría si la perdiera. He cambiado, me ha cambiado. Soy suyo y ya no hay vuelta atrás.

Styx suspiró y me agarró las muñecas.

—T-te lo p-prometo. V-vamos a t-traerla de v-vuelta.

Bajé la cabeza y suspiré. Se escuchó el motor de una Harley a lo lejos.

—¡Ya vienen! —gritó el aspirante, y se abrieron las puertas.

Segundos después, tres motos entraron en el complejo, conducidas por Tanque, Toro y el que imaginé que era el nuevo aspirante, el puto niño bonito del KKK.

Al menos sabía rodar, eso le daba puntos.

Tanque desmontó de la Harley y se acercó a nosotros, con Toro a su lado y el nazi unos pasos por detrás. Era corpulento, tenía la cabeza rapada y más esvásticas tatuadas que Hitler en el Reichstag.

Tanner Ayers se acercaba y nos miraba a Styx y a mí como un cazador a su presa. El tío era un armario, mediría al menos uno noventa y pesaría unos ciento veinte kilos.

Tanque se quedó al final de las escaleras con una mochila en la mano, Tanner también llevaba una. Tanque lo señaló.

—Presi, Ky, este es Tanner. —Lo miró—. Tann, este es el presi de los Verdugos, Styx, y nuestro VP, Ky.

Tanner dio un paso adelante, con los músculos en tensión y el gesto serio. Llevaba una camiseta blanca de tirantes y vaqueros. Era un tipo duro. Styx lo saludó con un gesto de barbilla.

—Es mudo, solo habla con Ky y con su dama —le explicó Tanque.

Tanner asintió y lo miré a la cara. Ni parpadeó mientras saqué un cigarrillo y me lo llevé a la boca.

—Dime, nazi, ¿tienes algún problema con Toro? —pregunté con el cigarro entre los dedos.

Tanner tensó la mandíbula, me fulminó con la mirada y rechinó los dientes.

—No.

Miré a Toro por encima del hombro y endurecí el gesto. Era el mejor amigo de Tanque, pero ahora, con el cabeza rapada delante, parecía que le habían metido un palo por el culo. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y todo el cuerpo en tensión.

Di un paso hacia Tanner.

—Es maorí —dije—. No tiene un pelo de ario. Ni cruces de fuego ni blancos anglosajones entre sus antepasados. Te lo preguntaré otra vez, ¿seguro que no tienes ningún problema con nuestro amigo de piel oscura?

Tanque maldijo entre dientes, pero Tanner ni se inmutó.

—No tengo ningún problema con él ni con ninguno de vuestros hermanos.

—¿De verdad? Porque esas esvásticas tan bonitas, las banderitas de supremacía blanca, las calaveras y las SS que tienes tatuadas no dicen lo mismo.

Tanner dejó la mochila en el suelo y abrió los brazos con chulería.

—Así me criaron. Durante mucho tiempo creí que no éramos todos iguales, que no debíamos mezclarnos y que lo único que importaba era la raza blanca cristiana. Tengo veintiocho, soy el puto heredero del Klan más grande del país y pierdo el culo por una zorra hispana. Digamos que ya no soy el niño perfecto del KKK, no desde que se la meto a una mexicana.

Toro se relajó un poco y Tanque dio un paso al frente para ponerse delante

de Styx.

—Yo respondo por él, presi. Si nos traiciona o causa problemas, asumo las culpas.

Miré a Styx y me devolvió la mirada. Él se fiaba.

Me encogí de hombros.

—Me da igual si confías en mí o no, te acabarás dando cuenta de que no soy un topo —dijo Tanner—. Pero sí que tengo mucho que contaros sobre la tía que se han llevado, y espero que sepáis algo de los que pagaron por ello, porque no tengo ni puta idea de quiénes son y nunca he visto un despliegue de ese calibre. Tienen protección estatal, aunque creo que es cosa de mi viejo. No hay duda de que tienen un trato con el Klan, rastree un buen puñado de dinero repartido en varias cuentas. No solo están protegidos por el Gobierno. Creo que también andan metidos los federales y puede que incluso tengan algo de protección en Washington.

Se me disparó la adrenalina mientras hablaba.

—Sí que eres una especie de genio tecnológico, ¿eh?

Tanner asintió y recogió la mochila del suelo.

—Soy exmilitar de comunicaciones. Después de eso me encargué del blanqueo del Klan y de disimular los negocios. Hay pocas cosas que no pueda falsificar o hackear.

Styx chasqueó los dedos y empezó a gesticular.

«Iglesia. Ya. Descubramos quién tiene a tu mujer».

Transmití la orden en voz alta y eché a andar hacia la iglesia, pero me volví hacia Tanner antes.

—Si encuentras a los hijos de puta que se han llevado a mi zorra, estamos en paz.

Tanner sonrió aliviado.

—Ya sé dónde está. Solo me queda descubrir quiénes son y cómo recuperarla.

—Conseguí entrar en el correo electrónico de mi tío y en su cuenta bancaria y encontré dos coincidencias de contactos. Alguien había encargado al Klan

atacaros y llevarse a una tía. Les pagaron mucho dinero por hacerlo —nos informó mientras daba la vuelta al portátil y enseñaba unos archivos.

—¿Cien mil pavos? ¿Quién cojones tenía tantas ganas de llevarse a Lilah? ¿Y cómo coño sabían que estaba aquí? —preguntó Sonrisas, que se inclinó para ver la pantalla.

—Las instrucciones eran cortas pero precisas. Raptar a una mujer que vivía con los Verdugos. Fácil de reconocer porque era tan guapa que quitaba el aliento, el pelo negro y unos extraños ojos azules. Debían llevarla ilesa y entregarla en el punto de encuentro.

Rechiné los dientes mientras escuchaba y Styx dio un puñetazo a la mesa. Vinieron a por Mae. El mensaje no mencionaba a Lilah ni a Maddie. El objetivo solo era Mae y se habían llevado a la zorra equivocada.

—Encontré el punto de encuentro —dijo Tanner.

—¿Y los que se la llevaron? ¿Dónde están? —intervino Tanque.

Tanner lo miró.

—Eran prescindibles. De bajo rango, los últimos camisas pardas de Landry.

—¡Mierda! —maldijo.

—¿Qué pollas significa eso? —preguntó Vikingo—. ¡Como empecéis a hablar en alemán, juro que me largo a otra base!

—Explicaos —ordené, verbalizando los gestos de Styx.

—Los que se llevaron a Lilah ya estarán muertos. Landry envió a los últimos inútiles de los que quería librarse. Se los habrán cargado nada más hacer la entrega. Es lo habitual.

—Pero ¿conocemos el punto de entrega? —pregunté.

Tanner se puso a teclear y, unos segundos después, nos enseñó la pantalla a Styx y mí. Había un mapa con un punto rojo que marcaba el lugar. Me incliné para estudiarlo.

—Está en medio de ninguna parte. Unos cincuenta kilómetros al norte.

Giró el portátil, cambió la imagen y nos la enseñó. Esta vez el mapa era militar y mostraba una base enorme justo al lado de donde había estado el punto rojo.

—Una base militar —susurró AK—. ¿Pertenece al Gobierno?

Tanner sacudió la cabeza.

—Un comprador privado la compró hace meses. Por lo que sé, pagó en metálico y el trabajo se hizo en secreto. No hay vigilancia ni tráfico aéreo en la zona, era parte del trato. Quien sea que lo haya comprado no quiere que los encuentren. Y tiene pinta de que son los que tienen a tu chica.

Me recosté en la silla y fruncí el ceño, pensé en quién cojones había en el ejército que quisiera enviarnos un mensaje. ¿Nuevos vendedores de munición?

Lo comenté en voz alta y Styx se encogió el hombros. Tanner escribía en el teclado a toda velocidad con ayuda de AK cuando, de pronto, levantó la vista con el ceño fruncido.

—Tengo un nombre —dijo.

—¿Qué? —preguntó Cowboy.

—Tengo el nombre del comprador. He tardado un siglo, pero AK me ha dado una idea y ha funcionado.

—¿Y bien? —apremié.

AK se puso pálido y se tensó.

—¿Qué pasa? ¿Quién coño es? —casi agotando la paciencia.

Tanner miró a AK y frunció el ceño.

—¡Suéltalo de una puta vez!

Miró la pantalla.

—Judah David —leyó.

Miré a AK y me encogí de hombros.

—¿Por qué te pones así? ¿Quién cojones es Judah David?

AK nos miró a mí y a Styx.

—Es el cosignatario —dijo.

Tanner repasó la pantalla.

—¿Sí? —pregunté.

—El cosignatario... Sí, aquí. El nombre del cosignatario es Cain. Cain David.

Me quedé sin aire y todos los hermanos se quedaron de piedra.

Cain.

¿Cain?

¡CAIN DE LOS COJONES!

—Rider —siseé.

Miré a Styx, que ardía de rabia. Se le marcaban todas las venas del cuello. Perdió los nervios, volcó la silla al levantarse de un salto, la cogió y la lanzó contra la pared. Las astillas volaron en todas direcciones.

Me levanté y di un puñetazo a la mesa.

—¡Cain!

Flame empezó a dar vueltas, modo psicópata activado, mientras se arrancaba la piel con las uñas. Me pasé la mano por el pelo. Cain había escapado, el topo de mierda estaba vivo y tenía a Lilah. Todo el cuerpo me temblaba de furia.

Cain era el heredero de esa secta de hijos de puta. AK se había cargado al profeta David, lo que significaba que...

—Es el profeta —afirmé en voz alta.

—¿Qué? —preguntó Vikingo.

Miré a Styx, que me observaba en *shock*.

—Rider, Cain, era el heredero de la orden, ¿no?

Styx asintió y comprendió.

—AK le pegó un tiro entre las cejas al viejo verde, lo que significa...

—Que Cain se habrá convertido en el nuevo profeta, y Mae lo dejó escapar. ¡Ese cerdo se escabulló y ahora es el puto líder! —siseó AK.

«¡Sentaos, todos!», ordenó Styx por signos, y obedecimos.

Me ardía la sangre, estaba a punto de explotar de rabia. Rider, Cain, la Orden. ¡Mierda!

Me acordé de las palabras de Maddie: «El profeta David dijo que, si alguna vez le llegaba la muerte de manos de otros, volvería para vengarse. ¡Ha vuelto! ¡Lo sé! ¡Y se ha llevado a Lilah! La matarán, ¡la matarán para dar ejemplo por desertar!».

Lo sabía, sabía que los putos chupacruces volverían, y ahora se habían llevado a Lilah. ¿Qué harían con ella?

Styx me apretó el hombro y me miró. Era su forma de preguntarme si estaba bien. Asentí y esperé a que hablara.

«Volvamos a llamar a las bases. Mismo plan que la última vez, entramos y nos cargamos a todo lo que se mueva, pero Rider es mío. Tenemos que acabar con esos bastardos de una vez por todas».

Los hermanos murmuraron y se mostraron de acuerdo y saqué el móvil

para llamar a la caballería, pero, cuando estaba a punto de empezar a hacer llamadas, AK levantó la mano para pedirme que esperase mientras estudiaba la pantalla del portátil.

—¿Qué pasa? —pregunté. Se me agotaba la paciencia.

AK entrecerró los ojos sin apartarlos de la pantalla.

—No se parece en nada a la última vez. Esto es una puñetera fortaleza. La otra comuna estaba prácticamente desprotegida y era fácil acceder. Los hombres que hacían de guardias no estaban entrenados. Entrar y arrasarlo con todo fue coser y cantar. —Señaló el mapa mientras cavilaba—. Este sitio es más grande, aislado, tiene varios edificios, todos con paredes gruesas, preparados para resistir un ataque. Es posible que cuente con búnkeres subterráneos. —Miró a Styx—. No tiene nada que ver, presi. No sabemos cuánta gente hay ni la vigilancia que tienen, pero, después de lo que pasó con la última comuna, sería estúpido no prepararse para otro ataque similar. —Sacudió la cabeza—. Conocemos a Rider, no era un imbécil. Más bien todo lo contrario. Sospecho que lo ha reconstruido y reforzado todo y estará preparado para un ataque de los Verdugos.

—¿Dices que no podremos con ellos? —espeté.

AK me miró.

—Digo que, si entramos pegando tiros a lo loco, no todos vamos a salir andando.

«Sonrisas, AK, Tanner —llamó Styx, y lo miraron. Tanner pareció sorprenderse de que lo incluyera—. Los tres sois exmilitares, ¿qué opináis?».

Sonrisas miró de reojo a sus hermanos.

—No iremos a ninguna parte hasta que sepamos a qué nos enfrentamos —dijo—. Necesitamos conocer la vigilancia, el número de personas, la munición de la que disponen, los horarios y los planos de la base.

AK asintió.

—Estoy de acuerdo. Si entramos a ciegas, moriremos. Recordad que están dispuestos a morir por la causa. No hay nada más peligroso que enfrentarse a alguien que no teme a la muerte. Ya lo he vivido en Afganistán, fui el único que salió con vida.

Me había quedado callado mientras bullía como una puñetera olla exprés. Cuando vi que los demás parecían estar de acuerdo, me levanté y toda la atención se centró en mí.

Styx me indicó con un gesto que me sentara, pero lo ignoré.

—¡Tenemos que ir ya! —siseé con los dientes apretados.

AK suspiró e intentó hablar, pero lo paré.

—¡No! Tienen a mi mujer y no tenéis ni puta idea de lo sádicos que son esos hijos de puta, de lo que les han hecho a nuestras zorras. ¡A Maddie, a Mae y a mi dama!

—¿Dama? —preguntó Vikingo—. ¿Desde cuándo?

—¡Desde que me sale de los cojones! —grité, y él levantó las manos—. Se han llevado a mi dama y estamos aquí sentados como gilipollas hablando de estrategia. Dejad que os explique lo que hacen. Violan a niñas, violaron a Lilah durante años y le lavaron el cerebro para hacerle creer que era la encarnación del mal por estar buena. ¡Le dijeron que un «discípulo de Dios» tenía que follársela para salvar su alma! Incluso su padre abusó de ella, ¡su puñetero padre! ¡Y según él porque ella lo tentó! No se pudo resistir y la obligó a acariciarle la polla cuando tenía seis años. Pero lo peor de todo es que sigue creyendo en todo eso, sigue sin entender lo jodido que es porque es lo único que conoce.

—¡Joder! —maldijo Toro.

Miré a Styx.

—Sé que Mae pasó por algo parecido y entiendo que no te haga gracia que la gente lo sepa, pero sé que, si se la hubiesen llevado a ella, ya habrías irrumpido en esa base dispuesto a arrancar cabezas.

Tanner se puso en pie y llamó mi atención.

—¿Qué cojones quieres? Por si no te has dado cuenta, esto es una iglesia de los Verdugos, no una reunión del Klan, principito nazi.

—¡Ky, basta! —gritó Tanque, y se levantó de un salto y me fulminó con la mirada.

Flame también se levantó. En medio segundo lo tuve al lado con los ojos llameando de rabia. Me agarró de los brazos y me sacudió.

—Todos esos abusos, mierda. Maddie, violaciones, niñas. ¡Joder! —gritó y me miró a los ojos—. ¿También se lo hicieron a Maddie? ¿Lo mismo que a Mae y a Lilah? ¿También se lo hicieron a ella?

Suspiré y, de mala gana, asentí. Flame sacó el cuchillo más grande que había visto y se rajó con él el pecho. La sangre corrió sobre sus tatuajes.

—Fue la que peor lo pasó. El hermano Moses, su tutor, era un cabrón muy imaginativo.

Su cuerpo se tensó y emitió un gruñido que me heló la sangre.

—¡No es nada suyo! ¡Es mía! ¡Mía! —explotó.

Flame agarró el borde de la mesa y los demás se apartaron justo a tiempo, antes de que la volcara. Se quedó en el centro de la habitación, sangraba y sudaba con los puños apretados y jadeaba como un pitbull rabioso.

Miró a Styx.

—Tenemos que ir ya, estoy con Ky —gruñó—. Si vienen a por Maddie, Mae o hacen daño a Lilah, no respondo de los cadáveres que voy a dejar a mi paso. ¡Voy a hacerles tanto daño que no van a poder ni rezar a su Dios de mierda!

AK y Vikingo se acercaron a él e intentaron calmarlo, pero esta vez los apartó de un empujón, con tanta fuerza que los tiró al suelo. Styx dio un paso hacia delante y se enfrentó a él cara a cara.

«Mae y Maddie no irán a ninguna parte y vamos a recuperar a Lilah. Pero solo tenemos una oportunidad, no podemos cagarla. Eso no quiere decir que no vayas a rajarle el cuello a algún hijo de puta, pero tenemos que hacerlo bien». Styx me dedicó una mirada que no daba opción a réplicas.

¡Joder!

Tanner levantó una mano y llamó la atención de Styx.

—Puedo conseguir los planos y las coordenadas de la base.

—¿Y cómo cojones piensas hacer eso, heredero de Hitler? —pregunté. De repente, no confiaba en ese tío.

—Entraré en el cuartel del Klan y lo cogeré. Sé dónde Landry lo guarda todo. Soy su heredero y sé más que ninguno de los magos. Soy el orgullo de mi padre. Me enseñó a ser como un puto ninja. Tú mismo lo has dicho, rubito, soy el principito nazi, el niño bonito del Klan de Texas —dijo con sarcasmo, y me miró sin pestañear—. Sé más de lo que pasa en este estado que el presidente del país. Todos los federales de por aquí son del Klan.

Tanque puso la mano en el hombro de su amigo y le dio la vuelta.

—Si te pillan estás muerto —advirtió.

Tanner se encogió de hombros.

—Si descubren lo mío con Adelita estoy jodido de todas formas. Al

menos así le demostraré al capullo con pintas este que soy de fiar. —Dio un paso hacia su amigo—. No aguantaré un día más en ese sitio. No soporto alabar las grandezas de la raza aria y del cristianismo mientras la única zorra que me ha importa es latina y católica. No lo soporto, déjame hacerlo.

Miró a Styx.

—Si hago esto, me uniré a los Verdugos. Sé muchas cosas que os serán útiles y podéis confiar en mí.

—¿Confiar en ti? —Me reí, sarcástico—. Ni siquiera te conocemos. Vas a dejar el Klan con el que has pasado toda la vida por un romance en plan Romeo y Julieta entre un nazi y una mexicana. ¿Por qué deberíamos confiar en ti?

Se me acercó y se enfrentó a mí cara a cara.

—Porque lo que sientes por tu chica es lo mismo que siento yo por esa princesita del cártel, por eso. Haría lo que fuera por protegerla, incluso renunciar a mi herencia y a mi libertad.

—¿Has linchado a algún negro?

La pregunta vino del fondo de la sala. Alacrán dio un paso al frente, vestido entero de cuero, con Cowboy justo detrás. Fulminó a Tanner con la mirada y este agachó la cabeza.

—Sí —confesó—. Negros, latinos, amarillos, judíos, seguidores del papa, de todo. Estaba allí cuando los colgaron y descuartizaron para después arrastrar su cadáver con una furgoneta hasta que solo quedó el torso —respondió, sincero. Reconocí que tenía huevos.

Alacrán, nuestro hermano mulato rapado, tembló. Seguramente era más blanco que negro por herencia de su madre suiza, pero ¿un nazi y un tío de color? Como el agua y el aceite.

—Pero ya no soy esa persona —añadió cuando Cowboy tuvo que sujetar a Alacrán por el cuello para que no saliera disparado a rajarle la garganta.

Toda la sala estaba en silencio.

—Si consigues la información, podrás quedarte —afirmé.

Se oyó un silbido y todos miraron a Styx. Con el gesto inexpresivo, señaló a Flame. «Recoge la mesa y limpia el desastre que has causado. Se acabaron las gilipolleces. Maddie no es tuya, no te pertenece, ¡así que baja los humos!». Después se dirigió a Alacrán. «Eres nuestro hermano, eres más

importante que ningún civil, con información o sin ella, ¿está claro?».

El aludido asintió y apoyó la espalda en la pared, todavía miraba a Tanner con odio. Finalmente, Styx se volvió hacia mí. «La última vez que lo comprobé, yo era el puñetero presidente de los Verdugos y el que dirigía este club, no tú. No creas ni por un momento que porque por fin has encontrado a una zorra con la que no pierdes el interés después de un polvo de mierda de repente estás al mando. No lo estás. No piensas con claridad y te portas como un lunático, así que tranquilízate antes de que te aparte del plan para recuperar a Lilah, sin discusión».

—No te atreverás —siseé.

Styx crujió los nudillos. «Ponme a prueba. Tengo que proteger el club. Un VP que se porta como un gilipollas no me sirve de nada. Necesito que me ayudes, no que me causes más problemas».

Rechiné los dientes, recogí una de las sillas volcadas y me senté en silencio con los brazos cruzados.

Styx le pidió a Tanque que interpretase y se dirigió a Tanner. «¿Cuánto tiempo necesitas para conseguir los planos?».

—Unas dos horas. Si no he vuelto para entonces, es que no volveré —respondió.

Styx lo observó mientras sopesaba si podía fiarse. Finalmente asintió y gesticuló.

«Hazlo».

Capítulo dieciséis

Lilah

Pasé toda la noche durmiendo en intervalos irregulares. No se oía ni un ruido en los alrededores de mis aposentos. Estaba acostumbrada a escuchar motores, botellas estallando, risas y peleas, y me sorprendió echarlo de menos.

No dejaba de pensar en los meses que había vivido en el exterior. Había pasado tanto tiempo deseando volver con mi pueblo... Había rezado una y otra vez por que hubieran sobrevivido y vinieran a buscarme. Pero ahora que estaba ahí me sentía extraña. El único lugar al que había pertenecido me resultaba extraño.

Me incorporé en la cama, aún con las manos y los pies atados, e intenté tranquilizarme. El sol de la mañana entraba por la ventana y teñía la habitación de un brillo amarillento. Habría sido casi sereno, incluso hermoso, si no hubiera sido una prisionera.

Se oyeron pasos al otro lado de la puerta y vi una sombra aparecer por la abertura de la parte inferior. Se me aceleró la respiración y me tensé mientras esperaba a quien fuera a entrar.

El pomo giró y segundos después entró una mujer pelirroja con un vestido blanco largo. El pelo color fuego le llegaba a la mitad de la espalda.

—Buenos días —saludó, de espaldas mientras cerraba la puerta.

—B-buenos días —respondí, nerviosa.

Supuse que sería mi nueva institutriz, como la hermana Eve lo había sido

casi toda mi vida. Me quedé mirando al suelo y entonces sus sandalias aparecieron ante mí.

—Levanta la vista —ordenó, y obedecí. Era más o menos de mi edad, guapa, y me sonreía.

No comprendí esa muestra de cariño. Era una Maldita, no se debía ser amable conmigo. Interactuar conmigo estaba prohibido incluso para aquellos que se encargaban de mí.

Levantó la mano y me puse rígida cuando me acarició la mejilla con un dedo.

—¿No me reconoces? —dijo, así que la miré con atención.

Sus ojos verdes eran preciosos y tenía un cuerpo femenino con curvas. Era cautivadora y sonreía. Era...

—¿Phebe? —susurré con el pulso acelerado.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de alegría y esbozó una sonrisa deslumbrante mientras se arrodillaba delante de mí.

—Mi dulce Rebekah.

El mundo se detuvo a mi alrededor al escuchar ese nombre. Era mi nombre de nacimiento, con el que mis padres me habían bendecido antes de descubrir al demonio dentro de mí, antes de que me alejasen de todos a los que amaba y me desterrasen para ser salvada.

—No uses ese nombre, por favor —supliqué, y dejó de sonreír.

Me apartó el pelo de la cara.

—Sé lo que eres y el mal que corre por tus venas —dijo con tristeza en la voz—. Pero siempre serás mi preciosa hermanita. La pequeña Rebekah que se colaba en mi cama por las noches y me dejaba cepillarle el pelo, cantarle himnos y que esperaba ansiosa que le recitase pasajes de las escrituras. —Me miró y añadió—: ¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas los maravillosos momentos que compartimos antes de que se te llevaran?

Los recuerdos llegaron como un tsunami. Momentos felices con Phebe, recuerdos que había bloqueado. Me cuidaba, me hacía reír, me sonreía, hacíamos las tareas juntas, me cantaba, me leía. Me quería. No recordaba a nadie más que me hubiera querido además de Bella, Mae y Maddie. Y Ky, aunque su amor no fuera real, sino una ilusión.

—Salmo veintitrés —susurré cuando agachó la mirada, decepcionada.

Jadeó y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Lo recuerdas.

—«El Señor es mi pastor, nada me falta» —recité.

—«En verdes pastos me hace descansar. Junto a tranquilas aguas me conduce» —siguió Phebe.

—«Me infunde nuevas fuerzas. Me guía por sendas de justicia por amor a su nombre. Aun si voy por valles tenebrosos, no temo peligro alguno porque tú estás a mi lado; tu vara de pastor me reconforta. Dispones ante mí un banquete en presencia de mis enemigos. Has ungido con perfume mi cabeza; has llenado mi copa a rebosar. La bondad y el amor me seguirán todos los días de mi vida; y en la casa del Señor habitaré para siempre».

Nos quedamos mirándonos mientras Phebe terminaba de recitar el pasaje más sagrado para mí. Dos niñas que ya habían crecido. Habían vivido, aunque no juntas. Tenían cicatrices, aunque no infligidas por la otra. Dos niñas unidas que ahora eran poco más que desconocidas. Con un pasado común, pero con un futuro solitario y roto.

Phebe ladeó la cabeza.

—Eres lo más bonito que he visto.

Sentí un escalofrío.

—Soy una Maldita, Phebe. Una creación de Satanás.

Agachó los ojos.

—Lo sé.

—Mi madre... —No pude seguir.

Asintió, apenada.

—Vinieron a buscarla y la juzgaron por hereje. Al principio negó las acusaciones de que hubiera yacido con Satanás y dado a luz a una niña maldita. Pero, después de varios días de juicios, se debilitó y confesó. La ejecutaron poco después y la enterraron con dignidad gracias a su arrepentimiento.

Sentí una punzada de dolor en el corazón por la mujer que me había dado la vida. La recordaba vagamente, aunque no la conocía bien. Mis recuerdos de ella eran retazos fugaces de cómo me cepillaba el pelo y me colocaba bien el tocado para esconder su color rubio y su longitud. Recuerdo que me cortaba las largas y oscuras pestañas con tijeras para que mis ojos no

llamaran la atención y me frotaba una crema blanca en las mejillas para que estuviera pálida y un polvo oscuro debajo de los ojos para que parecieran hundidos y cansados.

Con dedos temblorosos acaricié la piel bajo mis ojos. Phebe me cogió las manos y las colocó sobre mis rodillas.

—Recuerdo que me hacía cosas extrañas, como si intentara esconder quién era.

Un lágrima le rodó por la mejilla.

—Trató de ocultar tu belleza. No quería que llamases la atención de los discípulos, del hermano Luke.

Comprendí la realidad y el horror de las acciones de mi madre y ya no pude controlar los temblores.

Phebe se dio cuenta y me puso una mano en la rodilla.

—Entonces es cierto —dije con un hilo de voz.

—¿Qué?

—Que mi madre yació con Satanás y me crearon.

Phebe contuvo el aliento y, a su pesar, asintió.

—Así es.

—Entonces, ¿todo sobre mí es cierto, hermana? Soy malvada.

Phebe se miró los pies y después a mí.

—Pero ahora estás en Nueva Sion y te salvarás, Delilah.

Asentí, entumecida, aunque por dentro estaba devastada. Phebe, al ver que no tenía más ganas de hablar, se acercó a una bandeja sobre la mesita de noche que debía de haber traído ella. Volvió con unas tijeras.

—Voy a soltar tus ataduras.

Me pidió que extendiera las manos y los pies y cortó las cuerdas. Me dolían los huesos allí donde habían estado y tenía la piel enrojecida y con ampollas. Pero no sentí el dolor, la resignación sobrepasaba a todo lo demás.

Ky y Mae habían tratado de convencerme de que me equivocaba al pensar que era una tentadora, que el profeta y los ancianos me habían convencido de esta verdad para controlarme, para que obedeciera. Pero saber que mi madre había yacido con Satanás, que había sido juzgada y se había arrepentido era todo lo que necesitaba saber.

Era una Maldita y me había dejado influenciar por el mundo exterior.

—¿Puedes caminar? —preguntó Phebe, y asentí—. Entonces daremos un paseo. Seguro que estás ansiosa por ver la nueva comuna. El profeta Cain las ha reunido a todas aquí.

Eso me llamó la atención.

—¿Todas las comunas?

Phebe extendió la mano hacia mí, la acepté y me ayudó a levantarme. Apreté los dientes por el dolor en los tobillos, pero el dolor desapareció y dejó paso a la curiosidad.

—Sí, todas las comunas. Había cientos por todo el mundo. Después del ataque y de la muerte del profeta David, el profeta Cain ascendió y, junto con el consejo de ancianos, nos trajo a todos aquí.

La miré confundida y pareció darse cuenta de mi sorpresa.

—¿No lo sabías?

Sacudí la cabeza.

—¿Dónde creías que habías vivido antes de que te llevaran ante el profeta por Maldita?

Se me aceleró el corazón.

—Siempre pensé que estaba en otra parte de la misma comuna. Pero no recuerdo mucho de mi infancia, así que nunca le di demasiadas vueltas. Las Malditas vivíamos apartadas de los demás. Nos estaba prohibido interactuar con nadie. Era demasiado peligroso que expusieran sus almas a nosotras, mujeres ramera del demonio.

Phebe asintió, pero me arrastró hasta la puerta. Aparté el brazo y me solté.

—¡Espera! Dudo que el Profeta Cain haya cambiado las normas que me atañen. Tengo prohibido salir de estos aposentos.

Phebe miró a la puerta.

—Nos quedaremos en el camino aislado. No nos verán. Tenemos una hora hasta que el hermano Micah venga a por ti. La adoración matutina está en curso y se me ha encomendado que te vigile.

—¿Por qué tú? —pregunté.

Sonrió y se ruborizó.

—Soy una hermana distinguida.

Fruncí el ceño y se echó el pelo hacia atrás.

—También soy la consorte del hermano de nuestro profeta, Judah. Tengo un estatus elevado entre las mujeres.

Se sentía orgullosa y honrada de estar al lado de Judah, aunque la única vez que lo había conocido lo único que me había hecho sentir era frialdad.

—Vamos, hay mucho que ver —dijo emocionada, tiró de mí para atravesar la puerta y salimos al sol de la mañana.

—Hace años se me concedió mi primera revelación. El Señor vino a mí y me informó de su desagrado por la distorsión de sus palabras. Durante siglos, los profetas fueron enviados a la Tierra y predicaron su mensaje puro e inequívoco. Sin embargo, todas las veces, la gente, esclavos de la castidad y de los rígidos prejuicios de la sociedad sobre el cuerpo, censuraron su mensaje sobre la liberación de la carne y la celebración del amor celestial del Señor a través de la unión de los cuerpos y el placer trascendente que solo se encuentra en los brazos del otro.

»Durante siglos la gente ha vivido con miedo a la exploración sexual, a tocarse a sí mismos para entender sus cuerpos y tocar a otros para entender qué provoca el placer, el gozo, el clímax del orgasmo, el momento en que uno se une a Dios de verdad en el plano más espiritual.

»Pero aquí, en el reino protegido del Señor en la Tierra, entre sus elegidos, no seréis condenados por liberaros de las cadenas de la sociedad. Liberaos de vuestros grilletes y adorad al Señor con vuestros cuerpos. Alabadlo a través de la carne y alimentad vuestras almas con la piel del otro. Porque la frustración sexual inhibe la comprensión religiosa. El Señor quiere que le adoréis con el amor puro, entregando vuestro corazón y vuestra alma, y esto es imposible de lograr cuando se nos niega la liberación sexual. El amor de Dios es libre, y nosotros somos libres de disfrutar de ese amor.

»La liberación sexual no conoce límites de edad. Comprometeos con Dios, liberaos de la frustración y de los deseos prohibidos, porque todos somos de una sola carne, todos somos uno en la comuna protegida de Dios.

»Escapad del sistema corrupto del mundo exterior. Escapad de los evangelios corruptos que predicán, porque el diablo los tiene en su poder y ha llenado sus almas de pecado. Así como Jesús se rebeló contra los romanos

con palabras de amor y paz, empapémonos del amor y la gloria de Dios, del mensaje final de nuestro Señor y salvador que nos ha sido revelado.

»Uníos a la divina celebración de Su amor. Porque Él nos concederá la salvación a todos en su reino, excepto a su hijo, su creación. Y seguid a su profeta en la Tierra.

»Adelante, hijos míos, acoged el amor de Dios y propagadlo, ¡compartidlo!

La voz familiar del profeta David salía de unos grandes altavoces en el círculo sagrado. No podía creer lo que veían mis ojos.

Parpadeé airada, creyendo que lo que veía era una alucinación. Me temblaban las manos y empecé a respirar con dificultad. Estaban por todas partes, cientos de personas desnudas que retozaban en el césped. Hombres que yacían con mujeres, mujeres que yacían con otras mujeres.

Era hedonista y explícito. Los gemidos de placer resonaban por todas partes. Nunca había visto nada igual. No era un intercambio divino como los que conocía. Era pecaminoso, estaba mal.

Miré la plataforma que se alzaba sobre el círculo. El Profeta Cain estaba sentado con el cuerpo desnudo y una mujer a horcajadas sobre él. Mirase donde mirase había gente practicando sexo.

No entendía nada. No era lo que me habían enseñado, no era como me habían criado.

Se me escapó un gemido y Phebe me miró.

—¿Verdad que es glorioso, hermana?

La miré con los ojos como platos.

—No lo entiendo. ¿Por qué se llevan a cabo tales acciones en la tierra sagrada del Señor?

—Es el mensaje del profeta, Delilah. Siempre lo ha sido. Celebramos el amor del Señor con nuestro cuerpo, «carne de su carne».

Sacudí la cabeza, anonadada.

—¡No! Debemos ser puros y contenidos. Debemos evitar el placer para repeler al mal de nuestras almas y nuestros corazones.

Me apretó el hombro.

—No, hermana. Esa es la vida de las Malditas. No debéis sucumbir al placer porque el mal ya habita en vosotras, no podéis dejar que se extienda

más por vuestras almas. Vuestra misión es manteneros puras para que los ancianos os ayuden a alcanzar la salvación. Como el pueblo elegido de Dios, lo adoramos mediante el clímax y el placer. El Señor nos hizo criaturas sexuales para sentir su amor.

—¡No! —Volví a mirar el círculo y vi a los niños. Niños pequeños con..., ¡Dios, no!

—Phebe, ¡hay niños en el círculo! —siseé y aparté la vista, no soportaba seguir mirando aquel horror.

Levantó las cejas.

—El amor del Señor no tiene barreras. La edad no importa. Son hijos del Señor y expresan su amor.

Me tembló el labio al recordar la primera vez que el hermano Noah me llevó a un intercambio divino.

—Delilah, hoy aprenderás a obedecer, pues tu obediencia derrotará al mal. —Ladeó la cabeza—. Deseas que tu alma endemoniaba se salve, ¿no es así?

—Sí, señor, con desesperación. No quiero estar maldita, no quiero ser una tentadora.

El hermano Noah sonrió y el estómago me dio un vuelco. No era una sonrisa amable ni sincera, sino lujuriosa y excitada.

—Entonces ven, vayamos al gran salón, donde se reúnen todas las pecadoras y Malditas que necesitan ser salvadas.

Agaché la cabeza, sumisa, y le di la mano.

—¿Qué va a pasar allí? —pregunté con mi voz infantil de ocho años.

Se inclinó y me acarició la mejilla.

—Voy a tomarte, Delilah. Te purificaré con mi semilla. No debes resistirte, pues solo retrasarás tu salvación. Quieres liberarte y entrar en el reino del Señor el Día del Juicio, ¿verdad?

—Sí, señor, es lo único que deseo.

—Entonces no te resistas. Tu hermana Bella se resistió mucho al hermano Gabriel en su primer intercambio. Sigue siendo una niña testaruda y pecadora. Su alma es oscura. Tú no quieres eso, ¿verdad?

Negué con la cabeza con energía. No lo quería, en absoluto.

Me asusté cuando me quitaron la ropa. Me asusté cuando me colocaron

a cuatro patas, con la cabeza en el suelo y las manos en la espalda. Fue doloroso e incómodo, pero no me resistí y me entregué al hermano Noah y al Señor. Creía que así me salvaría.

La semilla bendecida del hermano Noah desterraría el mal de mi alma.

Me temblaron las piernas.

—¿Delilah? —me llamó Phebe y me miró con cautela. Miré a la chica que una vez fue mi hermana y solo sentí confusión.

Me volví sobre los talones y eché a correr por el camino que llevaba de vuelta a mis aposentos. Phebe me siguió, pero no me detuve. Tenía la cabeza hecha un lío. Estaba perpleja, confusa y todo me daba vueltas. Ya no sabía qué era correcto y qué no.

Entré en mi habitación y empecé a dar vueltas. Phebe entró corriendo.

—¿Qué ocurre, Delilah? —preguntó—. ¿Por qué actúas así?

Me pasé los dedos por el pelo.

—¿Participas en esos servicios? ¿Lo hace todo el mundo?

Me miró como si estuviera loca.

—¡Por favor, necesito saberlo!

—Sí, desde que era una niña. Son una parte esencial de nuestra fe, de nuestra causa. El apocalipsis se acerca y el profeta Cain asegurará nuestra ascensión al paraíso con sus revelaciones.

—¿Es por lo que eres una «hermana distinguida»? ¿Cómo te ganaste ese título? Nunca lo había oído.

Sonrió.

—El profeta David reveló que debíamos encontrar más adeptos. Fui una de las hermanas elegidas en nuestra anterior comuna para salir al mundo exterior y convertir a más discípulos.

Me temblaron las piernas y me senté en la cama.

—¿Estuviste en el exterior? ¿Saliste de la comuna?

—Sí. Debemos predicar y asumir la misión de compartir la palabra de Dios, como hicieron Jesús y sus discípulos.

—¿Cómo? ¿Cómo convertís a la gente?

Se acercó con cautela, se sentó a mi lado y me cogió la mano.

—Compartimos el amor de Dios —confesó—. Enseñamos a hombres y a mujeres que se puede llevar una vida sin ataduras ni restricciones. Les

enseñamos la vida que llevarían si aceptasen el amor de Dios y se comprometiesen con la causa, con el profeta David antes y ahora con el profeta Cain.

No creí que hubiera nada que pudiera contarme o mostrarme que me desconcertase más que el círculo sagrado. Estaba aturdida, todas mis creencias estaban siendo cuestionadas y destrozadas. ¡Mi vida y mi fe se desmoronaban ante mis ojos!

No sabía cómo digerirlo. Quería estar con Mae y con Maddie, abrazar a Ky y que me consolase entre sus brazos diciéndome que todo iría bien.

Me sentía una extraña en esta comuna. Ajena.

—¿Yaces con ellos y los traes aquí, al paraíso de Dios, a Nueva Sion?

Cuadró los hombros, orgullosa.

—Sí. He traído a la mayoría de los conversos.

—¿Y ahora estás con Judah?

Sonrió y percibí el afecto que sentía por el hermano gemelo del profeta.

—Así es. Me dice que soy digna de estar a su lado. Soy un ejemplo para las mujeres de cómo hacer uso del mensaje del Señor para mostrar a los paganos el verdadero camino.

No me llegaba el aire. Se me cerraron los pulmones, me dolía el pecho y no podía respirar.

—¿Delilah? —Se arrodilló ante mí y me tocó la frente—. ¿Te encuentras mal?

—Sí —conseguí articular—. Por favor, quisiera descansar. Estoy cansada.

Suspiró, se marchó y me dejó sola. Debí de quedarme dormida porque, cuando escuché que alguien abría la puerta, me sobresalté con un jadeo. La habitación estaba a oscuras. Debía de haber pasado todo el día durmiendo.

Estaba de espaldas a la cama, pero, cuando unos pesados pasos se acercaron, el instinto me hizo recular hacia el cabecero.

—Rebekah, ¡ups! Ahora es Delilah, ¿no?

Los resquicios de luz solar que entraban por la ventana iluminaron al hermano Micah.

Di un grito ahogado de miedo. Su estructura era intimidante. El pelo castaño le caía por la espalda y la barba le llegaba hasta el pecho. Tenía los ojos marrones, pequeños y estrechos y su cara parecía fruncir el ceño de

forma permanente. Era alto y misterioso. ¿Sería mi salvador?

Se acercó y se inclinó sobre la cama.

—Eres hermosa, Delilah, una exquisitez.

Lo observé atentamente y él tensó los labios. Se dio la vuelta y se levantó la túnica. No me atreví a apartar la vista cuando su piel quedó expuesta. No pude contener un grito de asombro. Él miró hacia atrás.

—¿Ves lo que me hicieron tus artes de ramera?

Tenía cicatrices por toda la espalda, desde el cuello hasta la parte baja de la columna. Lo habían azotado, a latigazos, igual que a Jesús.

Se volvió y me miró.

—¿Recuerdas aquella noche? La noche en que entraste en mi habitación y me provocaste con tu dulce sonrisa, me tentaste con tus ojos azules. Estaba embrujado por tu aspecto. El profeta David acababa de predicar sobre cómo tocar y complacer a una niña, cómo nuestras tutoras en la Orden empezarían a tocarnos para descubrirnos el amor del Señor.

»Una de las hermanas que se ocupaba de mí acababa de purificar mi hombría con su boca. Al principio me confundió, pero llegó a gustarme. El profeta David me dio libros para colorear que mostraban el cuerpo de una niña y los lugares donde les gusta que las toquen. Te había querido durante años, desde que tenía memoria. No era solo un capricho infantil. Me consumiste, todos mis pensamientos, mis sueños, cada fibra de mi cuerpo. Siempre pensaba en ti, en cómo me gustaría que fueras una de esas chicas de los libros de colorear.

Sus ojos se oscurecieron y se llevó la mano a la entrepierna, que revelaba su excitación. Dio un paso adelante y luego otro, hasta que sus rodillas chocaron con el colchón al final de la cama. Empezó a acariciarse la erección y sentí náuseas. Tenía ganas de vomitar.

«Por favor, Señor, sálvame, protégeme de la ira de Micah», recé.

—Aprendí a tocarme pensando en ti. Aprendí a dar placer y a trascender para acercarme a Dios, siempre pensando en el azul de tus ojos y en tus labios carnosos.

Apoyó las palmas en el colchón y después las rodillas. No tenía adónde ir. Estaba atrapada, paralizada por el miedo. Era una prisionera en aquella cama.

Sus ojos brillaron con algo más, un sentimiento que no supe descifrar.

—El diablo le habló a mi alma inocente y temerosa de Dios a través de ti. Con tu hermoso rostro nacido del pecado me atraíste, me hiciste caer en desgracia. ¡Me tentaste y fui débil!

Se acarició con más intensidad y jadeó, empapado en sudor. Se detuvo un momento para arrastrarse hacia adelante y me obligó a tumbarme cuando se cernió sobre mí, con la mano en su miembro.

—Después de que mi padre nos encontrase, a ti te desterraron por la bruja que eres y a mí me castigaron por no resistirme. Habías tentado a mi padre antes, pero él se mantuvo firme, mientras que yo sucumbí. Sucumbí al mal. A una ramera de Hades.

No tenía palabras y no me moví cuando Micah se inclinó y su aliento me calentó las mejillas.

—Me llevaron a la colina de la perdición, me ataron los brazos a dos árboles y rasgaron mi túnica por la mitad. Mi padre me dio treinta y nueve latigazos, como a Jesucristo.

—Lo siento —susurré, aterrorizada.

Detuvo el movimiento de su mano y una gota salada de sudor cayó en mi mejilla.

—¿Lo sientes? No quiero ni necesito tus disculpas, puta. Los latigazos me liberaron de tu hechizo. El dolor me hizo prometer que nunca volvería a caer. Cada azote se me quedó grabado y me prometí que si el Señor volvía a cruzar nuestros caminos, me convertiría en un soldado de Cristo y me enfrentaría a Satanás por tu alma.

Grité cuando su mano me levantó el vestido. Sus dedos no se detuvieron en su ascenso por mis muslos, hasta que llegaron a mi ropa interior y me la bajaron por las piernas. La tiró al suelo.

—Levanta —ordenó, y obedecí.

La situación no me era ajena. Si cerraba los ojos, podía imaginar al hermano Noah sobre mí, pues había vivido ese momento miles de veces.

Con piernas temblorosas, incliné la cabeza, sumisa.

—Quítate el vestido.

Vacilante, levanté los brazos y me desabroché el vestido, que cayó al suelo. Estaba desnuda. Desprotegida. Había vuelto.

Escuché el crujir de las sábanas y Micah apareció delante de mí, con la

cabeza agachada para verme los ojos.

—Mírame, Delilah —dijo, y obedecí, como siempre había hecho.

Me pasó la mano por el pelo y pronunció las palabras que tan familiares eran para mí:

—Voy a tomarte, Delilah. Te purificaré con mi semilla. No debes resistirte, pues solo retrasarás tu salvación. Quieres liberarte y entrar en el reino del Señor el Día del Juicio, ¿verdad?

Los *flashbacks* de cuando era una niña y escuchaba esas palabras exactas de los labios del hermano Noah me llenaron la mente y me paralizaron.

Me convertí otra vez en aquella niña de ocho años. Volví a ser esa pobre alma perdida.

Asentí.

—Sí, señor, es lo único que deseo.

Las palabras salieron solas. Era una rutina.

—Entonces no te resistas —ordenó el hermano Micah—. En mi poder está tu salvación. He sido bendecido por el Señor para transmitirte su afecto.

Micah se apartó y señaló la cama. Avancé tres pasos, me incliné, apoyé la frente en el colchón y puse las manos en la espalda.

El colchón se hundió y el hermano Micah se colocó en mi entrada y empujó su longitud dentro de mí. Cerré los ojos e imaginé al único hombre al que amaba. El hombre que jamás me usaría así, que condenó a los que lo hacían y me hizo el amor.

—Nena, escúchame bien.

Suavizó la mirada y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Su barba me hizo cosquillas en la piel del pecho.

—No soy como ellos. Sí, soy un golfo, no es ningún secreto. Me he tirado a más de las que puedo contar, pero nunca me han importado una mierda, ninguna de ellas. Tú me importas. Nunca he esperado tanto como contigo. He matado por ti y volvería a hacerlo sin dudarlo. Si alguien intenta separarte de mí, le rajaré la garganta. Me perteneces, eres mía y ahora, en esta cama, voy a hacer algo por primera vez. Los dos lo haremos.

Contuve el aliento, temerosa de que mi respiración rompiera el momento y no descubriera lo que iba a decir.

—Voy a hacerte el amor. Voy a poseerte y a hacerte mía, porque nadie

más podría hacerme esto aparte de ti.

Susurré su nombre y esta vez no contuve las lágrimas que me rodaron por las mejillas. Eran la prueba que merecía de que yo también lo quería todo con él.

Suspiró y me limpió las lágrimas con un beso. Apoyó la frente en la mía y respiró hondo.

—Te quiero, Lilah —susurró—. Esto no es solo un polvo. Lo sabes, ¿verdad?

Mis inhibiciones desaparecieron. Puse las manos a ambos lados de su cara y lo besé.

—Te quiero muchísimo. Haces que me sienta segura, contigo no tengo miedo. No sabes lo especial que es para mí sentirme así.

Me dedicó una sonrisa maravillosa...

Me aferré al recuerdo de su rostro. Kyler Willis, mi único y verdadero amor.

«Te quiero, Ky, siempre te llevaré en mi corazón».

Ky

—Tenemos que hacer un reconocimiento. Si entramos a ciegas es que somos gilipollas —dijo AK, y Sonrisas y Tanner lo respaldaron.

El puñetero nazi había cumplido y había vuelto con los planos. Efectivamente, la comuna era una fortaleza. Mil hectáreas de protección militar bien oculta y de alto nivel. Era como intentar asaltar Fort Knox.

No sé cuántos chupacruces habría, pero, por lo que Tanner había encontrado, podrían ser miles.

Los Verdugos tardarían semanas en reunir a tantos hermanos, así que Styx había decidido dejar que AK y Sonrisas entraran y echaran un vistazo al lugar para ver si había alguna manera de entrar sin ser vistos. Había pasado un día desde aquello. No tenía sus mismas habilidades para ser útil, así que me pareció más productivo quedarme en el bar pegado a una botella de Jack.

Lilah llevaba dos días desaparecida, dos larguísimos días de mierda, y no era imbécil. Mae había comentado lo que le harían, pero me negué a pensarlo. No quería imaginar a esos sádicos violando a mi mujer. Joder, estaría muerta de miedo. Mi dama era una chica tímida, jodida y con el cerebro lavado.

Mae y Maddie estaban destrozadas y se pasaban el día encerradas en el apartamento de Styx, con la mirada perdida en la pared.

—¿Cómo lo llevas?

Alacrán se sentó a mi lado y me devolvió a la realidad, lejos de pensamientos nada agradables. Como siempre, Cowboy no andaba lejos. Eran como putos siameses.

—Ky —saludó este último y le pidió una cerveza al aspirante mientras se sentaba junto a su amigo.

No hablamos. ¿Qué cojones íbamos a decir?

Pasaron las horas y los hermanos fueron entrando en el bar. Tanque, Toro, Vikingo, Flame y Tanner aparecieron y, finalmente, también Styx. Pasábamos el día esperando información, las damas estaban arriba con Maddie y Mae.

Alguien me dio un codazo en el brazo y me volví. Styx se sentó a mi lado. Tampoco dijo nada.

Cuando escuchamos el motor de una Harley fuera, me levanté del taburete como un resorte, dispuesto a salir corriendo hacia la puerta, pero Styx me sujetó.

Poco después, AK y Sonrisas entraron en el bar con aspecto cansado y despeinado. Sonrisas tenía el pelo grasiento y atado. Tenía la ropa y la piel cubiertas de suciedad. Fui hasta ellos mientras se desplomaban en los sofás.

Styx silbó para que todos se acercasen.

—¿Y bien? —pregunté.

AK levantó la cabeza y se frotó la cara.

—Tienen un puto ejército.

Suspiré y crucé los brazos.

—¿A qué nos enfrentamos? —preguntó Alacrán.

—Hay guardias patrullando con AK-47 alrededor de todo el perímetro y no son aficionados, saben lo que hacen. Tienen dos turnos, día y noche —explicó Sonrisas.

—¿Algún punto débil? —preguntó Tanque.

—Pocos, aunque encontramos uno al suroeste. Solo hay colinas, campos y matorrales. Es el acceso más débil, pero incluso este cuenta con cuatro verjas eléctricas, cámaras y patrullas cada hora. —AK nos miró a Styx y a mí—. No sé de dónde cojones han salido, pero los cabrones que nos cargamos hace meses, los ancianos, el profeta follaniñas, los tíos que tenían a Mae, Li y Maddie, no eran nada en comparación. Este sitio no se parece a nada que haya visto. Y tienen munición de la buena, mierda israelí de alto nivel. Joder, presi, es mejor que lo que nosotros manejamos.

Styx me dio un codazo y le miré las manos justo cuando empezó a moverlas. «¿Qué pollas es ese sitio? ¿Qué hacen allí?».

Sonrisas sonrió por una puta vez, aunque sin una pizca de humor.

—Es como una cruzada, Jerusalén fortificada. Como si se preparasen para el puñetero Armagedón.

Styx se frotó los ojos y miró a Toro.

«¿Sabes algo de nuevos traficantes en nuestro territorio?».

El aludido sacudió la cabeza.

—Nada, no hay novedades.

—Esperan el momento adecuado —dije, y Styx me miró—. Todos conocemos a Rider, está cabreado y va a darnos por culo pero bien.

—Conseguimos entrar y echar un vistazo a las afueras, pero no penetramos más —comentó Sonrisas.

—¿Y Lilah? ¿La visteis? —pregunté con un nudo en el estómago.

Los dos exmilitares se miraron, como si dudasen sobre qué contar. Di un paso al frente, lo que atrajo su atención.

—Sea lo que sea, más vale que habléis.

AK se recostó en el sofá.

—Vimos algo, pero ni rastro de Lilah —explicó.

—¿Qué visteis? —preguntó Alacrán—. Tenemos que saberlo todo si vamos a entrar.

Sonrisas frunció el ceño.

—Ya nos íbamos cuando escuchamos no sé qué mierda bíblica por unos altavoces.

Se volvieron a mirar y me cabreeé más.

—¡Dejad de miraros de una puta vez y cantad! —grité, y AK rechinó los

dientes.

—¿Quieres saberlo? ¡Vimos una puñetera orgía! Un montón de gente follando en la hierba, todos en pelotas, por todos los agujeros que se encontraban mientras gritaban en no sé qué idioma.

—Nunca había visto nada igual —añadió Sonrisas.

Me quedé de piedra. AK se levantó y me puso la mano en el hombro.

—Una secta sexual de las chungas. No vimos a Lilah, pero eso no quiere decir que no estuviera allí. Joder, no estoy seguro, pero hasta me parece que había niños.

Flame se levantó como un resorte, con los puños apretados y la respiración acelerada.

—¿Niños? ¿Adultos follando a niños?

AK lo miró.

—No estoy seguro, pero sí que escuché voces que parecían muy jóvenes salir de entre la gente.

Flame estaba notablemente alterado y miró a Styx.

—¿Cuándo entramos?

Styx miró a Sonrisas y AK y levantó las cejas, preguntando en silencio.

—Creemos que lo mejor es al anochecer —respondió Sonrisas—. Hemos localizado una entrada bastante segura, pero no sabemos lo que nos espera más allá. La oscuridad nos dará la cobertura extra que necesitamos para localizar a Lilah. —Se volvió hacia mí—. La encontraremos, a cualquier precio. Incluso aunque no me cayera bien, no la dejaría entre esos cerdos ni loco.

—También está el tema de las armas —comentó Toro—. Tenemos que intentar averiguar qué tienen. Siguen estando a las afueras de Austin. En cualquier momento moverán ficha a nuestro territorio y sin duda entraremos en guerra con esos hijos de puta.

«¿Todos de acuerdo con salir al anochecer?», gesticuló Styx, e interpreté la pregunta.

Todos respondieron que sí.

—¿Quiénes iremos? —pregunté—. Porque yo voy y no pienso discutirlo.

Styx asintió y señaló a AK, Sonrisas, Cowboy, Alacrán, a él y a mí. «Nosotros seis, pero AK y Sonrisas están al mando, ¿queda claro?».

Apreté los dientes con tanta fuerza que casi me rompí la mandíbula.

—Cristalino —respondí.

—Tanque, Toro, Flame y Vikingo, os quedaréis a proteger el club. Que no entre nadie.

Los aludidos asintieron, menos Flame, que gruñó.

—Yo voy —espetó con los ojos casi fuera de las órbitas. No llevaba camiseta, solo el cuero—. Ni de coña me vais a dejar fuera de esto. Voy a ir y voy a beberme la sangre de esos pedófilos hijos de puta.

AK se le acercó.

—Hermano, es una misión de rescate, entrar y salir. Se trata de ser discretos o nos cogerán y nos crucificarán o a saber qué. No son un grupo de *hippies*, esta nueva secta mejorada es una fortaleza prácticamente inexpugnable dispuesta a reventar a todo el que ponga un pie en su territorio.

Flame lo miró como si no hubiese oído una palabra.

—Pienso ir de todas maneras, cierra la boca —respondió, y sonrió como un loco—. Puedo ser muy silencioso al matar.

Los demás parecían preocupados, pero a mí no me molestaba saber que ese cabrón psicópata me cubría las espaldas.

«Entonces iremos esta noche —ordenó Styx—. Descansad, os hará falta».

Todos me palmearon la espalda al salir del bar hacia sus habitaciones, hasta que solo quedamos Styx y yo. Me despedí con la barbilla y me largué a dormir un rato, pero me sujetó por el brazo.

«Si la secta se ha vuelto peor a las órdenes de Rider que cuando la dirigía el hijo de puta que les jodió la vida a nuestras perras, más vale que te prepares, hermano».

—Solo lleva allí un par de días, la encontraremos antes de que le hagan daño —respondí, pero era consciente de que me engañaba a mí mismo, y él también, a juzgar por su expresión de lástima. En el momento en que Lilah había puesto un pie en esa comuna, la habrían recluido para que los hijos de puta de los ancianos la «salvaran». Ella misma me lo había dicho.

—Ve con Mae —dije y me fui a la habitación casi corriendo. Cerré de un portazo, apoyé la espalda en la madera y me deslicé hasta el suelo con la cara entre las manos.

«¡Joder! Por favor, que esté bien».

Capítulo diecisiete

Lilah

Las hojas de un árbol bailaban y las sombras se proyectaban en la pared del dormitorio a través de la ventana. Fuera estaba oscuro y el silencio era absoluto. Las hojas no eran un espectáculo agradable. Las formas oscuras que se unían, se cruzaban y temblaban casi parecían demonios arrastrándose por la pared, acechándome y burlándose de mí. Cerré los ojos para escapar de la inquietante visión.

Tenía las piernas entumecidas. Intenté cambiar de posición, pero el dolor me atravesó desde el sexo y me estremecí. Estaba dolorida. Micah había sido cruel. Tenía semen y sangre seca en las piernas.

Había perdido la cuenta de cuántas veces me había forzado, siempre recitando las escrituras. Todas las veces reaccioné temblando, con los ojos en blanco y rezando a Dios en silencio para que me salvara.

—«Así que someteos a Dios. Resistid al diablo, y él huirá de vosotros» —gritaba con cada penetración, cada vez que me tiraba del pelo con el puño y cada vez que su semilla se derramaba en mi interior.

Se marchó agotado tras su ardua tarea y me dejó inmóvil sobre la cama, pero antes prometió volver al día siguiente. No quería que ese día llegara.

Nunca me había sentido tan sucia, tan usada. En el pasado, después del final de cada intercambio divino siempre había aceptado que estaba un paso más cerca de la salvación. Pero el hermano Micah no lo hacía para salvarme, me castigaba por sus latigazos, me arrancaba el cabello y me causaba dolor a

propósito al entrar en mí cuando estaba totalmente seca. Me había arañado y clavado los dientes en el hombro, me había magullado las caderas al agarrarme con una fuerza implacable y había marcado mi cuello al inmovilizarme, casi a punto de asfixiarme.

El hermano Noah había sido el único en tomarme en toda mi vida. No sabía lo que era hacer el amor ni sentir placer con el sexo hasta que apareció Ky. Él me había cambiado, su amor había cambiado algo fundamental dentro de mí.

Me había demostrado que este acto estaba mal.

Parpadeé una vez. Dos. ¡Estaba mal! ¡Todo en este lugar estaba mal!

Me temblaban las piernas. Usé las manos para levantarme del colchón y sentarme. Me sentí recargada con una energía desconocida. Antes de darme cuenta de lo que hacía, me puse en pie, me re Coloqué el vestido manchado de sangre y semen y me tambaleé hasta la puerta.

Apoyé el oído en la madera, no se oía nada. Abrí la puerta muy despacio, comprobé que el pasillo estaba despejado y salí de puntillas.

Se oían voces al final del pasillo y asumí que era la habitación de los guardias. El recorrido hasta la salida era corto, así que, con el mayor cuidado que pude, crucé el pasillo hasta ella y salí al aire de la noche.

Mareada, seguí el sendero y llegué hasta la linde del bosque. No tenía ningún pensamiento consciente, solo ponía un pie delante del otro sin detenerme e intentando correr. Y corrí, lo hice.

Me abrí paso entre la espesura de los árboles y corrí tan rápido como me permitían mis piernas doloridas. No sabía dónde estaba o hacia dónde corría, pero daba igual, pensaba en Ky y su imagen me mantenía fuerte. Tenía que salir de allí, no me creía que yo, Delilah, la mayor devota del profeta, estuviera tratando de huir al exterior.

Respiraba con dificultad. Tropecé con una rama caída. Estaba exhausta, necesitaba descansar con desesperación. Cuando mis palmas y mis rodillas golpearon el suelo, traté de levantarme de nuevo, pero no pude. Con la mejilla sobre las hojas secas, escuché voces que se acercaban. Una voz en particular me llamó la atención: el hermano Micah.

—¡Por aquí! ¡La veo! —gritó, y en segundos me rodearon los guardias.

Me levantaron del suelo. Aturdida, miré al hermano Micah. Apretaba los labios y estaba furioso.

—¿Intentabas escapar, puta? ¿Querías volver a abandonar a tu pueblo, a tu profeta?

No respondí. Conocía las consecuencias de desertar y nada de lo que tuviera que decir sería escuchado.

Sus ojos ardían de rabia y ansias de venganza.

—La llevaremos ante el profeta —dijo—. Esta puta creada por Satanás no tiene salvación posible, su redención es imposible. Es malvada hasta la médula. El profeta Cain no tolerará su intento de fuga para volver con esos adoradores del demonio.

Ya me daba igual. Que hicieran conmigo lo que quisieran. No podría vivir así. Si mi alma no iba a ser salvada, Ky nunca me amaría de verdad. Prefería morir a que me amase por una artimaña y prefería morir a vivir bajo el mando del profeta.

Esa comuna no representaba lo que para mí era sagrado. El sexo se usaba de forma inmoral. Se infligían cicatrices a las almas que no lo aceptaban.

Acepté sin reparos la acusación de deserción.

Por primera vez en mi vida, acepté sin reparos la liberación final del mal que habitaba dentro de mí.

—Maestro, debéis convertirla en un ejemplo. Es una Maldita, no queda nada que podamos hacer por ella como servidores de Dios. Los hombres con los que ha vivido han corrompido su alma y han alimentado la influencia del diablo.

De nuevo, tenía las manos atadas. Estaba sentada en el duro suelo de los aposentos del profeta Cain, que estaba ante mí, rodeado por Judah y el consejo de ancianos, mientras Micah exponía mi caso.

El profeta me observaba con atención y una cierta indecisión que me pareció vislumbrar por un segundo. Avanzó dos pasos y se agachó.

—Delilah, he oído hablar mucho de ti. —Levanté la mirada hacia él y me sorprendió su belleza—. Cuéntame, ¿por qué has querido huir de tu pueblo?

No respondí. Nada de lo que dijera sería escuchado.

Suspiró.

—Arrepiéntete. Acepta expiar tus pecados de acuerdo con las escrituras del profeta David y no tendrás que pasar por un juicio —dijo con voz pausada.

Bajé la mirada y me levantó la barbilla.

—Mírame —ordenó, y obedecí. Sonrió—. Eres hermosa. Si no estuviese destinado a otra, con gusto asumiría tu instrucción.

Se me revolvió el estómago. Otro hombre afectado por mi rostro.

—Dime —susurró lo bastante bajo para que nadie más lo oyera—. ¿Cómo está Mae?

Se me aceleró el corazón, pero no respondí. No quería hablarle de mi hermana.

—¿Sigue con él? —preguntó con envidia en la voz—. Dímelo y te libraré de un juicio. De verdad, no creo que quieras ir a juicio.

Seguí en silencio. Me daba igual lo que me hicieran. Con juicio o sin él, ya estaba harta. No quería seguir viviendo con una belleza que incitaba a hombres como Micah a violarme. Con lo que ahora sabía, era consciente de que un «intercambio divino» no era más que una violación.

El profeta Cain suspiró, airado. Se levantó y se dirigió a su hermano.

—Eres el Sumo Inquisidor. Yo me lavo las manos, no tengo interés en participar en su educación. —Se volvió hacia el hermano Micah—. Tienes razón, no tiene salvación posible.

Se marchó por un largo tramo de escaleras hasta que desapareció de la vista. Los hombres que quedaban en la habitación me observaron. Los hermanos Judah, Luke, Micah y, el que más dolía, mi padre, aunque por fin había asumido que ese hombre no había sido un padre para mí. No le importaba lo que me pasase.

Judah miró a Micah.

—Reúne a las gentes, deben ser testigos de cómo la Orden castiga a una ramera de Satanás que se regocija en el pecado. La llevaremos al círculo y la juzgaremos como la bruja que es.

«Si el Señor quiere salvarme, que este juicio sea la prueba», pensé.

La multitud estaba de pie y me miraba. Estaba atada por las muñecas, cada brazo extendido y sujeto a un poste. Me gritaron con las caras encendidas de ira cuando Judah y Micah me presentaron como una desertora.

—Esta Maldita hija de Eva ha intentado huir de la Orden esta noche después de ser salvada por el hermano Micah.

Varios jadeos de asombro resonaron en el claro. Hombres y mujeres de todas las edades y tamaños me miraban con atención. Algunos cubrían las caras de los niños con sus manos para protegerlos de mí.

—El demonio que habita en su interior la convenció para escapar de la salvación de Dios y, como una mujer débil, se dejó influenciar para alejarse del camino de luz de Dios. En su lugar, escogió la oscuridad.

El hermano Judah hizo callar a la multitud con un gesto de la mano.

—Hace años, el profeta David escuchó la llamada del Señor, que le ordenó crear un lugar donde sus elegidos, su pueblo, pudieran vivir libres lejos del mundo exterior y venerarlo en paz. Pero el demonio descubrió al nuevo profeta de Dios y se enfureció. Puesto que las mujeres eran débiles y más susceptibles a la influencia del pecado, entraría en sus lechos disfrazado para fornicar con ellas. Meses después nacería un bebé, siempre una niña, una tentadora de la peor calaña, una Maldita.

Se acercó a mí, me agarró del pelo y me levantó la cabeza.

—Esta mujer es una de ellas. Su madre, demasiado débil para resistirse a los encantos de Satanás, acogió en su cama al mismísimo Hades. Aquí tenéis a una Maldita.

Todos lo miraban absortos mientras se agachaba a mi lado. El hermano Micah me sujetó el pelo para que mi cara quedase expuesta.

—Miradla, diseñada para que los hombres caigan a sus pies. —Judah me pasó un dedo por la frente—. Unos rasgos perfectos que seducirían a cualquiera. La frente del tamaño perfecto y los ojos enmarcados por largas pestañas negras. Los pómulos altos, pero no demasiado marcados, la barbilla pequeña para darle una apariencia más suave y los labios carnosos y rosados, pero sin ser la boca demasiado grande. Los hombres protegerían esta cara con su vida solo por una sonrisa.

Judah se levantó y me tiró del pelo con tanta fuerza que tuve que ponerme de puntillas. El hermano Micah se colocó detrás de mí y rajó la parte trasera de mi vestido, de modo que lo único que cubría mi desnudez eran mis enaguas

blancas. Tiró de la tela para que se me pegase al cuerpo.

Los hombres de la multitud me miraron con lujuria, algunos incluso se acercaron más a la plataforma.

—Veo cómo os atrae su canto de sirena, hermanos, pues su cuerpo fue creado para provocar el deseo en el corazón de los hombres.

Judah puso la mano en mi hombro y la deslizó hacia abajo despacio.

—Sus hombros son femeninos y gentiles. Sus senos, grandes y descarados.

Contuve la bilis cuando me puso una mano en el pecho, amasó la carne y me pellizó un pezón. Después llevó la mano hasta mi cintura.

—Su cintura es pequeña y su estómago, plano, mientras que sus anchas caderas cautivan a los hombres y los atraen entre sus muslos.

Me soltó y caí al suelo. La cuerda me quemaba la piel de las muñecas.

—Son muchos a los que ha tentado esta mujer, esta puta. —Miró al consejo de ancianos—. Dad un paso al frente si las artimañas de esta mujer os afectaron.

El hermano Micah dio un paso, después el hermano Luke y, finalmente, mi padre. La multitud jadeó al ver a los ancianos reconocer su debilidad.

Judah avanzó hasta el borde de la plataforma.

—Hermanos, vosotros que ahora la miráis, dad un paso al frente si habéis deseado yacer con ella, probarla y tocarla.

Entre temblores, levanté la barbilla. Muchos hombres, decenas y decenas, avanzaron. Las lágrimas que hasta ahora no habían aparecido rodaron por mis mejillas. «¡Maldita cara! ¡Maldito cuerpo!».

Judah levantó los brazos.

—¡Esta noche libraremos a esta mujer del mal para siempre!

El hermano Micah volvió a colocarse a mi espalda, me arrancó las enaguas y me dejó expuesta ante la multitud. Algunos hombres parecieron enloquecer de lujuria ante la visión de mi piel desnuda.

—¡Hermano Micah! ¡Trae el látigo! —ordenó Judah, y escuché cómo Micah recogía algo del suelo. Segundos después, noté su aliento caliente en la oreja.

—Esta es mi venganza, Delilah. Tú también quedarás marcada, si no mueres primero.

No sentí miedo, más bien al contrario. Querían marcarme, que mi espalda

quedase cubierta de horribles cicatrices y dejase de ser perfecta. Querían que me arrepintiera y reconociera el mal que llevaba dentro.

Pero no les concedería sus deseos. Prefería morir a seguir en la comuna. Quería liberarme de mi estigma de pecadora.

Sonreí y el hermano Judah frunció el ceño al verme. Enrojeció de ira por mi insolencia. Agaché la cabeza y cerré los ojos con fuerza.

El primer chasquido del látigo me cortó la carne y una llamarada de dolor me atravesó el cuerpo. Grité sin querer y levanté la vista justo a tiempo para ver a Judah sonreír triunfante.

Me preparé para el siguiente latigazo y todos los que siguieron. Las gotas de sudor me perlaban la piel y caían al suelo de madera.

Incluso el roce de la brisa era como una cuchilla sobre mi piel. Cuando los latigazos pararon, mi espalda se hundió y Judah se inclinó a mi lado mientras con un gesto pedía silencio a la multitud.

—¿Te arrepientes de tus artes de tentadora?

Me obligué a seguir en silencio y aparté la mirada. Sacudió la cabeza y se dirigió a los que estaban detrás de mí.

—Desatadla.

Alguien cortó las ataduras de mis muñecas y mi cuerpo cayó al suelo.

—¡Sujetadla! —ordenó Judah.

Unas manos tiraron de mis brazos y me levantaron del suelo. Alguien me tiró del pelo y me hizo mirar a la multitud. Los veía borrosos, no distinguía sus rostros ni sus ropas, pero entonces se separaron, empujados por alguien que se abría paso hasta el frente.

Un reflejo rojo fue lo primero que vi, después escuché un gemido y, poco después, reconocí a Phebe delante de mí, que se cubría la boca con la mano.

Me centré en mirarla mientras Judah le hablaba a la multitud.

—Jesucristo murió en la cruz para expiar los pecados de los hombres, pero algunos pecados no tienen perdón. Unirse a Satanás es un pecado mortal.

Levantó la mano y alguien le dio una gruesa barra de metal.

—Esta pagana se reunirá con Dios vistiendo la marca de Cristo en su piel, para que nuestro Señor sepa que lo intentamos todo para salvar su alma y que fue en vano.

Phebe lloraba mientras observaba a Luke y Micah sujetarme por los

brazos, desnuda delante del pueblo de Nueva Sion.

Había un barril a un lado del escenario que mi padre encendió con un fósforo. Las llamas surgieron rápido; el calor era demasiado para mi mejilla expuesta. Judah puso la barra en el fuego y el extremo se enrojeció con el calor.

Se acercó a mí con la barra en alto y la colocó sobre mi estómago en posición vertical. El hierro candente me escaldó la piel.

Aunque no quisiera, aunque estuviera débil, grité de dolor, lo que hizo que Judah sonriera satisfecho. Tenía todo el cuerpo en tensión, me costaba respirar, no tenía aire en los pulmones.

—Esta ramera llevará la marca de Cristo, nuestro redentor, por toda la eternidad. ¡La cruz contendrá al demonio que habita en su interior!

Volvió a sumergir la barra en el fuego y se acercó con ella en alto. Cerré los ojos y me preparé. Cuando llegó, el olor a carne quemada me invadió las fosas nasales.

Me mantenía apenas consciente cuando Judah tiró la barra al suelo y me miró.

—Por última vez, Delilah, puta de Satanás, ¿te arrepientes de tus pecados?

Era el final. El momento en que elegiría mi destino. Levanté la vista al cielo nocturno y recé.

—Señor, por favor, ayúdame a ser fuerte y a superar este juicio, pues quiero liberarme del pecado y ser salvada con la muerte.

Judah escupió a mis pies.

—¡Arderás y las llamas purificarán tus pecados! —proclamó.

Phebe cayó de rodillas con un grito de dolor y Judah la miró con desprecio. Luego se dirigió a mi padre y a Micah.

—Hermano Isaiah, hermano Micah, llevad a Delilah a la colina de la perdición. Ya sabéis qué hacer.

Mi padre sustituyó al hermano Luke a mi lado y, junto con Micah, me arrastraron fuera del escenario. El áspero suelo de madera me arrancó la piel de los dedos de los pies.

Debí de perder la conciencia, pues lo siguiente que recuerdo es despertar mientras el hermano Micah empujaba su miembro dentro de mi sexo.

—Señor, por favor, perdóname —jadeó, y embistió un par de veces más. Ni siquiera lo sentí.

Apoyaba la cabeza en el hueco entre mi cuello y mi hombro. Se incorporó y me miró a los ojos.

—Eres la criatura más bella de la Tierra. Nunca he deseado a una mujer como te deseo a ti. —Suspiró y frotó su mejilla contra la mía—. Esta hermosa cara me hace enloquecer.

—¡Hermano Micah, debemos proceder!

Miré en dirección a la voz y vi a mi padre colocando tablones de madera.

—Echaré de menos esta cara —dijo Micah, y salió de mi interior. Entonces me agarró las piernas y me obligó a estirarlas para atarme por los tobillos. Quise mover los brazos, pero los tenía atados sobre la cabeza a un gran tronco de madera.

¡Estaba atada a una estaca!

Me removí mientras mi padre colocaba tablones a mis pies.

«¡Arderás y las llamas purificarán tus pecados!». De pronto, las palabras de Judah cobraron sentido. ¡Iban a quemarme en la hoguera!

El hermano Micah me aseguró las piernas y empezó a ayudar a mi padre.

Entré en pánico y grité, frustrada, sin poder liberarme de mis ataduras.

—Por favor —supliqué—. ¡No me matéis así!

El dolor de la espalda me hacía delirar y la piel quemada del torso me provocaba una agonía incomparable. Tenía sed, tenía la boca seca. Miré alrededor, pero solo había campos, una pradera verde y una camioneta aparcada al pie de la colina con la que probablemente me habían traído a ese lugar tan apartado.

Mi padre sacó una cerilla de un pequeño saco de lino y encendió el pedernal en la base de la hoguera. Observé cómo los troncos empezaban a encenderse y la primera llama consumía la madera.

—¡No, por favor! —grité cuando el calor me llegó hasta los pies.

Los dos se arrodillaron, cerraron los ojos y entrelazaron las manos para rezar.

—«Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles». «Pero los cobardes, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los que cometen inmoralidades sexuales, los que practican artes

mágicas, los idólatras y todos los mentirosos recibirán como herencia el lago de fuego y azufre. Esta es la segunda muerte». «Ellos sufrirán el castigo de la destrucción eterna, lejos de la presencia del Señor y de la majestad de su poder».

Recitaban las escrituras. Mateo, Apocalipsis, Tesalonicenses...

Hablaban con Dios, demasiado inmersos en el éxtasis de la glosolalia para escuchar mis gritos.

Las llamas crecieron y perdí toda esperanza de ser salvada de esa horrible muerte.

Cerré los ojos y recé para que acabara pronto.

Capítulo dieciocho

Ky

—¿Preparado?

Sonrisas miró a AK y empezó a desatornillar la caja de fusibles para desactivar la corriente eléctrica de la verja.

Los demás, Styx, Flame, Cowboy, Alacrán y yo, esperábamos, pero estaba de los nervios. Necesitaba entrar ya.

Era totalmente cierto: ese sitio era una puñetera fortaleza militar. Había muros, verjas y puestos de vigilancia por todas partes. Ya nos habíamos tenido que ocupar de dos guardias: uno se lo había cargado Styx y el otro, yo. No nos habían visto venir y fue fácil sorprenderlos con una bala entre las cejas. Con los silenciadores, las pistolas ni silbaron.

—¡Ya está! —susurró Sonrisas mientras tiraba al suelo la tapa de la caja de fusibles.

Alacrán se acercó con los alicates y abrió un agujero en la verja lo bastante grande para que entrásemos.

Una a una, cruzamos la hilera de verjas hasta llegar a un campo descomunal. Nos mantuvimos pegados a los árboles mientras AK nos guiaba al bosque.

—Ahora ¿qué? —preguntó Cowboy.

—Hacia el norte —respondió Sonrisas—. Los planos muestran que la mayoría de los edificios están allí.

«Te seguimos», indicó Styx por gestos y nos pusimos en marcha.

Habíamos avanzado un par de kilómetros sin salir del bosque cuando me pareció escuchar voces.

Me paré y levanté las manos para llamar la atención de los demás. Todos se quedaron quietos y me concentré en escuchar mientras me miraban.

—¿Oís eso? —murmuré.

AK frunció el ceño.

—Aquí no hay nada. En el mapa solo hay campo.

Las voces se oyeron más alto y retrocedí en su dirección. Me pareció ver una columna de humo.

—Parece un incendio —dije, y los demás se acercaron a mirar—. ¿Por qué cojones hay un incendio tan lejos de todo?

AK se volvió hacia Sonrisas.

—Hay que echar un vistazo, a lo mejor los planos están mal.

Entonces un grito desgarrador cortó el aire y me heló la sangre. Se me tensó el pecho y, cuando volvió a gritar, eché a correr, ignorando si me seguían o no. Esa puñetera voz...

Gritó de nuevo y no me quedó ninguna duda.

¡Lilah!

Corrí lo más rápido que pude en dirección a las llamas. Los extraños murmullos se oían cada vez más claros. No tardé en reconocer ese idioma religioso chungo que Lilah usaba.

Escuché pasos detrás de mí; Flame y Styx me seguían de cerca. El primero parecía excitado y el segundo, preocupado.

Levanté el Uzi para estar preparado y por fin salí de entre los árboles. Me quedé de piedra, había dos hombres tirados en el suelo, rodando y balbuceando en ese idioma de mierda delante de un fuego, una hoguera, un puta hoguera en la que Lilah, desnuda, gritaba de dolor.

—¡Lilah! —grité, y salí disparado hacia ella mientras Flame rugía y los demás maldecían.

Ni me preocupé por los hombres del suelo. Lo único que veía era a ella, las llamas de la pila de madera casi le llegaban a los pies.

Miré alrededor y vi a Cowboy y Alacrán pálidos como fantasmas al ver a Lilah.

—¡Vosotros dos! ¡Venid aquí!

Me siguieron hasta la pira. Lilah tenía los ojos cerrados y un puto crucifijo grabado en el torso. Estaba magullada y llena de sangre. Estudié su cuerpo mientras Cowboy y Alacrán se colocaban detrás de la pira y, uno a cada lado, empezaban a cortar la cuerda que aprisionaba sus muñecas y pies.

Puesto que ellos se encargaban de desatarla, empecé a apagar a patadas las llamas que le rodeaban los pies. AK y Sonrisas me ayudaron a abrir un camino lo bastante ancho para llegar hasta mi mujer.

—¡Lilah! —la llamé al acercarme, pero tenía la cabeza inerte. Mierda, se había desmayado.

—Ky —me llamo Alacrán—. Tiene la espalda llena de latigazos, como la puta crucifixión de Cristo.

Temblaba de rabia. Cuando me indicaron que habían acabado con las cuerdas, la cogí en brazos. En ese momento abrió los ojos.

—¿Ky? Eres tú, estás aquí, pero no me amas de verdad, solo es una ilusión, una falacia, lo siento...

Se le pusieron los ojos en blanco y perdió la conciencia.

—¡Lilah! —la llamé, confundido, pero no despertó.

La saqué de entre las llamas y me incliné para ver su estado. Sangraba por todas partes. Quemaduras, cortes, latigazos, moratones y...

¡Mierda, joder!

Tenía sangre y semen entre las puñeteras piernas.

La habían violado, ¡hijos de puta!

Con los puños apretados, dejé a Lilah en la hierba, la rabia me cegaba. Me quité el cuero de un tirón y la tapé con él, luego me volví para enfrentarme a los cabrones que murmuraban esa mierda psicópata mientras mi dama se quemaba viva.

Styx sujetaba a uno por los brazos; el hijo de puta parecía a punto de cagarse encima de miedo. Flame sujetaba un cuchillo contra la garganta del otro, que nos miraba a Lilah y a mí con los ojos entrecerrados.

Flame le susurró algo al oído que no escuché, pero que hizo palidecer al soplapollas al que sujetaba.

Decidí empezar por él, me acerqué y, sin mediar palabra, le di un puñetazo en la cara. Flame soltó una carcajada cuando le salpicó la sangre.

Pero el hijo de puta se recuperó.

—«Todo el que peque merece la muerte, pero ningún hijo cargará con la culpa de su padre, ni ningún padre con la del hijo: al justo se le pagará con justicia y al malvado se le pagará con maldad».

Le brillaban los ojos mientras recitaba la Biblia. Lo agarré de las mejillas y acerqué mi cara a la suya.

—No, los malvados van a hacerte pedazos y enviarte al infierno, hijo de puta.

—«La muerte y el infierno fueron arrojados al lago de fuego. Este lago de fuego es la muerte segunda».

—Mátalo de una puta vez. Mátalo o lo haré yo —siseó Flame, que le apretaba el cuchillo tan fuerte contra la carne que le hizo sangrar.

—¡Es una tentadora, una ramera! ¡Debe arder! ¡Debe arrepentirse! —Me volví hacia el viejo que sujetaba Styx y me acerqué hasta él.

Me miró con altivez.

—¿Quieres decir algo, abuelo?

Enrojeció.

—¡Ha nacido del mal! Ha tentado a todos los que se han cruzado con ella. ¡Debe morir! ¡Es el único modo de salvar su alma condenada!

—A lo mejor tú eres el que debe morir —espeté, y me dispuse a volver con el otro cerdo. Era el que le había hecho daño a Lilah y sería el primero en morir.

—¡Una vez fue mi hija! ¡Y hasta me tentó a mí!

Frené en seco y, muy despacio, me volví hacia el viejo. Nunca había sentido tanta rabia. Me agaché y me saqué el cuchillo de la bota, caminé hasta donde Styx lo sujetaba y le rajé la garganta. Styx lo soltó y dejó que su cuerpo flácido cayera al suelo. Me arrodillé.

—Pedófilo hijo de puta —dije—. Tocaste a tu propia hija y luego le echaste la culpa. Saluda a Hades de mi parte, porque es el único sitio al que irás.

Mientras se ahogaba con su sangre, me levanté, no antes de aplastarle los huevos con la bota y guiñarle el ojo. Sonreí cuando gritó y el movimiento le abrió aún más la garganta.

La conmoción deformó su gesto mientras la sangre le caía por el pecho. Dejé que se ahogara. Merecía morir despacio.

—¡Ky! —gritó Flame. Lo miré, le temblaban las manos—. Quiero matarlo. Quiero derramar su sangre muy despacio y bañarme en ella.

Tenía los ojos fuera de las órbitas mientras zarandeaba al otro capullo.

Volví hasta ellos y miré al discípulo a los ojos.

—¿Te la follaste? —pregunté—. ¿La azotaste, la quemaste y la ataste a esta estaca como si fueras un cardenal de la puñetera Inquisición?

Intentó no revelar nada, pero le brillaron los ojos e hinchó las fosas nasales.

Fue la confirmación que necesitaba.

—Flame, quítale el vestido de maricón.

El aludido frunció el ceño, pero empujó al gilipollas de morros, le quitó la horrible túnica blanca y la sostuvo en las manos. Miré hacia atrás, donde Cowboy y Alacrán esperaban junto a Lilah.

—¿Cowboy? —pregunté.

—¿Sí?

—Ponle esto. Cúbrela para que nadie más le mire el coño.

Le pasé la túnica a Cowboy y volví con el discípulo barbudo.

—¿Así que violaste a mi mujer? —pregunté. Me daban arcadas de imaginarlo, me ardía la sangre bajo la piel.

—Es una tentadora y yo un anciano bendecido encargado de su cuidado. ¡Intentaba salvar su alma manchada!

Le apunté a la pierna con el Uzi y disparé. La bala le atravesó el muslo. Gritó, pero Flame le tapó la boca con la mano enguantada para callarlo.

Luego le apunté al hombro derecho y disparé de nuevo.

Me guardé el Uzi en la parte de atrás del pantalón y saqué un cuchillo.

—Desnúdalo.

El violador empezó a retorcerse en el suelo, tanto que casi pude oler su miedo. Nenaza. Flame sacó el arma y le golpeó con la culata en la nuca. Le rasgó los pantalones, se los arrancó y lo dejó con el paquete al aire.

Me agaché.

—¿Alguna vez te han violado, enfermo de mierda? ¿Alguna vez te han sodomizado? —pregunté mientras jugueteaba con la hoja del cuchillo. Me miró con ojos desorbitados—. ¿No?

Me encogí de hombros, agarré el cuchillo por el mango y le pedí a Flame

que le diera la vuelta. Lo hizo con una sonrisa de oreja a oreja y le sujetó los brazos y las piernas. Sin avisar, le metí el cuchillo tan dentro del culo que gritó como un cerdo.

—¡Ky! —me llamó Sonrisas. Cuando me di la vuelta, estaba junto a Lilah—. Está en *shock* y sangra mucho. Tenemos que llevarla a casa antes de que se le infecten las heridas. Mata a ese hijo de puta y vámonos.

Miré a Flame.

—Córtale la polla, despacio y métesela en la boca, que se ahogue con ella. No pares hasta que esté muerto. No va a sobrevivir después de lo que hizo.

A Flame se le iluminaron los ojos como a un niño en Navidad. Me incliné sobre el discípulo.

—Si tanto quieres a tu Dios, espero que te guste conocerlo —dije.

Me levanté y crucé el claro para llegar hasta Lilah.

Los aullidos de dolor del discípulo llamaron la atención de todos cuando Flame hizo exactamente lo que le dije.

—¡Joder, Ky! —comentó Cowboy con una mueca—. ¿Tenías que ser tan gráfico?

Los gritos pronto acabaron y Flame se aseguró de que el cabrón se ahogara con la verga. Las sacudidas y las náuseas duraron una eternidad, hasta que Flame rugió de repente, como si acabara de correrse, y supimos que el discípulo estaba muerto.

Styx sacó su cuchillo alemán y se acercó al cadáver. Le rajó el pecho y le dibujó una V, su firma característica de los Verdugos. Luego hizo lo mismo con el padre de Lilah.

El profeta Cain sabría a simple vista quién había matado a sus pedófilos, aunque supuse que ese cerdo lo habría sabido de todos modos. Seguro que sabía que, si nos atacaba, desataría el infierno que tanto temía.

Se acercaba una guerra. Tal vez no en ese mismo momento ni ese año, pero pronto. Y estaríamos listos.

«Vamos», indicó Styx. Limpió la sangre del cuchillo en la hierba seca y se lo volvió a guardar en la bota. Levanté a Lilah en brazos. La sangre de sus heridas manchaba la túnica. Incluso en ese estado era impresionante. El pecho me dolía de lo mucho que la había echado de menos, joder, no soportaba lo

que le habían hecho pasar, su cuerpo hecho pedazos.

Styx me puso la mano en el hombro.

«No será hoy, pero nos vengaremos. Concéntrate en Lilah y deja que yo me preocupe del resto».

Flame se unió a nosotros mientras se limpiaba la sangre de las manos en los pantalones de cuero. Parecía más tranquilo. Corrimos hacia la verja.

Un grito ahogado nos detuvo a mitad de camino. Cuando nos volvimos, una pelirroja nos miraba fijamente con expresión de terror. Había venido corriendo por la colina, parecía que desde la base.

AK se adelantó y ella retrocedió, asustada. Gimió cuando vio los dos cuerpos en el suelo.

—¡No! —gritó entre llantos—. Sois los demonios de los que el profeta Cain nos advirtió. Un ejército vivo de Hades que viste cuero negro y mata a nuestro pueblo sin remordimientos. Destrozáis nuestras almas puras y las enviáis directamente al Sheol.

—¡Fíjate! ¡Somos famosos en el puñetero jardín del Edén! —comentó Alacrán con sarcasmo, sin una pizca de humor en la cara.

—¡Mierda! —maldijo AK y miró a Styx—. No me hace gracia matar a mujeres, pero no podemos dejar que vuelva corriendo a contar a los chupacruces que estamos aquí.

Styx se frotó la cara. La zorra apartó la mirada de los dos cadáveres del suelo y se fijó en Lilah.

—¿Está viva? —susurró, y parecía asustada, pero no por nosotros como antes, sino por Lilah.

Fruncí el ceño. Abracé más fuerte a Lilah y estudié a la pelirroja.

—¿Por qué te importa?

Se puso en pie y miró a los demás con sus enormes ojos verdes.

—Es mi hermana.

—No tiene hermanas en este agujero de mierda. Sus hermanas están fuera, lejos de este infierno de pedófilos y bajo la protección de Hades.

Abrió los ojos como platos ante la mención de Hades, pero se armó de valor y sacudió la cabeza.

—No, yo soy de su sangre. Soy su hermana, Phebe. —Levantó una mano temblorosa y señaló al viejo que estaba en el suelo, ahogado en su propia

sangre—. Él era nuestro padre, habéis matado a nuestro padre.

AK avanzó hasta ella y la agarró del brazo. Le puso el cañón de la pistola en la cabeza.

—Era un pedófilo de mierda y merecía morir. Y ahora tú también morirás. No debiste venir, preciosa. Te costará la vida.

—¡No, por favor! —gritó—. Vine a ayudar a mi hermana. Las cosas que le han hecho esta noche... ¡Señor! No lo soporto, no dejo de oír sus gritos y los restallidos del látigo. Cierro los ojos y veo su sangre.

El estómago se me retorció por sus palabras y la devastación en su voz. Sujeté a mi mujer aún más fuerte entre los brazos y estudié a la pelirroja. No se parecía a Lilah, ni de lejos era tan guapa, pero era bastante mona y claramente se preocupaba por mi mujer.

—Debes llevártela —dijo, e ignoró a AK—. Debes llevártela y no dejes que se la encuentren de nuevo. Protégela.

AK me miró y sacudí la cabeza para pedirle que no la matara. ¡Joder! Me estaba convirtiendo en un blando de mierda.

AK le puso el seguro a la 9mm y acercó la boca a la oreja de Phebe.

—Escucha, zorra, te vamos a atar para que no vuelvas corriendo con el profeta de los gilipollas y le digas que estuvimos aquí. ¿Lo pillas con tu cerebro de mosquito?

Phebe cerró los ojos. Le temblaban las manos, pero asintió.

—Pero, por favor, llévatela lejos y a salvo. La próxima vez, la matarán, no fallarán.

AK me miró confundido y llevó a la zorra hasta un árbol al lado de la hoguera, pero se detuvo cuando ella clavó los talones en el suelo.

—¿Puedo despedirme de ella? —preguntó educadamente.

Le indiqué que sí con la barbilla. Trajo a la pelirroja hasta mí y vi que lloraba. Extendió la mano y acarició con el dorso el rostro de Lilah.

—Su vida no ha sido fácil. Solía rezar por que el lugar al que la habían llevado fuera mejor, pero siempre nos contaban historias de las Malditas y sus enseñanzas. Cuando la volví a ver, supe que su vida había sido una vida de miseria y sufrimiento. —No dejaba de llorar y murmuró—: Vive en paz, mi pequeña Rebekah. Sé feliz. Nos volveremos a encontrar algún día, ya sea en esta vida o en la próxima.

—¿Rebekah? —pregunté cuando bajó la mano.

Me miró.

—Era su nombre de nacimiento —respondió, nerviosa—. Pero se la llevaron de nuestra casa cuando era una niña y la rebautizaron como Delilah, un nombre de pecadora, un nombre apropiado para una Maldita hija de Eva. —Miró a Lilah—. Dijeron que era malvada, mataron a su madre por yacer con Satanás y engendrar a una hija maldita con el mismo Hades. La enviaron con el profeta para que la educara y la salvara, pero siguió siendo mi pequeña Rebekah. No volví a verla después de ese día hasta que la trajeron aquí. Nunca fui capaz de odiarla como todos los demás. Aunque mis padres la rechazasen y renunciaran a ella, yo rezaba para que volviera. —Me miró con cautela—. Aunque seas un demonio viviente, parece que te preocupas por ella. Tal vez ahí es donde pertenece, con la gente de las tinieblas, porque también es pecadora. Te pido que le entregues amor verdadero, mi Rebekah merece ser amada.

Miré a mi preciosa mujer, rota por dentro y por fuera.

—Rebekah —susurré.

Sus párpados revolotearon ante ese nombre y gimió. Le quedaba bien. Rebekah, la rubia de ojos azules.

—Tenemos que irnos —dijo Sonrisas—. Ya tendríamos que estar lejos de aquí. La siguiente patrulla pasará en media hora y, no sé vosotros, pero no tengo ganas de enfrentarme a un ejército de mil guardias cristianos enardecidos cuando solo somos seis.

Echamos a correr. La pelirroja no dejó de mirar a su hermana en ningún momento mientras AK se la llevaba y la ataba a un árbol. Necesitaba sacar a mi mujer de allí y ponerla a salvo. Por cómo AK miraba a la perra pelirroja supe que no quería dejarla allí.

Pero en esa vida de delincuencia no había tiempo para ser simpáticos ni para tener conciencia, fuese hermana o no. A lo mejor mentía e intentaba engañarnos para que pensáramos que le importaba y engañaba a Lilah también.

Lilah era mi mujer y por mí todos los demás se podían ir a la mierda. Corrimos juntos hasta la verja y no miramos atrás.

Noventa minutos después cruzamos las puertas del complejo y, con el cuerpo inerte de Lilah contra el pecho, corrí directo a mi habitación. Sonrisas

fue a por el botiquín justo cuando Mae, con Maddie aferrada a su brazo, Preciosa y Letti aparecieron por el pasillo. El cerebro me funcionó lo suficiente para darme cuenta de que Maddie había salido del apartamento.

En cuanto vieron a Lilah, Mae y Maddie cayeron de rodillas entre gritos de dolor.

Dejé a Lilah sobre la cama y respiré por fin, aliviado de tenerla de vuelta, pero sabía que cuando despertase no sería bonito, no después de tanta locura de quema de brujas y tortura.

Era una puta locura.

Capítulo diecinueve

Lilah

—*Sonrisas dice que se pondrá bien. Hay que darle tiempo. Las heridas están curando y la fiebre ha bajado.*

—*¿Y los que le hicieron esto? ¿Qué pasa con los responsables?*

—*Nos cargamos a dos. Su puñetero padre era uno de ellos, Mae.*

—*¿Y el profeta?*

—*Ni rastro de él. Iban a quemarla en la hoguera como a una bruja, en una colina en medio de ninguna parte.*

—*No me creo que permitiera que le hicieran algo así. Los latigazos de Cristo, la marca del crucifijo.*

—*¡La violaron, joder! ¡Varias veces!*

—*Para, por favor, no lo soporto.*

—*Ya no es la persona que conociste. Es un puto chiflado con complejo de Dios que va a morir. Pronto.*

Tenía la garganta seca y dolorida. Me dolía todo el cuerpo. Escuchaba retazos de conversaciones a mi alrededor mientras entraba y salía de la inconsciencia, pero no entendía nada.

¿Dónde estaba?

La espalda me ardía y la piel de mi estómago estaba tan tensa que no podía moverme. Empecé a sentir pánico, se me aceleró el corazón. Me costaba respirar.

Nueva Sion. Estaba en Nueva Sion y había fuego. La piel me quemaba y las llamas me acariciaban las piernas.

Intenté mover las piernas, pero las tenía atadas. También tenía las manos inmovilizadas por encima de la cabeza. Mi padre y el hermano Micah recitaban pasajes de las escrituras a mis pies y sus voces se elevaron cuando pasaron a usar el idioma sagrado del Señor.

Estaba condenada, iba a arder en el fuego del infierno y mi alma sería purificada por las llamas.

Grité, incapaz de soportar el calor del fuego, y abrí los ojos de par en par.

—¡Lilah! —gritó una voz femenina.

Unas manos me inmovilizaron mientras el cuerpo cada vez me dolía más.

—¡No, por favor! —supliqué—. ¡No me matéis así, no quiero morir quemada! ¡Como sea menos así!

—Lilah, nena, tranquila.

Esa voz. Me trajo de vuelta a la realidad.

Me quedé inmóvil y algo áspero, pero agradable, me acarició la frente y la mejilla.

—Lilah, despierta. Abre los ojos, bombón.

Obedecí y abrí los párpados con dificultad. Parpadeé varias veces para centrar la vista. Al principio solo veía sombras, hasta que poco a poco distinguí la imagen de una cara. Una cara familiar y muy hermosa.

—¿Estás ahí? —preguntó con su voz grave.

Eché un vistazo a la habitación. Paredes oscuras y suelos de madera. Me sonaba, conocía ese sitio. Acaricié las sábanas, el tacto también me era familiar. Ya había estado sobre esas sábanas.

—¿Nena?

Me encontré con unos ojos azules que conocía de sobra. No estaba en el fuego. ¡Ya no estaba en la hoguera!

—¿Ky? —pregunté con la voz ronca. Era como si tuviera una cuchilla en la garganta. Me llevé las manos al cuello y me acaricié la piel, como si pudiera aliviar el dolor interior.

—Toma —dijo una suave voz femenina detrás de mí, y me puso un vaso de agua en la boca.

Una larga melena negra y unos extraños ojos azules aparecieron en mi

campo de visión.

—Mae —dije, y me sonrió, aunque parecía hacerlo con dolor.

—Hermana, lo siento, lo siento muchísimo —sollozó. Le acaricié el pelo—. Me buscaban a mí. Rider, el profeta Cain, ordenó que me cogieran a mí.

—Nos quiere a todas —afirmó una vocecita a mi izquierda. Unas manos pequeñas rodearon las mías—. ¿No es cierto? Nos quiere a todas de vuelta.

Maddie. Mi pequeña Maddie estaba ahí. Quise alegrarme, pero no sentía nada. Algo me había pasado, algo que me había dejado aturdida, indiferente. En silencio, asentí y la observé bajar la vista al suelo. Mae palideció.

—¿Cómo?

Intenté responder, pero empecé a toser con la garganta en carne viva. Me ahogaba con el humo que aún tenía en los pulmones. Bebí del vaso que Mae sostenía para mí.

—Quiere a las Malditas de vuelta para cumplir la profecía antes del fin de los días —dije.

Mae abrió mucho los ojos.

—Nunca habéis visto nada igual, Mae —expliqué con voz temblorosa—. Nueva Sion. Nuestro pueblo se prepara para el Armagedón. Son muchos, un ejército organizado del Señor.

Me eché a temblar cuando un recuerdo me golpeó como una bofetada. Micah sobre mí, dentro de mí. Cerré los ojos con fuerza.

—Están más decididos que nunca a liberarnos del pecado. Los nuevos ancianos son aún peores, son...

—Tranquila, nena —dijo Ky, y Mae retrocedió para que se sentase conmigo en la cama.

Me apartó el pelo de la frente y me miró sin conseguir ocultar el dolor de su mirada.

—Lo que te hicieron esos cerdos...

Levanté la mano y puse un dedo sobre sus labios. Me miró durante un tiempo que pareció eterno. Luego cerró los puños, se apartó de mí y se levantó de un salto.

—¡Joder, no lo soporto!

Maddie se sobresaltó y, temblando, salió disparada hacia la puerta. Ky daba vueltas por la habitación con el gesto deformado por la ira. Intenté

incorporarme. El dolor me atravesó la espalda y rechiné los dientes.

—Te pegaron, te azotaron, ¡te violaron! ¡Y yo no estaba allí para impedirlo!

Gemí y me estremecí al verlo tan enojado. Al escucharme, se detuvo y me miró.

—¡Joder, me está matando! Mírate, mira lo que le han hecho a tu cuerpo. ¡Te han destrozado!

Dio tres pasos rápidos hasta la cama y se desmoronó. Sus palabras se me quedaron grabadas: «Mírate, mira lo que le han hecho a tu cuerpo. ¡Te han destrozado!»

—Te quiero —susurré, necesitaba decirlo en voz alta.

Me besó en los labios.

—Mierda, nena. Y yo a ti. —Lo miré en busca de algún indicativo de que mentía—. Te quiero, de verdad. Joder, no dejo de pensar en ti, estás en todas partes.

Se inclinó y me besó por toda la cara. Sentí mariposas en el estómago, pero la felicidad desapareció cuando habló de nuevo.

—Esta cara siempre será hermosa, Li. Eres preciosa. Casi me muero cuando no estabas. No dejaba de pensar en tus ojos, en besar tus labios y acariciar tu pelo, en follarte. Me volvía loco no tenerte cerca, no estar con mi dama.

Me tembló el labio y Ky lo acarició con el pulgar.

—No llores, bombón, no lo soporto.

—Estoy cansada —susurré, y aparté la mirada para que no notase la decepción que sentía.

—Está bien —respondió, y se levantó—. Tengo que hablar con Styx. Vendré a verte luego.

Me permití deleitarme con la figura de sus músculos marcados bajo el cuero, su pelo desordenado atado en una coleta que le caía por la espalda y la firmeza de sus piernas bajo los vaqueros. Era perfecto, pero no era para mí.

Cuando la puerta se cerró, enterré la cara en la almohada y dejé que las lágrimas brotaran libres. Era un engaño. Echaba de menos mis ojos, mis labios. ¡Dios, odiaba esta cara! Un hombre tan fuerte y hermoso como Ky jamás me amaría por mí.

En ese momento deseé haber muerto en la hoguera, pues esa sensación era peor que el fuego en la piel o los latigazos en la espalda.

Me sentí devastada y la última brizna de esperanza que me quedaba se consumió como la mecha de una vela. Era una tentadora, siempre lo había sido.

«Haz lo que te digo, pequeña Rapunzel, alza la cabeza para que pueda ver tu bello rostro y el brillo de tus ojos».

Los recuerdos se sucedían y lloré.

«Has visto las fotos en mi libro de colorear. El profeta David quiere que estemos más cerca los unos de los otros para complacer al Señor. Eres tan hermosa, Rebekah, tan tentadora... Quiero tocarte como el chico toca a la chica del dibujo. Noto algo extraño en la zona bajo mi estómago cuando te veo. No puedo dejar de mirarte. Pienso en ti todo el tiempo, incluso en sueños. Todos los chicos de la escuela hablan de ti».

Incluso mi propio padre.

«Sí. Me ha tentado. He pecado con ella, hermano Luke. En momentos de debilidad, he hecho cosas».

Y también Ky...

«En el momento en que saliste a rastras de aquella celda no hubo vuelta atrás. Estaba perdido. Tu belleza, tu cuerpo, tu pelo, tus ojos, tus labios. Joder, cuando te vi con Mae, tan frágil y asustada, fue como si me cayera un rayo».

Todo era falso, un falso amor.

«Joder, ¿qué me has hecho?».

«¿Qué me has hecho».

Me quedé mirando el techo e intenté respirar, pero me encontraba mal, necesitaba purificarme, tenía la piel manchada de impureza y pecado. Quería purificarme, debía hacerlo.

Aparté la sábana que me cubría y apoyé los pies en el suelo de madera. Me estremecí al doblarme. Me apoyé en la mesita y, muy despacio, caminé hasta el baño. Encendí la luz al entrar.

Con una mueca de dolor, avancé hasta la ducha y abrí el grifo. Me aseguré de que la temperatura fuera alta, que quemase. Tenía frío, mucho frío.

Entré en la ducha y disfruté de la sensación del agua al quemarme las

heridas abiertas de los latigazos y la cruz en carne viva de mi estómago. El dolor era lo único que me quedaba.

Quince minutos después, salí del agua y me sentí sucia de nuevo en cuanto el aire me rozó la piel. El vapor nublaba el baño. Salí de la ducha goteando y no me molesté en cubrir mi piel desnuda. Me tambaleé hasta el tocador y me quedé congelada ante el espejo empañado, con la mirada perdida.

Me sentía entumecida, paralizada.

Todo lo sucedido en los últimos meses me había destrozado. Me atormentaba, hacía que me cuestionase la fe que antes había sido inquebrantable. Me había relevado como lo que era: una puta, una tentadora, una mujer incapaz de estar en armonía con Dios. Una mujer que, desde que su nacimiento, había sido un producto del diablo, una obra maestra esculpida a la perfección por las garras manchadas de Satanás.

Con mano temblorosa, limpié el espejo empañado hasta que pude ver mi imagen de pecadora. Observé a la chica reflejada en el cristal y fruncí los labios asqueada. Era preciosa, con una piel dorada perfecta, una larga melena rubia y unos ojos de color azul aciano. Un disfraz impresionante. La creación del mal supremo.

Cada mechón de pelo dorado estaba impregnado de pecado. Cada mota de zafiro en sus ojos desprendía inmoralidad y cada rubor de sus mejillas nacía de la impiedad.

Los hombres acudían a su lado cada vez que estaba cerca, atraídos por la elusiva trampa de Satanás. Querían poseerla, unirse a ella de la manera más carnal, enloquecidos por la seducción de las curvas de su cuerpo, sus grandes pechos y sus tentadores labios rosados.

Todos los pensamientos racionales desaparecían de sus mentes al mirarla. Solo quedaba la determinación de dar rienda suelta a la lujuria, el deseo insaciable de estar con ella.

Se regodeaban con su belleza como polillas a la luz y, entre tanto, el demonio se regocijaba en su interior y atrapaba una nueva alma para arder en el infierno durante toda la eternidad.

Los presagios del profeta David me rondaban la mente, me atormentaban y me estrangulaban el alma:

«La creación de Dios está llena de belleza: los ríos que corren, las aguas cristalinas del mar, las cumbres nevadas de las montañas y los verdes pastos

de la tierra. No hay nada más poético que ver cómo el sol se esconde en el horizonte al atardecer o verlo salir de nuevo al amanecer. Sin embargo, demasiada belleza en una mujer es un pecado. Una belleza tan arrebatadora solo puede tener un destino: Sheol.

»El Señor creó esta obra maestra que es el mundo para nosotros, sus elegidos, para que nos guiáramos por su palabra y nos regocijáramos con su nombre. Pero Satanás, celoso, observó a los elegidos de Dios en vano y, malicioso por naturaleza, proyectó su maldad sobre los elegidos.

»Llegó entre las sombras, sedujo y plantó su semilla en el vientre de mujeres santas mientras dormían, y de esta concepción nacieron las Malditas, mujeres contaminadas por el mal de forma innata, creadas por Satanás para atraer a hombres inocentes y puros a caer en el pecado. Son brujas, tentadoras, las cortesanas de Hades, enviadas a la Tierra a robar nuestras almas.

»Cuidaos de estas mujeres. Una mirada a sus ojos sin alma y quedaréis atrapados por la lujuria. Un toque de sus labios sobre vuestra carne y desearéis sus cuerpos con una necesidad carnal insaciable y objeto de pecado. Sus intentos de seducción os hechizarán, os atraparán para cumplir su condenable voluntad y luego os arrastrarán al azufre, donde arderéis eternamente.

»Ningún hombre puede amar de verdad a una mujer Maldita de Eva.

»Y ninguna mujer de Eva recibirá jamás el amor de un alma pura».

Parpadeé para detener las lágrimas y aparté la mirada de aquella chica, aquella mujer Maldita de Eva de la que hablaba el profeta David. Entonces me di cuenta: siempre sería así. El Señor nunca me salvaría, no importaba lo mucho que me esforzase. Nunca alcanzaría la salvación. Tal vez la única forma de salvarse fuese enfrentarse al diablo de frente. No me salvaría hasta que los hombres dejasen de abandonar la rectitud y perdieran sus deseos de poseerme.

Solo me quedaba una cosa por hacer: arrancarme esa belleza envenenada otorgada por Satanás y volverme fea, desagradable, repulsiva, lo bastante fea para liberarme de esa maldición.

Con determinación y casi en trance, abrí la puerta del baño y salí a la fría habitación. La cama estaba arrugada y había restos de sangre en las sábanas de las heridas de mi espalda.

Recogí la sucia túnica blanca que estaba tirada en el sofá y me la puse por la cabeza, ni siquiera sentí el roce de la tela sobre la piel.

Con paso inestable y el pelo goteando sobre la madera, me dirigí hacia la puerta. Vi la pistola de Ky sobre la cómoda y, sin pensarlo, me la metí en el bolsillo. Cuando salí al pasillo, escuché la música que venía del bar y eché a andar en esa dirección.

No sabía adónde iba ni cuál sería mi destino, así que miré hacia abajo, hacia la puerta de acero cerrada con llave al final del pasillo.

Seguí hipnotizada el ritmo de la percusión. Se me nublaba la vista por el cansancio y avanzaba con pies pesados. Los latidos del corazón me taladraban los oídos como una burla, como un insulto.

Tentadora, latido, puta, latido, ramera, latido, Delilah, latido, Delilah, Delilah...

Descalza, llegué hasta la gran puerta de metal que daba al bar. Giré el pomo y el humo y la música me rodearon cuando abrí.

Había gente por todas partes. Hombres con ropa de cuero bebían y hablaban a gritos. Las mujeres, de moral relajada, los rondaban, los tocaban y mostraban sus encantos. Todos se reían.

Pero ¿qué motivo había para alegrarse?

Me abrí paso entre el calor de los cuerpos. Pasé junto a Flame, que por suerte estaba de espaldas, pero vi que tenía un cuchillo en la mano y se cortaba la piel, la marcaba, la arruinaba, la hacía fea.

Fea.

Fea.

Fea.

En la mesa de su izquierda había una fila de cuchillos, pasé las manos por la masa de metal frío y cerré el puño sobre la empuñadura del último.

Seguí caminando con el cuchillo en la mano y el brazo pegado al cuerpo. Nadie se dio cuenta de mi presencia. Me gustaba que me ignorasen. Lo que era feo era ignorado y no quería ser más una tentadora.

Vi la chimenea encendida de reojo y me sentí atraída por las llamas. El fuego. «Arderás y las llamas purificarán tus pecados».

Caminé hasta la chimenea y me vi reflejada en el espejo de la pared. Miré mi cara por última vez. Mi rostro perfecto. El rostro del pecado.

Fea.

Fea.

Fea.

«Destruir la creación del demonio».

Respiré hondo, apreté el cuchillo y levanté una mano despacio mientras con la otra separaba un mechón de pelo. Estaba tranquila cuando acerqué el cuchillo al pelo, sonreí a mi reflejo y...

—¡Lilah! ¡No!

Capítulo veinte

Ky

Veinte minutos antes

Entré en el bar, donde todos estaban de celebración. Había tías por todas partes y perras que rondaban a los hermanos. Algunas ya habían encontrado lo que buscaban.

Saqué un cigarrillo, lo encendí y le di una calada.

Aparté a un par de hermanos para llegar hasta el bar. Me crucé con Vikingo, que empotraba a una perra gorda con el pelo rizado sobre una mesa. La tía gemía mientras él se la metía por el culo.

Ignoré la escena dantesca y le di un manotazo a la barra. El aspirante me trajo un vaso, pero negué con la cabeza. Frunció el ceño.

—Tráeme la puta botella —pedí. Me sentía un extraño en mi propia piel, necesitaba eludirme un rato.

No me sacaba de la cabeza a Lilah en la hoguera. A Sonrisas curándole los latigazos de la espalda. El crucifijo que tendría para siempre marcado en el torso.

Pero lo que más me atormentaba era su indiferencia con todo lo que a mí me desesperaba. Tenía la mirada perdida, los ojos apagados, como si no vieran nada, estaba pálida y apenas hablaba. Me mataba.

La habían violado, habían violado a mi mujer. No me lo sacaba de la cabeza. Me apetecía clavarme un cuchillo en el cerebro.

Sonaba *N.I.B.*, de Black Sabbath. Un silbido cortó la música. Busqué el origen y vi a Styx, Cowboy, Alacrán, Sonrisas y AK en un sofá. Mae estaba en el regazo de Styx, con la cara oculta en su cuello mientras él fumaba con una botella de Beam en la mano.

Mi mejor amigo me miraba. Eran una estampa de lo más deprimente, reflejaba a la perfección cómo me sentía. Me acerqué hasta ellos con la botella de Jack en una mano mientras daba una calada.

Tanque y Toro estaban al otro lado de la sala con Preciosa y Letti y los cuatro me miraron mientras andaba.

Ninguno entendía lo que ocurría, ni siquiera Styx. Su mujer no había sido violada y torturada. Ninguno sabía lo que era ese infierno.

En la silla junto al sofá había un motero de paso con una zorra en el regazo. Agarré a la mujer del pelo y la tiré al suelo.

Me volví hacia el intento de motero, que seguramente conducía una moto deportiva roja, y me incliné sobre él.

—Tienes dos segundos para sacar el culo de mi sitio antes de que te raje la garganta —siseé.

Ni se lo pensó, ignoró a la zorra del suelo y salió por patas.

Me desplomé en la silla y miré las llamas que bailaban en la chimenea al otro lado de la habitación. Sabía que todos me miraban, pero los ignoré y seguí bebiendo. Con un poco de suerte, el *bourbon* me aliviaría el dolor del pecho.

—¿Cómo está Lilah?

Aparté la vista del fuego y me volví hacia el sofá, desde donde Cowboy había preguntado. Saqué otro cigarrillo, lo encendí y le di una calada.

Mae incorporó la cabeza del hombro de Styx. Tenía los ojos rojos de llorar. Me miró, pero aparté la vista para volver a mirar el fuego.

Daba igual lo que le dijera a Lilah, no respondía. La única zorra a la que había querido ni siquiera me respondía. ¿Qué cojones había hecho? ¿Me echaba la culpa? ¿Me culpaba de que se la hubiesen llevado?

La rabia volvió a nublar me el pensamiento al recordar que casi la habían matado. Los hijos de puta de esa secta de mierda casi me la quitan para siempre. No lo soportaba.

Styx silbó otra vez y lo miré. Estaba tenso, dejó la botella de Beam en la

mesa y gesticuló.

«Lo superará, todos lo haremos».

Me dieron náuseas. Me puse el cigarrillo entre los labios y sujeté la botella con las piernas. Le respondí por signos: «Ha cambiado, ya no es la misma».

—Ky —alguien me llamó, pero estaba ocupado mirando a Styx.

—Ky —lo intentaron de nuevo, pero me froté la cara con las manos. Iba a volverme loco.

—¡Ky! —bramó alguien, y apagaron la música.

—¿Qué? —grité, y estampé la botella de Jack contra el suelo.

Cowboy, Alacrán y AK estaban de pie. Sonrisas era el que había gritado.

¿Lilah?

Salté de la silla. Styx y Mae me siguieron. Lilah, vestida con la túnica blanca llena de sangre del discípulo, estaba junto a la chimenea, con la mirada perdida en el espejo. Se sujetaba el pelo con una mano y en la otra tenía un puñetero cuchillo.

—¡Lilah! ¡No! —grité cuando se cortó un gran mechón de pelo mojado.

Se volvió a mirarnos, tenía los ojos desorbitados y llenos de lágrimas.

No se detuvo y siguió cortándose mechones de pelo. Intenté correr hacia ella, pero levantó el cuchillo y lo apuntó en mi dirección.

—¡No me detengas! ¡Debe hacerse! —siseó, y retrocedí con las manos levantadas.

Le temblaba el labio mientras siguió cortando, hasta que no le quedaron más que unos pocos centímetros de pelo.

—Nena —susurré. Mae lloraba a mi lado, en brazos de Styx.

Lilah me miró.

—Debe hacerse, Ky. Así serás libre, no más hechizos.

Retrocedió hacia la chimenea con el cuchillo en la mano. Con la mano libre se subió las mangas de la túnica. Le brillaban los ojos.

—«Y también algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malignos y de enfermedades: María, a la que llamaban Magdalena, y de la que habían salido siete demonios».

Empezó a balbucear chorradas bíblicas, se llevó la hoja del cuchillo al brazo y se cortó la piel.

—«Hoy y mañana seguiré expulsando demonios y sanando a la gente, y al tercer día...».

—¡Lilah!

Se volvió en dirección a la voz, que venía del pasillo. Maddie llegó llamando a su hermana a gritos, con lágrimas en los ojos.

—¡Lilah! ¡No estabas en la habitación!

Con la cabeza gacha, se abrió paso entre la multitud en silencio. Flame apareció detrás de ella con un rugido y empezó a apartar a la gente.

Maddie se detuvo junto a Mae y miró a su hermana, asustada.

—Lilah, por favor, detente —suplicó. Flame se colocó detrás de ella, con los brazos extendidos para que nadie se acercara.

Lilah sacudió la cabeza. El pelo corto y mojado se le pegaba a la frente.

—No, no quiero vivir así, tengo que salvarme. Todas debemos salvarnos.

Con el cuchillo se abrió la túnica y quedó con el pecho al aire. Apretó la punta de la hoja contra la piel, apretó los dientes y se rajó de un hombro al otro. Gritó de dolor mientras la sangre resbalaba hasta sus tetas.

Mae cayó al suelo con las palmas extendidas y empezó a rezar mientras se balanceaba adelante y atrás. Styx la miró horrorizado. Después miró a Lilah, que levantó el cuchillo y observó la sangre gotear en el suelo.

—«Que si confieras con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvado. Porque con el corazón se cree para ser justificado, pero con la boca se confiesa para ser salvo».

Aproveché que miraba hacia otro lado y me dispuse a avanzar. Indiqué a los demás con un gesto que iba a saltar sobre ella. Pero el suelo crujió cuando me moví y me miró con ojos de loca, se metió la mano libre en el bolsillo y sacó mi pistola.

—¡Mierda! —maldijo Alacrán cuando Lilah levantó el arma y quitó el seguro.

—No intentes detenerme, ¡es la única manera de lograr la salvación!

—¡Lilah, baja la pistola! —ordené, pero, en vez de eso, me apuntó con ella. La mano le temblaba como una hoja.

Se llevó el cuchillo a la cara y me puse pálido. Sentí que me mareaba.

—Nena, ¿qué haces?

La mano con la que sujetaba la pistola le temblaba cada vez más y no dejaba de llorar.

—Te quiero —dijo—. Nunca pensé que me sería posible sentir amor, pero te quiero con todo mi corazón.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta. Me costaba respirar al verla así.

—Yo también te quiero, nena, por favor, ¡no hagas esto! ¡Yo también te quiero!

Empezaba a convulsionar.

—Tengo que liberarte —dijo entre sollozos—. Te quiero demasiado para ser tu carcelera y condenarte al infierno.

Miré a Maddie y a Mae, pero estaban tan confundidas como yo. Entonces Maddie gritó y señaló a Lilah, aterrorizada. Miré a mi mujer. Se puso el cuchillo en la sien y se clavó la punta. Todo pasó tan deprisa que apenas lo procesé.

Cuando vio a Lilah con el cuchillo, Maddie salió corriendo hacia ella. La primera, sorprendida, gritó y la apuntó con la pistola. Se le resbaló el dedo y apretó el gatillo, pero Flame apartó a Maddie de la trayectoria de la bala y recibió el tiro en el cuello.

—¡Flame! —gritó Maddie.

AK y Vikingo fueron a por él. Mae abrazó a Maddie y se volvió hacia Lilah, que recitaba casi en trance.

—«Arrepentíos y bautizaos cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de vuestros pecados —les contestó Pedro—, y recibiréis el don del Espíritu Santo».

Arrastró la hoja por la mejilla hasta la mandíbula. Después, el cuchillo se le cayó y rebotó en el suelo. Lilah convulsionó, vomitó y se desplomó.

—¡Lilah! —grité.

Todo el mundo miraba alucinado. Los hermanos se acercaron a Flame y a Styx, pero Tanque y Toro despejaron la sala.

La cogí en brazos. El estómago me dio un vuelco a verle la mejilla abierta. Los ojos le daban vueltas. Estaba hecha un putito desastre, sangraba por todos los cortes.

La acuné y la abracé contra el pecho.

—¿Qué coño has hecho? —susurré.

Me acarició la mejilla, me miró aturdida e intentó sonreír.

—Ya no habrá tentación, eres libre, estás salvado.

Los ojos se le pusieron en blanco y se desmayó. Cowboy y Alacrán se agacharon a mi lado y se me puso la piel de gallina como a un perro rabioso protegiendo a su presa.

—Relájate, hermano. Tenemos que llevarla al hospital. Sonrisas no puede arreglar este desastre solo —dijo Alacrán sin dejarse intimidar.

—AK y Vikingo ya se han llevado a Flame en la camioneta. Le ha dado en el cuello. El gilipollas se ha comido una bala por la pequeñaja.

Me quité el cuero, pero sin soltarla, y la envolví con él. Me puse en pie y Styx se acercó corriendo.

«Al hospital, ¡ya!», ordenó mientras miraba a Maddie temblar entre los brazos de Mae.

—Yo conduzco, vamos —dijo Cowboy y los tres corrimos a la salida, donde Tanque y Toro echaban a los últimos rezagados.

Saltamos a la camioneta y Cowboy encendió el motor. Sostuve a Lilah en brazos mientras le apartaba el pelo corto y desigual de la herida de la mejilla. Agaché la cabeza y le besé la frente. Seguía siendo preciosa aunque se hubiera destrozado la cara. Por primera vez en mucho tiempo, lloré.

El reloj parecía haberse detenido en el pasillo del hospital. Todos los Verdugos estaban ahí y esperaban apoyados en la pared. La gente normal salía pitando al vernos.

Lilah y Flame estaban en el quirófano. Flame estaba desquiciado cuando lo llevaron y no quería que lo tocaran, así que hubo que sedarlo de inmediato para que pudieran valorar los daños y meterlo en urgencias.

A Lilah me la arrancaron de los brazos. Los médicos y enfermeros no me miraron nada bien. Echaron un vistazo a nuestras pintas y asumieron que había sido yo quien le había causado las heridas. Me costó mucho contenerme para quitarles el gesto de desaprobación a puñetazos; mi mujer los necesitaba.

No había despertado en todo el viaje y se la llevaron al quirófano para

coserla sin perder un segundo. Styx, Mae, Toro, Tanque y Tanner llegaron poco después. Preciosa y Letti se quedaron en el complejo a cuidar de Maddie, que seguía conmocionada.

En ese momento, esperaba y me volvía loco mientras repetía una y otra vez en mi cabeza las últimas palabras que Lilah me había dicho: «Ya no habrá tentación, eres libre, estás salvado». Estaba sonriendo cuando se cortó la cara. Joder, ahora sí que se había vuelto loca.

Las pesadas botas de cuero de Styx chirriaron sobre el suelo a mi lado y, segundos después, se sentó en el suelo conmigo. Apoyó las manos en las rodillas.

«Ha venido el *sheriff*. Seguridad informó de que había un herido de bala y de que los Verdugos habían traído a una tía medio desangrada».

Suspiré y me froté la cara con las manos.

—De puta madre.

«Tanque y Toro le han pagado y me he asegurado de que reciba un pequeño bonus por mantener la boca cerrada».

—Gracias —dijo—. No necesitamos que la poli meta las narices.

Me apretó el hombro y dejó ahí la mano. Estuve a punto de derrumbarme. Desde que nuestros padres habían muerto, todo lo que teníamos era el uno al otro, hasta que llegó Mae. La zorra estaba bien jodida cuando llegó, pero nada comparado con la que en ese momento estaba inconsciente en la mesa de operaciones.

«La ayudaremos», gesticuló.

—¿Cómo? ¿En qué cojones pensaba para mutilarse delante de todos? ¿Y cómo no lo vi venir?

—Ninguno lo vimos —murmuró Mae. Estaba delante de nosotros y se rodeaba el pecho con los brazos. Styx extendió la mano, ella la aceptó y dejó que la sentara en su regazo. Con la mejilla apoyada en su pecho, me miró.

—Lilah siempre fue la más obediente, la que mejor aceptaba las enseñanzas de los ancianos. Era la niña perfecta, sumisa y dócil, y despreciaba nuestro título. Odiaba ser una Maldita, creo que quería dejar de ser hermosa y una tentadora.

—Joder, Mae. ¿Tanto poder tenían esos puñeteros chupacruces sobre vosotras? —pregunté. Necesitaba una explicación lógica para todo eso. Antes

de que Mae apareciera en nuestro patio, ni siquiera sabía que ese tipo de sectas existían y mucho menos me había planteado lo que hacían con la gente.

—Sí —respondió, y contuvo un sollozo—. Era nuestra vida, lo único que conocíamos. Es difícil renunciar a todo lo que nos han enseñado y que creíamos sagrado.

Styx la abrazó y la besó en la cabeza. Me apoyé en la pared y de reojo pillé a los hermanos mirándonos y escuchando la conversación. Luego cerré los ojos y me concentré en respirar.

Minutos después, alguien tosió y abrí los ojos. Un médico que aparentaba unos sesenta se removía nervioso delante de mí.

—¿Ustedes trajeron a un hombre y a una mujer?

Nos levantamos como resortes y di un paso al frente.

—¿Ella está bien?

Me dedicó una mirada crítica.

—Si se refiere a la joven que llegó llena de cortes y sangrando, sí, ha salido del quirófano y está en recuperación.

—Llévame con ella —ordené, y el médico le dio un golpecito a su portapapeles.

—¿La señorita tiene nombre? —preguntó y a punto estuve de meterle esa cosa por el culo.

—Lilah —respondió Mae detrás de mí—. Se llama Lilah.

El médico garabateó algo en el papel.

—¿Apellido?

Mae frunció el ceño.

—No tiene.

El viejo frunció el ceño.

—¿No tiene? —Se rio sin gracia y sacudió la cabeza—. Una joven llega aquí sangrando, con cortes en los brazos y en la cara recientes, heridas a medio cicatrizar en la espalda de lo que parecen latigazos y un crucifijo marcado en el torso, acompañada de un conocido e infame club de moteros, y no tiene apellido. Sin nombre legal, ni registros médicos, ni historial en el sistema. Y, justo antes, llega uno de los vuestros con una herida de bala en el cuello, un hombre tan perturbado que hemos tenido que sedarlo para tratarlo y cuyo nombre es Flame. Sin apellido, también.

Me acerqué y palideció. Le arranqué el portapapeles de las manos y lo lancé contra la pared. Se tensó.

—Escúchame bien, viejo. Vamos a ignorar lo que acabas de decir. —Le arranqué la etiqueta con su nombre de la bata y se la lancé a Vikingo.

—¡Oiga! —protestó el médico, y lo fulminé con la mirada. Palideció.

—Calla la puta boca y escucha. —Tragó saliva—. Vais a ocuparos de mi hermano y de mi mujer con una sonrisa de oreja a oreja en la cara o aquí mi colega va a buscar a tu familia, se presentará en tu casa en medio de la noche y les rajará la garganta. ¿Lo pillas, gilipollas?

—S-sí —tartamudeó, y acerqué la boca a su oreja—. Los Verdugos son los dueños de esta ciudad. Ni la policía ni los federales ni a quien sea que se te ocurra llamar te servirá de nada. Más te vale recordar eso como se te ocurra interponerte entre mi mujer y yo. Nada me va a impedir que entre en esa habitación.

Vikingo se acercó jugueteando con la etiqueta en los dedos.

—¿Qué hay de nuevo, viejo? —Sonrió como un imbécil—. Siempre había querido decir eso. —Lo fulminé con la mirada y borró la sonrisa—. ¿Vas a portarte bien o voy a tener que jugar un rato con las tetas de tu mujer?

El médico retrocedió.

—No, de acuerdo, haré lo que sea, no hagáis daño a mi mujer.

—Buena elección —siseé y pregunté—. ¿Dónde están?

—La joven se encuentra en la habitación ocho. El hombre sigue en recuperación, en la sala B. Pronto lo transferirán a una habitación privada.

Se dio la vuelta y salió corriendo.

Mae intentó salir disparada hacia la habitación de Lilah, pero Styx la sujetó.

«Deja que Ky la vea primero. Deja que esté con ella. Iremos después».

—¡No! —espetó—. Es mi hermana. Querrá verme, me necesitará.

Me incliné y la miré.

—Por favor, Mae, déjame verla un minuto. Lo necesito. La necesito.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Tenía las ojeras muy marcadas, llevaba días sin dormir.

—Está bien —susurró—. Pero dile que estoy aquí por si me necesita.

Asentí y me marché por el pasillo a buscar la habitación. Todas las

personas con las que me cruzaba —médicos, visitantes o pacientes— me miraban. Me importaba una mierda. Seguí caminando hasta que la encontré. Habitación ocho, una habitación privada.

Abrí la puerta y entré. Lilah dormía en la cama. Me dolió el pecho y se me cortó la respiración. Tenía el pelo corto apartado hacia atrás y vendas que le cubrían gran parte del cuerpo y la mejilla.

Escuché un movimiento a la izquierda y me encontré con un enfermero que me miraba paralizado.

—¿Has acabado? —pregunté.

Asintió y abrió la boca para decir algo, pero lo corté.

—Lárgate y no vuelvas hasta que te lo diga.

—Pero...

—¡Desaparece! —rugí, y lo empujé contra el botiquín de la pared. Salió por patas de allí.

En cuanto cerró la puerta, eché el pestillo y me acerqué a la cama. Lilah tenía una vía en el brazo y olía a antiséptico.

Le acaricié el dorso de la mano y la escuché respirar. Parecía tan tranquila y relajada... Seguía siendo preciosa.

Me senté al borde de la cama y me incliné para besarla en los labios. Coloqué los brazos en su espalda y la tumbé de lado, con cuidado de no tocar la vía.

Me quité las botas y me tumbé con ella. Inhalé su olor a vainilla y le apreté la mano. Descansé la cabeza en la almohada y le acaricié el pelo.

—Te quiero, nena. Saldremos de esta, te mereces una vida mejor que la que has tenido hasta ahora. Te mereces ser feliz después de tanta mierda.

Capítulo veintiuno

Lilah

Escuché un goteo constante y abrí los ojos despacio. Me encontré con un techo de baldosas blancas. Desorientada, respiré hondo. Tenía todo el cuerpo rígido y la espalda me picaba y me dolía, así que rodé sobre un costado y me quedé de piedra.

Delante de mí había un espejo en la pared donde se reflejaba una mujer en una cama. Una mujer cubierta de vendajes, con el pelo corto y a trasquilones y una enorme venda en la mejilla.

Unos enormes ojos azules me devolvieron la mirada de sorpresa y me quedé sin aire un segundo. ¿Esa era yo?

Era yo.

Recordé lo que había pasado: el cuchillo, el aturdimiento, los cortes. La destrucción de la maldición del demonio, la libertad tras librarme de mi belleza.

Respiré con cuidado y fruncí el ceño. No sentía náuseas al pensar en lo que había hecho. No me atormentaba ninguna voz en la cabeza que me repitiera que era una pecadora y que estaba condenada al infierno. Me sentía en calma, una sensación que nunca había experimentado.

Ya no era hermosa. La chica del espejo era normal. No era atractiva, no era una pecadora. Sería invisible a los hombres. Para mí, era perfecta.

Después de mirarla un rato, comprendí que había belleza en la imperfección.

Quise sonreír, aliviada, pero el lado herido de mi cara no se movió, la cicatriz era demasiado profunda y afectaba a los músculos. La sensación del movimiento fue extraña y desconocida.

Levanté la mano para tocar mi nuevo rostro. Tenía un cable en la piel. Recordé más cosas: la pistola, el disparo, Maddie corriendo hacia mí, Flame apartándola y Ky meciéndome en sus brazos, triste y asustado.

—*¿Qué coño has hecho?*

Le acaricié la mejilla con los dedos. Me miró y estuve a punto de quedarme sin aire de lo hermoso que era. Era un buen hombre y merecía amor verdadero. Sonreí, ahora era libre.

—*Ya no habrá tentación, eres libre, estás salvado.*

El cuchillo, mi mejilla, destruir mi apariencia.

Entonces llegó el dolor. El hechizo de Ky había desaparecido, su atracción desaparecería. Había perdido a mi amor y dolía, pero era lo correcto. La mejilla me tiraba y me dolían los cortes del cuerpo, pero ya no sentía el peso del mundo sobre los hombros.

Ya no era hermosa, me había enfrentado al demonio y había ganado. Ya no tentaría a los hombres, por fin alcanzaría la salvación.

De pronto, escuché un suspiro a mi izquierda y me sobresalté. No había visto a nadie en el reflejo, pero ahora escuchaba claramente una respiración además de la mía. No estaba sola.

Me di la vuelta con cuidado y el olor a tabaco y aceite me llenó las fosas nasales. Se me aceleró el corazón.

El pelo rubio desordenado atado en una coleta sobre la almohada.

Ky.

Ky dormido a mi lado.

¿Qué hacía ahí? Ya era libre, sus ataduras habían desaparecido. Eché un vistazo a la habitación desconocida y me asusté cuando vi un montón de máquinas extrañas. No sabía dónde estaba y seguía algo aturdida, aunque empezaba a despejarme. Me temblaban las manos y, cuando quise mover la izquierda, algo me lo impidió.

Ky tenía su mano entrelazada con la mía con tanta fuerza que me habría sido imposible soltarme. Se me olvidó por un momento que estaba en un lugar desconocido y solo me centré en que Ky estaba conmigo.

Ya no era hermosa y seguía ahí.

Me había destrozado la piel, el pelo y la cara, pero seguía ahí, protegiéndome, tumbado a mi lado.

¿Por qué?

Acaricié el dorso de su mano con el pulgar. Noté un movimiento y lo miré a los ojos. Contuve el aliento al encontrarlo despierto y observándome.

Había llegado el momento, iba a perderlo. Me costaba respirar mientras esperaba que dijera algo.

—Nena.

Por poco no me puse a llorar.

Respiró aliviado y, con cariño, se acercó, me soltó la mano y me acarició el pelo.

Cerré los ojos y disfruté del contacto, pero no dejaba de hacerme la misma pregunta una y otra vez.

¿Por qué no se había ido? Ya era libre.

Con ternura, me acarició el cuello y los brazos. Me resigné a abrir los ojos mientras contenía las lágrimas.

Me miraba con adoración, más que cuando era perfecta, la expresión más pura que jamás le había visto. Entonces, con cuidado, con miedo a cómo iba a reaccionar, se inclinó y rozó suavemente sus labios con los míos.

Estaba atónita.

No sabía qué pensar. Había sacrificado mi belleza para liberarlo, pero seguía ahí.

¡No entendía por qué!

Sus labios seguían acariciando los míos.

Al principio no reaccioné, demasiado sorprendida por que me besara con mi cara imperfecta, pero no se detuvo y, despacio, su lengua se abrió paso y me abrió la boca con un jadeo.

Su sabor adictivo me desconcentró. Era lo único que existía, su boca, sus manos en mi pelo, su alma.

Cuando se apartó, los ojos le brillaban, al principio creí que era lujuria, pero, cuando una lágrima se escapó de la comisura de su ojo, mi corazón explotó.

—Ky —sollocé. Me acerqué, con una mueca por la incomodidad, y le

limpié la lágrima con un beso—. Por favor, no llores.

—Ni se te ocurra volver a hacer algo así —me interrumpió con la voz ronca. No estaba enfadado, solo desolado—. No estoy dispuesto a vivir sin ti, ¿me oyes? Eres mía, mi puñetera dama. Estamos en esto juntos, sin importar lo que pase.

Parpadeé desconcertada y busqué palabras para responder, pero no se me ocurría nada.

Recorrió el borde del vendaje de mi mejilla con los dedos y esbozó una mueca de dolor.

—Li, ¿me has oído? ¿Está claro?

Sus ojos me suplicaban que respondiera.

—No entiendo lo que pasa —susurré.

Ladeó la cabeza para estudiarme. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y se recompuso.

—¿Qué no entiendes? ¿En qué coño piensas? —preguntó con la voz todavía compungida.

—¿Por qué sigues aquí? —pregunté mientras le acariciaba la barba—. No entiendo qué haces aquí, conmigo.

Se puso pálido y se tensó.

—¿Dónde cojones iba a estar si no? Te mutilaste delante de todo el club y disparaste a un hermano mientras estabas en un puñetero trance de locura. Te trajimos al hospital. No pensaba moverme de esta cama hasta asegurarme de que estabas bien, eres mi mujer.

—¿Tu mujer? —pregunté, anonadada. Esta vez, el corazón me dio un vuelco, esperanzado.

¿Era posible?

¿Tal vez?

¡No, imposible!

—Nena, vas a tener que explicarme lo que se te pasa por la cabecita, porque no me entero de una mierda. —Se humedeció el labio con la lengua—. Eres mi mujer, lo fuiste desde el primer momento en que te vi. ¿Todavía no lo entiendes?

Las lágrimas me nublaron la vista y se me escapó un sollozo. Ky me acunó la cara con las manos y suavizó la expresión.

—Te quiero. Eres mía. Mi mujer, mi propiedad, mi dama. Para siempre.

—Pero ya no soy perfecta. Te he liberado. Ya no seré una tentación, no te hechizaré para que creas amarme.

Me miró confuso y, después, la confusión se convirtió en frustración y enfado.

—¿Por eso lo has hecho? ¿Pensabas que estaba bajo un hechizo? Menuda gilipollez, ¿en tan poca estima te tienes como para llegar a mutilarte?

Me temblaron los labios.

—No ha sido solo por ti. Los hombres siempre me han deseado por mi cara y mi cuerpo. Me han violado desde que era una niña. Cada vez que me tocaban, me decían que era por culpa de mi belleza, que era un pecado y obra del mal. Los hombres me tocaban y me violaban porque no se resistían. El hermano Noah se hizo cargo de mis enseñanzas cuando era una niña porque así me salvaría.

Se puso rojo de ira, así que respiré hondo.

—Pero, al contrario que a esos hombres, a ti te quería —añadí—. Te quiero, y por eso quiero que seas feliz. No podía mantenerte atrapado con engaños. —Contuve las ganas de llorar—. No soportaba vivir así un día más. Todo el dolor que los ancianos me han causado estos años, el juicio y la hoguera, las violaciones del hermano Micah... Quería liberarme de la causa de todo. Mi belleza, la causa de todo el dolor que los hombres me han infligido.

»Me desterraron por ser rubia y tener los ojos azules, algo que no pasó desapercibido para los discípulos. Me separaron de mi familia por provocar pensamientos impuros en hombres mayores. —Las lágrimas me rodaban por las mejillas—. Quería pasar desapercibida. Ser invisible a ojos de los hombres. Desaparecer.

Ky se incorporó en la cama, dejó las piernas colgando por un lado y agachó la cabeza. De espaldas a mí, su cuerpo estaba tenso y le temblaban los hombros. Usé todas mis fuerzas para sentarme y puse la mano en su espalda.

Me miró por encima del hombro con expresión torturada.

—En eso te equivocas. Con cicatrices o sin ellas, con el pelo corto, latigazos, un crucifijo en el torso, lo que sea, para mí eres perfecta, siempre lo serás. Nada de lo que hiciste ha funcionado, porque siempre serás la tía más increíble que he visto. Siempre serás la única para mí, y punto.

—Ky...

Se volvió del todo y me rodeó con los brazos.

—No, Li, escúchame bien. Has tenido una vida de mierda, siempre te han tratado mal, han abusado de ti, te han violado y te hicieron creer que ser guapa era un puñetero pecado mortal. Esos hijos de puta te hicieron creer que eran enviados de Dios para aprovecharse de ti como les diera en gana. ¡Pedófilos de mierda! Yo no creo en nada y dudo que acabe en el cielo, pero, si hay un Dios, estoy seguro de que lo que hacían no le parecería correcto. Te querría por ser quien eres, no por tu belleza, porque, joder, ¿quién no lo haría?

Me acarició el pelo y me besó en la frente.

—Te voy a querer siempre, con cicatrices y el pelo corto. Muy *sexy*, por cierto. Me da igual tu aspecto, como si vas por ahí con una bolsa en la cabeza. Estamos juntos en esto, hasta el final.

Me lancé a su cuello, henchida de felicidad y de amor.

—No me arrepiento.

—¿De qué?

Estudié su hermoso rostro y sonreí, sobrepasada por las emociones.

—No me arrepiento de lo que me hice. Ahora me siento libre.

Suspiró exasperado y apoyó la frente en la mía. Cerré los ojos y disfruté del milagro. Mi milagro.

—No me creo que me quieras así —murmuré—. Eres todo lo que siempre he soñado.

Se recostó en la cama con cuidado de no tocar mis heridas y me tumbó sobre su pecho. Su calor me reconfortaba. Intentaba decir algo, pero no le salían las palabras.

Cerré los ojos y los minutos pasaron mientras disfrutaba de su olor. Finalmente, me besó en la cabeza.

—Voy a hacer que te sientas preciosa, nena. Y nunca volverás a sentirte menos que nadie, jamás.

Me sentí en paz mientras Ky me acariciaba el pelo distraído.

—¿Es así para todo el mundo? —pregunté, adormilada.

—¿Qué?

—Esto, lo que hay entre nosotros. Cómo nos sentimos. ¿Es normal? ¿Es así para todos?

Respiró hondo y me abrazó más fuerte.

—No, para nada —afirmó con adoración—. Esto es único.

Suspiré, feliz. Entonces me di cuenta de algo.

—Ha valido la pena —reconocí, y hablaba en serio.

—¿El qué?

—Todo —susurré mientras recordaba todo el dolor de mi vida. Las torturas, la pérdida, el abandono, el abuso, las violaciones. Me acurruqué sobre su pecho y expliqué—: Cada segundo de mi vida, porque me ha llevado hasta ti, a enamorarme de ti, el hombre que ha logrado recomponer mi corazón roto, el hombre que me ha salvado.

Capítulo veintidós

Ky

—¿Adónde vamos? El complejo está por ahí.

Había pasado una semana desde lo de Lilah. Hoy volvía a casa. Menos mal, porque no iba a aguantar otra noche en esa cama tan estrecha.

Estaba mejor. Su mejilla se curaba. La cicatriz seguía roja e hinchada, pero mejoraba. La presión por ser preciosa había desaparecido con las cicatrices y, de algún modo, se sentía liberada. Me volvía loco como era ahora.

Me miró confundida cuando me metí en una carretera que no conocía y que llevaba a las tierras de mi padre y del padre de Styx, detrás del club. Entrecerró los ojos e hizo una mueca. Preciosa le había arreglado el pelo y estaba guapísima y no se lo había dicho, pero con el cuero puesto estaba todavía más increíble.

—Vamos a un sitio nuevo, bombón —dije. Lilah miró por la ventana—. No vas a quedarte más en el complejo, te mereces algo mejor.

Me miró con las cejas levantadas. Sonreí sin poder evitarlo. Un par de kilómetros después, giré a la izquierda y llegamos a un pequeño claro donde había una cabaña de madera recién restaurada.

Lilah dio un grito ahogado. Cuando la camioneta se detuvo, salió de un salto y corrió hasta el porche. Caminé hasta ella, la abracé por la cintura desde atrás y apoyé la barbilla en su cabeza.

—Es como el rancho —exclamó, impresionada.

—Era de mi viejo, Styx las arregló.

—¿Las? —preguntó.

Le solté la cintura, le di la mano y la llevé detrás de la cabaña. Una vez allí, señalé otra construcción que había a pocos metros.

—Esa era del padre de Styx. Él y Mae se mudaron a principios de semana.

—¿Serán tus vecinos? —preguntó con una sonrisa de oreja a oreja. Asentí.

—Y Flame.

Perdió la sonrisa.

—¿Flame?

Le di la vuelta para dirigirla hacia otra cabaña algo más pequeña y más vieja que había en la cima de la colina.

—La compró hace años y la reparó él mismo. —Le acuné las mejillas y expliqué—: Pero no serán mis vecinos.

—No comprendo.

La miré a los ojos.

—Serán los nuestros.

Me miró sorprendida.

—¿Quieres que viva contigo?

—No es una elección. No vas a seguir en el club, no es sitio para ti. Te mereces un hogar. Nuestro hogar.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y la besé. Gimió y, en cuestión de segundos, el beso subió de tono. La polla se me puso dura, Lilah me agarró por el cuero y se pegó a mi pecho.

No aguanté más. No lo habíamos hecho desde la noche en que se la habían llevado y me moría de ganas. Quería tocarla, follarla y correrme dentro de ella de una puta vez.

La acaricié por encima de la tela del vestido y la agarré por los muslos. La levanté y me rodeó la cintura con las piernas. Entré en la cabaña a toda prisa sin separarme de su boca.

Abrí la puerta principal de una patada. Lilah ni se molestó en echar un vistazo al salón o a la cocina, ni siquiera abrió los ojos mientras subimos las escaleras, estaba demasiado ocupada en el beso.

La dejé caer sobre la cama y me tumbé sobre ella. Me separé para mirarla. Tenía las mejillas encendidas y los ojos oscurecidos de deseo. Me necesitaba tanto como yo a ella.

—Por favor —suplicó.

Me arrodillé sobre la cama y me apresuré a quitarme la camisa y desabrocharme los vaqueros. Lilah me devoró la bragueta a medio bajar con la mirada.

Me agaché y le levanté el bajo del vestido. No era aquel espanto gris, sino uno blanco sin mangas que Mae le había traído. Desvelé sus piernas bronceadas y depiladas y disfruté de su aroma a vainilla. Gruñí y se me puso tan dura que casi reventé el pantalón.

Le acaricié el coño con el dedo y se retorció sobre el colchón. Separé sus pliegues y, con la yema, dibujé círculos alrededor de su clítoris. Me encantaba ver cómo se le dilataban las pupilas y se arqueaba en la cama entre jadeos.

—Joder, me voy a correr solo con verte.

Dejé de tocarla y le subí el vestido hasta el estómago. Me controlé para tener cuidado de no rozar la quemadura del crucifijo que esa panda de cabrones le había marcado en el torso. Lilah extendió la mano para acariciarme la cara y la miré.

—Te quiero —susurró.

Tardé una décima de segundo en quitarle el vestido y meterme sus tetas en la boca. Le atrapé un pezón con los dientes. Joder, sabía a fresas o frambuesa o qué sé yo. Daba igual, era perfecta.

Me enredó las manos en el pelo y enloquecí. Disfrutaba, le gustaba sentir mi boca en su cuerpo.

Era libre, en sus ojos ya no había nada más que lujuria. No se contenía y ningún profeta follaniñas le susurraba que era una pecadora. Solo estábamos nosotros.

Bajé la mano por su estómago hasta su coño y le presioné el clítoris. Deslicé un dedo dentro de ella mientras le succionaba el pezón y sentí cómo se apretaba alrededor de mi dedo.

Seguí acariciándole el clítoris y curvé los dedos para rozar su punto g. Respiraba acelerada. Estaba cerca.

Se estremeció sobre mis dedos, se ruborizó, dejó de respirar y se quedó quieta un instante.

Gimió y fue como música para mis oídos. Por poco no me arrancó el pelo al correrse, esa primera vez de todas las que seguirían ese día.

Moví los dedos más despacio. Respiraba con dificultad y abrió los ojos despacio con una sonrisa avergonzada.

—¿Todo bien, nena? —pregunté.

Asintió. Salí de ella despacio. Me aseguré de que no dejase de mirarme y me llevé los dedos a la boca para lamerlos.

Apretó los muslos y, de pronto, se puso de rodillas, me sacó los dedos de la boca y me besó casi con desesperación.

La agarré del pelo mientras con manos temblorosas me acariciaba por encima del vaquero. Contuve un gemido cuando me bajó la cremallera y la polla se me levantó como un resorte.

Me separé, salí de la cama y me quité los pantalones en una décima de segundo. Lilah me observaba de rodillas y se humedecía los labios con la lengua. Tenía la piel llena de quemaduras y un puto mordisco en el hombro del tal Micah. A pesar de todo, para mí seguía siendo preciosa.

Me coloqué al borde de la cama y me agarré la verga con la mano. Lilah gateó hasta mí, nerviosa, y enredé la mano libre en su pelo.

—¿Puedo tocarte? —me pidió mientras tiraba de mí para subirme a la cama.

Aparté la mano cuando levantó la suya con timidez y me rodeó la polla con los dedos, sin llegar a juntarlos. Apretó con cuidado y empezó a acariciarme. Eché la cabeza atrás y apreté los dientes para no gritar su nombre.

Joder, era muy agradable. Entonces su mano se deslizó hasta la base y sentí el calor de su boca posarse suavemente en la punta. Casi me corro de golpe.

Abrí los ojos. Lilah me miraba mientras descendía con la boca por mi polla y me lamía la punta.

—Joder, eres increíble —jadeé.

Con cuidado y timidez, empezó a mover la lengua más y más deprisa, hasta que no aguanté más.

La agarré por la barbilla y la separé, seguía con la boca abierta y húmeda de chupar.

—Túmbate —ordené y, con una sonrisa, lo hizo.

Era como una visión, con sus curvas perfectas y el coño desnudo esperándome.

Me arrastré por la cama sobre ella y la besé mientras frotaba la polla contra su entrepierna húmeda.

—Quiero follarte a pelo —pedí—. Me he hecho análisis esta semana, estoy limpio. En el hospital comprobaron tu sangre y estás bien. Sigues llevando el DIU, así que no te quedarás embarazada. Quiero sentirte, sin condón, piel contra piel. ¿Y tú?

Levantó la mano para agarrarme del cuello y me atrajo para besarme. Levantó las caderas y me separé justo antes de metérsela.

—Sí, por favor, hazlo. Tómame, sin hechizos.

Ese era el permiso que necesitaba. La agarré del pelo, coloqué la verga en su entrada y la penetré de una embestida, hasta el fondo.

Gimió y me clavó las uñas en la espalda. Joder, era increíble, húmedo y perfecto.

Empecé a mover las caderas. Sentir cómo se apretaba a mi alrededor me volvía loco. Ladeé la cabeza para besarla y embestí con más fuerza. Le recorrí la boca con la lengua y me tragué todos sus gemidos. Quería estar lo más dentro de ella posible, quería marcarla, hacerla mía y reemplazar cualquier rastro del puñetero Micah.

Gimió mi nombre mientras movía las caderas a la vez que las mías. Pero quería más. Quería ver su cara cuando se corriera.

Nos di la vuelta y me tumbé sobre la espalda. Dio un grito ahogado al encontrarse a horcajadas sobre mí, yo todavía en su interior. Me puso la mano en el pecho y me miró, sorprendida.

—Móntame, nena —gruñí como respuesta, y la agarré con fuerza por las caderas.

Eché la cabeza hacia atrás cuando levanté las caderas, tenía los pezones como piedras y le botaban las tetas al ritmo de nuestras caderas.

—Ky, es maravilloso —murmuró, pero las palabras se convirtieron en un gemido. Se lamió los labios y me arañó el pecho.

Empezó a mover las caderas y de pronto sus inhibiciones desaparecieron, el instinto tomó el control y la miré. Enrojecida y con los ojos cerrados, me montaba con fuerza y gemí cuando aceleró el ritmo.

Solté una mano de sus caderas y le acaricié el clítoris con el pulgar. Abrió los ojos de par en par y empezó a temblar. Sacudió las caderas y su coño se estremeció sobre mi polla. Iba a correrse.

Dibujé círculos con el pulgar, se ruborizó y levanté las caderas con un fuerte empujón. Gritó mi nombre y me apretó con tanta fuerza que se me nubló la vista. Me corrí y la llené de mi esencia.

Lilah jadeaba con fuerza y los dos dejamos de movernos sin apartar la vista del otro. Ni siquiera veía las cicatrices de su cara. Solo la veía a ella, mi mujer, mi dama, mi vida.

La agarré por la muñeca y tiré de ella para que cayera sobre mi pecho. Le froté la sien con el pulgar y recorrí la cicatriz hasta la mandíbula. Su expresión cambió y se volvió cauta.

—Te quiero —dije, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Y yo a ti, Kyler.

La miré y me empapé de cada uno de sus rasgos.

—Rebekah —susurré.

Se tensó y le temblaron los labios.

—¿Cómo sabes ese nombre?

—Conocí a tu hermana cuando te rescatamos, ella me lo dijo.

—¿Phebe? —susurró, ahora lloraba sin contenerse.

—Sí, quería que te salvara.

Apartó la vista y no volvió a mencionar a su hermana. Me miró de nuevo.

—Por favor, no me llames así —me pidió.

—¿Por qué?

Apoyó la cabeza en mi pecho y me besó la piel perlada de sudor.

—Porque no conozco a esa chica. He vivido toda la vida como Delilah, pero tú solo me has conocido como Lilah. Es quien soy y quien quiero ser. El nombre de Rebekah murió cuando se me llevaron de niña.

Se me rompió el corazón por el dolor con el que hablaba, pero la acerqué para besarla.

—Lilah, mi dama —murmuré.

Ladeó la cabeza y parpadeó.

Sonreí, le acaricié la espalda y le apreté el culo.

—Vístete —ordené.

Frunció el ceño.

—¿Por qué? —Hizo un puchero y me acarició el tatuaje de la soga del pecho—. Estoy a gusto aquí. No me importaría quedarme más tiempo en la cama contigo.

Me reí y jadeó.

—Tan bueno soy, ¿eh? —bromeé.

Se sonrojó.

—Sabes que eres atractivo. Mucho. Y habilidoso.

Me reí otra vez, le guiñé el ojo, le agarré el culo y la levanté de la cama.

—Venga, vístete. Y ponte pantalones.

Negó con la cabeza.

—No puedo. «La mujer no se pondrá ropa de hombre, ni el hombre se pondrá ropa de mujer, porque el Señor tu Dios detesta a cualquiera que hace tal cosa». Deuteronomio, 22, 5.

Suspiré exasperado.

—No vamos a pasar por esto otra vez.

—Aunque no siga en la Orden, no puedo negar quien soy, no puedo rechazar mi fe.

Me acerqué a ella y me puse cachondo al ver el semen deslizarse por sus muslos. Le puse un dedo en los labios.

—Pues ponte un vestido, pero ponte unos pantalones cortos debajo. Preciosa te ha llenado el armario, algo encontrarás.

Me miró con la boca abierta.

—¿Tengo un armario aquí?

—Pues claro, igual que yo. Y, para que lo sepas, no tengo ningún interés en que te vistas como un hombre. Me gusta que mi mujer parezca una mujer, no un tío, no me van las pollas.

Contuvo una sonrisa y asintió.

—Me pondré unos pantalones debajo del vestido.

—Perfecto —asentí, y fui a vestirme—. Porque vamos a coger la moto, no es una opción.

La escuché tragar saliva, pero la ignoré.

—¿Lista? —pregunté mientras se abrazaba a mi cintura.

Asintió y se apretó contra mí.

—Sí.

Quitó la pata de cabra y aceleré. El motor de la Harley rugió y salimos disparados a la carretera que había detrás del complejo. Lilah se agarraba a mi cintura con todas sus fuerzas, pero yo no dejaba de sonreír como un imbécil. Tenía a mi dama en mi moto, el viento me azotaba la cara y disfrutaba de la libertad de la carretera y de dos ruedas quemando el asfalto.

Esa era la vida que quería y nunca había sido tan feliz.

Escuché una risita y la miré por el retrovisor. Sonreía con la cabeza levantada hacia el cielo y se reía a carcajadas.

Le gustaba.

Le encantaba.

También saboreaba la libertad.

Condujimos durante horas, hasta que llegamos al parque estatal McKinney Falls. Los Verdugos iban mucho por ahí. Lilah se enamoró del lugar.

Nos detuvimos junto al agua. Me di la vuelta en el asiento y Lilah subió las piernas sobre mis muslos. La agarré del culo y la acerqué. Con una sonrisa de oreja a oreja, me rodeó el cuello.

—¿Te ha gustado? —pregunté.

—Sí, muchísimo —contestó, y apoyó la frente en la mía—. Lo mejor ha sido abrazarte y compartir algo que amas.

—Bésame, bombón —exigí, y no tardó ni un segundo en concederme mi petición.

Me separé de sus labios y le besé la línea de la mandíbula. Después, el cuello. Aspiré el olor a vainilla.

—Ky —me llamó en un susurró, y me incorporé. Si seguía, iba a acabar follándomela encima de la moto. Apoyó la cabeza en mi pecho y se quedó mirando el agua. Suspiró.

Noté que le había cambiado el humor, así que la abracé.

—¿Estás bien?

Tardó un par de minutos en contestar.

—¿Crees en Dios?

La pregunta me dejó con el culo torcido. Fruncí el ceño y me pregunté qué cojones se le pasaría por la cabeza.

—No lo sé —respondí, sincero—. Pero la religión me parece una mierda. La gente mata en nombre de un Dios que podría ser tan real como Papá Noel y juzgan a los que no creen en lo mismo que ellos. Luego están los cerdos como el profeta David y Cain, que la usan para ganar poder y controlar a la gente. —Suspiré para no perder los nervios—. Pero no sé si creo en Dios.

—Yo sí —susurró—. A pesar de todo, creo que existe un Dios que nos ama.

No supe qué contestar, pero me asusté. Acababa de recuperarla, por fin empezaba a vivir después de todo lo que le habían hecho en la secta de pedófilos. Pensaba que seguiríamos adelante y empezariamos nuestra vida juntos, pero ¿qué pasaba si seguía creyendo? Me acojonaba la idea. «Ninguna mujer que crea en Dios va a querer esta vida», pensé.

—Lo hablé con Mae en el hospital. Me contó que el profeta David había cambiado la Biblia para que creyéramos lo que él quería. Me explicó sus mentiras y cómo se había aprovechado de su poder para hacer cosas horribles a niñas como nosotras.

La abracé con todas mis fuerzas, como si pudiera protegerla del pasado. Frotó la nariz contra mi pecho y suspiró, feliz.

—Me trajo una Biblia, una de verdad, y me maravilló. Estaba llena de perdón, buenas intenciones y mensajes de paz y amor para la humanidad. Me enamoré de esas palabras, del mensaje. Fue renovador y me llenó de esperanza, restauró mi fe.

Se me formó un nudo en la garganta. Nada de lo que decía encajaba con los Verdugos ni conmigo.

Sentí el pecho mojado y le levanté la cara. Tenía las mejillas empapadas de lágrimas.

—Nena —susurré y se las sequé con el dorso de la mano.

Sacudió la cabeza, enlazó una mano con la mía y la besó.

—No quiero que creas que no soy feliz o que no te quiero. Lo hago, más

de lo que puedo explicar, tanto que ningún poema o salmo le haría justicia. Te adoro, Ky, no me imagino mi vida sin ti. Eres mi salvador, me llenas de paz, amor y devoción.

Me dolía el pecho y con el pulgar le acaricié la cicatriz de la mejilla.

Se levantó el vestido. Los pantalones se ajustaban a sus piernas a la perfección y me enseñó el estómago. Con los dedos, recorrió las cicatrices que siempre le marcarían la piel por culpa de la Orden.

—Esta cruz de mi estómago es fruto de hombres crueles y malvados, pero también llevo ese símbolo en el corazón, metafóricamente, claro, desde que era una niña. Siempre he considerado al Señor lo más sagrado de mi vida y le he dedicado mi amor incondicional.

Cerré los ojos y contuve el aliento. Empezaba a marearme. Cuanto más hablaba, más sentía que se alejaba. Sabía que estar juntos sería duro, pero no imposible, joder.

Era un asesino.

Un proscrito.

No había sitio para la religión cuando Hades te guiaba.

Lilah se bajó el vestido e hizo una mueca de dolor.

—Toda mi vida ha estado al servicio de Dios. —Me miró a los ojos—. No sé quién soy sin mi fe.

Parecía desesperada, como si esperase que yo tuviera una respuesta, pero no sabía qué decir.

Se deshizo en lágrimas sobre mi pecho hasta que no le quedaron más y estuvo agotada. Volvimos a casa en silencio y, sin decir una palabra, la llevé a la cama y se durmió abrazada a mí.

Yo no dormí en toda la noche. No dejaba de darle vueltas a lo que había dicho.

«Eres mi salvador, me llenas de paz, amor y devoción».

Pero...

«No sé quién soy sin mi fe».

Qué gracioso, yo no sabía quién era sin ella. Me había cambiado. Había pasado de que las mujeres me importasen una mierda a adorar el suelo por donde ella pisaba.

Lilah dormía apoyada en mi pecho y respiré su olor a vainilla. Suspiré y

la apreté contra mí. Lo que estaba a punto de hacer la alejaría de mí. Posiblemente para siempre. Pero tenía que hacerlo por ella, porque la quería. Merecía ser feliz, incluso si eso significaba que yo no lo sería.

Mierda.

Capítulo veintitrés

Ky

—¿S-seguro q-que funcionará?

Me apoyé en la camioneta de Styx y me encogí de hombros mientras fumábamos.

—No estoy seguro de nada. Los últimos días ha estado callada y taciturna todo el rato. Necesita eso. —Miré a mi mejor amigo—. Y también a sus hermanas, son las únicas que la entienden. Joder, es posible que ellas se sientan igual.

Styx tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó. Me miró con el ceño fruncido, preocupado.

—N-no p-perderé a Mae p-por esto.

Miré la cabaña y suspiré.

—Mae ha elegido esta vida. Te ha elegido a ti. No tienes nada que temer —afirmé sin añadir nada más, no me apetecía contar nada más sobre Lilah.

Styx me puso la mano en el hombro y me dio un par de toquecitos en la mejilla con el dedo. No tenía que decir nada. Era consciente de a lo que, muy probablemente, iba a renunciar.

—N-nunca te había v-visto así —comentó, y me pasó otro cigarro.

—Nunca había tenido nada que perder. Nada que fuera a destruirme, como perderla.

El móvil de Styx sonó, lo que indicaba que Mae ya había recogido a Maddie. La pequeña no había salido del apartamento en meses más que para

ver a Lilah después del secuestro de la secta, cuando se la había encontrado fuera de sí y mutilándose en el bar. Después, no había vuelto a salir. Pero ahora vivía con Mae y Styx en su cabaña y, no sabía cómo, Mae la había convencido para venir con nosotros ese día.

Styx abrió la puerta de la camioneta.

—N-nos vemos a-allí —se despidió.

Me marché hacia la cabaña y entré. Lilah estaba en la cocina, tarareando para sí vestida con un vestido blanco de manga larga. Era más ajustado de lo que solía llevar y dejaba intuir su increíble figura. En los pies, llevaba unas botas de motorista hasta el tobillo que le quedaban de muerte. Llevaba el pelo corto desordenado, pero le favorecía. Estaba sacando algo del horno.

Me quedé sin aire al verla. Me pregunté si sería la última vez que estaríamos juntos así. Suspiré y escuché el motor de la camioneta de Styx alejarse. Era el momento de averiguarlo.

Me acerqué por detrás y la abracé por la cintura. Se sobresaltó y tiró las manoplas.

—¡Ky!

Rio, se volvió y me rodeó el cuello con los brazos. Me besó y me frotó el cuello con la nariz.

—Qué bien hueles. A humo y aceite.

—¿Eso es bueno? —pregunté, más rudo de lo que me habría gustado.

—Mucho —susurró—. Hace que me sienta segura.

Se me formó un nudo en la garganta y me aferré a ella. Contuvo la respiración, ladeó la cabeza y me miró a los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó.

Le acuné la cara y la empujé contra la encimera. La besé con desesperación y, en pocos segundos, le arranqué el vestido y le rompí las bragas. Me bajé la bragueta y la penetré de una embestida.

—Ky...

Lilah gimió y me agarró del pelo, sentada en la encimera con el culo desnudo. No le di oportunidad a decir mucho más mientras la follaba y su coño se tensaba y empezaba a apretarme.

—Joder, te quiero —jadeé, y aceleré las embestidas, a punto de explotar.

—Yo también te quiero —susurró.

Entonces tembló y gritó. Sus paredes se tensaron y se estrecharon alrededor de mi verga y los dos nos corrimos juntos.

—¡Joder! —grité mientras me dejaba ir. Enterré la cabeza en su hombro y me concentré en volver a respirar con normalidad.

Lilah giró las caderas despacio en un último movimiento que nos dejó secos y me levantó la cabeza, preocupada.

—¿Qué pasa?

Le di un beso rápido y me aparté. Saqué la polla de su interior y me la metí en los vaqueros.

—Ve a lavarte y ponte los pantalones, vamos a dar una vuelta.

—Ah, ¿sí? —preguntó.

—Sí, tenemos que ir a un sitio.

Me miró con suspicacia, pero se encogió de hombros y fue a cambiarse. Cinco minutos después, volábamos por la autopista en dirección al centro. Lilah me abrazaba con fuerza y yo hice lo posible por mantener la compostura.

Aparqué detrás de la camioneta de Styx y Lilah se puso rígida por la sorpresa.

—¿Ky? —preguntó. Apagué el motor y no me moví durante un par de minutos—. Es preciosa —murmuró.

De mala gana, levanté la vista a la iglesia blanca que tanto la había fascinado hacía meses.

—Bájate —ordené. Pasó las piernas por encima del asiento y saltó a la acera. La seguí y observé cómo miraba a todas partes, maravillada.

—Es preciosa —repitió.

—Estoy de acuerdo —mascullé entre dientes, pero no miraba las piedras blancas ni las vidrieras. La observaba a ella y a su mirada extasiada.

Se volvió hacia mí.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó.

Eché un vistazo a la camioneta, que estaba vacía, y me masajeeé el puente de la nariz.

—Dijiste que no sabías quién eras sin tu fe.

Abrió los ojos como platos y dio un grito ahogado.

—¿Y me has traído aquí?

—Exacto. He hablado con el pastor para que te lo enseñe todo y te enseñe a tener una religión sin abusos ni maltratos y que no te obligue a hacer nada que no quieras.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y sacudió la cabeza.

—No lo entiendo.

—Nena, te quiero.

—Y yo a ti —me interrumpió, pero levanté la mano para pedirle que callara. Una lágrima le rodó por la mejilla y se la limpié con el pulgar.

—Te quiero, joder, pero sé que necesitas esto. —Señalé la iglesia—. Lo necesitas para estar completa, para darle un sentido a tu vida. Pero, sobre todo, crees en Dios, de eso se trata.

Con la mano me acarició el cuero y no fui capaz de mirarla a los ojos. Era un cobarde de mierda.

Suspiró y me acarició la mejilla. Por fin la miré, parecía triste.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué haces esto?

—Porque es lo correcto. Toda la vida te han dicho lo que debes hacer. Nunca has tenido algo que amases, que fuera tuyo. —Volví a señalar la iglesia—. Necesitas este lugar, bombón.

—Pero ¿por qué estás triste? —insistió.

Me acerqué y apoyé la frente en la suya.

—Tus creencias y mi forma de vida son polos opuestos, Li. Los Verdugos no tienen moral. Vivimos apartados, seguimos nuestras propias reglas y ninguna se parece en nada a tu fe. —Suspiré—. Quiero que seas feliz.

La puerta se abrió. Ignoré la expresión angustiada de Lilah y me volví hacia el pastor, que esperaba en la puerta junto con Mae y Maddie. Las dos sonreían. Mae le pidió a Lilah con gestos que se acercase. Maddie parecía tranquila, incluso feliz.

Lilah dudó y me miró.

—Ky... —Su voz sonaba triste, pero sus ojos me decían que quería ir.

—Vete, descubre quién eres.

Se puso de puntillas y me besó.

—Gracias —susurró, y estuve a punto de derrumbarme.

Subió las escaleras despacio y, con timidez, le dio la mano al pastor. Las invitó a pasar y Lilah lo siguió sin mirar atrás.

Las grandes puertas de roble estuvieron cerradas lo que me pareció una eternidad. Sentía un vacío en el pecho. La había perdido. ¿Cómo cojones iba a competir con Dios? Era guapo y estaba muy bueno, pero ni siquiera yo era divino.

Styx se acercó con dos cafés y silbó para llamar mi atención. Nos apoyamos en la camioneta y, con la cabeza gacha, me tendió un café.

No dijo nada.

—Acabo de perderla, lo sé —reconocí después de beberme la mitad del café.

Suspiró y me apretó el hombro.

—¡Mierda! —espeté.

Tiré el vaso de café al suelo e ignoré a las personas que se apartaron de nosotros. Me pasé las manos por el pelo y respiré hondo. Styx me observaba en silencio. Tenía la mandíbula tensa y los ojos entrecerrados. Estaba cabreado, pero no podía mirarlo, no soportaría que me mirase con lástima.

—Necesito conducir —dije, y eché a andar hacia la moto. Me volví hacia Styx—. Asegúrate de que vuelva a casa a salvo, ¿vale?

Asintió. Saqué las llaves, pero escuché el crujido de las puertas al abrirse y unos pasos corriendo por las escaleras de mármol.

—¡Ky!

Me di la vuelta con el casco en la mano. Lilah corría hacia mí y me pedía con la mano que esperase.

Me preocupaba que algo hubiera salido mal, así que dejé el casco en el asiento y corrí a su encuentro.

—¿Qué ha pasado? —pregunté mientras estudiaba su expresión en busca de problemas. No me importaba pegarle a un pastor si hacía falta—. ¿Alguien te ha hecho daño?

No se detuvo y saltó sobre mí. Me abrazó con fuerza y enterró la cara en mi cuello.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —pregunté, y le acaricié el pelo corto.

Se separó y me miró con los ojos llenos de lágrimas. Me tensé de la cabeza a los pies.

—¿Quién te ha hecho daño? ¡Voy a matarlo!

Puso la mano en mi mejilla.

—No, no es eso. No lo entiendes.

Me paralicé y esbozó una sonrisa deslumbrante.

—Es maravilloso, Ky. Lo que enseñan, su forma de venerar al Señor, la vida que llevan.

Me sentí decepcionado y le aparté un mechón de la frente.

—Eso es bueno, ¿no?

Asintió y se rio, feliz.

—Lo es, es fantástico, me encanta. Siento que encajo, este es mi sitio.

—Qué bien, es genial —farfullé, confundido. ¿Por qué había vuelto? ¿Para torturarme? ¿Por qué me lo ponía más difícil?

—¿Ky? —me llamó, y reuní fuerzas para mirarla. Me costaba respirar—. Me has salvado. —Le temblaba el labio.

Se me aceleró el corazón.

—Joder, Li. —No me salieron más palabras.

—Me has devuelto la fe, un fe honesta e inocente, sin condiciones.

—Soy un pecador, estoy condenado. ¿Por qué querrías estar conmigo cuando tu fe es tan fuerte?

Ladeó la cabeza.

—Porque la salvación se puede encontrar en el amor al condenado.

El dolor del pecho desapareció. No se marchaba. Se quedaría conmigo, en mi cama, en mi moto.

La miré, casi flotaba de felicidad. No tuve ninguna duda de lo que debía hacer para asegurarme de no perderla nunca.

Puse las manos en su nuca y lo solté sin pensar.

—Cásate conmigo.

Se quedó de piedra y abrió la boca.

—¿Qué? —susurró, sorprendida.

—Cásate conmigo. ¿Quieres hacerlo bien? Pues casémonos.

—¿Ante los ojos de Dios?

Me encogí de hombros.

—Montada en un puto unicornio si quieres, me da igual.

—¿Harías eso por mí?

—He cambiado toda mi vida por ti. Podría encadenarme a ti si quieres.

Se rio y ladeó la cabeza.

—Entonces, ¡sí! La respuesta es sí.

La besé mientras el corazón me latía tan deprisa que pensaba que explotaría. Mi padre era un imbécil. Los coños estaban para venerarlos y yo no podía adorar más a la mujer que tenía a mi lado.

Styx me palmeó la espalda y me sobresalté. Me miró con una gran sonrisa.

«¡El infierno se ha congelado si tú vas a casarte! ¡Bienvenido al club de los deshuevados por amor!».

«El viejo estaba equivocado. Los coños están para lamerlos, follarlos y venerarlos», respondí por signos.

Se rio.

«Amén a eso, hermano».

«Estuve perdido desde que la vi, Styx. La puñetera rubia peregrina».

Epílogo

Lilah

Me casé con Ky al amanecer cuatro días después, al amparo de la belleza de la creación del Señor y con una bandada de palomas volando sobre nuestras cabezas. Llevé un vestido blanco sencillo con guirnaldas en el pelo y Ky sus pantalones negros de siempre y el cuero de los Verdugos.

El pastor Elsie James ofició la ceremonia en el precioso jardín de nuestra cabaña. Todos los Verdugos acudieron con sus damas y mis hermanas fueron mis damas de honor. Incluso Elysia vino, la hermana oculta de Ky, lo que sorprendió a muchos. Dijo que merecía la pena el riesgo para ver a su único y reformado hermano pasar por el altar.

Intercambiamos los anillos y Ky me puso su parche en la espalda cuando la ceremonia más perfecta de la historia terminó. Dijimos «sí, quiero» cuando el sol alcanzó su cénit y me convertí oficialmente en «propiedad de Ky».

El pastor James nos declaró marido y mujer. Ky se giró hacia la multitud y cerró nuestra unión con un grito.

—¡Vive libre, rueda libre, muere libre!

Caminamos entre los hombres y mujeres que lo corearon de buena gana y que nos daban la bienvenida como esposos.

Estábamos en el porche, yo sentada en el regazo de Ky mientras le daba vueltas a mi alianza, más feliz de lo que había estado nunca.

Se llevó mi mano a la boca para besarla.

—¿Todo bien, nena? —preguntó.

Con la mano en su pecho, observé a mi nueva familia beber y reír en el jardín y respondí con total sinceridad.

—Estoy feliz. He perdido mi belleza, pero he sido bendecida con tu amor incondicional. Por primera vez en mi vida, soy feliz.

Ky suspiró y lo interpreté como que estaba de acuerdo.

Styx y Mae entraron en el patio en moto después de escoltar a Maddie de vuelta a la iglesia. Mi hermana había encontrado su sitio entre las blancas paredes de la iglesia de Nuestro Salvador. Allí se sentía en paz, donde nadie la juzgaba y no había dolor. Se pasaba horas arrodillada al pie del Cristo de mármol blanco, protegida por la atenta mirada del pastor James.

Mae se acercó con una sonrisa y me besó en la frente. Después se sentó en el regazo de Styx, junto a nosotros. Al otro lado, Cowboy y Alacrán charlaban con Elysia sobre rodeos. Tuve que reírme al ver a Ky fruncir el ceño y gruñir, sobreprotector con su hermana.

—¿Cómo está Maddie? —le pregunté a Mae—. ¿Le ha gustado la ceremonia?

—La ha disfrutado mucho —respondió—. Está mejor, aunque no sé qué hacer para que se sienta feliz y segura de verdad.

En silencio, recé por que Maddie encontrase su camino.

—¡El hermano psicópata ha vuelto!

Se montó un alboroto. AK y Vikingo aparcaron la camioneta en el jardín y Flame salió de un salto. Todos se acercaron a saludarlo y darle la bienvenida. Había estado en el hospital recuperándose de la herida del cuello hasta ese momento y los otros dos habían ido a buscarlo para que cuando se le pasaran los calmantes no estuviera allí y no le hiciera daño a nadie.

Alacrán y Cowboy se levantaron para ir a saludarle y sonreí. Habían decidido quedarse y recibir los parches de Austin, como me había explicado Ky. Tanner, el amigo de Tanque, también se había mudado al complejo. Casi siempre estaba callado y encerrado en sí mismo. Me daba la sensación de que soportaba una gran tristeza. Ky me contó que al principio no le caía muy bien, pero, después de que arriesgase su vida para contribuir a mi rescate, se había ganado su respeto.

Flame recorría todo el patio con la mirada una y otra vez, como un cazador buscando a su presa. Vikingo le pasó una cerveza, pero la tiró al suelo y siguió buscando.

Al vernos en el porche se acercó corriendo. Tenía el pecho y los brazos cubiertos de tatuajes tensos. Llevaba el cuero, pero no camisa, y pantalones de cuero con botas negras. Tenía puntos en un lado del cuello y una cicatriz enrojecida donde le había disparado. Me sentí muy culpable al ver la herida.

—¿Dónde está? —le preguntó a Styx antes de que me diera tiempo a disculparme. Styx entrecerró los ojos pero no respondió.

Flame se volvió entonces hacia Ky y repitió la pregunta con la voz tan fría que cortaba el aire.

Ky se removió incómodo y me hizo cambiar de posición en su regazo.

—Haz el favor de calmarte. Acabas de volver, joder, ¡es mi boda!

Flame lo ignoró.

—¿DÓNDE ESTÁ? —bramó con la cara enrojecida por la rabia.

—Nuestro Salvador —me apresuré a responder. Me traspasó con la mirada—. Maddie está en la iglesia de Nuestro Salvador.

Flame se tambaleó como si le hubieran dado un puñetazo y puso una mueca de dolor.

—No —siseó, y miró a Ky y a Styx para que le confirmasen la información. Los dos asintieron, tensos.

Apretó los puños y literalmente convulsionó de ira.

—¡NO! —rugió.

Pegué un respingo y me agarré a Ky. Flame empezó a lanzar sillas por los aires y a estamparlas contra el suelo.

—¡No puede estar allí! ¿Por qué cojones la habéis llevado? —gritaba una y otra vez. Todos se apartaron y lo miraron confundidos y preocupados.

Se sacó el cuchillo del cuero y se cortó los brazos. La sangre manó de los cortes y goteó sobre el suelo. Sacudía la cabeza, fuera de sí.

—No, no, no puede estar allí —farfulló entre dientes—. Le harán daño. Gritará. No soporto que grite. Maddie, ¡joder, Maddie!

Con la cabeza hacia atrás, dio un grito que me heló la sangre y lanzó la cuchilla contra un árbol. Después se dio la vuelta y salió corriendo hacia su cabaña en la colina.

—¡Joder! —maldijo Ky.

AK y Vikingo los miraron a él y a Styx. Se levantó conmigo en brazos.

—Seguidlo y no dejéis que mate a nadie en la puñetera iglesia —ordenó.

Los aludidos asintieron y salieron corriendo detrás de Flame. El «trío de psicópatas», como los llamaba Ky, volvía a la carretera.

—Más drama, presi —comentó Ky a su amigo—. ¿Qué problema tiene con una puñetera iglesia?

Styx le respondió por signos y los dos bufaron y se rieron sin ganas.

Maddie no me preocupaba. Mae me miró y sacudió la cabeza de forma casi imperceptible. Sentía lo mismo. Por muy desequilibrado que Flame pareciera, estaba obsesionado por nuestra hermana y, si no me equivocaba, Maddie no lo veía con los mismos ojos que a los demás hombres, que le provocaban un miedo atroz.

«El tiempo lo dirá», pensé.

Comimos, los hombres bebieron y, al anochecer, decidimos que era hora de retirarnos. Cuando todos se marcharon del patio, Ky me levantó en brazos y me llevó hasta nuestra cama de matrimonio sin dejar de mirarme ni un segundo con sus preciosos ojos.

Cuando me preguntó si era feliz con mi nueva vida, fui sincera.

—Mi corazón solo late por ti. Respiro por ti, vivo por ti, mi alma...

Ky me miraba emocionado.

—Dime, bombón —apremió, casi desesperado.

—Mi alma te pertenece. Me salvaste. Me quisiste por quien era. Incluso con este aspecto, me haces sentir que valgo.

—Joder, nena —susurró, y me atrajo para besarme.

Nos zambullimos en un entresijo sensual de brazos y piernas, exploramos el cuerpo del otro y nos besamos hasta que nos dolieron los labios, esa vez con la bendición de Dios, y comprendí que el profeta David estaba equivocado. Siempre lo había estado.

Predicaba que «ningún hombre puede amar de verdad a una mujer Maldita de Eva. Y ninguna mujer de Eva recibirá jamás el amor de un alma pura».

Sin embargo, yo, Delilah, una hija Maldita de Eva, disfrutaba del amor incondicional de Kyler «Ky» Willis, un alma pura y protectora que me amaba sin reservas.

Y yo, Delilah, una hija Maldita de Eva, había conseguido lo que siempre había soñado.

Me había salvado.

Ky Willis, un hombre musculoso, rubio y de ojos azules, sin pelos en la lengua y devastadoramente atractivo, se había convertido en mi salvación.

Profeta Cain

Nueva Sion, Texas

— ¡Impenetrable! ¡Se supone que nuestra comuna es impenetrable! Y, sin embargo, esos demonios andantes consiguieron entrar sin ser vistos y llevarse a una mujer caída en desgracia antes de que recibiera su castigo divino y fuese purificada por las llamas.

Daba vueltas fuera de mí por la sala donde Judah, el hermano Luke y yo nos habíamos reunido con el Klan, Johnny Landry y el gobernador Ayers, el Gran Mago y el Mago Imperial del KKK de Texas.

— Los quiero muertos, erradicados de la faz de la Tierra. Quiero acabar con ellos y exponer sus cuerpos en picas para que nadie más se atreva a cruzar este terreno sagrado y provocar al pueblo de Dios. Quiero armar a los nuestros para la guerra santa y que marchen sin miedo en sus corazones. Quiero a las Malditas de vuelta y que jamás vuelvan a poner un pie en el mundo exterior. Quiero casarme con la hija Maldita de Eva y cumplir la profecía del profeta David. ¡Debo casarme con Salome y unirme a ella en un intercambio divino! ¡Tiene que volver, no importa el precio!

Jadeaba del esfuerzo. La rabia me encendía por dentro y me ardía en las venas. Cuando se llevaron a Delilah y encontramos a su hermana atada a un árbol y a dos de mis ancianos asesinados, la Orden me vio como un líder débil. Dudaron de mi ascensión y de mi habilidad para llevarlos a las puertas del cielo. Pero su preocupación y vergüenza no eran comparables al deseo de venganza que sentía. Quería vengarme de ese club de moteros paganos que me

había alejado de todo lo que me estaba destinado y del hombre que había arrastrado a la mujer que era esencial para nuestro destino a la oscuridad.

Di un puñetazo a la mesa y fulminé a Landry y a Ayers con la mirada.

—Tuvo que ser uno de los vuestros. Alguien filtró la ubicación de Nueva Sion. Se supone que este sitio no existe, no aparece en ningún registro. Solo alguien de dentro pudo informar a los Verdugos.

Landry le dedicó a Ayers una mirada significativa y este apoyó la barbilla en las manos. Parecía un político de los pies a la cabeza, lo que buscaba parecer.

—Tienes razón, Cain.

—¡Profeta Cain! —corrigieron Judah y el hermano Luke al unísono. Le dedicaron una mirada que indicaba su indignación por la falta de respeto a un mensajero de Dios. Micah, el hijo del hermano Luke, había muerto de una forma espantosa. Estaba seguro de que había sido Flame.

Ayers levantó las manos y sonrió.

—Profeta Cain, mis disculpas.

Landry sonrió y se cruzó de brazos, pero perdió el humor rápidamente.

—Sospechamos de alguien, un desertor de nuestro círculo más cercano que creemos que robó información vital del despacho de Landry. Creemos que se esconde con los Verdugos, pues nadie lo ha visto desde el ataque, así que estamos bastante seguros de que se ha unido a ellos.

Apreté los puños con tanta fuerza que me dolieron.

—¡Debe ser castigado! ¡Juntos, acabaremos con todos! Tenemos las armas y los soldados para la misión.

Ayers negó con la cabeza.

—Profeta Cain, hace mucho que conozco a los Verdugos. De hecho, he conocido a más de un presidente. Son poderosos y cuentan con una red internacional. Tienen más contactos que yo. Joder, seguramente más que el presidente, y me imagino que más que ninguno de vosotros. Debemos ser precavidos y meticulosos, planear cada detalle y no dejar nada al azar.

»Llevará tiempo, pero estoy convencido de que lo lograremos. Con el suministro de vuestras armas al Klan, nuestra relación será fructífera y cumpliremos el sueño cristiano y ario de Dios.

Miré a Judah, que se encogió de hombros. Estaba de acuerdo. Ayers se dio

cuenta.

—Es una maratón, profeta Cain, no un *sprint* —añadió—. Nos aseguraremos de tenerlo todo controlado antes de hacer nuestra jugada. —Dio un trago de vodka y continuó—: Y la haremos. Sigue con nosotros, profeta Cain, y, antes de que te des cuenta, tendrás a tu esposa contigo y lejos del control del señor Nash. Tendrás tu apocalipsis. Y yo me encargaré de castigar a mi propia sangre, que ha traicionado nuestras creencias y nos ha clavado una puñalada traperera.

Me levanté y fui hasta la ventana, desde donde podía observar a mi pueblo trabajar y explorar el cuerpo de otros desde las alturas. No tardé en sonreír.

No sería hoy ni mañana, pero pronto las Malditas volverían, Mae se retorcería de placer en mi cama y los Verdugos arderían en el infierno. Para siempre.

Sobre la autora



Tillie Cole es una escritora británica de madre inglesa y padre escocés. Creció en una granja, pero, tan pronto como pudo, abandonó el campo por las brillantes luces de la gran ciudad.

Después de graduarse en Religión en la Universidad de Newcastle, siguió a su marido, un jugador profesional de *rugby*, por todo el mundo durante diez años. Mientras trabajaba como profesora en varios institutos, empezó a escribir su primera novela.

Pasa la mayor parte del tiempo entre libros, escribiendo y cuidando de su hijo.

Gracias por comprar este ebook.

Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



BRITTAINY C. CHERRY

EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

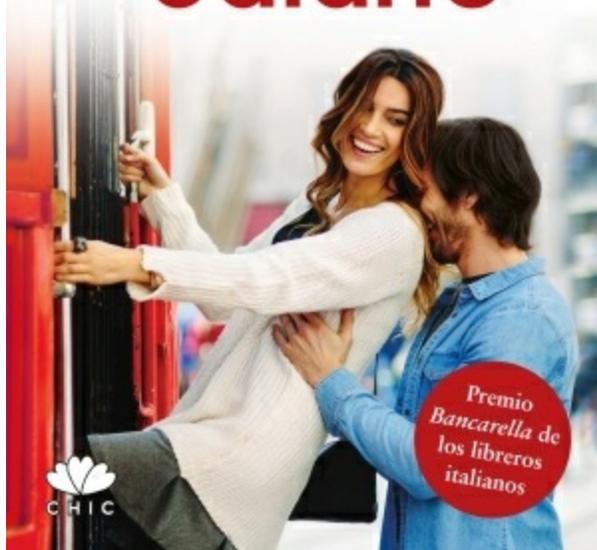
304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo? Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo. Elizabeth ha perdido a su marido. Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir. Necesitan recordar lo que se siente al querer. Solo así podrán volver a respirar. La novela romántica revelación en Estados Unidos "No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar." "New adult addiction" Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros. "Totally Booked Blog

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna

9788416223473

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias? Jennifer es abogada. Ian es economista. Y se odian. Un cliente los obliga a trabajar juntos. ¿Y si del odio al amor solo hay un paso? Premio Bancarella de los librereros italianos Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

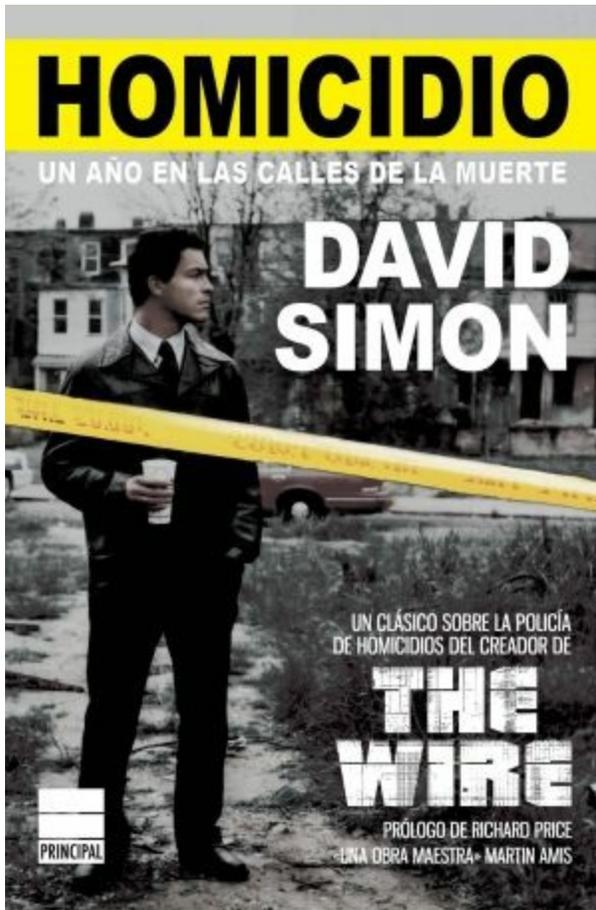
DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
-UNA OBRA MAESTRA- MARTIN AMIS

PRINCIPAL



Homicidio

Simon, David

9788416223480

784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

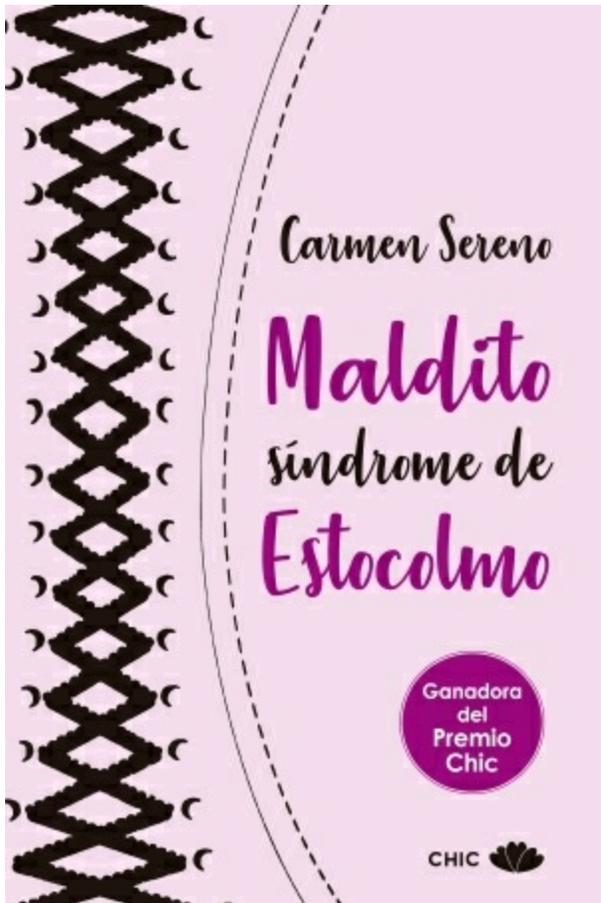
9788494223488

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable. Una joven con los sueños rotos. Una combinación explosiva. Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo. La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Carmen Sereno

Maldito
síndrome de
Estocolmo

Ganadora
del
Premio
Chic

CHIC 

Maldito síndrome de Estocolmo

Sereno, Carmen

9788417333324

392 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Quién eres realmente, Eric Grau, y qué ocultas bajo esa piel tan fría? Ana empieza a trabajar en Laboratorios Grau, una multinacional farmacéutica. Su jefe, Eric Grau, un hombre alto y atractivo al que todo el mundo llama Iceman, tiene fama de ser arrogante y despiadado, además de un auténtico depredador sexual. Al principio, la relación entre ambos es muy tensa, pero, poco a poco, la joven descubrirá que su implacable jefe no es el hombre de hielo que todos creen. ¿Podrá Ana resistirse al síndrome de Estocolmo que Eric despierta en ella?

[Cómpralo y empieza a leer](#)